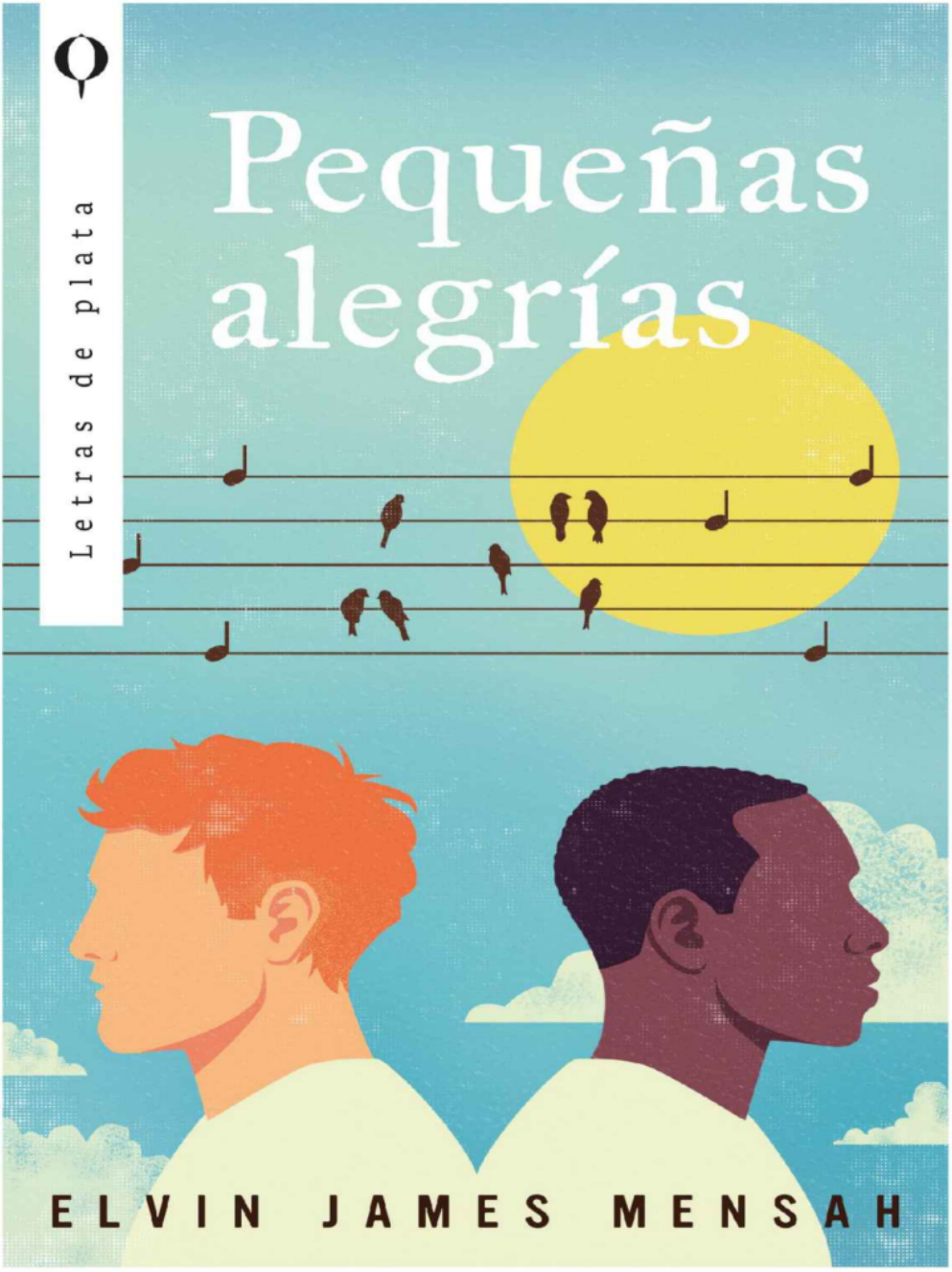
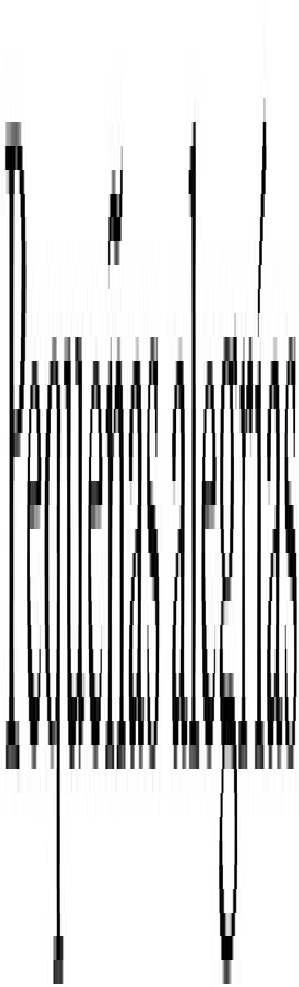
Letras de plata

Pequeñas alegrías

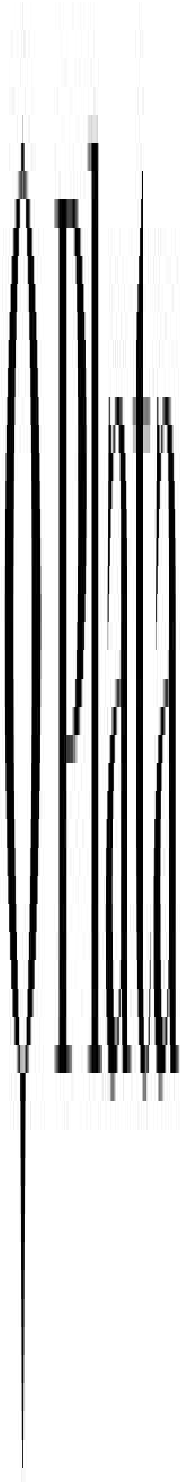


ELVIN JAMES MENSAH



Pequeñas alegrías

ELVIN JAMES MENSAH



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Small Joys*
Editor original: Scribner
Traducción: José Monserrat Vicent

1.ª edición: febrero 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2023 Elvin James Mensah
All rights reserved
© de la traducción, 2024 José Monserrat Vicent
© 2024 Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.letrasdeplata.com

ISBN: 978-84-19936-29-5

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Terry Miller,
con cariño, por nuestra amistad.

«La amistad deja una huella más profunda en la vida de alguien que el amor. El amor corre el riesgo de degenerar y convertirse en obsesión, pero la amistad no es ni más ni menos que el acto de compartir».

ELIE WIESEL, *The Gates of the Forest.*

Primera Parte

CAPÍTULO UNO

Jamás me había parado a pensar mucho en las aves antes de conocer a Muddy. Cualquier interés que pudiera mostrar por ellas, por las distintas especies que habitaban en Gran Bretaña, se debía a él. Había muchas cosas en las que no me había parado a pensar antes de conocerlo.

Siempre me había parecido que la vida era algo con lo que había que negociar, algo con lo que tenías que pelear; una entidad ante la que tenías que justificar tu existencia una y otra vez, ante la que tenías que defender por qué merecías embellecerla con felicidad, amor y amistades. Había cierto aire de misticismo en la gente para quien la vida no había sido así, en la gente a la que se le concedía la felicidad sencillamente por existir.

Muddy casi siempre me hacía sentir como si me mereciera ser una de esas personas. El entusiasmo que mostraba por su propia vida hacía que me sintiera mejor con la mía solo por estar con él. Era un entusiasmo que se filtraba en las cosas del día a día, como por ejemplo ir a nadar, escuchar distintos tipos de música rock, cantar en el karaoke y, sí, las aves.

Lo conocí una cálida tarde de julio. Acababa de volver a Dartford de la universidad, y no tenía intención de regresar. Me encontraba en el bosque que estaba junto a mi piso, con la mirada fija en una navaja X-ACTO que acunaba en la palma de la mano. Creía que me había adentrado en una zona lo bastante frondosa como para que nadie me viera. Había muchísimo silencio. Los árboles, la tierra y las flores silvestres; era como si el bosque estuviera cerrándose. El silencio no había traído consigo paz; de hecho, había amplificado mis pensamientos sombríos. Cerré los ojos con fuerza y le supliqué a la vida algo que me había negado, esperando con desesperación que, al abrirlos de nuevo, me encontrara una gloriosa manifestación de felicidad entre las hojas y las ramas. No obstante, al abrir los ojos, de algún modo, el mundo me pareció un lugar más oscuro y cruel; fue como si hubiera recolectado en sus manos cada uno de mis fracasos y carencias y los hubiera alineado para mostrármelos mientras me ordenaba que observara la belleza que me rodeaba y reflexionara sobre lo inapropiada que era mi presencia en aquel lugar.

Volví a cerrar los ojos.

De repente una mano me aterrizó en el hombro y apreté con fuerza el filo. El dolor me hizo soltar un grito ahogado y solté la navaja entre los helechos. Al darme la vuelta, lo vi: un tipo fornido que sostenía un par de prismáticos, con el pelo marrón que le llegaba hasta el cuello y una expresión de preocupación en el rostro, cubierto por una barba de

varios días y con hoyuelos.

—¡Hala! —exclamó. Llevaba bermudas, botas de seguridad marrones y una camisa a cuadros arremangada—. ¿Qué te has hecho? —Tenía un acento mancuniano de lo más característico. Alcé la mirada hacia él, aterrado, intentando contener la sangre con la otra mano. Me quería morir de la vergüenza, y tenía tanta necesidad de estar solo que me entraron ganas de llorar. Pero mi padre me había enseñado que no debía llorar en público, era una especie de «sabiduría» que provenía de mi infancia y que él me había implantado en el cerebro como si fuera un chip—. Estás sangrando —me dijo. Luego se sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de las bermudas, quitó los restos de migas y me vendó la mano—. Llevaba los sándwiches aquí dentro, pero debería bastar.

—Estoy bien —respondí con brusquedad, y aparté la mano y me quité la tela empapada de sangre.

—Eh, venga, hombre —me dijo—. No te pongas así. Estás sangrando. Mira, toma…

—Te he dicho que estoy bien.

—Venga, hombre, no puedes…

Me alejé de él antes de que terminara la frase, cubriéndome el corte con la camisa, y volví hacia el piso. Al cruzar la carretera me di cuenta de que no me había llevado las llaves. También me percaté de que el chico me estaba siguiendo. Al llegar a la puerta principal, me senté en el banco que había ante el edificio y mantuve la cabeza gacha mientras él se acercaba a mí.

—Por casualidad no te llamarás Harley, ¿no? —me preguntó, mirándome desde arriba. Asentí, pero no alcé la mirada—. Me lo imaginaba. Me llamo Muddy. Supongo que soy tu nuevo compañero de piso. —Fue a estrecharme la mano, pero entonces se detuvo—. Ya, mierda, perdona. —Se sacó las llaves de otro bolsillo de las bermudas —. Venga, vamos dentro.

Muddy y yo teníamos una amiga en común, Chelsea, cuyo padre era el dueño del apartamento. Antes de volver de la universidad, le pregunté a Chelsea si podía recuperar mi antigua habitación, pero me dijo que ya se la había alquilado a otro, así que me tocaba quedarme con la tercera, que era más pequeña. Resultó que esa otra persona era Muddy.

Me pasé la tarde evitándolo. Me encerré en el baño durante unos minutos, metí la mano bajo el chorro de agua fría, y luego busqué en el botiquín algo con lo que vendarme la herida. No soportaba la idea de tirar la camisa ensangrentada a la basura de la cocina —Chelsea

podía encontrarla, o a lo mejor la veía Muddy y se acordaba de nuestro encuentro—, así que hice una bola con ella y la escondí bajo la cama para, más tarde, arrojarla en uno de los contenedores de fuera. Me quedé en el dormitorio con los cascos puestos y fingí que estaba durmiendo cada vez que Muddy llamaba a la puerta para preguntarme si estaba bien.

La verdad es que no sé qué estaba haciendo en el bosque. Siempre me había dicho a mí mismo que no era un suicida porque no cumplía los requisitos para que se me considerara como tal. Normalmente actuaba como en piloto automático, pero solo hasta que llegaba a ese instante crucial en el que recuperaba la conciencia con una sacudida. Sin embargo, esa última vez había estado demasiado cerca.

Dormí hasta bien entrada la tarde. Cuando me desperté, oí voces hablando fuerte fuera de la habitación. No quería salir de la cama; la idea me aterrorizaba. En la universidad, cuando oía voces en las zonas comunes, no salía de mi habitación para nada, ni siquiera para ir al baño, hasta que no se oía ni una mosca. Pero aquello no era una opción porque Chelsea me había mandado un mensaje desde el salón pidiéndome que saliera. Como no quería que se enfadara, obedecí.

Muddy estaba sentado en el sofá, al lado de un chico musculoso con unos brazos inmensos que llevaba una gorra del revés, un polo blanco, unos pantalones de trabajo azul marino, y que tenía un tatuaje que le cubría el brazo izquierdo entero. Estaban jugando a un videojuego de lucha libre en la PlayStation; no es que se parecieran, pero había cierta sensación de hermandad entre ellos. Chelsea estaba en la única silla que había, contra la pared, jugueteando con el teléfono y mirándolos con expresión de irritación. Al verme se le formó una amplia sonrisa en el rostro, lo cual hizo que yo sonriera a su vez. Estaba más morena de lo que recordaba, se había cortado la melena pelirroja lustrosa y la agitaba sobre los hombros.

—Vaya, me alegro de verte, desertor —me dijo.

—Venga —le contesté, con la mano vendada en el bolsillo mientras nos abrazábamos—. No quiero hablar del tema.

—Tarde —me respondió, lamiéndose el pulgar y limpiándome los restos del sueño de las comisuras de los ojos.

Le aparté la mano sin dejar de reírme. Di un paso atrás para observar el conjunto que llevaba: un top negro de manga larga con una abertura en el pecho remetido en una faldita de cuero.

—Chelsea Taylor —le dije—, me encantas. Y al fin te has atrevido con el pelo. Llevas siglos sin dejar de hablar del tema.

—Ay, cielo —me contestó—. Me he cortado el pelo, me he hecho

las cejas, las uñas… —Se las miré—. No me esperaba que el verde neón fuera a sentarme bien, y la verdad es que nunca me ha gustado tenerlas tan largas, pero me divierto mucho toqueteándolo todo con ellas con ese sonidito que hacen.

Me golpeteó la frente con las uñas, con delicadeza.

—Son muy monas —le dije—. ¿Cómo es que al fin te has animado?

Se había pasado meses diciéndome por mensaje que quería cortarse el pelo, renovar el armario, que hasta hacía poco había consistido en su mayoría en vaqueros, cinturones inmensos con tacos de metal y tops de toda clase de colores con un hombro al descubierto.

—Ay, fue idea de Nor —me contestó—. Va a venir dentro de un rato, por si quieres ponerte un sombrero o algo.

Noria, la otra amiga negra de Chelsea, estaba obsesionada con mi pelo. Yo casi nunca iba al barbero, y a ella le encantaba lo rápido que me crecía y lo largo que me lo dejaba. Para ella era como un parque infantil cosmético. Cada vez que venía al piso, o cada vez que yo iba al suyo, le gustaba darle distintas formas y ponerme toda clase de productos. Chelsea era amiga suya desde hacía más tiempo que yo. Eran compañeras de trabajo en una zapatería de Bluewater, antes de que Chelsea se largara para irse a trabajar a los cines Regal, donde nos conocimos y donde ella trabajaba de supervisora.

Le pregunté a dónde iban y me dijo que a ATIK, una discoteca que quedaba cerca de la estación de Dartford. Justo en ese instante, el chico de la gorra gritó:

—Chels, sé buena y tráenos un par de birras. ¿Te importa?

Chelsea no respondió y puso los ojos en blanco. Me tomó del brazo y me arrastró hasta la cocina, donde me obligó a sacar la mano del bolsillo. Sobresaltada, se la acercó a la cara y examinó la gasa.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó.

—Ah —respondí, intentando sonar despreocupado—. He salido hace un rato y he tenido un accidente de nada. No he…

—¿Qué clase de accidente?

—Chelsea —le dije riéndome—, no es nada.

—Harles, llevas una venda en…

—Para —le dije—. Ya te he dicho que no es nada. Bueno, ¿quién es el que está al lado de Muddy?

Me miró con curiosidad durante un instante y luego me dijo:

—Ah, ese es Finlay.

—Está cuadrado.

—No está mal.

—¿Es tu chico nuevo?

—Si te soy sincera, no sé si quiero que empecemos a llamarlo «mi chico nuevo» —me contestó con frialdad—. Bueno, entonces ¿sigues «sin beber»? —continuó, haciendo comillas con los dedos.

—No sé por qué me lo preguntas así —le dije—. Y sí, sigo sin beber.

—No sé —me dijo, sacando unas cervezas de la nevera—. A lo mejor la uni te ha cambiado. Tampoco es que me hayas contado qué has estado haciendo por allí, ¿no?

—Tener ansiedad y depresión.

—Qué sexi.

—Sí —le contesté—, estaba de moda.

Hacía ya varias semanas que había estado mandándole mensajes diciéndole que no estaba pasándolo bien por culpa de la universidad, la carrera y la gente. No me sentía cómodo compartiendo mi tristeza con ella, por lo que no me atrevía a revelar la gravedad de mi desesperación. Había confiado en que aquellos mensajes me hicieran sonar irónico y petulante, que era mi dinámica preferida con ella.

Seguí a Chelsea al salón con un vaso lleno de Coca-Cola. Muddy acababa de ganarle a Finlay y le había pasado un brazo alrededor de los hombros mientras cantaba *Dry Your Eyes* de The Streets a grito pelado. Finlay frunció el ceño, se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo rubio oscuro corto. Muddy se levantó para apagar la PlayStation y me saludó alzando dos dedos cuando vio que me sentaba; le respondí con una sonrisa indecisa. Chelsea se sentó al lado de Finlay, que se recostó en el sillón y le pasó el brazo por detrás; Muddy se sentó en el reposabrazos de mi sillón.

—¿Ya os conocéis entonces? —nos preguntó Chelsea.

—Sí —respondió Muddy, mirándome desde arriba—. Nos hemos cruzado esta tarde, ¿verdad?

Los demás también me miraron.

—Sí —les dije, cada vez más bajito—. En el bosque…

—¿En el bosque? —preguntó Chelsea—. Pero, Harles, si a ti no te gusta salir de casa. ¿Qué estabas haciendo allí? ¿Es cuando te has hecho lo de la mano?

Me quedé callado durante un buen rato, consciente de lo tensa que se había vuelto la situación por mi culpa. Justo cuando se me ocurrió una respuesta, Muddy me apoyó la mano en la espalda y dijo:

—Hemos salido a ver aves, ¿verdad, Harley?

Sonreí con timidez. Al decir aquello, fue como si Muddy me hubiera desbloqueado y toda la ansiedad se hubiera desvanecido al instante.

—Madre mía, Mud —le dijo Chelsea—, no hace ni dos minutos que lo conoces y ya le estás dando la tabarra con tus dichosos pájaros.

—Es que ya sabes cómo soy, Chels —respondió él—, cuando

empiezo ya no hay forma de callarme.

—Mudzie —le dijo Finlay, riéndose—. No le interesa, colega. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? A la gente le dan igual tus pájaros.

—Oye —le soltó Muddy—, relaja, Finn. —Luego me pasó el brazo cubierto de vello por encima. Poseía un aroma a tierra intenso que hizo que me dieran ganas de olisquearlo, pero no quería enrarecer la situación—. Además, a Harley le encantan las aves —me dijo, guiñándome un ojo—. O, bueno, le acabarán encantando.

—Mira—me dijo Finlay—, si empieza a agobiarte con sus chorradas de pájaros, dímelo y yo me encargo de él para que se vuelva al norte.

—Para ya —respondió Muddy—, pero si tú eres medio escocés.

—No es lo mismo.

—Además —prosiguió Muddy—, no va a necesitar tu ayuda para nada, porque nos lo vamos a pasar genial.

En ese momento decidí unirme a la conversación.

—Oye, Finlay, ¿qué tienes en contra de los pájaros?

—Nada —respondió, pasándose una pierna por encima de la rodilla—, pero ni de coña me voy a plantar en mitad del campo con unos prismáticos y dar brincos como un tonto cada vez que vea uno. ¿Tú sí?

—Cualquiera diría que es mi mejor amigo, ¿eh? —me dijo Muddy.

—¿Qué dices? —respondió Finlay—. Pero si tu mejor amigo es ese con el que te vas al bosque a todas horas. —Y entonces empezó a reírse—. Dicen que van a observar aves, pero a saber lo que hacéis allí, ¿eh?

—Mira —le contestó Muddy—, Ian sería la última persona del mundo con la que me iría a follar en mitad del campo.

Fue Chelsea quien se rio entonces.

—¿Y con quién te irías entonces?

—Bueno, ¿qué me dices? —me preguntó Muddy, dándome unas palmaditas en el pecho—. ¿Te apetece que nos demos un meneo?

Con los heteros seguía un protocolo, o al menos lo hacía con chicos que me parecían heteros: me obligaba a hacer un esfuerzo consciente por no tocarlos cada vez que interactuaba con ellos, ni siquiera a modo de broma. Sin embargo, con Muddy me estaba resultando difícil porque parecía que me estaba incitando a hacerlo.

—¡No seas cerdo, Mud! —lo regañó Chelsea—. ¡Déjalo en paz!

—Pero si era broma —respondió Muddy entre risas.

—Más te vale —respondió Chelsea—. No querrás enfadar a Nor.

Entonces Finlay se incorporó y entrelazó los dedos.

—Bueno, ¿y cómo es que has dejado la uni?

No esperaba tener que explicárselo a nadie que no fuera Chelsea.

Me molestaba que Finlay me lo hubiera preguntado, pero aun así le expliqué que me había inscrito en Periodismo Musical pero que la carrera no era para mí. Empecé la frase como si fuera a encadenarla con otra idea, pero no añadí nada más. Finlay contestó que había perdido a varios colegas por culpa de la universidad, y luego alzó el botellín de cerveza como si hubieran muerto; después añadió que creía que no merecía la pena ir a la uni a menos que tuvieras clarísimo qué querías hacer al acabar.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinte? ¿Veintiuno? Mira, cuando yo tenía tu edad me saqué un módulo en fontanería y uno de climatización. Eso sí que es la buena vida.

Más tarde, al volver del baño, recorrí el pasillo y me encontré a Muddy en la cocina, junto a la nevera. Aún se me hacía raro hablar con él; me había visto en un momento muy vulnerable, y aún no tenía del todo claro qué implicaba aquello. Cuando me acerqué a la puerta de la cocina, intenté dar un paso más largo de lo habitual para no estar tanto tiempo en su campo de visión, pero, aun así, me vio.

—Ahí intentando darle fuerte a las zancadas, ¿eh? —me dijo, y él mismo dio una, con los puños en la cintura y gruñendo. Yo me reí para disimular la vergüenza. Cuando se levantó, sacó un botellín de Carling de la nevera y me lo ofreció—. ¿Te apetece una?

Negué con la cabeza y entré en la cocina.

—Perdona por haberme puesto así antes —le dije.

—Venga, no te preocupes —me contestó—. Estabas sangrando, ¿no? Yo tampoco estaría de buen humor si me hubiera hecho un tajo. —Luego cerró la nevera, se apoyó en ella, se cruzó de brazos y me miró como si fuéramos a mantener una conversación muy seria—. Me alegro de que ya te lo hayas vendado, pero me debes un pañuelo nuevo. Era mi favorito.

—¿En serio?

—Pues sí —me contestó—. Lo usaba para todo: para guardar los sándwiches, para secarme el sudor de la frente, para limpiarme los mocos. Para todo.

—Ya.

—Bueno, pues cuando estés listo para pagar, dímelo —me dijo, dándome una palmadita en la espalda—. Estoy al otro lado del pasillo.

—Oye, Muddy —le dije, ante de que se marchara—, ¿por qué le has dicho a Chelsea que habíamos salido a ver aves?

—Bueno, no parecía que te apeteciese hablar del tema, ¿no?

Respondí con una sonrisa.

—Ya te lo he dicho, hombre —prosiguió—. Estoy al otro lado del

pasillo. No lo digo por el pañuelo, te lo digo por si necesitas cualquier cosa. Mi puerta siempre está abierta.

Cuanto más clavaba sus ojos marrones en los míos, más ganas de llorar me entraban.

—Gracias —le dije.

—Claro, hombre —contestó—, es que el cerrojo se me ha roto y Chelsea se niega a pagar a alguien para que lo arregle, ¿sabes?

—Ah, creía que estabas siendo majo.

—¿Yo? ¿Majo? —me respondió, riéndose—. Para nada. Soy lo peor.

Noria llegó más tarde con un vestidito negro de tela fina y su larga melena de rizos oscuros suaves y voluminosos. Muddy y ella se besaron en la puerta y yo me quedé observándolos durante un par de segundos antes de apartar la mirada. Noria se puso de puntillas y se aferró a los anchos hombros de Muddy, y él la agarró de la cintura. Al verme, Noria pegó un grito y me señaló con el dedo. A pesar de que había intentado domarme el pelo, hizo un comentario sobre lo largo y espeso que lo tenía. Fingí que me iba corriendo en dirección opuesta mientras ella se sacaba un peine negro del bolsito.

—Pero bueno, Harley —me dijo, señalándome con el dedo—. ¿A dónde te crees que vas?

Ya en el cuarto de Chelsea, Noria se sentó en la cama y yo en la moqueta, junto a sus piernas resplandecientes, y ella se dedicó a peinarme el pelo y a separármelo con la punta metálica del peine. Oíamos a Muddy y a Finlay gritándole a la tele en el comedor, pero Chelsea parecía menos enfadada; se había puesto delante del espejo y bailaba de forma seductora al ritmo de *Luxurious*, de Gwen Stefani, que sonaba en la radio.

—Ya te lo dije, Chels —comentó Noria, girándose hacia ella—. Las manicura francesa con colores de neón esta súper de moda. Aunque a lo mejor la próxima vez podrías relajarte un poquito con el bronceador, ¿no? Aun así estás tan guapa que se me van a saltar las lágrimas.

—Madre mía, Nor, para ya —nos dijo, volviéndose hacia nosotros —. Como no pares me lo voy a terminar creyendo.

—Pues créetelo —respondió Noria—. El taxi llegará en diez minutos. Así que aún llegamos al Tesco si salimos de aquí en cinco minutos.

—¿Qué necesitas del Tesco?

—Literalmente cualquier cosa que me quepa en el bolso —contestó —. Yo lo siento, pero esta noche me niego a pagar las copas de las

discotecas.

—No, si lo entiendo.

—Oye, Harles, ¿te hago trenzas? —me preguntó Noria, que seguía peinándome—. Parecerás un Ludacris de metro veinte con la piel más oscura.

—Podrías haber dicho alguien que tuviera la piel oscura de verdad, como D'Angelo —le dije riéndome.

—¿Crees que te pareces a D'Angelo?

—Ojalá —respondí—, pero creo que me parezco más a él que a Ludacris, ¿no?

—Pues sí.

—Mira, hazme lo que quieras, pero no vuelvas a intentar alisármelo.

—Vale, vale —me contestó—. Venga, al lío, pero no te recojas tanto el pelo, o te va a doler mogollón la próxima vez que te lo trence.

Justo entonces entró Muddy en el cuarto y se detuvo en el umbral de la puerta. Empezó a imitar a Chelsea, que se había puesto a bailar frente al espejo; al verlo por el reflejo, Chelsea le hizo un corte de mangas y contuvo la risa. Luego Muddy le preguntó a Noria qué me estaba haciendo en el pelo.

—Mud, no metas las narices donde no te llaman, ¿vale? —le contestó—. Esto es entre mi niño y yo.

—Ah —respondió él—. ¿Así que ahora es tu niño?

—Es mi único amor —contestó ella, acariciándome la cara.

—Pero bueno —me dijo Muddy—. ¿De qué vas robándome a mi chica?

—Ya la has oído —le dije, alzando la mirada hacia Noria—. Soy su único amor.

—Exacto —añadió Noria antes de mirar a Muddy con curiosidad —. No te estás poniendo las cremas de la cara que te compré, ¿verdad que no?

—Bah, a mí no me van esas cosas —respondió Muddy con una mueca.

—¿Cómo que no?

—Porque tú lo que quieres es que huela como si acabara de salir de The Body Shop, ¿verdad? Y paso de ponerme todos esos potingues en la puta cara todas las mañanas. Yo creo que soy bastante guapo y que huelo muy bien.

—Tienes la piel sequísima.

—Y una mierda.

—Es como darle un beso a un papel de lija.

—Mira, Harley —me dijo Muddy. Se puso a cuatro patas y me pegó la cara—. ¿A ti te parece que tengo la piel seca?

—Te lo pido por favor, Mud —le dijo Noria, dándole varios

golpecitos en el hombro con el peine—. Aparta esa cara reseca del pobre. ¡Venga! ¡Largo!

Muddy me guiñó un ojo y empezó a levantarse justo cuando Finlay entró en la habitación y se subió a su espalda. Imitó a un vaquero y enarboló un lazo imaginario mientras gritaba: «¡Yipi ka yei, hijo de puta!». Muddy le dijo que era un capullo, pero le siguió el juego sin dejar de reír mientras relinchaba y avanzaba con torpeza por la habitación. Chelsea puso los ojos en blanco frente al espejo mientras se pintaba los labios con un lápiz delineador, luego se tiró del dobladillo de la falda y le preguntó a Noria si estaba lista. Noria se levantó, se plantó delante de Chelsea y ambas se sobaron el pelo y la ropa con entusiasmo. Yo me incorporé, me senté en la cama y las observé.

Llevaba toda la tarde esperando reencontrarme con la tristeza que había sentido antes, y dicho reencuentro no tardó en llegar: emergió desde lo más hondo del estómago cuando todo el mundo se reunió en torno a la mesa de la cocina para tomarse un chupito de vodka, antes de que Chelsea y Noria se despidieran de mí con un beso y un abrazo. Se quedó conmigo cuando volví a mi cuarto y cerré la puerta con cuidado, mientras Muddy y Finlay se reían a carcajadas en el salón. Finalmente, cerré los ojos y me obligué a dormir.

CAPÍTULO DOS

Desde la ventana de mi dormitorio veía la carretera, el bosque y los campos inmensos que lo rodeaban. A Muddy le gustaba ir allí por las mañanas y mirar hacia el cielo durante un rato antes de irse a trabajar. Empecé a observarlo apartando un poco la cortina. Con los prismáticos alrededor del cuello, arqueaba la mano sobre la frente con expresión de desconcierto o de inmensa felicidad, y luego escribía algo en una libretita y desaparecía en el bosque.

Una mañana, a la semana siguiente, se ofreció a llevarme al trabajo. Chelsea había hablado con el subgerente del Regal, Eddie, que dijo que estaba encantado de tenerme de vuelta. Más tarde Chelsea me dijo que Muddy también trabajaba allí. Mi primer turno fue de tarde, y tenía intención de ir en bus, pero, en cuanto salí del edificio y caminé hasta el final de la calle, vi el Corsa rojo de Muddy acercándose hacia mí. El chico tenía un brazo sacado por la ventana, una mano en el volante, y me sonreía.

—¿Qué pasa, hombre? —me preguntó—. ¿Vas al curro?

—Sí.

—Vengo de allí. ¿Quieres que te lleve?

Fue entonces cuando debí fijarme por primera vez en lo mucho que me gustaba su sonrisa; en lo mucho que me gustaban los hoyuelos cavernosos y cómo se le achinaban los ojos; en cómo, cuanto más amplia era su sonrisa, más se le hinchaban los mofletes, que alcanzaban el tamaño de bolas de pimpón. Llevaba puesto el uniforme del trabajo: un polo negro cuyas mangas apenas ocultaban un tatuaje colorido en el brazo. Me sentí mal por que me llevara al trabajo cuando él acababa de volver de allí, así que levanté la mano y le dije que no hacía falta, que iba a ir en bus, aun siendo consciente de lo poco creíble que sonaba. Ni siquiera frené el ritmo mientras lo decía para que pareciera que tenía prisa. Quería que insistiera para así aliviar el sentimiento de culpa.

Bajó la mirada, me observó como si fuera consciente de lo que me traía entre manos y me dijo:

—Venga, sube, que te acerco. —Me dirigí hacia la puerta trasera del vehículo, y Muddy me dijo riéndose—. Ah, no, ni hablar…

—No hacía falta que me llevaras —le dije cuando me senté en el asiento del copiloto y me abroché el cinturón.

—No me cuesta nada —respondió—. Hay que sacar tiempo para los amigos, ¿no?

—¿Amigos? —inquirí, alzando la mirada.

—Claro, ¿qué pasa? ¡Es obvio que somos amigos!

—Si tú lo dices…

Sonaba sarcástico, pero lo decía en serio. En la uni me había obsesionado con la percepción que tenía la gente de mí. Me preguntaba si la gente me consideraba misterioso por ser tan callado, si creían que era tan inteligente que estaba por encima de las conversaciones triviales y ese tipo de cosas. Aunque, en realidad, sabía que no era el caso. A la gente mi incapacidad de hablar en cualquier evento social le parecía sencillamente rara. Era raro y ya. Y esa fue la versión oficial hasta que me di cuenta de que tenía ansiedad y que por eso me sentía raro. Llegué a la conclusión de que debía de tener algún tipo de ansiedad social, y supongo que sentaba bien poder achacar aquella sensación a algo real.

Muddy condujo hasta el final de la calle y llegó a un intercambiador cerca de Dartford, una red de carreteras que se deshilachaba hacia Londres, Essex y Kent, que quedaba mucho más lejos.

—¿Te dedicas a buscar aves cuando sales al campo por las mañanas? —le pregunté.

—Vaya, alguien ha estado observándome, ¿no? —me dijo con una sonrisa.

—Te veo desde la ventana de mi cuarto.

—Pues sí —me contestó—. Es lo que toca. Tengo que apuntar todas las que pueda en el registro.

—¿Eh?

—Mi registro de observación de aves. Tengo un pique con mi amigo Ian y quiero machacarlo.

—¿Ese es el que mencionó Finlay? ¿Con el que te ibas al bosque?

—Sí —respondió él, riéndose—, pero no hacemos nada raro, eh. No le hagas caso a Finn, es idiota.

—No sabía que hubiera competiciones de observar aves —dije riéndome.

—A ver, a ver —me dijo—. No me dedico a observarlas, me dedico a buscarlas. No es lo mismo.

—Vale, vale.

—¿Te importa que ponga algo de música? —me preguntó mientras pulsaba los botones del salpicadero.

—Estamos en tu coche.

Empezó a sonar *Supersonic*, de Oasis. Muddy golpeó el volante con los dedos índices y se puso a hacer sonidos de percusión con la boca. Me miró de reojo, sacudía la cabeza al ritmo de los riffs de guitarra, sacando el labio inferior y agitando las cejas pobladas. Aparté la mirada. Ya me había acostumbrado a evitar el contacto visual con él. Los pantalones cortos de color marrón claro se le tensaban a la altura de los muslos; no dejaba de juntar y separar las rodillas. Cuando terminó la canción, se produjo un largo silencio que me puso nervioso.

Creí que estaría dándole vueltas a si podía preguntarme sobre lo que había ocurrido en el bosque. Cuando me pareció que estaba a punto de hacerlo, le pregunté por qué iba en pantalones cortos y no llevaba los del uniforme del Regal. Muddy me explicó que se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en el almacén, que se dedicaba a esperar a que llegaran los camiones y a clasificar las mercancías que traían, por lo que él y su compañero estaban exentos de llevarlos.

—Y, bueno —me dijo entonces—, tú estabas estudiando música en la uni, ¿no?

—Sí, Periodismo Musical.

—¿Y qué tal?

—Lo he dejado, así que…

—Pues, joder, sí que tiene que gustarte la música para haberte ido a la universidad a estudiarla, ¿no?

—Sí, supongo.

Había contado muchas mentiras sobre mis estudios en Periodismo Musical. Mi padre ni siquiera sabía que estaba estudiando eso porque le había dicho que iba a estudiar Matemáticas o Ciencias de la Computación —no recuerdo cuál de las dos le dije— para que pudiera fardar de hijo en la iglesia. Me había sentido obligado a preservar ese prestigio que había en mi familia, aunque no fuera más que una ilusión, que se basaba en estudiar una carrera respetable en la universidad.

—Y dime —continuó Muddy—, ¿qué música te gusta?

Le dije que me gustaba el hiphop, sobre todo las maestras de ceremonias, y también cualquier cosa que me sugiriera Noria. Luego le pregunté sí, además de Oasis, también escuchaba a Stone Roses y a The Smiths en bucle.

—No —me dijo con una sonrisa—. Son los mejores, pero tengo la mente abierta. Escucho prácticamente de todo.

Empecé a ponerme aún más nervioso cuando nos acercamos al edificio del Regal, así que le pregunté por su tatuaje. Se le iluminó el rostro y, cuando nos detuvimos frente a un semáforo en rojo, se contorsionó para subirse la manga.

—Es un estornino —me contó—. Es el pájaro favorito de mi abuelo.

Era un tatuaje precioso, de colores detallados; el pico era de un amarillo intenso y, el plumaje, verde y morado, casi iridiscente.

—Es precioso —le dije.

—Gracias.

Al final detuvo el coche en el carril de buses que había frente al cine y salí del vehículo. Antes de que cerrara la puerta, Muddy me dijo:

—Que vaya bien, colega —y luego me dijo que me lo tomara con

calma, señalándome la mano vendada.

Le di las gracias, sonreí con timidez y me dirigí hacia las puertas automáticas.

Fue un turno raro y, en general, solitario. Eddie me puso en el puesto de comida con una chica superentusiasta que se llamaba Emily —una rubia de bote con un maquillaje muy oscuro— para que me familiarizara con las nuevas cajas que habían instalado. Sin embargo, la chica iba perdiendo el entusiasmo cada vez que yo la liaba con las cajas, y yo me sentía cada vez más agotado cada vez que a ella le tocaba disculparse ante los clientes de mi parte.

Durante el almuerzo fui con Chelsea a una cafetería que estaba al final de la calle y nos sentamos en una terraza al sol. Aquel día ella tenía un turno de trece horas, mientras que el mío era solo de cinco. Yo no tenía mucha hambre, así que ella se pidió un desayuno inglés completo y yo me dediqué a picotear de su plato. Habíamos adquirido la costumbre después de que hubiéramos salido a almorzar por ahí unas cuantas veces y le hubiera confesado que, como comía tan lento, me daba vergüenza hacerlo delante de otros. Chelsea se había reído y me había pedido que se lo explicara bien, así que le había dicho que sentía una presión extraña por terminarme el plato porque, si no, sentía que me juzgaban, que a veces incluso me metía otro bocado en la boca antes de terminar de masticar el anterior solo para que pareciera que comía más rápido de lo que lo hacía en realidad.

Mientras removía el último trozo de beicon entre las judías, Chelsea me preguntó qué planes tenía ahora que había vuelto.

—No lo sé —le respondí—, pero gracias por ayudarme a volver al trabajo.

—Ay, no te preocupes, cielo —me dijo, y luego añadió con tono burlón—: A ver, no se me olvida que me dejaste tirada para empezar una nueva vida en la uni y que luego has vuelto esperando que todo siguiera tal y como era cuando te marchaste, pero no pasa nada, Harles.

Le sonreí y me recosté en la silla.

—Mierda —me dijo entonces, señalando detrás de mí.

Me di la vuelta y me encontré a un anciano en la mesa de detrás leyendo el periódico. En la portada se veía un autobús de dos plantas con el techo arrancado.

—Uf —le dije—, no sé si puedo seguir viéndolo. Lo han sacado en las noticias esta mañana.

—Bueno, pues será mejor que nos acostumbremos.

—¿Qué quieres decir?

—Que haya pasado una vez no significa que no vaya a volver a pasar —respondió, encogiéndose de hombros.

—Chelsea, ¿estás siendo alarmista?

—No me digas que tú no estás asustado.

Me encogí de hombros, agaché la mirada y empecé a mover los pulgares en círculos alrededor de sí mismos. El hecho de que Londres hubiera ganado la candidatura para organizar los Juegos Olímpicos, y que acto seguido se hubieran producido los ataques terroristas, había sido como un latigazo para la sociedad. Me generaba tantísima ansiedad que sentía la pérfida sensación de que jamás volvería a encontrarme bien, no hasta que ocurriera otra tragedia que validara aquel miedo que no dejaba de crecer.

Decidí cambiar de tema.

—¿Cómo llevas lo de ser supervisora?

—Es genial, Harles —me contestó—. Estoy ebria de poder y me encanta. Espero que Eddie se deje de rollos conmigo y no tarde en ascenderme a subgerente.

Sonreí con orgullo por ella.

Yo, por mi parte, había trabajado en Regal durante tres años antes de marcharme a la universidad. Mi padre también había trabajado allí, de segurata. Había sido uno de los dos hombres de la lista de turnos. El otro era un jamaicano rechoncho que se llamaba Benzo. Trabajaba en el turno de tarde y se pasaba la jornada bromeando con el resto del equipo y vagueando. Mi padre, que era diametralmente opuesto a él —un ghanés alto y tacaño que lucía su personalidad seria como una medalla—, se había encargado del turno de mañana.

Mis compañeros habían tardado varias semanas en percatarse de que era mi padre. Era sorprendente lo mucho que me parecía a él, pero, como casi siempre trabajaba rodeado de blancos, nadie se había atrevido a mencionármelo. Sin embargo, un día Benzo llamó al trabajo para informar de que se había puesto enfermo, y a mi padre le tocó doblar turnos. Aquella tarde yo estaba limpiando una de las pantallas mientras él atendía a los clientes en el control. Cuando terminé, le hablé por el *walkie-talkie* para decirle que podía dejar pasar a quienes estaban esperando y le llamé «papá» sin querer, en vez de «Kwame», que era como lo llamaba todo el mundo. Salí con la escoba y el recogedor y me topé con un grupito de compañeros que me miraban confusos.

—Háblame de Finlay —le dije entonces—. ¿Dónde lo conociste?

Chelsea estrujó una servilleta de papel y la dejó en el centro del plato.

—En ese restaurante mexicano chiquitito que hay en el centro —me dijo—. Organizamos una cena de trabajo allí, y él estaba con algunos de sus amigos del *rugby*. Bailamos un poco y él acabó

uniéndose. Al final de la noche nos liamos, y a la mañana siguiente se presentó en el cine y le preguntó a una de las chicas de la taquilla si podía hablar con «la pelirroja buenorra» que había conocido la noche anterior. Ay, Harles, fue genial. Me puse rojísima. Te juro que cuando se fue la gente empezó a partirse de risa.

—Pues entonces no entiendo por qué parece que estás siempre de morros cuando estás con él.

—¿Lo dices en serio?

—¿No te habías fijado? —le pregunté—. Es como si lo odiaras con toda tu alma.

—No lo sé —respondió con un suspiro—. A ver, ya has visto cómo es. Tiene veintiséis años, pero se comporta como un crío. Es imposible hablar de cosas serias con él; es como si le tuviera alergia o algo. Me saca de quicio.

—¿Cuánto hace que estáis saliendo?

—Creo que un par de meses —me contestó—. He de reconocer que no es tan horrible cuando estamos a solas. Normalmente solo se comporta así cuando está con Mud, pero en general cuesta mucho separarlos. Resulta bastante molesto.

—A mí me parece muy tierno.

—Hablamos dentro de un par de semanas, cielo.

Me reí.

—Bueno, ¿y cómo es que Noria y Muddy han acabado juntos? —le pregunté entonces—. La verdad es que me ha sorprendido bastante. ¿Te acuerdas de que la noche antes de irme a la uni nos emborrachamos los tres y Noria nos soltó el discurso de que jamás iba a volver a salir con un blanco?

—Sí —contestó Chelsea—, pero a la semana siguiente dijo lo mismo sobre los negros, así que creo que es mejor no hacerle mucho caso. Solo llevan juntos un par de semanas, pero sí, creo que a ella le gusta bastante. Vamos a ver, el chico es un cielo. Cuando estuve saliendo con él, lo que más me gustaban eran sus abrazos. Da unos abrazos estupendos, Harles. Es como abrazar a un oso, como si te hundieras en una almohada.

—Un momento, un momento —le dije, sorprendido, poniéndome en pie—. ¿Cómo que estuviste saliendo con él? —Chelsea se estremeció ante mi ímpetu, así que me tranquilicé un poco—. ¿Me estás diciendo que has salido con Finlay y con Muddy? Tengo un millón de preguntas. Menudo conflicto de intereses.

—No hay ningún conflicto de intereses.

—Claro que sí —le dije yo—. A ver, veámoslo con detenimiento. Dime, ¿a Muddy le da igual que estés saliendo con su mejor amigo? ¿Y a Finlay le da igual que estés viviendo con tu ex? ¿Y Eddie no te ha dicho de todo por salir con un compañero del curro? ¡Sobre todo

teniendo en cuenta que eres su supervisora! Bueno, ¿y qué más? Ah, ¿no se te hace un poco raro que Noria haya empezado a salir con él?

—Deja de sacar mierda —me dijo riéndose. Luego se apropió de la servilleta manchada de salsa y me la arrojó—. Dime, ya que habéis salido juntos a ver pájaros, ¿qué te parece Mud? Perdona todos las bromas sexuales del otro día, a veces se toma demasiadas confianzas.

—No pasa nada —le dije—. De hecho esta mañana me ha llevado al trabajo. Aunque, si te digo que me cae mal, ¿lo echarás del piso y me dejarás volver a mi antigua habitación?

—Ni en broma, cielo.

—Pues entonces supongo que es majo.

Mientras regresábamos al cine, Chelsea me preguntó por la mano y le dije que la tenía bien, a lo que ella me respondió que, aunque no sabía qué era lo que me había hecho, debía tener más cuidado. Yo le contesté que dejara de comportarse como mi madre.

—¿Has hablado ya con tu padre? —me preguntó entonces—. ¿Le has dicho que has dejado la uni?

Me encogí de hombros. No quería hablar de mi padre, y me habría gustado que se me notara en la actitud.

Me pasé el resto del turno con Emily en el puesto de comida, intentando que los clientes compraran más cosas de las que querían y entregando tarjetitas para que nos dejaran su opinión. Esperaba lograr apaciguar la ansiedad, renegociar el contrato que había establecido con ella y dejar que viviera en mi interior de un modo que a ambos nos resultara conveniente. Aun así, me daba miedo que me pidieran servir los refrescos o preparar las palomitas o los perritos calientes porque no dejaban de temblarme las manos. Le supliqué a la fuerza cósmica que había provocado aquel episodio que me diera un poco de tregua para que no hiciera el ridículo. No sirvió de nada. Derramé una copa de rosado sobre el mostrador. Emily le ofreció otra al cliente sin coste alguno y se disculpó; yo retrocedí varios pasos, desesperado por poder hacer algo que reparara aquellos últimos instantes.

Emily me sonrió y me dijo:

—No te preocupes, Harley. Nos pasa a todos, ¿no?

Yo me quedé mirándola sin decir nada. Sospechaba que su actitud amable enmascaraba la irritación que debía de sentir.

De adolescente creía que tendría más confianza en mí mismo cuando me hiciera mayor. Había apostado muchos de mis éxitos futuros a que al cumplir los veinte me llegaría algún tipo de señal, que el suelo que pisaba me resultaría distinto o que la vida adquiriría una forma hermosa que nadie había descubierto hasta entonces, en la que

encajaría con un suspiro de alivio. «Lo he conseguido», diría cuando al fin lo lograra. Como era de esperar, no hubo señal alguna, y todas mis ansiedades sencillamente evolucionaron hasta tomar nuevas formas curiosas que se abalanzaban a por mí desde todos los ángulos imaginables. A los veintiún años, no había ni rastro de confianza en mí mismo.

Tuve que atravesar el vestíbulo para salir del edificio cuando acabé mi turno. Varios taquilleros estaban retirando varios carteles que habían colocado con motivo de la última película de Star Wars que habían estrenado. Emily me gritó «adiós» cuando me iba, pero estaba tan avergonzado por cómo me había comportado durante el turno que no fui capaz de responder.

De modo que seguí caminando.

CAPÍTULO TRES

Acababa de pasar el aniversario de la muerte de mi madre, que además coincidía con mi cumpleaños, así que llamé a mi padre. Pensé que la ocasión podría infundirle cierto significado a aquella llamada. Cuando respondió al teléfono, me sorprendí al oír lo animado que sonaba. Me llamó «mi chico», que era algo que no había hecho en toda su vida, ni siquiera cuando yo era pequeño. Hacía varios años que no nos veíamos en persona, y la última vez no es que hubiera sido un encuentro muy agradable. Me obligué a no darle demasiadas vueltas al tema, ya que me costaba mucho recuperarme después.

Le pregunté cómo estaba.

—Bien —me dijo—. Tirando. ¿Has venido unos días de visita?

La ansiedad, mi orientación sexual y mis fracasos solo servían para que, a ojos de él, fuera menos negro, así que le dije que sí, para intentar protegerme. A menudo sentía que tenía que contorsionarme hasta adoptar formas imposibles para que la gente lograra entenderme. Entregaba trocitos de mí, los recuperaba, les daba la vuelta y luego se los entregaba a otras personas.

—¿Cuándo vas a venir a verme? —me preguntó.

Guardé silencio.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —le pregunté después.

A lo que él me preguntó que qué quería decir con eso, así que le contesté:

—No te veo desde hace siglos. Literalmente el único contacto que tenemos es con estas llamadas rápidas.

—¿No quieres venir a ver a tu propio padre? —me preguntó riéndose—. ¿Acaso no sabes que te he echado de menos?

Aun con todo, jamás había descartado la posibilidad de que pudiéramos arreglar nuestra relación; pero fingir que no había pasado nada no me parecía el modo más sano de hacerlo.

—Ya iré a verte cuando pueda.

—Vale, vale —me dijo—. ¿Cómo va la uni? ¿Te estás esforzando?

—Claro.

—Ese es mi chico —repitió—, todo un ingeniero. Gracias a Dios que tienes una vida tan buena.

Ah, pensé, *eso fue lo que le dije: ingeniero químico*.

El hermano mayor de Noria había estudiado una ingeniería en la uni. Supongo que de ahí fue de donde lo saqué cuando mi padre me preguntó qué carrera había escogido. Aunque la verdad es que no entiendo cómo se lo tragó; no había mostrado el menor interés por las ingenierías en toda mi vida. Supongo que, a fin de cuentas, aquello venía a demostrar una verdad fundamental: que a mi padre le daba

igual quién fuera yo.

—¿Y qué te cuentas? —le pregunté—. ¿Has encontrado curro?

—No, pero por la gracia de Dios…

Aunque pareciese una frase incompleta, en realidad, no lo era, sino que estaba como pidiéndole algo al universo. Lo habían echado del Regal por homófobo. Un chico gay escocés que se llamaba Darren trabajaba allí, y mi padre no dejaba de poner los ojos en blanco y farfullar cada vez que Darren pasaba por su lado, hasta que un día Darren le pidió a mi padre que se encargara de la taquilla y mi padre aspiró entre dientes y le soltó que lo sentía mucho por su madre.

Yo había salido tres veces del armario con mi padre entre los dieciséis y los dieciocho, pero jamás se lo tomó en serio. Después de la segunda y la tercera vez, empezó a hacer de alcahuete y a seleccionar a chicas de la iglesia pentecostal de Crayford para que les echara un vistazo. Cuando cumplí dieciocho años, cenamos juntos y mi padre me enseñó una foto de la directora del coro de la iglesia: se llamaba Gloria, se había divorciado hacía poco y tenía dos hijos a su cargo. Mi padre había estado emocionadísimo por mi cumpleaños. Creo que se pensaba que, cuando cumpliera los dieciocho, sufriría una metamorfosis y, al igual que uno de esos juguetes que se hinchan cuando los mojas, crecería hasta adoptar la forma que él quería ver cada vez que me miraba; y que las partes que no encajaba con esa visión se desprenderían a medida que yo me iba adaptando al molde que él me había impuesto.

Mientras hablábamos por teléfono, fui esquivo con los detalles sobre la uni, sobre los amigos que había hecho y sobre lo interesantes que eran las clases y los seminarios; al mismo tiempo, me estremecía cada vez que él mencionaba algo sobre la graduación, los grados y la búsqueda de empleo en el sector de la ingeniería. Cuando me preguntó cuánto hacía que había vuelto, le dije que una semana.

—Ah —respondió, haciéndose el ofendido—. ¿Llevas una semana por aquí y me llamas ahora?

Me disculpé.

—Pues dime —continuó—. ¿Cuándo se va a dignar mi hijo a venir a verme?

—Cuando pueda.

—¿Y cuando vuelves a la universidad? —me preguntó. Me quedé callado—. ¿No lo sabes? ¿Es que no os dan calendarios?

—Dentro de unas semanas.

Cuando colgué, me pregunté por qué me había ofrecido una tregua que, evidentemente, no era sincera. Creía que ambos estábamos más o menos contentos con vivir en la periferia de la vida del otro. Al final acordamos vernos al domingo siguiente, y me dijo que tenía muchas ganas de ver a su hijo después de tanto tiempo.

Aquella tarde fui a dar un paseo por la ciudad y vagabundeé por el mercadillo de Dartford. Parecía que la zona estaba muy concurrida, pero, en realidad, me dio la impresión de que casi nadie se detenía frente a los puestos. Confiaba en que el paseo me hiciera sentir mejor después de la llamada con mi padre; sin embargo, lo que me reconfortó fue pensar en Muddy. Vi un puesto del que colgaban varios pañuelos de un aro blanco y me pregunté si Muddy iba en serio cuando me dijo que tenía que sustituirle el que le había estropeado, si de verdad aquel era su favorito. Me parecía una crueldad no comprarle uno, incluso aunque hubiera estado de broma. Muddy se había ido con Finlay a Central Park a jugar al *rugby*, así que, cuando llegué a casa, me fui a mi cuarto y decidí escuchar música hasta que volviera. Escogí *The Miseducation of Lauryn Hill* y me salté la intro que imitaba el ambiente académico.

Había decidido que, como no estaba haciendo nada interesante mientras trabajaba en el Regal, seguiría con mi carrera de Periodismo Musical como bien pudiera. Hacer reseñas había sido una de las cosas que más me habían gustado en la carrera, así que me abrí una cuenta en Blogspot y empecé a repasar mi colección de CD para escribir una entrada sobre uno de ellos. Sin embargo, estaba tan emocionado por darle el pañuelo a Muddy que la misma euforia fue distracción suficiente. Muddy se emocionaba tanto con todo que me moría de ganas de verme atrapado en la calidez de su gratitud. Hacía unos pocos días que se le había roto uno de los oculares de los prismáticos. Finlay le había comprado un recambio y Muddy lo había abrazado, lo había levantado del suelo y se había puesto a dar vueltas mientras lo llamaba «mi colega del alma»; Finlay, por su parte, le había suplicado que lo soltara.

Me incorporé cuando oí que se abría la puerta de la entrada y oí sus pasos resonando en el suelo; al poco tiempo oí que cerraba la puerta de su cuarto. Pensé que sería mejor darle un par de minutos, pero acabé esperando una hora. De camino a su habitación me topé con huellas de barro viscoso. Cuando llamé a la puerta, respondió, con tono distraído:

—Perdóname por el desastre del pasillo, Chels. Dame un segundo y ahora lo limpio. ¡Estoy intentando salvar una vida!

—Muddy, soy yo, Harley —le dije tras aclararme la garganta—. Chelsea trabaja hasta tarde hoy.

—¡Hombre, hola! —me contestó—. Pasa, pasa.

La habitación estaba impecable, pero Muddy estaba hecho un desastre. Tenía la cara, las piernas y la camiseta de *rugby* a rayas blancas y azules cubiertas de tierra. Resultaba extraño que una

habitación que había sido mía durante tantos años tuviera un aspecto tan distinto y oliera tan diferente. Muddy había movido la cama de uno de los extremos del cuarto al otro, más cerca de la ventana; las ventanas ya no eran rojas, sino azules; y, junto a la puerta, había una cómoda nueva sobre la que había un par de mancuernas y un equipo de música.

—Gracias a Dios que eras tú —me dijo, girándose hacia mí. Muddy estaba inclinado junto a la repisa de la ventana y miraba hacia el interior de una caja de zapatos—. Creía que iba a caerme la bronca del siglo por el desastre que he montado.

—Sé que has estado jugando al *rugby* —le dije—, pero ¿por qué tienes la cara cubierta de barro?

—He estado dándole patadas a una lata —me dijo, y luego se echó a reír—. No, esto es lo que pasa cuanto te vas a ver búhos.

—¿Cómo?

—Pues que hace un par de noches hablé con mi abuelo por teléfono —me contestó—. Siempre hablamos de los pájaros que hemos visto y demás, entonces me dijo que había visto un cárabo común en la casita para búhos que tiene en el jardín. Al pobre la cabeza ya no le funciona como antes; seguramente lo vio hace siglos. Dudo de que la casita siga allí siquiera. Pero, bueno, el caso es que me recordó que apenas he visto búhos en estado salvaje. He visto un millón de lechuzas en la reserva natural de Elmley, pero ya está.

—¿Y cuántas veces sales de noche a ver aves?

Chasqueó los dedos y me señaló.

—Ese es el quid de la cuestión, que no salgo de noche. Así que metí la linterna y los prismáticos en la mochila y, después de entrenar con los chicos, me fui al bosque. Mira, no vi nada, joder. —Luego se giró hacia la caja de zapatos y murmuró—: Capullos escurridizos.

—¿Te has caído?

—De morros —me contestó—. Apunté algo con la linterna, intenté acercarme, y al suelo. Ahora me ducharé en cuanto vea qué hago con este pequeñín.

—¿Cómo que pequeñín?

Me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

—Échale un vistazo. —Me subí a la cama y le pregunté qué era—. Mientras salía del bosque iba apuntado con la linterna hacia el suelo y me he encontrado con este pequeñín. —Había un pájaro moviéndose por la caja junto a un cuenco de agua. Apenas era más grande que una piedrecita, tenía la carita blanca, las alas azules y el plumaje amarillo —. Creía que se había hecho daño, pero no le veo nada raro en las alas. La verdad es que no tenía mal aspecto, pero no se movía, ni hacía nada. Menos mal que tenía esta caja de zapatos en el maletero y nadie lo ha pisoteado. —Guardó silencio durante un instante y luego

me dijo—: ¿No te parece precioso?

—Sí, supongo.

—¿Cómo que «supongo»? —me dijo, volviéndose hacia mí—. Joder, míralo a la cara y dime que no se te parte el alma. —Volvió a girarse hacia la caja, y entonces le pregunté de qué clase de pájaro se trataba—. Es un herrerillo.

—Es monísimo, o monísima.

—Monísimo.

—¿Y cómo sabes que es macho?

—Para empezar, por la raya que tiene en la barriga —me contestó —. Es enorme.

—Ya —respondí—. Bueno, ¿y qué vas a hacer con él?

—No lo sé —respondió con un suspiro—. Mi idea era meterlo en la caja para que entrara en calor, darle un poquito de agua o algo, y esperar.

—¿No hay ningún sitio al que puedas llevarlo?

Me dijo que había pensado en llevarlo al centro de rescate de la zona, pero que prefería probar suerte en algún otro centro de Kent porque había tenido una mala experiencia en el primer sitio y porque quería que el pequeñín azul tuviera todas las papeletas posibles para sobrevivir.

—¿A lo mejor en el que hay en Sheerness? —preguntó—. No sé. Me he enamorado de él, pero no sé si quiero hacerme todo el camino solo. Más vale que el agua le siente bien y pueda volar, ¡o tendrá que largarse de aquí! —Muddy se acercó mucho al pájaro, que se retorció casi imperceptiblemente, y luego le dijo que era broma, que jamás le haría algo así—. Venga, pequeñín —le dijo entonces—. ¿Qué te pasa?

Hubo un profundo silencio durante el que Muddy se quedó mirando el pájaro.

—Oye, Muddy… —le dije, rozándole el brazo.

—Sí… —me respondió, con la mente en otra parte, pero luego se giró hacia mí—. Mierda, lo siento. Vienes a mi morada con algo rondándote la mente, y voy yo y me pongo a darte la tabarra con los putos pájaros. —Se acercó a gatas hasta el borde de la cama y dio unas palmaditas en el hueco que quedaba libre a su lado—. Cuéntame, Harley. ¿Cómo puedo ayudarte?

Me senté a su lado y, de repente, me sentí muy bobo.

—Te he comprado un pañuelo.

—¿Que qué? —me preguntó, enarcando una ceja.

Se lo repetí, me saqué el pañuelo del bolsillo y se lo tendí.

—Como te destrocé el otro, y me dijiste que era tu favorito…

—¡Joder! —dijo riéndose—. Me siento tontísimo. Estaba de broma. Perdona, es que nadie se toma en serio nada de lo que digo. Tengo un montón de pañuelos. —Cerré el puño y, cuando iba a guardarlo de

nuevo en el bolsillo, Muddy debió de percatarse de la expresión de tristeza o vergüenza que me cubría el rostro, así que me lo quitó de las manos—. Pero ¿sabes qué te digo? Que a partir de ahora este va a ser mi favorito. Voy a usarlo para todo: para sonarme los mocos, para guardar los sándwiches…

—Espero que no lo hagas en ese orden —le dije riéndome.

—¡Oye! Acabo de decirte que es mi favorito. A partir de ahora voy a usarlo para todo.

Le sonreí.

—¿Sabes? —le dije—. Si no te apetece ir solo al centro de rescate, y te parece bien, puedo ir contigo.

—¿Vas en serio? —me preguntó—. ¡Qué bien! Sería estupendo.

Me apoyó la mano en la rodilla y me la zarandeó un poco. Me morí un poco por dentro al ser consciente de la sonrisa que había logrado sacarme con aquel gesto. Fui a ponerme en pie, pero apoyé la mano sobre la suya sin querer. Muddy me miró, soltó una risita, y me dijo:

—Quieres darme la mano, ¿eh?

Esa noche, antes de que Chelsea volviera a casa, llenamos un cubo amarillo de agua caliente y Muddy trajo un trapo de felpa que se había dejado en su habitación la última vez que la había limpiado. Limpió el barro del suelo mientras sonaba el nuevo disco de Oasis en el reproductor de música. Se titulaba *Don't Believe the Truth*, y, mientras pasaba el trapo, me dijo:

—Este no está mal, pero aun así es muchísimo mejor que el último que sacaron. Menuda basura.

Hasta entonces creía que Oasis me daba bastante igual, pero su entusiasmo era tal que casi se me contagiaba.

—La única canción que me sé de ellos es *Wonderwall* —le contesté.

—No me dirás que eres fan de Blur —exclamó con un grito ahogado.

—Y si te dijera que sí, ¿qué? —le dije riéndome.

—Que tendríamos un problemón —me dijo, y rompió a reír—. Te aseguro que te sabes más canciones que la puta *Wonderwall*. Y, si no, acabarás sabiéndotelas gracias a mí —añadió, sacudiendo la cabeza con una sonrisa—. Ni uno solo de mis amigos se sabe solo *Wonderwall*.

Creía que me daba igual que el pájaro sobreviviera, pero comenzó a importarme cuando Muddy se presentó en mi cuarto a la mañana siguiente y me informó de que había llamado al centro de rescate de

Sheerness y que nos esperaban allí dentro de una hora. Me preguntó si me tocaba currar en el Regal y me dijo que, en caso de que sí, me llevaría luego en coche y que podía echarle las culpas por haber llegado tarde. Se había puesto unos pantalones cortos grises, una camiseta blanca y una camisa azul que llevaba desabrochada. Se le veía emocionado, no solo porque iba a llevar a cabo una buena acción, sino porque además iba a hacer algo que seguramente le parecía divertido.

Me encargué de sostener la caja de zapatos con el pájaro mientras salíamos de Dartford. Cuando circulábamos por la M2, bajo un cielo brillante y despejado, me dijo que le había puesto nombre. Miré en el interior de la caja; el pájaro movía levemente la carita blanca, pero nada más. Alcé la mirada y le pregunté a Muddy si le parecía buena idea.

—Sabes lo que pasa cuando les pones nombre, ¿no?

—La verdad es que ya le tengo bastante cariño —me contestó—. Por eso lo hice. —Después nos quedamos en silencio, y Muddy puso cara de desconcierto—. Ya veo, crees que estoy haciendo el bobo, ¿no? —Negué con la cabeza—. No, si no pasa nada. La gente se ríe de mí todo el tiempo. Sé que no me suelen tomar muy en serio, pero, mientras yo esté contento, me da igual. —Luego me sentí culpable, y creo que se dio cuenta. Me dio un codazo y me sonrió—. Me encantan los pájaros, puedes reírte de mí todo lo que quieras.

Justo cuando estábamos cruzando el río Medway, comenzó a sonar *Ocean Drive* de Lighthouse Family en la radio. Muddy se enderezó y empezó a sacudir la cabeza al ritmo de la música mientras golpeteaba el volante con los dedos.

—Menudo temazo —me dijo, y entonces se puso a cantar.

Al observarlo me pregunté si yo sería capaz de querer algo como lo hacía él, si existía algo por lo que fuera capaz de soportar los juicios de valor de los demás. ¿Acaso había algo en mi vida que mereciera que lo defendiera con uñas y dientes? De repente me pareció importante que Muddy no creyera que yo era una de esas personas que no se lo tomaban en serio.

—La verdad es que no creo que estés haciendo el bobo —le dije—. Es que… —Miré la caja y vi que el pájaro no estaba haciendo nada—. O sea…

—¿Crees que Colega no va a vivir para contarlo?

—¿Colega?

—Es el nombre que le he puesto.

—¿Por qué? —le pregunté riéndome.

—Porque es un colega, ¿no? —me contestó—. Bueno, al menos para mí lo es.

Hacía un día precioso. Aquella canción tan ligera y alegre

encapsulaba lo bien que me sentía al lado de Muddy, lo bien que me sentía por que alguien que iba a hacerse casi cincuenta kilómetros para salvar a un pájaro herido y moribundo me considerara su amigo. Teníamos las ventanillas bajadas y el viento le revolvía el pelo. Cada vez que le caía un mechón sobre los ojos, Muddy se lo apartaba diciéndole «vuelve a tu sitio». Era muy agradable observarlo: las manos grandes y rudas sobre el volante; las mangas subidas de cualquier manera, los vellos ondulados y marrones que las envolvían; la barriga que sobresalía por la cintura; la barba de tres días que le bordeaba los hoyuelos; el modo en que parecía emanar felicidad aun cuando hacía rato que había dejado de sonreír.

Al final no llegamos al centro de rescate. Colega murió unos veinte minutos después de que iniciáramos el viaje. Habíamos aparcado en una carretera estrecha de Chatham, y estábamos rodeados por un campo verde e inmenso.

—Bueno, a veces la vida es así —se lamentó Muddy, mirando hacia el capó del coche—. Al menos lo hemos intentado, ¿no?

—Lo siento.

—No lo sientas —me dijo con una sonrisa—. A veces me pongo sentimentaloide. —Miró por la ventana de su derecha hacia el bosque que había al otro lado del campo—. Deberíamos enterrarlo.

—¿Aquí?

—Sí —me contestó. Me dio una palmadita en el hombro y abrió la puerta—. Venga, vamos.

Me quedé al borde de la carretera y le vi trepar por un hueco estrecho que había en un seto cubierto por redes de ramas. Estuve a punto de caerme cuando lo seguí, de modo que me tendió la mano para que me agarrara y me dijo que tuviera cuidado.

Al llegar al bosque, las hojas de los árboles parecían trazadas en el cielo y varios haces de luz solar se colaban a través de ellas. Nos acercamos a un árbol, un árbol normal y corriente, pero la expresión de Muddy indicaba que ese era el árbol adecuado. Después de enterrar a Colega, a gatas, con las uñas llenas de tierra, Muddy se levantó, cerró los puños, se los llevó a la cadera y dijo:

—Bueno, pues ya está.

Mientras volvíamos hacia el coche, le pregunté por qué le ponían tan contento los pájaros. Muddy tenía las manos en los bolsillos y miraba hacia el cielo.

—Es por mi abuelo —me explicó—. Le encantan. De pequeño, después de que mi padre se largara, mi abuelo me lo contaba todo sobre los pájaros, me llevaba con él a verlos, y a santuarios y sitios por

el estilo. ¿Sabes eso de que a veces te vienen recuerdos de repente y te pones contentísimo? —Asentí—. Bueno, pues los míos suelen ser sobre él. Mi abuelo sabe un montón de cosas. Es capaz de reconocer un mirlo, un gorrión o un fringílido; vamos, cualquier ave, sin verla siquiera, solo con oírla. Es una puta leyenda. Él es el motivo por el que, cuando no estoy muy pendiente de en qué día vivo o en qué mes estamos y oigo un ruiseñor, sé que se acerca la primavera.

—¿De verdad hay veces que no sabes qué día es? —le pregunté, alzando la mirada.

—Bueno, no se puede estar pendiente de todo a todas horas, ¿no?

Antes de volver a casa, después de estar rebuscando bajo el asiento, Muddy metió *Definitely Maybe* en el reproductor del coche y me dijo que aquella iba a ser mi primera clase para expandir mis conocimientos sobre Oasis. Le dije que, en realidad, me sabía más canciones aparte de *Wonderwall*, pero Muddy me contestó que ya no había marcha atrás. Cuando le dio al *play*, el CD comenzó a fallar. Muddy dejó escapar un sonido de dolor y expulsó el disco. Luego lo sostuvo en el aire y lo giró hacia mí, con el rostro compungido; le puse la mano en el hombro para expresarle mis condolencias.

Ya cuando nos pusimos en marcha, escuchamos Radio 1 y Muddy empezó a cantar *Crazy Frog* de Axel F. Imitaba con precisión aquel sinsentido y no dejaba de sacudir el pelo, con unos movimientos de hombros exagerados. Entonces me miró, cerró el puño y me lo acercó a los labios como si fuera un micrófono. Muy a mi pesar, me puse a cantar.

CAPÍTULO CUATRO

Me pasé los días siguientes sin dejar de pensar en Muddy; era como llevar una mascota intangible a todas partes. Rondaba tantas veces por mi mente que empecé a preguntarme si era posible que fuera tan simpático conmigo porque me tenía un poco de lástima debido a las circunstancias en las que nos habíamos conocido. No obstante, cada vez que lo veía, mi mente se convertía en papel matamoscas, sobre todo cuando me sonreía, y todas esas imágenes de aquel chico adorable y desgarbado se quedaban pegadas a la superficie todo el tiempo que necesitaba. Aquellos pensamientos eran como regalos que me obsequiaba a mí mismo y que proporcionaban algo de luz en medio de la expectación del reencuentro con mi padre, que me había llamado otras dos veces con tono alegre para preguntarme por mi vida. Me hizo confirmarle que lo del domingo seguía en pie, e incluso me recordó su dirección, que era la de toda la vida.

El viernes anterior, cuando acabé un turno que, una vez más, había consistido en un par de horas incómodas y cargadas de ansiedad, me reuní con Chelsea y Finlay en el Bluewater. Aunque el centro comercial quedara a solo diez minutos, en Greenhithe, el comentario de Chelsea sobre la posibilidad de que se repitieran los atentados de Londres me había afectado mentalmente. De normal me gustaba subir a la planta superior de los autobuses para tener una vista aérea de los árboles, las praderas y las granjas junto a las que pasábamos. Sin embargo, aquella tarde, cuando me subí al autobús, me quedé en la planta de abajo, lo más cerca posible de la puerta.

En Bluewater entré en un HMV para rebuscar un poco con la intención de sustituir el disco que se le había roto a Muddy. Al final compré una copia de *(What's the Story) Morning Glory?* porque era uno de los dos únicos discos de Oasis que tenían en la tienda. Al salir de allí bajé las escaleras mecánicas para reunirme con Chelsea y Finlay, y decidí que iba a escuchar el disco; me emocioné muchísimo al imaginarme diciéndole a Muddy que no solo conocía las canciones que el grupo había sacado como sencillos, sino también todas las demás.

En la zona de restauración, Chelsea y Finlay estaban en la mesa del McDonald's, rodeados de bolsas de la compra. Chelsea estaba con el teléfono, apoyando la barbilla en la palma de la mano, y parecía muerta de aburrimiento; cuando me vio, Finlay le tiró de la manga de la sudadera gris y me hizo un gesto con la mano. Me preguntó qué llevaba en la bolsa, así que se lo dije.

—Primero los pájaros y ahora Oasis —comentó—. ¿Te das cuenta de lo que se trae Muddy entre manos? Te está moldeando a su imagen

y semejanza.

Me reí y le pregunté qué tenían pensado para el resto del día.

—Mira, de momento me voy a mear —contestó Chelsea—, y luego vamos a ir a ver *La guerra de los mundos* después de entrar en un par de tiendas más y cenar algo. Aún nos quedan tres horas.

—Uy, ¿es una cita? —les dije con una sonrisa.

—Solo si no te apetece apuntarte —me contestó Chelsea.

—Pero entonces se compra él su entrada, eh —añadió Finlay con tono jovial.

—Que sí —respondió Chelsea sin mirarlo siquiera—. Nadie espera que pagues nada, Finn. No te preocupes.

Finlay apartó la mirada, derrotado. Yo me puse un poco tenso y le dije a Chelsea que no pasaba nada, que cenaría con ellos y que luego me iría a casa. Chelsea se levantó, me acarició el brazo y me dijo que volvía enseguida. Me senté en su silla y, cuando desapareció, Finlay se quedó mirándome.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro.

—Tú hablas mucho con Chelsea, ¿no? —me preguntó—. Es tu mejor amiga, así que imagino que te lo cuenta todo.

—Supongo…

—¿Te ha dicho algo de mí? —Acercó la silla—. O sea, últimamente.

—¿A qué te refieres?

—No sé —me contestó—. Está un poco rara.

—¿En qué sentido?

Finn apartó la mirada y suspiró. Llevaba un chaleco fino negro y una camisa blanca que se le tensaba sobre los bíceps inmensos. Jugueteó con la cadena de plata que tenía en torno al cuello, moviéndola de un lado a otro.

—Está un poco rara conmigo —me explicó—. Ya no quiere hacer cosas de pareja.

—En plan, ¿que no quiere ir de la mano?

—Justo.

Finlay me caía bien. Además me parecía muy atractivo, pero imaginaba que aquella actitud amistosa que tenía conmigo se debía a que estaba saliendo con Chelsea. Era como si el agrado que sentía por mí fuera un aroma que se le había quedado pegado a la ropa. Al mismo tiempo, no me habría extrañado lo más mínimo que Chelsea fuera el único motivo por el que quería relacionarse conmigo. En el instituto había aprendido a recelar de la amabilidad de los hombres heteros. Durante aquellos años en los que era más joven y estaba menos solo, salía con grupitos de chicas, lo cual fascinaba a los otros chicos. La mayoría daban por hecho que me las estaba follando a

todas o que podía echarles un cable para que lo hicieran ellos. El caso era que, desde entonces, me pasaba gran parte del tiempo diseccionando la amabilidad de los hombres y poniéndola bajo la luz para examinar su autenticidad.

No sabía qué decirle a Finlay sobre Chelsea, así que le pregunté si había hablado del tema con ella. Desde que la conocía, Chelsea solo había tenido otros tres novios, y de los tres se había cansado; había dejado pudrirse aquellas relaciones, como si fueran plantas a las que les negaba el sustento; poco a poco se iba mostrando más fría, respondía a los mensajes muy de vez en cuando y llamaba aún menos. Me pregunté si el motivo por el que se había mostrado tan desdeñosa con Finlay se debía a que tenía intención de cortar con él y que le daba igual que madurara o no.

—O sea, que sí hay un tema del que hablar, ¿no? —me preguntó. Guardé silencio, y Finn no dejó de mirarme al tiempo que se le suavizaba la expresión de esos ojos azules pálidos—. Venga, hombre, tienes que contármelo si hay algo que…

—Vale —le dije—. Voy a decirte una cosa, pero no puedes preguntarme nada más. Bajo ningún concepto.

—Vale.

—Hablo en serio —insistí—. Ni una sola pregunta.

—Vale, hombre, que lo he entendido.

Me quedé callado durante un instante, y luego le dije:

—Madurez.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué hemos dicho de hacer más preguntas?

—Pero… —dijo riéndose—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Que sea más serio? Sin problema. Vale. ¿Qué más te ha dicho?

—Mira, Finlay, creo que no estás entendiendo lo de no hacer más preguntas.

—Venga, macho —insistió—. Échame un cable.

—A ver —suspiré—. Chelsea nunca ha sido de las que les gustan las muestras de cariño en público. De hecho, me sorprende bastante que las hubiera al principio.

—Menuda gilipollez —me contestó—. A ti en el piso no dejaba de tocarte.

—No creo que sea lo mismo, ¿no?

Finlay se recostó en la silla y golpeteó los dedos sobre la mesa.

—Bueno, pues si quiere que sea más serio, no debería ser tan difícil, ¿no crees? No me cuesta nada.

—Me alegro por ti —le dije asintiendo.

Yo jamás había tenido una relación. Al menos no una como la que tenían Chelsea y Finlay. A los diecisiete había empezado a quedar con un hombre que se llamaba Paul, que me doblaba la edad. Había

publicado un anuncio en internet en el que decía que estaba buscando a alguien joven, obediente y, lo más importante de todo, negro. De modo que, cuando le contesté explicándole mi aspecto con detalle, me respondió con una foto con una iluminación pésima de su polla flácida. Vivía a unos cuantos pueblos de distancia, en Gravesend, y, al final de casi todos los días laborables, me subía a un tren e iba hasta su apartamento. El tipo estaba calvo, gordo —tenía cierto parecido a Winston Churchill— y siempre olía a tabaco. Me lo imaginaba perfectamente bebiéndose una cerveza en cualquier pub y riéndose del comentario racista de turno que había soltado alguien, pero el caso era que aquel hombre tenía un fetiche con los negros jóvenes. Para demostrarme a mí mismo que, después de pasarme la adolescencia solo, podía ser objeto de deseo, que alguien podía apreciarme, estuve dispuesto a someterme y alimentar ese fetiche.

Le pregunté a Finlay que por qué no le había preguntado a Chelsea si pasaba algo.

—Pues porque entonces me respondería —me contestó.

—¿Y no es lo que quieres?

—Bueno, sí —me dijo—. Pero no, porque puede que quiera intentar ponerle remedio a la situación, ¿sabes? O a lo mejor me manda a la mierda; pero, aún no lo ha hecho, así que prefiero dejar las cosas como están y que no se enfade.

—A ver, yo solo te digo que estás lo bastante rayado como para preguntarme a mí por el tema cuando ni siquiera me conoces.

—Ya, bueno —se excusó—, pero es que a ti te cuenta cosas que a mí no, ¿no? Y no sé por qué, pero Nor sigue pensando que soy un imbécil, así que tampoco puedo preguntárselo a ella. Creía que podría sacarte un poco de información porque sé que a las chicas os gusta cotillear y tal. —Me guiñó—. Ojo, que no digo que seas una chica, pero, ya sabes, te acercas bastante.

Me quedé mirándolo durante un momento.

—Madre mía, lo que me va a costar que me caigas bien.

—¿No te caigo bien? —me preguntó, encogiéndose de hombros—. Ya cambiarás de idea. Le pasa a todo el mundo.

—¿Seguro? —le dije—. Dicen por ahí que Noria cree que eres idiota.

—Joder, eso ha sido un golpe bajo.

—Bueno, ¿te puedo hacer yo una pregunta? —Finlay asintió—. Es que me da curiosidad saber cómo lo lleváis Muddy y tú.

—¿A qué te refieres?

—Pues, a ver, tú estás saliendo con su ex —le respondí—, y Chelsea sigue viviendo con él. ¿No se os hace raro?

—Para nada —dijo riéndose. Yo enarqué una ceja—. Mira, adoro a Mudzy, pero el chico es un poco raro en lo que respecta a mujeres. Le

cuesta horrores empezar a salir con nadie; y sí, Chels y él estuvieron saliendo durante una temporada, pero Chels también me dijo que ni la tocó. Al principio ni siquiera sabía que habían estado juntos; Muddy se lo tuvo bastante callado. Y yo a Chels la conocí una noche que salí con los colegas. Me pareció que estaba bastante buena, así que me dije «joder, a esa sí que le hacía un favor».

—Todo un galán.

Finlay sacudió la cabeza, sin dejar de reírse.

—Mud y yo tuvimos una charla, y me dijo que no estaba enfadado.

—¿En serio?

—Sí —me contestó—. Supongo que a nosotros nos vino bien. No es nada incómodo y podemos seguir siendo amigos. De todos modos, ahora está saliendo con Nor después de que lo obligara a animarse de una vez por todas.

—¿Que lo obligaste?

—Es que es huevón, ¿eh? —me contestó Finlay—. Chels nos obligó a ir a ver *Boogeyman* hace un par de meses; pensamos que no estaría mal invitar a Nor para ver qué pasaba. El pobre Muddy no estaba al tanto de nada. Cuando acabó la peli tuve que ponerme serio con él: «Pero ¿cómo es posible que no te estés dando cuenta de que te hemos organizado una cita? Por el amor de Dios, ¡deja de hablar de los putos pájaros y dile que tiene un pelo muy bonito o algo por el estilo!».

—O sea, que lo que estás queriendo decirme es que has sido su alcahuete desde que le robaste la novia.

—Yo no le robé nada —me dijo, mirándome muy serio—. Siendo justos, no sé qué sería de Mud si no fuera por mí. El muy cazurro se cree que puede salir de su cueva, plantarse con ese coche que parece sacado de *Los Picapiedra* y quedarse con nuestras mujeres; no entiende que aquí no puede dejarlas KO con un garrote y llevárselas a su cueva.

—Finlay —le dije mirándolo con curiosidad—. ¿Tú te oyes cuando hablas?

—Sí, ¿por?

—Solo quería asegurarme.

Cuando Chelsea regresó, Finlay se ofreció a llevarle las bolsas y, como un bruto, se las quitó de las manos en cuanto hizo amago de ir a por ellas. Chelsea apartó el brazo de golpe y le preguntó qué se pensaba que estaba haciendo, a lo que él le respondió que ese día se sentía más maduro.

—Ni que fueras un queso —le contestó Chelsea.

Como Finlay no respondió, Chelsea se adelantó varios pasos.

Pensaba unirme a ella cuando Finlay me frenó con el brazo y me dijo que lo ayudara con las bolsas.

—Ah —le contesté—. Es que pensaba que ibas a llevarlas tú todas.

—No me vengas con esas, listillo —me contestó—. Anda, toma un

par.

Chelsea nos indicó con la mano que metiéramos el turbo. Finlay le sonrió y luego, apretando los dientes, me dijo:

—Si es que me odia, joder. No ha sonreído en todo el día hasta que has llegado.

—Suelo causar ese efecto en las mujeres.

—Pues no es justo —me contestó—. ¿Para qué lo necesitas?

—Que estoy de broma.

—Pero no has dicho ninguna mentira, ¿verdad?

—Creo que estarías menos hostil —le dije, poniendo los ojos en blanco—, si dejaras de buscar trucos mágicos y hablaras con ella.

—No, voy a tope con esta gilipollez de la madurez; ya verás tú.

—No digas tonterías, Finlay, ¿por qué no…?

—Mira, ya está, eh.

—Pues si no quieres hablar con ella, a lo mejor te mereces sentir que te odia.

—¿Sabes que eres un poco capullo?

Antes de que subieran a la segunda planta del centro comercial a ver la película, le pregunté a Chelsea si le importaba acompañarme a ver a mi padre el domingo porque me daba miedo. Ella estaba tan desconcertada como yo ante el tono simpático de las llamadas, y me dijo que claro que iría; luego añadió, a modo de broma, que se pelearía con él si intentaba pasarse de la raya. Me reí al oírlo. Mi padre no era un hombre violento. De hecho, gran parte de mi infancia se caracterizaba porque mi padre no me había tocado jamás.

Con frecuencia me sentía como una planta que mi padre nunca había querido tener; algo que un amigo le había dado a principios de los ochenta y que se había quedado solo porque le debía un favor.

La primera vez que me fui a vivir con Chelsea fue a los pocos días de cumplir los dieciocho. A ella le dije que mi padre me había echado de casa, pero era mentira. Más bien me había planteado una elección. Una noche volví a casa del trabajo con Darren, el escocés. Estaba muy contento de que hubiéramos mantenido la amistad aun con lo homófobo que era mi padre. Me pasé varias semanas después del incidente disculpándome con desesperación, pero Darren siempre insistía en que le habían dicho cosas peores y, la verdad era que no parecía tan molesto como yo. Era el único chico abiertamente gay al que conocía. Por aquel entonces ya había salido del armario y me

sentía gay, pero sin darle demasiadas vueltas al tema; era como si portara mi identidad en las manos pero no estuviera haciendo nada con ella.

Darren estaba a punto de volver a Escocia; había estado viviendo en casa de una tía, a unas cuantas calles de la casa que tenía mi padre en Crayford. Aquel había sido su último día en el Regal, y estábamos en mi calle, manteniendo una conversación sobre el futuro. Darren me había dicho en numerosas ocasiones que quería ser actor, cantante, bailarín, dramaturgo y modelo; yo le había dicho que quería escribir una reseña —de lo que fuera— para alguna revista importante británica. Me preguntó si me había planteado estudiar Periodismo; yo me reí y le dije que la universidad jamás había sido una opción para mí. Cuando me preguntó el porqué, le enumeré los distintos motivos: el dinero, el miedo y la falta de talento, entre otros. Al oírlo fue él quien rompió a reír. «Esos no son motivos reales, Harley», me contestó. Antes de que me diera tiempo a defenderme y decirle que sí lo eran, Darren me animó a que le diera un par de vueltas; y al final me tiré dos años pensando en el tema. Aquella noche se despidió de mí con un abrazo largo y fuerte, apoyando la nariz contra mi cuello.

Siempre me pongo nostálgico cuando pienso en Darren. Cuando coincidíamos en el mismo turno, a veces lo observaba, con su pelo corto inmaculado, la poca barba que tenía y la cara un poco pálida, y me imaginaba que éramos novios. Creía que sería muy fácil salir con alguien a quien no tuvieras que explicarle las dificultades y los miedos relacionados con la sexualidad, con alguien que no solo los comprendiera, sino que además hubiera pasado por lo mismo. Me imaginaba que sería maravilloso compartir esa experiencia y ser algo más que amigos. Me habría gustado que hubiera habido pruebas sólidas de que éramos amigos, pero Darren ya solo existía en mis recuerdos.

Mi padre nos había estado observando desde el mirador. Cuando entré en casa, me lo encontré sentado en el salón, con las manos juntas y la cabeza gacha; las huesos y las venas del cuello se le marcaban de un modo espantoso. Había sentido lo enfadado que estaba antes de meter la llave en la cerradura siquiera. Me quedé en la puerta durante unos segundos hasta que mi padre alzó la mirada y me dijo:

—Harley, no podemos seguir así.

Cuando le pregunté a qué se refería, soltó un gruñido y dio una palmada sobre la mesita auxiliar; la Biblia diminuta que tenía siempre allí cayó al suelo. Mi padre creía que todo lo relacionado con lo queer era cosa de blancos, de modo que, al ver que Darren y yo nos habíamos abrazado, se había puesto hecho una furia. Era como si, de repente, todo lo que le había dicho desde que tenía dieciséis años

hubiera adoptado una forma reconocible, o como si fuera un idioma que, de repente, se había traducido a otro que él era capaz de entender—. No permitiré que te comportes de un modo tan repulsivo —prosiguió—. Me niego a que te conviertas en eso. ¿Me estás oyendo? Me niego.

Jamás me había parado a pensar que pudiera haber tantos matices en el acto de que te rompieran el corazón, ni que una ruptura pudiera ser más violenta o superior a otra. Aquel día me di cuenta de que cuando te lo rompía un familiar era distinto; no se parecía a como me imaginaba que era una ruptura romántica, donde la vulnerabilidad era lo que te destrozaba, lo que te volvía vulnerable al terrorismo emocional. No hacía falta que te mostraras vulnerable para que el dolor infligido por un miembro de tu familia te destrozara; era tan poderoso que atravesaba cualquier muro que hubieras podido alzar o cualquier distancia emocional que hubieras podido poner de por medio, porque en ese momento comenzabas a comprender que a veces el amor no era tan incondicional como pensabas. Sin mi padre no me quedaba nadie; me había criado él solo, por lo que la única respuesta a aquel dolor era fortalecerte y soportar aquel vitriolo. No había contraataque ni arrebato que pudiera camuflar el hecho de que la única persona en todo el mundo que estaba obligada a quererte no lo hacía, o que al menos no te quería tal y como eras. Era como quedar atrapado en una trampa para osos oxidada, con la piel desgarrada y la sangre acumulándose alrededor de tu pie, y que la única persona que podía ayudarte se quedara ahí plantada, examinando tu vida, evaluando si merecía la pena salvarte.

Después me dijo que había estado rezando por mí; que hacía años que rezaba por mí.

—Mira tu vida, Harley —prosiguió. Para entonces ya estaba hablando en twi en su mayor parte—. ¿Quieres convertirte en un sodomita? «Soy gay, papá. Soy gay». ¡Creía que lo decías de broma! No te hice ni caso. ¿Por qué iba a hacerlo? Mi hijo no es débil, no es un sodomita, no es homosexual. El diablo se ha apoderado de ti y te ha acogido entre sus brazos para controlarte. Aun así quiero intentar ayudarte porque no quiero que vayas al infierno.

Sé que lloré, pero que no quise que mi padre se percatara de ello enjugándome las lágrimas. Aunque él también estuviera llorando, habría parecido que yo era el débil. Luego mi padre insistió para que fuera a la iglesia con él y que rezáramos juntos.

Sin embargo, durante los dos últimos años había iniciado el proceso de recomponerme en el que había tratado de entenderme, sin preocuparme de lo que pensaran los demás. Rezar por mi salvación no era una opción, de modo que me fui de allí, dejando atrás todas mis pertenencias.

Al día siguiente tenía turno de mañana en el Regal, de modo que me dije que, si no iba a tener dónde caerme muerto, al menos podía concederme a mí mismo un último día de normalidad; a fin de cuentas, llevaba la misma ropa. Recorrí Crayford y Dartford durante casi toda la noche, y los puestos de kebab, los supermercados y las casas se convirtieron en colinas y llanuras vacías cubiertas de hierba. Al final llegué al Regal y me pasé la noche frente al edificio. Tuve suerte y fue Chelsea a abrir los cines por la mañana. Yo estaba aturdido; el reflejo que se veía en la ventana estaba agotado y desaliñado. Chelsea me miró durante un instante, confundida, y luego me abrazó. Después abrió las puertas y me llevó al despacho, donde me preparó una taza de té.

CAPÍTULO CINCO

A Finlay se le ocurrió que fuéramos todos al pub aquel jueves por la noche. Muddy terminó su turno dos horas antes de que yo terminara el mío y me esperó con el coche para ir juntos al Shakermaker' Arms, que estaba en el centro. Chelsea estaba haciendo un turno de trece horas porque Eddie la estaba formando para un posible ascenso a subgerente y nos dijo que ya iría más tarde.

Sonaba rap a todo trapo desde el coche de Muddy cuando salí a la calle para encontrarme con él. Muddy estaba comiéndose un sándwich a bocados lentos, con expresión confundida. En cuanto me vio se acercó con el coche, apagó la música y me saludó levantando dos dedos.

Entré en el vehículo mientras Muddy rebuscaba algo en la guantera y me enseñó un disco: *Hard Core*, de Lil' Kim.

—¿Qué pasa, hombre? —me dijo—. Me apetecía poner un poco de hiphop. Ayer me encontré en una de las tiendas de segunda mano del centro y me salió tirado de precio: cincuenta peniques. Me pareció que la chica que salía en la carátula estaba bastante buenorra, así que me dije «¿por qué no?». Además, me dijiste que sobre todo te gustaban las cantantes, ¿no? ¿Este lo has escuchado?

Estaba encantado de que la conversación que habíamos mantenido la semana anterior no hubiera sido una charla insustancial y que la hubiera retomado.

—Es un clásico —le contesté—. ¿Qué te ha parecido?

—Bueno —respondió, con una mueca—. Solo llevo tres canciones.

—¿No te entusiasma?

—No es que no me entusiasme —se defendió—, pero la primera va de un tipo que se hace una paja en un cine o algo así, ¿no? Y luego… bueno, parece que le encanta hablar de pollas, ¿no?

—Sí —dije riéndome—, pero es que de eso va el disco, de la autonomía sexual.

—¿A qué te refieres?

—Básicamente va de que está recuperando el control sobre su sexualidad.

—¿Se lo robaron?

—No —le dije, y me di la vuelta para mirarlo—. A ver, en el hiphop las referencias que se hacen al cuerpo de las mujeres siempre son para cosificarlas o para controlarlas. Aquí lo que está diciendo es: «Voy a follarme a quien quiera donde quiera».

—Vale, vale —me contestó—, bueno, pues me alegro por ella, pero, si te soy sincero, me sigue pareciendo que habla demasiado de pollas.

—Bueno —le dije riéndome—. Si te es imposible obviar todas las referencias al sexo, al menos el disco es una pasada en lo que respecta a la producción.

—Ahí tienes razón —me contestó—, me ha puesto a mover las caderas.

Luego le conté que había comprado un disco de Oasis en Bluewater. Muddy dejó escapar un grito ahogado, me dio una palmada en el hombro y me dijo que era una leyenda. Le dije que, no sabía cómo, pero que ya había escuchado la mayoría de las canciones, incluso las que no habían lanzado como sencillos.

—Pues claro —exclamó, sin soltarme el hombro—. Vendieron veinte millones de discos, y tuvieron cuatro canciones en el *top* tres. Tendrías que vivir debajo de una puta roca para no haberlas oído nunca.

Luego me contó que, en el verano de 2002, Finlay y él habían ido a un concierto suyo en Finsbury Park, y que Finlay le había dejado tirado por una chica que llevaba un crop top con la Union Jack que se había pasado la mayor parte del concierto a hombros de Finlay. Muddy había acabado encontrando a un grupo de chicos que habían ido hasta allí desde Mánchester, y que aún seguía en contacto con ellos.

—Pero ¿sabes qué? —me dijo entonces—. Tendrías que haberme preguntado primero antes de tomar esta clase de decisiones. Podría haberte guiado por los caminos de Oasis. —Juntó los dedos y los agitó en el aire—. ¿Sabes lo que te quiero decir?

—Creo que no.

—Que deberías haber empezado por el principio. No puedes empezar por el segundo disco como si fueras un puto pirado.

Finlay estaba sentado solo en la terraza del Shakermaker. Llevaba un polo, pantalones cortos azul marino y unas zapatillas blancas. Cuando nos vio se levantó, le chocó la mano a Muddy y me saludó con un asentimiento de la cabeza. Luego le preguntó a Muddy qué quería beber; después de responder, Muddy me miró a mí.

—Ah, Chels siempre dice que Harley no bebe —le explicó Finlay.

—A ver, tampoco hace falta que se tome nada con alcohol, ¿no, Finners? —le echó en cara Muddy—. A lo mejor le apetece una Coca-Cola o algo. ¿Te apetece una Coca-Cola?

Enarqué una ceja. Me sentía como si fueran mis niñeras; aun así, asentí.

Muddy y yo nos sentamos el uno en frente del otro y Finlay entró en el local.

—No tengo ni idea de qué mosca le ha picado —me dijo.

—¿A qué te refieres?

—A ver, normalmente forma parte de la cofradía del puño cerrado,

y nunca quiere pagar nada. Pero míralo ahora, invitándonos a una ronda y todo.

—Supongo que está intentando ser más maduro.

—¿Finners? —exclamó, echándose hacia atrás y soltando una risa aguda—. ¿Maduro? ¿El muy cafre? Esa sí que es buena. No sabría lo que es la madurez ni aunque le cruzara la cara de un bofetón.

Finlay regresó, dejó las bebidas frente a nosotros y se sentó al lado de Muddy. Luego le dio una palmada en la espalda y le preguntó si Noria aún estaba dándole la lata con lo del set de cuidados de la piel.

—Me ha dicho que no piensa acostarse con un chico que tiene la piel seca y sucia —le dijo Muddy, y dicho esto se pasó la mano por la cara y se miró la palma—. Y ahora le ha dado por el gimnasio.

—A lo mejor deberías hacerle caso —le dijo Finlay, que se rio y le apretó la panza—. Si corrieras un par de horas en la cinta conmigo e hicieras unas cuantas sentadillas…

—Oye —le increpó Muddy, que le apartó la mano de un golpe—, vete a la mierda. Dijiste que dejarías de meterte con mi peso cuando me regalaste las mancuernas por el cumpleaños.

—Pero es que tienes que empezar a ejercitar con ellas.

—Ni en sueños —le contestó Muddy—. Mira, tengo tripita, y me encanta, así que déjame en paz. —Finlay se rio y alzó las manos, indicándole que se rendía—. Además, a Harley le gusta, ¿verdad, colega?

Ambos se quedaron mirándome.

—¿Que qué? —preguntó Finlay, y dicho esto le levantó la camiseta a Muddy—. ¿De verdad te gusta?

Asentí sonriendo y me encogí ligeramente de hombros.

Muddy me guiñó un ojo, y volvió a apartarle la mano a Finlay, que se cruzó de brazos y dijo:

—Pues no me parece justo. Cuando yo tenía tripa, la gente me trataba fatal.

—Ya —le dije—, seguro que era por la tripa. —Finlay me hizo un corte de mangas—. ¿Por qué no te pones las cremas? —le pregunté a Muddy.

—Porque me parece una gilipollez —me contestó. Luego se sacó un tubito naranja del bolsillo y lo dejó sobre la mesa. Me lo acerqué. En la etiqueta ponía: «Loción hidratante antienvejecimiento para pieles apagadas y secas»—. Hay de todo en la caja que me compró —continuó—. Hasta una puta mascarilla facial. ¿Cuándo coño voy a ponérmela? Y, a ver, ¿desde cuándo el agua y el jabón de toda la vida ya no valen? Siento que me estoy quedando atrás. Están todos los metrosexuales dando la lata. Pues bien por ellos, pero yo no tengo paciencia, joder. Son todo gilipolleces, ¿no?

—Mira que eres rarito —le contestó Finlay—, solo te están

pidiendo que te pongas un poquito de crema para follar, y tú pasas.

—Si te soy sincero, no sé si me apetece siquiera —dijo Muddy entonces—. Me da igual que no quiera acostarse conmigo.

—No entiendo cómo es posible que una chica como Nor haya acabado contigo —le preguntó Finlay— y que tú ahora me salgas con esas gilipolleces.

—Tengo que sentir algo antes de poder hacer nada —se defendió Muddy—. ¿Sabes lo que te quiero decir?

—¿Qué? —exclamó Finlay—. ¿Incluso con ella? Menuda tontería. Acuérdate de aquella vez en el piso de Kenny el Colgao. ¿No te tiraste a Cassie en los arbustos junto al parque? No creo que estuvieras lo bastante sobrio como para sentir algo por ella.

—Bah, déjame en paz —le contestó Muddy—. Tenía diecisiete años, joder. Quiero pensar que he madurado un poco desde entonces.

Siguieron en ese plan durante un rato en el que Finlay se dedicó a desenterrar fragmentos de la historia de Muddy que no encajaban con la persona en la que se había convertido.

—Jamás hay que dejar pasar la oportunidad de echar un polvo, chicos —sentenció Finlay.

Muddy y yo nos quedamos mirándolo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No, no está bien —contestó Muddy—. Debe de faltarle algún tornillo; pero incluso la gente a la que le faltan varios tornillos no suelta tanta mierda por la boca.

Cuando llegaron Chelsea y Noria, yo estaba dentro del local, sentado en un taburete, viendo a Muddy y a Finlay jugar a los dardos. No dejaban de saltar el uno encima del otro cada vez que intentaban apuntar hacia la diana. Muddy y yo salimos para saludarlas, y Finlay fue al baño.

—Mira, Chels, estás obsesionada —le estaba diciendo Noria—. ¿Puedes relajarte un poquito?

—Que no —insistía Chelsea—. Escúchame, cielo: ya te lo he dicho, he leído que va a volver a pasar.

—¿Y dónde lo has leído?

—No sé, en un periódico o algo —contestó—, pero va a pasar otra vez; y ninguno de nosotros está a salvo.

—No va a pasar nada —le aseguró Noria, y luego, cuando nos vio a Muddy y a mí, añadió—: ¿Alguien puede invitar a esta chica a una copa? Está fuera de sí.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Muddy mientras las abrazaba.

—Sigue erre que erre con lo que pasó en Londres —le explicó Noria—, me ha obligado a venir a pie.

—A ver, estamos todos un poco asustados —le dijo Muddy a Chelsea—, pero, joder…

—Lo digo en serio, chicos —insistió ella—. No pienso volver a subirme a un autobús en toda mi vida. De hecho, creo que paso totalmente del transporte público. No va en broma. Nunca se sabe cuándo vas a coincidir con alguien que de repente piense: «¿Sabes qué te digo? Que a la mierda todo». Mud, necesito que me enseñes a conducir.

Muddy se rio y la agarró del hombro.

—Creo que primero necesitas una copa, cielo —le dijo—. ¿Qué te apetece?

Chelsea y Noria contestaron que querían una botella de tinto para las dos, y luego se sentaron junto a mí, una a cada lado, en una mesa de la terraza. Antes de que Muddy volviera a entrar en el pub, le echó un vistazo al karaoke, que estaba a unos pocos metros de la barra.

—¿Alguien se anima a cantar conmigo? —preguntó.

Esperó con una sonrisa de oreja a oreja a que alguien respondiera. La ilusión de su expresión me hizo sentir muy ligero; si no hubiera tenido la costumbre de agarrarme a las cosas (las patas de las sillas, los bordes de las mesas) cuando no sabía qué hacer con las manos, habría salido de allí flotando en una nube de lo mucho que lo quería.

—Eres un pesado —le dijo Chelsea. Luego añadió, dirigiéndose a mí—: Siempre pregunta lo mismo cada vez que venimos.

—Bueno, ¿y por qué nadie quiere cantar conmigo?

—Ve tú solo —le contestó Noria riéndose.

—Pero así es menos divertido, Nor —respondió él—. Siempre he pensado que estaría guay que hiciéramos un dueto o algo. Un toma y daca, rollo Sonny y Cher o cualquier pareja por el estilo.

—Mud, cielo —le dijo Noria, bajando los párpados y con tono cansado—. Creo que vas a tener que cantar sin mí, ¿vale? Yo he venido aquí a beber.

—Comprensible —respondió Muddy. Entonces chasqueó los dedos y me señaló—. ¿Tú qué dices, Harles? —Me quedé mirándolo, perplejo; no me veía capaz de soltarme y subir a cantar—. Pues que os den —sentenció—. Me voy a por vuestras copas.

—Es muy mono, ¿no? —comentó Chelsea cuando Muddy se hubo alejado.

—Monísimo —contestó Noria—. Me sabe fatal, pero es que me niego.

Cuando ya estuvimos todos en la mesa, Chelsea nos contó que Eddie se había quedado tan impresionado con lo bien que había gestionado los turnos esa semana, que le había pedido que trabajara

como subgerente en otro establecimiento del centro de Londres. Muddy le guiñó un ojo, asintió, le sonrió y levantó la mano para que le chocara los cinco; Noria tenía la barbilla apoyada en la mano y le sonreía con ojos cariñosos, sin dejar de parpadear. Yo me emocioné muchísimo por ella; resultaba fascinante ver que a una amiga le iban bien las cosas.

—Pero no sé si estoy cómoda yendo a Londres todos los días —añadió luego, bajando la vista hacia la mesa.

Fue la primera vez que atribuí los miedos de Chelsea no a una paranoia, sino a que tenía ansiedad.

—No te va a pasar nada —le contestó Finlay, de un modo que había sonado frívolo, aunque, según sospechaba, no era intencionado.

Entonces estiró la mano por encima de la mesa, le revolvió el pelo con fuerza y la despeinó mientras le decía lo orgulloso que estaba de ella.

El gesto sobresaltó a Noria, cuya mirada fue de Finlay a Chelsea.

—¿Acaba de…?

Chelsea dejó escapar un suspiro y le dijo que no a Noria con la cabeza, con los ojos cerrados; todo mientras se arreglaba el pelo. Nos quedamos todos callados, mirando a Finlay, que no parecía comprender aquel cambio en el ambiente.

—¿Qué pasa? —preguntó Finlay, mirando a Muddy, que ya iba un poco pedo—. ¿Que ya ni puedo tocarla?

—No puedes tocarle el pelo así como si nada —le dijo Muddy—. Una vez metí la nariz en el pelo de Nor… ¿Verdad, Nor? Porque olía superbién, y ella me dijo que no lo hiciera ni de coña. —Le clavó el dedo a Finlay en el brazo; le pesaban los párpados—. ¡No le toques el puto pelo! Si no puedes contenerte, tócamelo a mí. Venga.

—Mira, que os den a todos —contestó Finlay, y se levantó de la mesa con su jarra de cerveza.

Aún arreglándose el pelo, Chelsea la preguntó a Noria si le importaba acompañarme a lo de mi padre porque, ya que iba a pasarse la semana en Londres, se quedaría a dormir en casa de sus padres, que vivían mucho más cerca, en Bexley.

—Ay, lo siento, Harles —me dijo Noria—. Le dije a mi padre que iría a la iglesia con él. Ya sabes cómo son las cosas con él; yo alabo a Dios durante un par de horas, y él no me da la tabarra con el alquiler. Es lo que toca para no discutir, y necesito que haya paz.

Luego Chelsea miró a Muddy, que estaba limpiándose las uñas con tanta concentración que hasta sacaba la lengua.

—¿Y tú, Mud?

—¿Qué pasa, cielo? —respondió sin alzar la vista.

—¿Tienes planes para el domingo? —le preguntó—. Harley tiene que ir a ver a su padre. ¿Te importa acompañarlo para que tenga

apoyo moral? —Chelsea me miró y me rozó los nudillos con los dedos —. Si a ti te parece bien, claro, Harley. Sé que acabáis de conoceros, pero preferiría que no fueras solo.

—Pues claro —contestó Muddy, con los ojos muy abiertos—. Te llevo encantado. ¿A qué hora tienes que estar allí? Tengo curro hasta la una, pero luego puedo ir directo al piso.

—No te preocupes —le dijo Chelsea—, os quito a los dos de la lista de turnos, pero me aseguraré de que cobréis.

—¡Toma ya! —exclamó Muddy—. Tiempo libre y una bonita reunión familiar. ¡Qué guay!

—Para nada, Mudd —le contestó Chelsea—. No va a ser la reunión que te esperas.

—Ah, ¿no?

—¿Qué quiere tu padre? —me preguntó Noria, apoyándome una mano en el hombro.

—No lo sé —le dije—. Me ha llamado varias veces y parecía que tenía muchas ganas de verme. No me fío, evidentemente, pero sonaba contento por teléfono. A lo mejor es que se siente solo.

—O a lo mejor se está muriendo —sugirió Noria.

—¿Tú crees?

—Puede —contestó—. Si mis padres me dijeran todo lo que el tuyo te ha dicho a ti, me marcaría un Mariah Carey, me emanciparía como Mimi, y no volverían a verme el pelo. Sin pensármelo dos veces. Y te aseguro que solo regresaría para desconectarlos de la máquina.

Conocía muy bien a los padres de Noria y a menudo me sorprendía que aun siendo tan africanos como mi padre, eran mucho menos hostiles, aun cuando en ambas familias la religión era algo crucial. En una ocasión su padre me había preguntado si tenía novio. Me quedé helado, aterrorizado, pero al final le respondí que no, y él me dijo que ya encontraría a alguien, riéndose. Después de aquel suceso, me pregunté si era posible que estuviera tan cómodo con el tema porque no formaba parte de su familia.

—Ay —se lamentó Muddy—, no quería meter la pata. —Se levantó de la mesa y se estiró—. Pues nos vamos el domingo cuando me digas, hombre —me dijo con una sonrisa, y yo se la devolví—. Bueno, voy a ver dónde se ha metido ese liante.

Chelsea y Noria se pidieron otra botella de vino y se emborracharon muy rápido. Noria me metió los dedos en el pelo y me dijo que quería volver a trenzármelo. Chelsea le preguntó si también se lo podía trenzar a ella, y Noria le dijo que se lo trenzara si quería, pero que ella pasaba. Luego Chelsea se puso a darle vueltas a la idea de romper con

Finlay, y aquello pareció animarla.

—¿Veis a lo que me refiero? —nos dijo—. Es un completo idiota, llevo siglos pensándome si quiero seguir con él. Y vale, sí, es muy mono, pero es que me da igual, joder. No me apetece acostarme con un puto payaso.

Noria le dio varias vueltas al vino que le quedaba en la copa.

—Sabes lo que tienes que hacer si te quedas con él, ¿no? —le preguntó arrastrando las palabras.

—Madre mía —contestó Chelsea, que también arrastraba las palabras—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Amenazarle con ese coño tuyo que tienes —respondió Noria, clavando la uña acrílica en la mesa—. Solo así conseguirás lo que quieres.

—¿Qué quieres, que me meta una pistola ahí dentro? —le increpó Chelsea—. No sé si me va ese rollo.

—No, cielo —le dijo Noria—, pero amenázalo con acostarte con su padre. Dile que, si no empieza a comportarse, te montas en el siguiente tren a Escocia. Si no tienes dinero, le digo a mi padre que te lleve, joder. Y entonces, cuando llegues, te acercas a su padre y le dices: «Hola, señor Mackenzie, qué falda tan bonita lleva puesta. ¿A ver cómo le queda a la altura de los tobillos». ¿Cómo lo ves?

Chelsea rompió a reír y estuvo a punto de caerse de la silla. La ayudé a mantener el equilibrio y le dije:

—No creo que sea buena idea que te acuestes con su padre.

—Tienes razón, Harles —coincidió Noria, que también se estaba riendo—. Finlay tiene un hermano mayor. Se llama Wallace y está bueno. Una vez vi fotos suyas en Myspace. Venga, dadme la mano.

—¿Por? —le pregunté.

—Porque no me he traído ninguno de mis cuarzos, así que vamos a juntar las manos y a pedirle al universo que todos los hombres de esa familia tengan un buen nabo para que no sea un desperdicio de viaje a Escocia. —Me quedé mirándola—. ¡Venga, Harley, dame la mano!

Esa misma noche, más tarde, Muddy y yo nos quedamos solos en la barra. Chelsea y Noria habían decidido volver a casa, y no había ni rastro de Finlay. Muddy no dejaba de repetirle al barman que pusiera *Shakermaker* de Oasis, y el barman lo miraba como si se lo pidiera cada vez que iba por allí. Al final le explicó a Muddy que él no podía tocar la lista de reproducción.

Yo había estado todo el rato en silencio, y entonces Muddy se giró hacia mí. Me preguntó cómo me iba en el Regal, y le dije que bien pero que me sentía un poco solo. Me sugirió que le pidiera a Eddie

que me dejara hacer un par de turnos en el almacén con él, a lo que le contesté que jamás me había hecho cargo del inventario.

—Está chupado —me contestó—. Lo harás de lujo. ¿Cuándo tienes el próximo turno?

—Pasado mañana —le dije—. ¿Tú?

—Mañana —me contestó, riéndose—. Nos quieren separar. —No dejaba de mirarme, con un brillo de preocupación en la mirada—. Estás bien, ¿no?

—Sí —contesté, riéndome—. ¿Por?

—No sé qué clase de amigo sería si no te lo preguntara —me contestó—. Así que doy por hecho que me odias a muerte.

Volví a reírme, cerré los ojos brevemente y sacudí la cabeza.

—¿Cómo estás, Muddy?

—Muerto de hambre.

Pidió patatas fritas y llamó a su abuelo. Se pusieron a hablar sobre pájaros; se oía una voz ahogada y cargada de emoción al otro lado de la línea. Muddy me acercó el teléfono y me pidió que lo saludara. Cuando lo hice, su abuelo respondió:

—¿Y ese quién es, niño?

Muddy me pasó el hombro por encima y le contestó:

—Harley, mi nuevo colega.

Muddy había empezado a mentirle sobre los pájaros poco comunes que había visto hacía poco; pájaros que se consideraban en peligro de extinción en Gran Bretaña. Cuando colgó, me dijo que le reconfortaba que su abuelo pudiera ver todas esas aves a través de las anécdotas que le contaba, aunque no fueran reales. De hecho, las mentiras hacían que su determinación fuera aún mayor para encontrarlas.

Justo cuando decidimos marcharnos de allí, un grupo de mujeres borrachas y gritonas entró en el local y se adueñaron del karaoke. Llevaban boas de plumas, tiaras y gafas inmensas graciosas. Muddy me apretó el hombro y me dijo:

—Claro que sí, joder. ¡Esta es mi gente!

Cantaron a gritos una selección de temas de las Spice Girls y he de confesar que jamás había visto a Muddy tan emocionado. Me dijo que iba a acercarse a ellas, y me preguntó si quería acompañarlo, pero negué con la cabeza.

Adoraba que la vergüenza no se apoderara de él. Se acercó al grupo con confianza, los brazos abiertos y se unió a ellas como si nada, como si lo hubieran estado esperando, como si lo hubieran invitado incluso. Hubo muchos gritos y, durante *Say You'll Be There*, algunas incluso empezaron a tocarle de un modo inapropiado, como si estuviera ahí para entretenerlas. Muddy cantaba y bailaba; parecía estar en una nube. Adoraba la vida, y la vida parecía adorarlo a él.

¿Qué debe sentirse al saber que la vida está de tu parte?, pensé. ¿Al

poder cumplir cualquier cosa que te propongas, por muy insignificante que sea, y no darle tantas vueltas a las cosas? ¿Al no sentir temor o incomodidad o, como mínimo, no permitirte hundirte en el pozo?

No podía apartar la mirada. Agarré la última Coca-Cola de la noche y observé a Muddy mientras se movía por un mundo hecho a medida para él, en el que la alegría era alegría de verdad y no una mera ausencia de tristeza. Era un sentimiento tan activo y potente que me pregunté si era algo que se podía enseñar, una habilidad que se podía aprender y mantener a lo largo del tiempo, como montar en bici. ¿Acaso era posible que algún día inspirara en otros la misma felicidad que Muddy parecía inspirar en mí?

CAPÍTULO SEIS

No dormía bien desde la noche que fuimos al pub. Me había pasado los dos últimos días muerto de miedo, a medida que se aproximaba el encuentro con mi padre. El domingo por la mañana vomité mientras me cepillaba los dientes. Al salir de casa me encontré a Muddy frente a su coche con las manos en los bolsillos. Llevaba pantalones cortos azul marino y una camisa de franela encima de una camiseta blanca.

—¡Su carruaje lo aguarda! —me dijo con una sonrisa al verme.

Permanecí en silencio durante casi todo el trayecto. Muddy tenía la radio encendida, donde sonaba *Why Does It Always Rain on Me?*, de Travis, y Muddy agitaba la cabeza de un lado a otro. Imagino que debió de pensar que la canción me estaba poniendo triste, así que cambió de emisora antes de que llegara el segundo estribillo y se puso a cantar *Feel Good Inc.*, de Gorillaz. Cuando terminó la canción, Muddy llenó el silencio diciéndome que no le gustaba Damon Albarn en Blur, pero que con Gorillaz podía hacer una excepción. Yo solo abrí la boca para indicarle el camino. A medida que nos adentrábamos con el coche en Crayford, las venas oscuras de la ansiedad se abrían paso en mi interior. Hasta me planteé guiar mal a Muddy para que no llegáramos jamás.

Mi padre me había llamado la noche anterior para que le confirmara si aún iba a ir y para quedar a una hora. Cuando colgué me metí en un agujero negro en el que me dediqué a evaluarme, a considerar si de verdad poseía una inclinación natural hacia el perdón o si me estaban forzando a hacerlo. ¿Estaba tan desesperado por reparar el vínculo con mi padre que me había permitido creer que los acontecimientos del pasado no habían tenido lugar? ¿Acaso las propiedades reparadoras del corazón eran tan poderosas, y la capacidad sanadora del tiempo tan eficaz, como para que unos cuantos años y unas pocas palabras amables por teléfono bastaran para arreglarlo todo?

Me costaba respirar mientras circulábamos por Crayford. Muddy me miró y me preguntó si estaba bien. Puse una mano temblorosa sobre la otra y le dije en voz baja, nervioso:

—Estoy muerto de miedo.

—Si quieres —me dijo, poniéndome una mano en el hombro—, puedo entrar contigo. A lo mejor es un poco raro porque no conozco a tu padre, pero…

Temía hablar por cómo podía sonar mi voz, de modo que guardé silencio.

—¿Sabes qué te digo? —añadió Muddy entonces—. Vamos a parar

un momentito. —Se detuvo en una calle tranquila, apagó el motor y se giró hacia mí, pasando un brazo por detrás de las barras metálicas del reposacabezas—. Mira, si te apetece llorar, por mí no te cortes —me dijo—. Eso sí, no tengo pañuelos, así que a lo mejor te toca limpiarte con mi camisa o algo.

Ya se me habían saltado las lágrimas, pero también me estaba riendo.

—No puedo —le contesté—. Me encanta tu camisa.

—Pues sí que debe de quedarme bien —me contestó—, porque no la he planchado ni nada.

—Ah, creía que te referías a la camisa de franela.

—Como me mojes la camisa de franela vamos a tener un problemón tú y yo —me dijo riéndose, pero al final se la quitó. Yo me había pasado la mano por la cara y me la había mojado toda. Muddy comenzó a darme toquecitos bajo los ojos y en las mejillas con la tela gruesa y peluda—. Vamos a ponerte guapo otra vez, ¿vale? —me dijo —. Primero el pañuelo, ahora la camisa… Te estás aprovechando de que soy buena persona, Harley.

Luego hizo una bola con la camisa y la arrojó al asiento de atrás. Me miró a la cara, me sonrió, apoyó la espalda en la puerta y se colocó una mano sobre el regazo. Yo no dejaba de pensar en que me había llamado «guapo», y me preguntaba cuánto sarcasmo o burla había en aquel adjetivo. Me mordí los carrillos para no sonreír.

—Si quieres me puedes mandar a la mierda —me dijo—, pero ¿qué problema tienes con tu viejo?

Le conté la versión resumida. Muddy dijo que mi padre era un hijo de puta y luego me pidió perdón.

—Una vez intentó organizarme una cita con una niña de catorce años —le conté.

—¿Cómo?

—Ajá —le dije—. Yo tenía diecisiete años. Siempre hacía lo mismo cada vez que me animaba a salir del armario; a las pocas semanas cenábamos juntos y me soltaba: «Quiero que vengas conmigo a la iglesia, te quiero presentar a alguien». A veces eran señoras cincuentonas con dos hijos, pero esa ocasión fue una chica de catorce. Me dijo: «No te estoy diciendo que vengas a la iglesia y te acuestes con ella, solo te pido que te hagas amigo suyo, que la conozcas, y que cuando ella esté preparada y sea un poco mayor…».

—Está mal de la cabeza —me dijo Muddy—. Chels me contó por qué te habías ido a vivir con ella, pero solo me dijo que tu padre y tú no os llevabais bien o algo así. —Nos quedamos callados durante un rato. Pasado un tiempo, me preguntó—: ¿Estás mejor ahora que me has empapado la camisa de franela?

—Sí —le contesté, riéndome—. Gracias. Venga, vamos.

Muddy aparcó al doblar la esquina y me acompañó hasta la casa. Curiosamente, había varios coches aparcados en la calle, y todas las cortinas estaban echadas. Nadie abrió la puerta después de que me tirara siglos llamando, lo cual no me sorprendió. Tan solo había vuelto a casa una vez, con Chelsea, y esa vez mi padre ni siquiera nos abrió. Noté que empezaba a encontrarme mal de nuevo. Me sentí como si me estuvieran desmembrando y cada una de mis extremidades fuera en una dirección distinta. Muddy estaba detrás de mí, apoyado en la verja. Me giré para mirarlo y me lo encontré sonriéndome, con los ojos muy abiertos y dándome ánimos con los pulgares hacia arriba. Supercursi.

Cuando mi padre abrió la puerta, me miró a mí primero y luego a Muddy.

—¿Y ese quién es? —me preguntó.

Antes de que me diera tiempo a contestarle, Muddy le gritó.

—¡Buenas, papá de Harley!

Mi padre levantó la mano despacio para saludarlo, quizá con la esperanza de que aquel gesto hiciera que Muddy se marchara, pero él se quedó allí e incluso me gritó que me esperaría. Temí que mi padre creyera que era mi novio. No hizo ningún comentario al respecto, pero me pregunté con qué clase de hombre me habría imaginado mi padre si los prejuicios no le hubieran nublado la mente.

Una vez dentro me echó un buen vistazo.

—Hola, Harley —me saludó.

Llevaba una camisa a rayas azules, unos vaqueros blancos con el dobladillo deshilachado y unas sandalias marrones. Sorprendentemente, me sonrió; aquello me pareció extrañísimo. La expresión no terminaba de casarle con el rostro, un conjunto de líneas gruesas que formaban un cuadrado. Dejando a un lado que mi padre no sonreía jamás, no recordaba que su sonrisa fuera tan amplia y que enseñara tanto los dientes. Me hizo sentir una especie de felicidad desconocida; podía sentir las tuercas y los engranajes reconfigurándose en mi interior para acomodar aquella sensación. Me obligó a alzar el rostro con el pulgar y el índice rasposos y me dijo:

—Mi niño… Mi niño ha vuelto.

Solté el aire de golpe; el alivio fue inmenso. Quise abrazarlo, aunque jamás lo hubiéramos hecho. Cuando dejó de sonreír llegué a la conclusión de que su rostro no había cambiado tanto, pero, por algún extraño motivo, parecía más contento y relajado. Mi padre siempre había estado envuelto en una nube de enfado inquietante que aún se veía si te esforzabas por buscarla.

—Me alegro mucho de verte, Harley —me dijo—. No sabes lo

muchísimo que te he echado de menos. Has estado fuera mucho tiempo, y vas y vuelves de la universidad y no vienes a visitar a tu padre. Ay. Ay.

Le sonreí, mostrándole los dientes. Quería verme de verdad; estaba contento de verme de verdad. Se lo veía en el rostro, en su actitud. La idea de que mi presencia poseyera la capacidad de hacerlo feliz me resultaba absurda. De pequeño había creído a menudo que si lograba que mi padre se sintiera feliz, no me sentiría tan avergonzado de vivir. La felicidad de aquel domingo fue como un regalo que me había entregado, así sin más.

Esperaba que no se estuviera muriendo, porque yo estaba encantado de no estar muerto.

Cuando me hizo un gesto para que lo acompañara al salón, le pregunté si alguien había organizado una fiesta.

—No son más que las doce —le comenté.

—No —me respondió—. Aquí no hay ninguna fiesta. ¿Por qué lo dices?

—Ah —exclamé—. Es que como he visto todos esos coches ahí fuera… ¿Qué pasa?

Mi padre no contestó. De repente, toda la casa me resultó extraña, pero no sabía si era porque hacía demasiado que no iba por allí o porque de verdad pasaba algo extraño. Me dirigí hacia las escaleras porque quería ver mi antiguo dormitorio, aun a sabiendas de que no encontraría nada en él; pero mi padre se interpuso en mi camino y me bloqueó el paso. Me señaló el salón, cuya puerta estaba cerrada.

Algo se debilitó en mi interior en cuanto rocé la manilla de la puerta. Me encontré con hombres negros agrupados en torno a la mesa del salón; debía de haber unos diez. Todos llevaban biblias consigo; algunos las tenían abiertas, otros las sujetaban cerradas en la palma de la mano, algunos las guardaban bajo el brazo. Miré a mi padre, que se había quedado de pie junto a la puerta. No dejaba de sonreírme, como animándome a que me adentrara en la sala.

—Pasa, Harley, pasa —me dijo uno de aquellos hombres—. No tengas miedo. Ven y siéntate.

Llegué a la conclusión de que debía de tratarse de pastores de la iglesia a la que iba mi padre y sus socios. De adolescente odiaba a los pastores, aunque supongo que solo odiaba a los que formaban parte de la vida de mi padre. Sus vidas santificadas, y esa forma tan arrogante de interactuar con el mundo habían supuesto toda una decepción. Cuando me senté, el salón entero se llenó con sus voces ásperas, que dieron comienzo a una oración que parecía no tener fin y que empezó en inglés, pasó al twi y luego a una serie de ruidos incomprensibles. Cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, me sentí como una herida abierta, indefensa y susceptible a las infecciones que

acechaban. Estaban tan absolutamente convencidos de que me estaban ayudando, de que me estaban salvando, de que había una pureza tan intensa en sus oraciones que me estaba sanando, que ni siquiera se les pasó por la cabeza que pudieran estar envenenándome.

Las manos se me pusieron rígidas y me aferré tan fuerte a la mesa que temí dejar las marcas de las uñas en la madera. Supongo que yo también empecé a rezar: para que saliera de allí ileso, para que cualesquiera protecciones que pudiera generar en aquel momento me defendieran. Me resistí cuando uno de ellos trató de agarrarme el brazo. Siguieron con sus oraciones, y sus voces me recordaron a buitres que volaban en círculos a mi alrededor; alguien apartó la mesa, arrastrándola por la moqueta, hasta dejarla contra la pared; me hicieron levantarme y apartaron la silla, pero no querían levantarme, sino obligarme a que me pusiera de rodillas. Varias manos que me tocaban distintas partes del cuerpo me guiaban hacia el suelo, me empujaban en diversas direcciones, me tocaban la cara, el pelo, la espalda; me sujetaban, me apretaban, me clavaban los dedos, me arañaban, hasta que sentí que el dolor florecía. Todos tenían los ojos cerrados; algunos incluso tenían las mejillas surcadas de lágrimas. «Libera a este demonio —comenzaron a decir—. Libera a esta abominación. Dios, libéralo, en el nombre de Cristo todopoderoso».

No encontré nada allí. Desde que había vuelto de la uni había estado esperando que me ocurriera algo malo; lo había pensando tantas veces que prácticamente se lo había pedido al universo. Costaba no creer que todo aquello era culpa mía. Me odié por haber esperado algo bueno de aquel reencuentro, por haber aceptado las llamadas de mi padre y por haber permitido que el miedo se convirtiera en optimismo.

Quizá mi ansiedad y mis inquietudes pudieran ser tan protectoras como destructoras. Quizá me mantuvieran apartado de ciertos lugares y situaciones porque, sencillamente, no estaba destinado a experimentarlas por mí mismo.

Las oraciones persistieron; permanecieron con mi padre, los pastores y conmigo. Alguien llamó a la puerta con tal desesperación que hizo que los pastores se dieran la vuelta, como si fueran apariciones que recobraban la piel, la sangre, el agua. Mi padre abrió la puerta.

—Hola… Esto… ¿Está bien Harley?

Oír la voz de Muddy fue un santuario verbal. Me levanté, logré esquivar a todo el mundo y salí de la habitación.

—¡Colega! —me gritó al verme corriendo por el pasillo, enjugándome las lágrimas—. Perdona que interrumpa, sé que no pinto

nada aquí, pero ahí dentro sonaba como si estuvieran matando a alguien.

Seguí oyendo las voces de los pastores en mi cabeza mucho después de volver al coche de Muddy. Cuando él me hablaba, tenía que atenuar el recuerdo para oír lo que me decía. Le conté lo que había ocurrido, y luego me pasó un brazo por encima del hombro y me acercó a él, de modo que quedé con la mejilla pegada a su pecho. Me abrazó tan fuerte que sentí la sangre recorriéndome las venas de la cara. Muddy apoyó la barbilla en mi cabeza y sentí su respiración, cómo le subía y bajaba el pecho, cómo su aliento me recorría el rostro.

Al final alcé la mirada hacia él.

—No se lo cuentes a Chelsea, porfa.

Muddy me soltó un poco, pero dejó la mano sobre mi hombro.

—Ni una palabra.

Volvimos a casa en absoluto silencio. Cuando aparcó, no nos desabrochamos el cinturón de seguridad, sino que nos quedamos allí sentados durante un buen rato, mirando a través del parabrisas. Pasado un tiempo, le di las gracias por haberme acompañado.

—No hay de qué —me contestó, y luego se incorporó de un bote —: Ay, casi se me olvida.

—¿El qué?

—Creo que tengo algo que puede animarte —me contestó—. O, al menos, te distraerá.

—¿Qué es? —le pregunté, enjugándome las lágrimas.

Abrió la guantera, sacó un CD y lo sostuvo con ambas manos delante del rostro.

—Pensé que estaría bien escucharlo un par de veces.

—Hala.

—Es que anoche estuve en casa de Nor —me explicó—, y me puse a repasar su colección, ya sabes, para cotillear un poco. Vi este y pensé, joder, parece bastante guay.

Se trataba de un disco de la rapera favorita de Noria, Trina. En la carátula salía Trina vestida con uniforme de enfermera sexi, con un par de desfibriladores blancos en las manos, a horcajadas sobre un hombre inconsciente que tenía la cabeza cubierta con una venda manchada de sangre.

Muddy dejó el disco sobre su regazo, se cruzó de brazos y lo miró con curiosidad:

—Mira —me dijo—, la otra vez ya me contaste todo ese rollo del empoderamiento femenino, y lo entiendo, no me malinterpretes, pero hay una canción en la que… se pone a cantar de follarse al marido de

otras en el salón, mientras tiene la regla y los niños están en la puta casa…

Me quedé con la mirada perdida.

—¿Sabes qué, Muddy? —le dije—. Ahí sí que no sé qué decirte. A mí tampoco se me ocurre una buena explicación.

—Te juro que no me creía lo que estaba oyendo.

—Creo que si vas a seguir con el rap, debería dejar que eligiera yo el próximo disco.

Muddy rompió a reír y me dio palmaditas en el hombro. Aun así la tristeza se le reflejaba en la mirada, o puede que fuera preocupación, o algún sentimiento parecido que no había visto desde la primera vez que me había encontrado con él en el bosque. Creía que había conseguido que se olvidara de lo que había ocurrido allí, que jamás tendría que enfrentarme a las consecuencias de aquel instante. En realidad, yo no había pasado página, y seguramente Muddy tampoco lo hubiera hecho. Jamás me creería del todo cuando le dijera que estaba bien; siempre me delataba algo.

CAPÍTULO SIETE

Una de las primeras cosas que me prestó Noria fue su disco *The Miseducation of Lauryn Hill*; al final me lo quedé. Aquel día estábamos en su habitación, y le había comentado que no solía escuchar a artistas negros, salvo los que aparecían en los discos recopilatorios *NOW That's What I Call Music!* Desde entonces, la presencia de Noria en mi vida no solo había mejorado mis peinados, sino también mis gustos musicales.

Aquel disco había marcado muchos instantes de contemplación a lo largo de mi vida. Antes quería poder comprender mejor a mi padre; estaba desesperado por averiguar por qué era como era. Quería que en nuestra relación hubiera habido más sinceridad y menos vitriolo.

Durante el tiempo que viví con mi padre me dediqué a inventarme versiones de él, distintas personalidades en las que se alegraba y enorgullecía de quererme, de que fuera su hijo. Aquellas versiones de mi padre hablaban conmigo y me contaban que, como era evidente, nuestras vivencias nos moldeaban, pero que los ideales masculinos que le habían hecho sentirse un hombre durante su juventud, los mismos que le habían impuesto otros para ser la clase de hombre que la sociedad esperaba de él, ya no tenían tanto peso. Cuando me fui de casa, me dediqué a escuchar una pista oculta de *The Miseducation* que se llamaba *Tell Him*, y me imaginaba que una de esas personalidades que me inventaba para mi padre me decía eso, que intentaba entenderme, que me decía que me necesitaba, que me quería, que todo iba a salir bien.

Por otro lado, cuando me había creído enamorado de Darren, el escocés del trabajo, me había dedicado a escuchar la versión que había grabado Lauryn de *Can't Take My Eyes of You,* en bucle. Un día nos tomamos la pausa para el almuerzo al mismo tiempo y nos fuimos a la sala de descanso para hablar de una audición a la que se había presentado Darren esa semana para un anuncio de maquinillas de afeitar. Al terminar, comenzó a detallarme una lista exhaustiva de todo lo que quería de cara al futuro. Hablaba con entusiasmo, moviendo mucho las manos, y tenía un brillo de emoción en la mirada. Teniendo en cuenta que yo era alguien que había temido todas y cada una de las facetas de la vida —el futuro, el presente y el pasado—, me resultaba fascinante estar con alguien que parecía disfrutar de un trabajo en el que le pagaban el salario mínimo y que, al mismo tiempo, estaba emocionado por lo que fuera que le deparara el futuro; alguien a quien, por lo visto, no le afectaban las actitudes hostiles que hubiera podido sufrir. Quería lo que él tenía. Si ser novios no era una opción, suponía que su amistad me habría resultado igual

de agradable. En cualquier caso, habría valorado todo lo que podría haberme enseñado.

Para distraerme del chasco que me había llevado con mi padre, me pasé el día siguiente releyendo lo que había escrito sobre el disco en mi blog, preguntándome si aquel podía ser mi primera recomendación en condiciones para Muddy. Chelsea seguía en casa de sus padres, en Bexley, porque tenían poco personal en la filial de Londres del Regal y necesitaban a un gerente. Finlay había venido a casa esa tarde a jugar a videojuegos con Muddy. Yo estaba en la cocina con el ordenador portátil, y los oía en la sala de estar, gritándose. Me resultaba raro que Finlay estuviera en el apartamento después de que Chelsea nos hubiera dicho, supuestamente borracha, que quería cortar con él, así que le escribí un mensaje por MSN Messenger y le puse: «¿Qué pasa con Finn?». A lo que me respondió: «Ya te contaré. Qué vergüenza».

Muddy y Finlay entraron en la cocina más tarde. Muddy me saludó con un puñetazo suave en el hombro y Finlay me dio unas palmaditas en la mejilla. Luego se colocó detrás de mí y se quedó mirando la pantalla del ordenador.

—¿The Verve? —preguntó, dirigiéndole una mirada a Muddy, que estaba sacando un par de cervezas de la nevera. Tenía la página del grupo abierta en iTunes. Había estado buscando discos de *rock* famosos de finales de los noventa en Gran Bretaña para escuchar las muestras de algunas de sus canciones mientras me preguntaba si era posible que le gustaran a Muddy—. Ya veo que lo has convertido en tu aprendiz.

Muddy se sentó en la encimera y le tiró una lata a Finlay.

—Pues claro —le contestó, guiñándome un ojo—. Tengo mucha influencia en la gente. Seguro que te has puesto el de *Urban Hymns*, ¿verdad que sí? —Asentí—. Menudo discazo.

Finlay se apoyó en la pared y abrió la lata.

—¿Y a mí por qué no me preguntas qué música me gusta? —me preguntó—. Tengo bastante mejor gusto que Muddy.

—Y una mierda —contestó el aludido—, no le hagas ni caso. No dice más que gilipolleces.

—¿Cómo? —replicó Finlay—, pero ¡si me encanta el *rock* clásico!

—Sí, pero no clásico de la época de Matusalén, so carca.

—No me vengas con historias, Mud. Solo tengo tres años más que tú.

—¿Qué dices, abuelo? —le dijo Muddy, agitando la lata hacia él—. ¿Que necesitas las pastillas? ¿Quieres un poco de birra para bajarlas?

—Te voy a meter una paliza.

—Yo sí que te voy a meter una paliza —le contestó Muddy—. ¿Quieres pelea?

—¿Qué pasa? ¿Que te crees un tipo duro? —dijo Finlay, que abrió

los brazos y se puso al lado de Muddy, junto a la encimera—. ¡Venga, grandullón!

—Madre mía, ¿queréis iros a un hotel?

—Ja —contestó Finlay—, como si ese de ahí pudiera estar con alguien como yo.

—No vas a tener tanta suerte —le dijo Muddy—, sería el mejor polvo que has echado en toda tu vida.

Antes de volver al salón, Finlay me chasqueó los dedos y me dijo:

—No le hagas ni caso. Ponte a escuchar algo de Def Leppard. En serio, te cambiará la vida.

Miré a Muddy, que sacudió la cabeza con los ojos cerrados, como diciéndome: «Pasa de él y hazme caso». Luego se sentó a mi lado y me preguntó cómo estaba.

—Bien —contesté—. Gracias por preguntar.

—Pues claro —me respondió. Parecía estar a punto de decirme algo más, pero entonces mi teléfono vibró sobre la mesa—. ¿Quién te habla?

Dejé que la pantalla se oscureciera.

—Nadie —le dije. Notaba la lengua hinchada—. Un amigo.

—Bueno —me dijo entonces—. Quería preguntarte si te apetecía venirte a ver pájaros conmigo. Esta vez de verdad.

—¿Quieres que vaya?

—Claro —me contestó—, he pensado que a lo mejor te gustaba el plan. Sé que me dijiste que no querías hablar del tema, y no voy a obligarte a hacerlo, pero, en serio, lo que pasó con tu padre el otro día fue horrible. Creo que un par de horas mirando pájaros conmigo te puede sentar bien. ¿Te apuntas?

—Sí —le dije, sonriendo—. Suena genial.

—Estupendo.

—¿Vamos solos?

—A lo mejor se viene Ian —me dijo—, pero te prometo que no vamos a follar en mitad del campo. —Luego se rio y añadió—: Si no viene, entonces nos vamos tú y yo.

Por la mañana, Muddy consiguió que alguien le cubriera el turno en el Regal y fuimos en coche a un bosque de Ashford. Fue un trayecto de una hora por la M20. Contemplé el borrón de árboles y colinas que dejábamos atrás mientras Muddy cantaba y sacudía el pelo al ritmo de *Dakota*, de Stereophonics, que sonaba en la radio. Ian nos estaba esperando en un claro del bosque. Cuando nos acercamos a él, Muddy me apoyó las palmas de las manos en los hombros, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Ahí está. Míralo, con esa sonrisa de engreído.

Ian era muy alto, llevaba unas gafas con una montura muy gruesa y tenía la nuez muy marcada. Llevaba una riñonera alrededor de la cintura y una videocámara en la mano. Muddy me había dicho que Ian siempre le había recordado un poco a Stephen Merchant, de modo que, cuando nos saludó con la mano, le dijo:

—¡Hola, Steve!

Ian le hizo un corte de mangas, con cara de que le daba todo igual.

Muddy le preguntó si estaba bien, e Ian nos miró a ambos: primero a él y luego a mí.

—¿Y este quién es? —preguntó con tono cortante.

—Es mi amigo, Harley —contestó Muddy—. Se ha venido a ver pájaros con nosotros.

—¿Y desde cuándo tienes un amigo que se llama Harley?

—¿Perdona? —le dijo Muddy—. Tengo un montón de amigos que se llaman de muchas maneras.

—¿Y tu amigo habla?

—Ya —comentó Muddy, dirigiéndose hacia mí—, debería haberte avisado de que tiene muy mal carácter. Tendrás que hacer un esfuerzo para perdonarle por ser un maleducado.

—Hola —me limité a decirle a Ian.

—No soy maleducado —protestó Ian—. Solo soy curioso. ¿Desde cuándo sois tan amigos?

—Es mi nuevo compañero de piso.

—¿Y ya te lo has traído al bosque?

—La verdad es que lo conocí en el bosque.

—¿Ya estás otra vez follando en mitad del campo?

—Ya me conoces, Ian —contestó Muddy—. Si no follo entre los arbustos, no follo. —Luego me pasó el brazo por encima del hombro —. Aunque no se me quejó mucho. Lo pasamos bien, ¿verdad?

—Seguro que sí… —dijo Ian.

Nos adentramos en el bosque por un sendero estrecho en fila india; yo iba en medio. En un momento dado Ian le preguntó a Muddy si había escuchado el último disco de Oasis y, cuando Muddy le contestó que sí, Ian empezó a decir que era una mierda y que, aunque Blur llevara dos años sin sacar nada, seguía siendo un grupo mejor, más relevante y mucho más impresionante.

Muddy no respondió, pero me dio un codazo y me dijo:

—¿Ves lo que te decía de que tenía mal carácter?

Ian se rio y me preguntó si era observador de aves. Me limité a negar con la cabeza. Cuando llegamos a otro claro, Ian se sacó una libretita negra de la riñonera y me dijo:

—¿Tienes uno de estos? Echémosle un ojo.

—¿Un registro? —le pregunté—. La verdad es que no.

—¿No llevas un seguimiento? —se extrañó—. Pero, entonces, ¿cómo recuerdas qué has visto y qué no? Yo lo tengo casi todo aquí y en otros ocho volúmenes. Imagínate que…

—Déjalo en paz, Ian —le regañó Muddy—. No le interesa.

—Solo en este ya llevo casi cincuenta especies distintas.

—Claro —dijo Muddy, mirándome—, si hace tres entradas distintas para un ratonero en un mismo año…

—Te lo repito, Mud —se defendió Ian—, cada uno de ellos tiene una única…

—Que no —lo interrumpió Muddy, clavándole el dedo—, que paso de tus historias. Eres un tramposo y lo sabes. No hay nada en ese registro, ni nada que puedas decir, que niegue el hecho de que siempre es la misma especie. ¡Eres un liante!

Ian se encogió de hombros y le dijo:

—Pues venga, saca el tuyo, a ver qué tienes. —Muddy se quitó la mochila, la abrió y le entregó la libreta—. Te encanta hacer dibujos, ¿eh? —le preguntó Ian mientras iba pasando las páginas—. ¿Qué pasa, que no sabes escribir?

—Ya sabes que no se me dan bien las palabras —contestó Muddy mientras le arrebataba el registro de las manos.

—Anda, no sabía que fueras analfabeto.

—Que te den —le contestó Muddy entre risas.

Mientras caminábamos por el bosque les pregunté que a qué se debía aquella extraña hostilidad que había entre ellos. Muddy me dijo que era por culpa del mal carácter de Ian, e Ian respondió que iba a molestarse de verdad si volvía a decirlo.

—Bueno, disculpe usted —contestó Muddy, dándole una palmada en la espalda a Ian—, no me había dado cuenta de que tenías sentimientos. Deberías haberlo mencionado antes, ¿sabes? ¿Por qué lo mantenías en secreto?

Pasado un tiempo comenzaron a acercarse los prismáticos a los ojos y a mirar hacia los árboles. Arrugaban la cara, miraban con atención a la nada y prácticamente se les agitaban las orejas de lo atentos que estaban mientras caminaban de un lado a otro. Le pregunté dos veces a Ian para qué se había traído la cámara. La primera me contestó que me callara, y la segunda me explicó que tenía en marcha un proyecto —cuyo nombre provisional era Proyecto Recuerdo— con el que pretendía repasar los ocho registros de aves y luego intentar recrear en vídeo cada uno de los avistamientos en el día correspondiente. Le pregunté qué pensaba hacer con todo aquel metraje, a lo que respondió encogiéndose de hombros.

—Hoy es fácil, por ejemplo —me explicó—. Hace tres años vi por aquí una bandada de zorzales reales.

Nos tiramos allí casi una hora. Era imposible dejar de sonreír al

ver el entusiasmo de Muddy; fue como si me llenaran de luz y color al ver cómo se emocionaba con cada pájaro que veía, incluso con los que ya había anotado en su registro una y otra vez. Me pregunté cómo era posible que una actividad, que a mí me parecía de lo más normal, pudiera hacerlo tan feliz; y aquello me hizo preguntarme cómo era posible que alguien que parecía tan normal pudiera hacerme tan feliz. Anotó un pinzón vulgar que vio entre unas ramas. Tenía un canto agudo y electrizante que hizo que Muddy girara la cabeza con los prismáticos ante los ojos para intentar localizarlo, como si él mismo fuera un pájaro. Oyó un pinzón real —ese lo identificó Ian, para disgusto de Muddy— antes de verlo con sus propios ojos; luego, cuando vio un zorzal alirrojo, se puso a dar brincos como un niño pequeño. Me dijo que solo había visto esa especie en contadas ocasiones y que le había puesto su nombre al coche; hasta me puso los prismáticos en los ojos, pero le temblaban tanto las manos de la emoción que no vi nada.

En un momento dado perdimos a Ian y le sugerí que fuéramos a buscarlo, pero Muddy me contestó que aquellas excursiones casi siempre terminaban así, y que lo que solía hacer era volver al coche y marcharse a casa. Sin embargo, ya que ese día me había apuntado, si quería podíamos seguir caminando. Volvió a acercarse los prismáticos a los ojos, agarrándolos con ambas manos, y miró de un lado a otro de forma distraída. La luz del sol se filtraba brillante a través de las ramas; el aire era fresco. La vida parecía adoptar una forma concreta cuando estaba con Muddy: los límites se suavizaban y eran todos iguales. Durante aquel instante en el bosque, bajo las hojas, bajo las ramas enredadas, bajo aquella porción de cielo brillante, me sentí genial y pensé que la vida podía parecer maravillosa, aun cuando no lo era.

Compramos dos bocadillos en una cafetería de la zona y nos los comimos en los escalones de la fuente de Victoria Park. Le había contado a Muddy que me daba cosa comer delante de la gente, y me contestó que, si no me terminaba el bocadillo, se lo terminaría él. Muddy se recostó con las manos detrás de la cabeza, cruzó una pierna por encima de la otra, y se quedó mirando hacia el cielo. Tenía el registro abierto entre ambos y, de vez en cuando, pasaba las páginas y hablaba con nostalgia de su abuelo. Me contó que, cuando estaba más lúcido, su abuelo participaba en algo que se llamaba «El Gran Día»: se reunía con un grupo de observadores de aves e intentaban avistar tantas especies como les fuera posible en un solo día. Una de aquellas veces había visto un gorrión.

Le pregunté qué tenían de especial los gorriones.

—Pues que, al igual que mis queridos estorninos, están en peligro de extinción. Están a punto de desaparecer. Así que imagínate la sorpresa que se llevó cuando se topó con uno. Yo debía de tener catorce o quince años por aquel entonces, y aún lo recuerdo dando botes como un puto loco en el salón de su casa con la camarita.

—¿Y tú has visto alguno? —le pregunté sonriendo.

—Solo unos pocos —me contestó—. Me gusta dibujar los que no creo que vaya a ver muchas veces más. Toma, mira… —Pasó las páginas hasta que encontró el dibujo de un gorrión con el cuerpo gris y las alas oscuras del color de los castaños—. Es una cría —me dijo, mirándome con una amplia sonrisa.

—¿Y cómo es que no te lo has tatuado?

—¿Quién te ha dicho a ti que no lo he hecho? —me dijo riéndose. Entonces se levantó la camiseta y me enseñó la espalda—. ¿Lo ves? Perdona la selva que tengo ahí detrás. —Había dos pajaritos dando vueltas uno alrededor de otro cerca de su hombro—. Un gorrión y un ruiseñor —dijo, y luego se giró de nuevo hacia mí—. No es tan chulo como el que tengo en el brazo, pero es que no soy muy fan de las agujas, la verdad. Tuve que apretar los dientes y aguantar mientras me hacían estos tres. —Mi teléfono vibró cinco veces seguidas en el suelo —. ¡Hala! Sí que estás solicitado hoy, ¿no? —comentó, inclinando la cabeza hacia el teléfono—. Pero ¿por qué no te has guardado su número?

—No es exactamente un amigo —respondí, apartando la mirada.

CAPÍTULO OCHO

De adolescente adquirí el hábito de hablar solo. Me hacía preguntas a mí mismo y las respondía. Era consciente de que lo hacía porque creía que jamás tendría amigos, de modo que había decidido ser mi propio amigo. Podía ser sincero, leal y comprensivo. Podía escucharme con atención y hacerme reír. Sin embargo, cuando la vida perdía su brillo, no podía ser del todo sincero. Tenía que mentirme para poder funcionar: todo iba a salir bien, así que yo también acabaría estando bien.

Pero durante las épocas buenas —que también las había tenido—, mi propia compañía había sido mi bien más preciado. Qué gratificante y tranquilizador era saber que podías salvarte de la soledad. Había construido unos cimientos sobre los que podía mantenerme en pie. Podía recolectar los frutos que daba la vida cuando esta percibía que tenías a alguien que te apoyaba, que te quería. Sin embargo, durante las épocas malas, no me quedaba más remedio que aceptar lo patético que resultaba todo aquello. Sentía la soledad como una úlcera en el alma. A veces, de más joven, me preguntaba si mi padre —que solo me tenía a mí de compañía y no parecía tener ganas de volver a casarse— también sentiría aquella soledad hiriente. O sea, yo sabía que mi padre se sentía solo, pero no sabía si nuestras soledades particulares compartían alguna cualidad.

En una ocasión fuimos a la iglesia en Nochevieja. Fue una de las pocas veces que lo acompañé durante la adolescencia. Siempre disfrutaba de la música en directo de allí, de lo alto que sonaba y de lo animada que era; disfrutaba hasta de lo emocionados que se los veía al teclista y a los del coro. Aquella tarde bailé, aunque no fuera propio de mí. Sentí cómo me invadía la euforia y comprendí de repente qué era lo que tenía aquel lugar que lograba hacer felices a sus feligreses. Sin embargo, mi padre no me quitó el ojo de encima en toda la noche. Él también bailó, pero no con el mismo entusiasmo que yo. No me di cuenta de hasta qué punto le había estropeado la noche hasta mucho más tarde.

—¿Qué hacías? —me preguntó en el coche, de camino a casa. Lo miré y le dije que había bailado. Mi padre hizo un sonido despectivo aspirando entre dientes—. ¿Así bailas?

No volvió a abrir la boca en todo el trayecto, ni yo tampoco. Supongo que entonces comprendí que la felicidad que me había enseñado a crear por mí mismo no estaba justificada. Su frustración hacia mí había cambiado al verme bailar, y eso que ni siquiera había bailado de forma provocativa ni especialmente femenina.

Aquella noche, mientras cenábamos, mi padre me acusó de haber

asesinado a mi madre sin venir a cuento.

—Ya sabes lo que hiciste —me dijo, señalándome con el dedo—. Cómo puedes sentarte ahí y…

Y entonces se sumió en un largo silencio, quizá con la esperanza de que me defendiera y le dijera por qué creía yo que no era responsable de su muerte. Aunque, en realidad, creía que sí lo era. Sin embargo, no dije nada. Mi padre me dijo que la persona en la que iba a convertirme, la persona que temía que fuese en el futuro, era el motivo por el que mi madre había muerto. En ese instante no entendí muy bien en qué clase de persona se suponía que me estaba convirtiendo. ¿En alguien que bailaba mal? Cuando cesaron los gritos, mi padre rompió a llorar. No se puede hacer mucho cuando tus padres rompen a llorar, y suponía que no querría que hiciera lo que habría resultado más efectivo, así que me quedé allí sentado con las manos pegadas al cuerpo, viendo cómo le caían las lágrimas por el dorso de las manos. Aquella noche me inventé una versión de mi padre que se sentó en mi cama, me apoyó una mano en el hombro y me susurró: «Feliz año nuevo». Luego me dio un beso en la frente y me aseguró que, ese nuevo año, las cosas irían mejor.

Comenzaba a comprender que el sinfín de problemas que existían en la relación entre mi padre y yo no se debían a la religión, a la iglesia o a la fe. Yo era la causa de todos ellos. Parecía que relacionarse conmigo era letal; para conocerme y responsabilizarse de mí había tenido que darle prioridad a la tristeza y la muerte en vez de al amor y la alegría. La muerte de mi madre era una prueba de ello. Había fallecido dándome a luz, y mi padre había hecho bien en guardarme rencor por ello. Imaginaba que lo menos que podía hacer, en vez de quedarme allí plantado con las manos manchadas de sangre, era intentar compensárselo con la clase de normalidad que legitimaba la sociedad: una normalidad llena de amigos de verdad, una heterosexualidad y masculinidad rudas, negras, que daba por hecho que le habían inculcado a mi padre durante la infancia. Yo no era más que una tierra de cultivo mala que alguien le había vendido, una tierra de la que no brotaba nada que mereciera la pena cultivar, nada que pudiera vender en el mercado; quienquiera que le había vendido aquella tierra lo había timado, le habría prometido cosas que jamás se harían realidad.

Supongo que fue ese recuerdo lo que me hizo escribirle un mensaje a Paul después de que Muddy me hubiera recogido de casa de mi padre. Al intentar convertirme en una persona autosuficiente, se me había olvidado que también era importante que alguien —alguien que fuera

de carne y hueso— te deseara de un modo que no creías posible o apropiado.

Al principio se suponía que mi relación con Paul iba a ser de beneficio mutuo, pero no tardó en volverse desigual. Era una persona elogiosa, lo cual me gustaba mucho. Vivía solo, me dijo que trabajaba para una inmobiliaria y que no le gustaban los muebles; su casa estaba tan desolada como un fumadero de crack. No le gustaba que entrara por la puerta principal, de modo que, cuando iba a su casa, me metía por un callejón, subía por la escalera de incendios de su dúplex, saltaba al balconcito y llamaba a la puerta de atrás.

Durante el tiempo que había estado con él había ido formulando teorías con las que intentaba explicar por qué le gustaba tratarme como lo hacía. Puede que viera la supremacía blanca como un pastel que jamás le habían dejado probar, y que, por tanto, hubiera decidido hornearse uno propio. Me daba la impresión de que era alguien que se había llevado demasiados chascos a lo largo de la vida, alguien a quien la vida le había prometido cosas por ser blanco —dinero, éxito y otros lujos que sus compañeros sí tenían— que luego no le había entregado. También parecía alguien que, con el paso de los años, había ido volviéndose cada vez más contrariado por los éxitos de aquellas personas que, a su parecer, deberían haber sido más pobres o menos exitosas que él. De modo que intuía que, cada vez que me hacía algo malo, era como si se lo hiciera a todo aquel que lo hacía sentir insuficiente, a todo aquel que le hacía sentir que el blanco de su piel no había bastado en un país de blancos.

Al principio no nos acostábamos. La primera vez que me invitó a su casa me ordenó que me desnudara y que me tumbara en su cama. Paul se echó a mi lado, completamente vestido, con las manos cruzadas sobre la barriga cervecera, y se quedó mirándome en silencio en aquella habitación a oscuras. Me giré hacia él porque no sabía si él quería que le hiciera algo, pero entonces chasqueó los dedos y me hizo volver la mirada hacia el frente. Pasado un tiempo comenzó a hacer comentarios sobre mi cuerpo, sobre el color de mi piel; comentarios sobre lo oscura, lo densa que era aquella negrura oscura; también, recuerdo, sobre lo hermosa que era. De este tipo de encuentros sueles esperar ciertas cosas: una sensación de vergüenza, la sensación de que cualquier lujuria posible se desvanecerá en cuanto empiece el acto, la sensación de que, hasta que acabe, creerás que el acto en sí —con el anonimato, la sordidez, la temeridad— es una idea espantosa, aun cuando la tenacidad y la desesperación en tu interior te animan a seguir hasta el final. Lo que no sueles esperarte es que te llamen «guapo». Yo jamás había logrado encontrar mi identidad como hombre negro, ni durante la adolescencia ni durante la edad adulta; pero parecía que él lo había logrado. Me hacía un cumplido tras otro

hasta que le veía la erección curvándose contra la bragueta de los pantalones. Empecé a emplear sus erecciones para medir mi autoestima.

Al principio se limitaba a quedarse así hasta que se masturbaba, con los ojos inyectados en sangre bien abiertos, diciéndome cosas bonitas, y acababa corriéndose sobre la palma de la mano. Después se tumbaba a mi lado en la cama y me acariciaba el pelo con delicadeza y me pedía que me corriera. Con el paso del tiempo la admiración verbal acabó convirtiéndose en preliminares y estos, a su vez, en sexo. Era consciente de que no había nada detrás de todo aquello, de que yo no era más que un modo de cumplir una fantasía. Pero la verdad era que, cuando repasaba mi vida, los momentos con Paul habían sido algunos en los que más valioso me había sentido. Mi identidad como hombre negro parecía significar algo para él que para mí jamás había significado nada; él veía algo en ella, algo que seguramente no tuviera nada que ver con lo que decía Lauryn Hill en *Miseducation*. Sin embargo, él captaba algo que yo no lograba captar. Cuando terminábamos siempre me sentía avergonzado y abatido. Aun así, en cierto modo, Paul era alguien que me quería, que de verdad me deseaba, alguien que no me había obligado a hacer nada para ganarme su deseo salvo vivir en mi propio pellejo. Había empezado a creer que su función en mi vida era salvarme de mi soledad.

Paul aún vivía en Gravesend, pero se había ido de su piso y se había mudado a un adosado con paredes de guijarros y un mirador. Empecé a ir a los pocos días, una semana después de retomar el trabajo. A veces Muddy se ofrecía a venir a por mí cuando terminaba mi turno, pero le decía que iba a dar un paseo. Muddy siempre acababa preguntándome si podía apuntarse, y yo le insistía en que no podía, y entonces discutíamos hasta que se rendía y me decía: «Vale, vale, nos vemos luego en el piso». Aun así me mandaba mensajes porque quería saber dónde estaba, por dónde iba a pasear y por qué paseaba tanto. En una ocasión me mandó un mensaje en el que me dijo que si me cansaba y necesitaba que me recogiera, venía a por mí de inmediato con el coche. Lo que había ocurrido en casa de mi padre había intensificado su naturaleza sobreprotectora. Empezaba a molestarme. Me habría gustado que canalizara toda esa energía hacia otra persona, puede que hacia Noria. Agradecía que se preocupara, que yo le importara tanto, pero en ningún momento le había pedido que me tratara de un modo especial. Aun así, era complicado no sentir que, en cierto modo, me estaba poniendo los cuernos a mí mismo, que estaba saboteando algo. La decisión de volver a ponerme en contacto con Paul no tenía mucho sentido; ni siquiera para mí. Pero, al hacerlo, sentía como si se me concediera la oportunidad de subsanar el chasco que me había llevado con mi padre. Para mí, antaño, quedar con Paul

era lo normal, y quizá pudiera volver a serlo.

La primera vez que volví a casa de Paul fue en una noche calurosa. Tomé un tren a Gravesend, fui por Wrotham Road y doblé la esquina en Cobham Street. Subí los escalones y me quedé bajo la hornacina oscura. Paul abrió la puerta antes de que llamara siquiera y me saludó manteniendo la distancia. Me indicó que entrara con un gesto de la mano, asomó la cabeza y miró a ambos lados antes de cerrar la puerta. La casa olía a tabaco; Paul llevaba un pantalón de chándal suelto y un polo blanco. Seguía calvo y se había afeitado.

—Me alegro de que hayas podido venir —me dijo, aunque no sonó tan acogedor como podían sugerir las palabras que había empleado—. Hace mucho que no nos vemos, ¿no?

Le sonreí y le dije que me gustaba la casa nueva. Estaba completamente amueblada, se estaba calentito y recordaba a un hogar familiar aunque no hubiera nada colgado en las paredes.

—No es mía —me contestó, y no añadió nada más; yo tampoco le pregunté.

Yo era un manojo de nervios. Paul me guio hasta la cocina y abrió la puerta del jardín.

—¿Ves eso de ahí? —me preguntó, señalando una puertecilla arqueada al final de un sendero estrecho—. ¿La ves? La próxima entras por ahí.

Me dio una palmadita en el hombro y se dirigió hacia el pasillo. Cuando subió las escaleras fui tras él. Al igual que la primera noche, no nos acostamos. Me hizo desvestirme y él se quedó con la ropa puesta. No hablamos mucho; Paul se sentó en el borde de la cama y me acarició los muslos con manos temblorosas y cubiertas de sudor. Aquel silencio me asustaba; y mis pensamientos sonaban con demasiada fuerza. ¿Qué parte de todo aquello justificaba que hubiera mantenido a Muddy a una distancia prudencial? ¿Cómo iba a reparar con ello lo que mi padre había roto? Todo aquello era una idea tontísima. Paul se corrió en la palma de la mano y se la limpió con una toalla del suelo. No me pidió que hiciera nada, solo me ordenó que me vistiera. Di por hecho que, de algún modo, lo había decepcionado. Sin embargo, mientras volvía a la estación, me mandó un mensaje en el que no me dijo si se lo había pasado bien, sino en el que me preguntaba cuándo estaba libre de nuevo.

CAPÍTULO NUEVE

Noria al fin iba a hacerme el pelo. Fui a su casa en Northfleet una noche después de un turno especialmente malo en el Regal. Me gustaba saber que iba en la misma línea de tren que cuando iba a casa de Paul pero que me iba a bajar en la parada anterior a Gravesend; si me encontraba con algún conocido, no me daría ansiedad decir a dónde iba.

El dormitorio de Noria era uno de mis lugares favoritos del mundo entero; era una habitación cálida y tenuemente iluminada que olía a lavanda. Tenía una cortina de lucecitas moradas en una de las paredes y, en la del fondo, un paisaje inmenso de una ciudad *cyberpunk* dividido en tres partes que hacía parecer que su habitación daba a ese mundo sucio pero iridiscente.

Después de que me enjabonara con champú el pelo y me echara acondicionador, me senté en la moqueta con las piernas cruzadas y me puse a curiosear una pila de CD. Noria llevaba un crop top rosa muy suave con unas cadenas finas de plata que hacían las veces de tirantes, unos pantalones cortos de deporte blancos y unos calcetines que le llegaban a las rodillas. Tenía el pelo recogido en una larga coleta lisa que, desde el suelo, entre sus piernas, veía cómo le caía desde la cama. En el escritorio tenía una botella de Henness de la que no dejaba de servirse en un vasito con tres hielos; su padre me había traído un vaso de limonada, el cual me estaba tomando mientras Noria me desenredaba el pelo pasándome las púas de metal desde las puntas hasta la raíz del cabello. Me había encargado la tarea de escoger qué sonaría de fondo cuando terminara *Maxwell's Urban Hang Suite*.

Vi el CD de Trina que Muddy le había pedido prestado y se lo enseñé.

—¿Ya te lo ha devuelto?

—Me quedé a cuadros cuando me dijo que quería escucharlo —comentó Noria riéndose—, sobre todo porque le gustan mucho el *rock* y esas cosas. Pero me alegro de que al fin haya comenzado a interesarse por mis cosas. Empezaba a creer que le daba igual todo lo que a mí me gusta. A veces es muy cabezota a la hora de probar cosas nuevas.

—¿Y qué te dijo del disco? —le pregunté, enarcando una ceja.

—Creo que el pobre se quedó hecho un lío. ¿Sabes qué es lo más curioso de todo? Que me preguntó si quería que me hiciera las cosas que menciona Trina en el disco.

—¿Y qué le contestaste?

—Que si quería intentar que me corriera tres veces seguidas, podía ponerse manos a la obra cuando le diera la gana. —Volvió a reírse,

pero luego añadió, sin ánimo—: La verdad es que se me hace un poco raro hablar de estas cosas con él. De todos modos, me lo devolvió y se llevó uno de Missy Elliott.

Me pregunté por qué no le había dicho Muddy a Noria el auténtico motivo por el que había empezado a interesarse por la música que le gustaba a ella. En cierto modo, me parecía cruel confesarle que aquel cambio se debía a mí.

Esa tarde Muddy había tenido que llevarme a casa. Me había dado un ataque de pánico en el trabajo. Había sido un día de locos y las colas habían llegado prácticamente al fondo del vestíbulo. Eddie me había llevado a su despacho, mientras el corazón me latía desbocado y los dedos me temblaban, y me había enseñado a respirar despacio; al final nuestras respiraciones se habían acompasado. Me había dicho que solo me estaba dando un ataque de pánico, que tenía que respirar, que no me iba a pasar nada.

Le conté a Noria que había tenido un mal día, pero no entré en demasiados detalles. No me parecía justo agobiarla. Incluso cambié de tema cuando me preguntó cómo me había ido con mi padre. Noria se había pasado el día echando el currículum en varias tiendecitas del Bluewater. Me contó que sospechaba que la encargada de la tienda en la que estaba trabajando, Jennifer, era racista encubierta porque no dejaba de preguntarle a Noria todo el tiempo que por qué parecía que siempre estaba enfadada y diciéndole que sonriera más, que por qué llevaba el pelo tan alborotado, que por qué llevaba unas uñas tan excéntricas, que por qué les hablaba así a los clientes, que por qué se ponía un maquillaje tan agresivo; todo ello mientras a Annabel, su compañera, que no era blanca pero podía hacerse pasar por una, no le decía nada en absoluto cuando llevaba un pelucón y maquillaje de emo oscurísimo.

—Oye, si quieres irte a otra tienda —le dije—, ¿por qué no echas el currículum en el Regal? Ed está bien como jefe, y trabajarías con Muddy y conmigo.

—No —me contestó—. Os pasáis el día limpiando la mierda de los demás. Paso, Harles. Además, no creo que me venga bien trabajar con Muddy.

—¿Para la relación, dices?

—Relación —repitió con una carcajada—. Muy buena.

Cuando le pregunté qué pasaba, me contestó:

—A ver, no me malinterpretes. Muddy es un cielo. Además se está esforzando. Mira, el otro día vi que tenía un CD de Lil' Kim en la guantera del coche. En serio, no tengo ni idea de por qué le ha dado por el rap de repente, pero me gusta, y me hace sentir que se interesa por mí de veras. Pero, aun así, a veces puede ser tan… No sé… ¿Soso? No sé explicarlo. A veces me da la sensación de que no tiene sangre en

las venas. O, bueno, que la tiene para muchas cosas, como para los pájaros y demás, pero no para lo que debería. En serio, no me hace ni caso. Harles, estoy cachondísima, como si fuera ninfómana o algo. Imagínate lo que es estar tan buena como yo y estar a dos velas.

—Es muy injusta la vida —le dije—, lo siento.

—No es gracioso —me contestó, pero se estaba riendo—. Estoy buenísima. —Bajó la cabeza para quedar a mi altura—. ¿No te lo parece? —Le di un trago a la limonada y le dije que sí, que lo estaba —. Justo, muchas gracias. No estoy hecha para ir detrás de los hombres para poder echar un polvo. No está en mi naturaleza, ni en mi espíritu, ni en mi alma; no es lo que la vida me tiene reservado, ¿sabes? Sobre todo si el hombre en cuestión es Muddy, que se supone que tendría que darme tan fuerte como para acabar en coma y despertarme hablando en otro idioma, joder.

—A lo mejor es porque no lo dejas en paz con lo de que tiene la piel seca —le contesté, alzando la cabeza mientras ella me tiraba del pelo.

—No se morirá por echarse un poco de cremita hidratante, ¿no? —se defendió—. Le dije una sola vez en broma que no pensaba acostarme con él hasta que empezara a cuidarse la piel y lo está poniendo como excusa como si le fuera la vida en ello. Hasta le dije que ya me daba igual. ¿Sabes lo que hacemos cuando viene aquí? ¡Nos abrazamos y hacemos la cucharita!

—A ver, a mí me parece mono, ¿no?

—Sí, pero no hace falta que sea siempre igual, joder —suspiró.

Decidimos poner *Live*, de Erykah Badu, y, para cuando llegó a la última canción, *Tyrone*, Noria había terminado de hacerme las trenzas mientras cantaba usando mi cabeza de micrófono. Me sostuvo un espejito ante la cara. Tenía la cara más brillante y la forma de mi cabeza quedaba más definida. Sonreí ante el reflejo y le di las gracias a Noria. Me veía muy guapo. Noria dejó el espejo y me giró para que la mirara.

—Madre mía, Harles —me dijo, y yo le sonreí, avergonzado—. Menudo rey estás hecho.

La madre y el hermano de Noria se habían ido a Nigeria a pasar el verano, así que en su casa solo estábamos nosotros y su padre. Más tarde nos acomodamos en el salón, fuimos pasando los canales en los que emitían música y dejamos puesto MTV Base cuando vimos el videoclip de *He Wasn't Man Enough*, de Toni Braxton. Nos pusimos a cantar, y entonces entró su padre en el salón, bailando con las manos y haciendo como que se sabía la letra.

—¡Papá! —exclamó Noria, con los ojos en blanco.

Su padre le contestó que era él quien pagaba la factura de la luz con la que podía ver la tele, así que podía ponerse a bailar cuando le viniera en gana.

—Buenas, señor Ajayi —le dije, saludándolo con la mano, sonriéndole.

Dejó de bailar, me miró y me dijo que estaba guapo. Estiró la mano, me obligó a levantarme y miró a Noria.

—¿Lo has hecho tú? Muy bien. Qué pasote.

Noria le dio las gracias, le prohibió emplear la palabra «pasote» y le pidió que se fuera.

—Mira que es maleducada esta niña —protestó su padre con una sonrisa.

—¿Verdad? —le contesté, mirando a Noria—. Es lo peor.

Noria expresó su enfado aspirando entre dientes.

Antes de irse, su padre me señaló y me repitió con un grito: «¡Qué chico tan guapo!».

Durante los anuncios, le pregunté a Noria por qué creía Finlay que ella pensaba que él era imbécil.

—¿Es eso lo que te ha dicho? —me preguntó, riéndose. Yo asentí —. Yo no he dicho que sea imbécil, pero creo que es un niñato que trata a Chels como si fuera su mascota y que ella se merece a alguien mejor.

—Me dijo que estaba intentando ser más maduro por ella.

—Ah, ¿sí? —se burló—. Bueno, pues dile que no creo que sea imbécil, pero sí que es un flipado, y que como vuelva a tocarle el pelo a mi chica, se va a llevar un puñetazo en el cuello. Y va en serio, me pelearé con él. ¿Ves eso de ahí? —me preguntó, señalando un objeto cilíndrico rosa que había sobre la consola del pasillo; me explicó que se trataba de un cristal que absorbía las energías negativas de la sala y liberaba energía positiva—. Lo he sacado aprovechando que mi madre no está en casa porque piensa que todo eso son cosas de brujas, pero mira, ayuda a pedirle cosas al universo cosas como, por ejemplo, que Chels vea la luz y deje de una vez a ese tipo.

—Pero ¿no estábamos pidiéndole al universo que todos los miembros de su familia tuvieran un buen nabo?

Noria fingió una arcada y me preguntó que cuándo había dicho ella eso.

—Mira, da igual —le contesté, sin dejar de reírme.

Cuando Chelsea volvió de Londres al día siguiente por la tarde, llamó a la puerta de mi cuarto, preocupada. Eddie le había contado lo del

ataque de pánico, y Chelsea se había pasado la mañana enviándome mensajes. Le había contestado que estaba bien.

—Madre mía —me dijo, con los ojos muy abiertos, cuando me vio —, qué pelo.

—Ya —le contesté—. Me encanta.

—Guau —me dijo, y luego se sentó en el borde de la cama—. Estás superdistinto, cielo. Te queda genial.

Le pregunté cómo le iba en el puesto nuevo, y me dijo que estaba estresada pero que le encantaba aquel caos; pero también añadió que le gustaría que Eddie dejara de marearla y la hiciera subgerente de una vez y le pagara lo que le correspondía porque, a fin de cuentas, prácticamente estaba desempeñando la misma función.

—Me he enterado de que está haciendo entrevistas para el puesto —me dijo—. ¿A santo de qué?

—Seguramente sea el procedimiento —le contesté—, para que parezca que todo el mundo tiene las mismas oportunidades.

—Sí, supongo —respondió ella con un suspiro.

Luego, de repente, enderezó la espalda, me acarició el brazo y me preguntó qué tal había ido con mi padre. Me encogí de hombros e hice una mueca; Chelsea lo llamó «hijo de puta» entre dientes. Se quedó sentada en mi cama y guardó silencio durante un instante.

—Harley, ¿de verdad estás bien?

—Sí —le dije, mirándola—. Ya te lo he dicho, estoy bien. Me he agobiado un poco porque ha sido un turno de locos. Me he estresado muchísimo.

—No sé —me dijo con curiosidad—, no lo digo solo por eso. Te noto raro desde que volviste de la uni. ¿Te pasó algo?

—¿A qué te refieres? —le pregunté, tenso, irritado—. No pasó nada. Es que la carrera no era para mí.

—Ya me lo dijiste, pero siguen gustándote la música y esas cosas, ¿no? ¿Has pensado en apuntarte a unas prácticas o algo por el estilo? Si te interesa, mi padre puede tirar de contactos. —Me apoyó la mano en la espalda y sentí la necesidad de apartarme, pero me obligué a quedarme quieto. Le di las gracias por la oferta y le dije, sin expresión en la voz, que le daría un par de vueltas—. De todos modos —prosiguió ella entonces—, ayer hablé con Eddie y le comenté de meterte en el programa de sistema de compañeros.

—¿Qué? —le dije con otra mueca.

—No me pongas esa cara —me contestó Chelsea—. Te va a gustar a quien hemos escogido. Vamos a ponerte en el almacén.

—¿Con Muddy?

Chelsea asintió.

—Sé que no llevas bien haber tenido que volver —me dijo—, ni tampoco lo de mezclarte con el resto de la plantilla, así que he

pensado que hacer un par de turnos con él te puede sentar bien. De momento va a ser como tu compi o algo así. —Rebuscó algo en su mochila y sacó una hoja de papel—. Toma, aquí tienes la lista de turnos para la semana que viene.

Examiné los nombres. El mío estaba subrayado en verde junto al de Harry Barlow.

—¿Y este quién es? —le pregunté, señalándoselo a Chelsea.

—Muddy —me contestó con una risita.

—¿Qué? ¿Se llama Harry? ¿Y por qué lo llamamos Muddy?

—No me acuerdo —me contestó—, creo que era por algo de una granja de cerdos en Leeds. Tendrás que preguntárselo a él.

Aquella noche, Chelsea y yo nos sentamos en el salón mientras Muddy y Finlay se preparaban para su partido de *rugby*. Ambos entraron en el cuarto, muy guapos y masculinos con las camisetas a rayas blancas y azul marino y las zapatillas resonando contra el suelo, para despedirse. Cuando me vieron los dos me dijeron entusiasmados que el pelo me quedaba muy sexi y que estaba «muy distinto». Muddy me dio una palmadita en la mejilla y dijo:

—Pues nos vamos. —Luego se giró hacia Chelsea y añadió—: Cuídamelo, eh.

Aparté la mirada, avergonzado, pero sin dejar de sonreír. Finlay le dio un beso a Chelsea en la frente, y ella alzó la mirada y se mordió el labio. Abrí mucho los ojos, confundido, pero esperé a oír que cerraban la puerta del piso antes de comentarle nada.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté. Chelsea me miró como diciéndome «¿a qué te refieres?»—. No me vengas con esas… ¿Qué acaba de pasar?

Chelsea se sonrojó y echó la cabeza hacia atrás.

—Ay, Señor —exclamó, pasándose una mano por el pelo—. Ya te dije que ya te contaría, ¿no?

—¿El qué?

—Pues es que me sentía un poco rara yendo a Londres todos los días —me dijo—, y Finlay estaba cambiándoles los anillos de cera a unos retretes en un campus de Southwark. El caso es que, cuando terminó, se pasó por casa de mis padres para ver cómo estaba.

—¿Y se lo presentaste?

—Sí —me contestó—. Mis padres necesitaban que les desatascaran las cañerías, así que le pregunté si podía pasarse para echarles un vistazo. Y eso, apareció por allí todo desaliñado con el mono del trabajo y, ay, Harles, no sé por qué, pero es que me pone mucho. Además ese cuerpazo que tiene tampoco me pone las cosas fáciles. Y,

bueno, acabamos acostándonos. —Me quedé mirándola—. Y la verdad es que no quiero dejar de tirármelo.

—¿Ya no te parece un payaso?

—No, no, claro que sí —me dijo—, pero creo que puede que haya estado tirándomelo con rabia. —Enarqué una ceja—. Sabes lo que te digo, ¿no? Follarte a alguien con rabia, en plan, no lo soporto, pero un polvete de vez en cuando… O varios polvetes. Lo que quiero decir, Harles, es que no me importa seguir con él para tirármelo.

—¿Y qué opina él al respecto?

—Pues es que ahí está el tema, cielo —me dijo—. Finlay me dijo que me quería mientras lo hacíamos. A ver, por una parte lo entiendo. Fue un polvo increíble. Además, cuando asumí de una vez por todas que no soportaba a Finlay, la cosa mejoró mucho. Puede que sea el mejor polvo que he echado nunca. Hicimos de todo. Ni siquiera quiero mirarme ahí abajo para no ver el destrozo que debo de tener. Oye, deja de mirarme así.

—A ver —le dije, con el rostro imperturbable—. No sé si entiendo lo de follar con rabia. Pero no le hiciste daño, ¿no?

—Pues no voy a mentirte, Harles. Vas a tener que preguntarle a él. Le agarré la polla tan fuerte y se la chupé con tanta ansia… Como si al correrse fuera a echar mi aumento de sueldo o algo así.

—¿Y qué le respondiste cuando te dijo que te quería?

—Miré hacia atrás en plan «¿que qué?».

—Te dijo que te quería y tú lo miraste en plan «¿que qué?».

—Sí, pero lo que tendría que haberle preguntado era «¿por qué?». He sido una capulla con él desde hace semanas. Sinceramente, llegó a un punto en que solo con verle el careto ya me ponía de mala hostia.

—Cuando fuimos al Bluewater me preguntó por qué estabas tan rara con él.

—¿Y qué le dijiste? —se rio.

—Básicamente que querías que fuera más maduro.

—Ya decía yo que estaba un poco raro… —me contestó—, pero eso es agua pasada. No quiero que me dé la mano ni que me haga sentarme en su regazo. En realidad, ya no es cuestión de que se comporte como un crío, sino que no me gusta en ese plan. Supongo que podríamos ser amigos con derecho a roce, pero ha empezado a decirme cosas rarísimas.

—¿Como qué?

—No había forma de que se callara cuando terminamos —me dijo —. Normalmente rodaba a un lado de la cama y se echaba una siesta, pero ahora no deja de hablar de boda, niños y el futuro. Manda huevos que el mismo tipo que me acariciaba el coño con el dedo mientras hacía ruiditos de bebé cuando le pedía que me lo comiera se ponga a hablar de niños e hipotecas.

Rompí a reír, y Chelsea me dijo que no tenía gracia.

—Entonces —le dije—, aquella vez que te dije que estaba cuadrado, y tú me dijiste que no estaba mal, en realidad…

—Era mentira, sí.

—Deberías hablar con él —le dije—. A lo mejor le gusta. Y, oye, si no es mucha indiscreción, ¿cómo cortasteis Muddy y tú?

—Pues estábamos viendo la tele una noche —me dijo con una sonrisa—, y ambos estábamos incómodos, y no era algo que soliese pasar entre nosotros. Me pasó el brazo por detrás, nos miramos rollo «¿qué estamos haciendo?» y empezamos a partirnos de risa. Solo estuvimos juntos unas semanas, pero aún lo adoro, joder. —Entonces se quedó callada y dejó escapar un suspiro—. Finn también me dijo que me prepararía la cena este finde —gruñó, echándose las manos a la cara y fingiendo que lloraba—. Mira lo que has hecho.

Le di palmaditas en la espalda y me disculpé, fingiendo compasión por ella. Aunque, en realidad, no estaba fingiendo. Normalmente sentía alivio por lo frívolos que eran los problemas de Chelsea. Supongo que, de un modo arrogante, siempre me había parecido que sus movidas eran mucho más suaves que las mías. En cierta manera, involucrarme en su vida de aquella manera me aliviaba un poco. Su mundo se asemejaba a unas aguas en calma; las partes más oscuras de la vida se diluían cuando caían en las profundidades de Chelsea; su historia era una trayectoria ascendente, y siempre me imaginaba que, para ella, las cosas como la tristeza, la ansiedad o la depresión eran temporadas de las que salía ilesa. Era reconfortante poder asociarse con aquella clase de privilegio. Su familia, al menos por lo que yo sabía, tenía dinero. Su padre no solo era dueño del piso en el que vivíamos, sino también de muchos otros al tiempo que tenía la mano metida en varias industrias. Aun así, Chelsea ni se imaginaba lo agradecido que estaba por que me dejara vivir allí pagando el alquiler mínimo; además jamás me lo había echado en cara ni esperaba que le estuviera dando las gracias todo el tiempo.

Jamás le contaría lo que hacía con Paul, lo que había pasado con mi padre o lo que había tenido intención de hacer cuando conocí a Muddy. Temía que si aquellas partes de mi vida se infiltraban en nuestra amistad más de lo que ya lo habían hecho, quizá no se diluyeran en su tranquilidad, quizá la oscurecieran y la abrumaran.

CAPÍTULO DIEZ

A Muddy casi le dio algo de la emoción cuando Chelsea le dijo que me habían cambiado de puesto en el Regal. La noche anterior a nuestro primer turno juntos, llamó a la puerta de mi cuarto.

—Hola, colega —me saludó, apoyándose en el marco de la puerta —. Chels me ha dicho que a partir de ahora vas a estar en el almacén conmigo.

—Sí —le dije, incorporándome en la cama—. A partir de ahora vas a ser mi compi. Lo siento.

—No te disculpes —me contestó—. Me honra ser tu compi. Que duermas bien. Nos vemos mañana.

Estaba tan contento con lo muchísimo que aquel cambio me había animado que, al día siguiente, me levanté temprano y preparé el desayuno. Hacía horas que Muddy se había levantado y estaba tumbado en el sofá del salón jugando a la PlayStation. Cuando oyó la tostadora me gritó:

—¿Me puedes poner un par?

A los dos minutos, cuando saltó el pan, le grité si quería que le untara mantequilla, pero entonces apareció en la puerta de la cocina en camiseta interior y bóxers.

—Me encanta cuando me dices guarradas, ¿sabes? —me dijo, bostezando, rascándose y apartándose el pelo de la cara.

Le dije que se untara él la mantequilla.

De camino al trabajo, Muddy cantó *Shiver*, de Natalie Imbruglia, que sonaba en la radio. Jamás me lo había pasado tan bien yendo al trabajo. Muddy no dejaba de interpretar la letra del estribillo con gestos exagerados de las manos. Yo lo observé sin dejar de sonreír. Luego pusieron *Filthy/Gorgeous*, de Scissor Sisters y, para esa, puso la voz superaguda y actuó con los hombros y el pelo. Me reí tan fuerte que se me escapó un gruñido por la nariz.

—Menudo artista estoy hecho, eh.

Cuando nos encontramos atasco, Muddy se acordó de que se había comprado un disco nuevo de *Definitely Maybe* para reemplazar el que se le había roto. Rebuscó entre la guantera, metió el disco en el reproductor y me dijo:

—Esto es el comienzo de todo.

Vi el CD de Missy Elliott que le había pedido prestado a Noria, pero no comenté nada al respecto. Muddy comenzó a hablarme de la conexión que tenía con aquellas canciones, que su padre los había visto en el Boardwalk, en Mánchester, a principios de los noventa, antes de que se volvieran famosos. Fue la primera vez que mencionó a su padre delante de mí, así que le pregunté si aún vivía en

Mánchester.

—A saber dónde coño está —me dijo, encogiéndose de hombros.

Al entrar en el trabajo me sentí contento y seguro de mí mismo. En la sala de descanso —la cual solía evitar porque prefería comerme el almuerzo en los bancos que había fuera del edificio— nos encontramos a Emily y a unos cuantos compañeros más. Emily estaba sentada en una silla, comiéndose un sándwich y leyéndose un libro de tapa dura sin la sobrecubierta. Muddy la saludó llevándose dos dedos a la sien y le dijo:

—Ay, Ems, Ems, Ems, ¿cómo estás? ¿Bien? ¿Cómo va ese pie?

Emily estiró el pie y lo inclinó hacia ambos lados.

—Mejor, gracias.

—Tienes que tener más cuidado con las escaleras, eh —le dijo él—. So boba.

—Que te follen, Mud —contestó Emily, riéndose.

Yo me quedé de pie al lado de Muddy, incómodo, mientras él colgaba el abrigo.

—¿No vas a saludar a mi compi Harley? —le preguntó.

Me sentía muy patético. Me esperaba que me soltara algo tipo: «Bueno, Mud, ¿y por qué no me saluda él a mí? Tiene boquita para hablar, ¿no?».

Pero, en cambio, Emily me miró y me dijo:

—Mierda, perdona, Harley, ¿cómo estás? Qué chulo el pelo.

Quise preguntarle cómo estaba, qué libro estaba leyendo, qué le había pasado con las escaleras, pero lo único que le dije fue que estaba bien y me escaqueé diciendo que necesitaba ir al baño. No quería que mi incompetencia mancillara aquella interacción.

Después de sacar dos jaulas metálicas para transportar las cosas, Muddy y yo nos quedamos fuera mientras el camión de reparto entraba marcha atrás en el área de carga. Muddy sacó un par de forros polares del almacén porque de repente hacía frío. Silbaba y giraba sobre los talones con las manos en los bolsillos de los pantalones cortos. El repartidor, que se llamaba Larry —aunque Muddy lo llamaba Lazza—, se bajó del camión y le entregó varias hojas a Muddy para que las firmara. Este a su vez me las pasó a mí y dijo que estaba sustituyendo a Geoff, que era quien se encargaba normalmente de todas las tareas administrativas.

Cuando Larry abrió la parte de atrás del camión, Muddy se subió de un salto.

—¿Quieres dejar de dar por culo? —le gritó Larry—. Usad el montacargas, joder.

—No me hace falta el puto montacargas, Laz —le contestó Muddy —. Puedo hacerlo con estas manitas y mi colega Harley. Nos las apañamos. Ve a fumarte un piti o algo.

Larry se encogió de hombros, se apoyó en la puerta de la cabina y se encendió un cigarrillo. Muddy arrastró varias cajas hacia el borde del camión. En su mayoría se trataba de cajas de bolsas de patatas, caramelos y siropes para la máquina de refrescos. Nos tiramos casi veinte minutos apilándolo todo en las jaulas metálicas y llevándolo todo dentro. Cuando terminamos, Muddy se sacó un boli azul del bolsillo del pantalón y me lo dio para que firmara los papeles con los que Larry confirmaría que había entregado el pedido. Antes de marcharse, Larry y Muddy se estrecharon la mano y se dieron varias palmaditas en la espalda; luego Larry le dio un puñetazo en el pecho a Muddy, lo dejó sin aire y fuera de combate.

—Deja de saltar en mi camión —le dijo, apuntándole a la cara con el dedo, antes de volver a subirse al vehículo.

Cuando Muddy volvió hacia mí, encogido, le pregunté si estaba bien; Muddy comenzó a toser y a reírse, con los ojos un poco llorosos.

—Sí, hombre. Laz es genial.

A lo largo del día llegaron dos pedidos más en palés de madera enormes, envueltos en plástico. Muddy se sacó una lista de otro bolsillo y me la entregó.

—No se me dan muy bien las palabras.

—¿A qué te refieres cuando dices eso? —le pregunté.

—¿Cómo?

—Lo de que no se te dan bien las palabras. Le dijiste lo mismo a Ian la otra vez.

Muddy se sentó en un banco plateado oxidado, junto a la salida de incendios, y comenzó a arrancar el plástico de los palés.

—Pues que no me gustan.

—¿Y eso?

—Porque yo no les gusto a ellas.

—¿Porque no sabes leer?

Muddy se quedó mirándome y se apartó un mechón de la cara.

—¿En serio? ¿De verdad te crees que no sé leer?

—¿Qué?

Entonces rompió a reír.

—Nada, me estoy quedando contigo —me contestó—. Venga, siéntate y ayúdame con esto. —Obedecí y Muddy me miró y me dijo —. Es que no se me dan bien. ¿Sabes cuando escribes una palabra o algo y sabes que está mal pero que también has puesto todas las letras y que el orden no es el correcto? Es una puta mierda. No me sale a cuenta intentarlo.

—Ah —le dije—. O sea, ¿que tienes dislexia?

—Eso —respondió él—. ¿Por qué tienes tanto interés en mis capacidades académicas? —Le pregunté si, por culpa de la dislexia, le costaba más apuntar las cosas en su registro—. Mi caligrafía sigue siendo una mierda, pero me las he apañado durante años, así que no te preocupes. —Entonces se rio y me dijo—: Y todo gracias a los imanes que tenía mi abuelo en la nevera.

—¿Los imanes?

—Sí —me contestó—, cuando era pequeño, mi abuelo solía sentarme frente a la nevera y nos dedicábamos a formar palabras juntos con ellos. Luego los mezclábamos y volvíamos a empezar. —Le sonreí. La ausencia de sus padres en aquella anécdota me hizo querer saber más—. Eso me recuerda que tengo que pedirle a Ed unos cuantos días libres para ir a ver a mis abuelos.

Más o menos una hora después, tras ir al vestíbulo unas dos veces para guardarlo todo, y tras decirle la lista en alto a Muddy para asegurarnos de que nos lo hubieran entregado todo, terminamos con el trabajo de dentro. Salí por la parte de atrás, donde me encontré a Muddy sentado en un banco, tarareando *You're Beautiful*, de James Blunt, y haciendo bolas con el plástico de los envíos. Me pasó un poco con el pie, tarareando el estribillo aún más alto. Le sonreí y me senté a su lado.

—Así que Harry Barlow, eh —le dije, y Muddy me clavó la mirada —. Al ver la lista de turnos, no tenía ni idea de quién era Harry, pero claro, como no hablo con nadie, podría haber sido cualquiera. Dime, ¿por qué la gente te llama Muddy?

—Madre mía —me dijo riéndose—, menudo interrogatorio me estás haciendo hoy, ¿no? —Enderezó la espalda—. De pequeño vivía en una granja de cerdos y no dejaba de tirarme por el barro. Lo hacía porque me divertía y tal. Pero, una vez, mi abuelo, que a veces es un poco capullo, me tiró en uno de los charcos de barro con los cerdos. Él te lo negará si se lo preguntas, porque el muy cabrón es un mentiroso. Pero, vaya, que se me quedó el mote, a diferencia de todo el barro que mi abuela tuvo que limpiarme de la raja del culo cuando me sacaron de allí.

—¿Te tirabas al barro desnudo?

—Sí —me contestó—. Hay fotos y todo.

—Qué mal por parte de tu abuelo, ¿no?

—No pasa nada. Los cerdos eran como de la familia. Hasta que los matábamos y los vendíamos, claro. Pero, sí, deberías venirte alguna vez a Salford para que les eches un ojo.

—¿A los cerdos?

—No, colega, la granja de cerdos estaba en Leeds —me dijo—, y hace tiempo que ya no hay cerdos. Me refería a las fotos en las que salgo en bolas.

—A ver —le dije riéndome—, Muddy, por muy tentador que suene…

—¿Qué pasa? ¿Que no quieres verme desnudo?

—A lo mejor no cuando eras pequeño.

—Ya. La verdad es que ahora voy mucho más limpio —me contestó—. Debería decirle a la gente que empezara a llamarme por mi nombre de verdad. —Me pasó un brazo por los hombros—. Harry y Harley. Se parecen bastante, ¿no? ¿Cuál es tu apellido?

—Sekyere.

—Mira, da igual.

—A ver, no esperabas que fuera Barlow, ¿no?

—Nunca se sabe —me dijo—. A lo mejor éramos hermanos, pero claro, mi hermano me dejaría acompañarlo cuando se fuera de paseo, ¿no?

Lo miré nervioso, pero él me sonreía y me miraba de reojo. Muddy me frotó la espalda con delicadeza, y el gesto duró más de lo que habría esperado.

Aquella tarde, después del trabajo, pasé de un mensaje que me había mandado Paul y me fui con Muddy a un parque natural en Maidstone, cerca de donde vivía Finlay. Muddy me contó que su abuelo llevaba varios días postrado en la cama y que no había podido salir a contemplar aves. Así que le había pedido prestada la cámara a Ian para grabar unas cuantas de la zona y, cuando Eddie le diera los días libres, iría a Mánchester para enseñárselo.

La hierba crujía bajo nuestros pies mientras subíamos una cuesta. Cada vez hacía más frío y el cielo se había teñido de un azul pálido. Nos quedamos allí el tiempo suficiente como para verlo desvanecerse lentamente entre penachos tenues de luz naranja. En un momento dado, como Muddy estaba tan entusiasmado, se alejó mucho de mí y dejé de verle los rasgos; solo veía una silueta corpulenta. Llevaba los pantalones cortos y las botas de seguridad de siempre, y una camisa estampada arremangada. Se detuvo en lo que parecía el punto más alto de la colina, con los puños cerrados contra la cadera, observando hacia el cielo por encima de la cresta. Se giró hacia mí con la mano arqueada sobre la frente para buscarme. Me hizo un gesto para que fuera con él y me gritó algo que no llegué a oír, pero sonaba contento y emocionado. El viento soplaba con bastante fuerza cerca de la cima; la camisa se le alzaba por detrás y tenía los ojos anegados de lágrimas por la fuerza de las ráfagas.

—¡Mira, mira! —me dijo, pasándome un brazo por la espalda.

Las vistas eran impresionantes: tras subir la colina llena de colores,

lo único que veíamos ante nosotros era azul, verde y marrón. Oía los pájaros cantar. Muddy se quitó la mochila y se agachó en el suelo para sacar la cámara. Yo miré a lo lejos.

Descendimos por la colina y seguimos unos senderos estrechos. Muddy no tardó en meterse entre un conjunto de árboles sin hojas, siguiendo un ruido. «¡Un puto pinzón!», le oí gritar, y fui tras su voz, igual que él iba tras los pájaros. Me encontré a Muddy apuntando con la cámara hacia un rama, donde un pájaro con la cara naranja y gris y las alas blancas y negras le piaba al cielo. Según el registro de Muddy, ya había visto tantos pinzones que incluso había dejado de anotarlos. Sin embargo, por la sonrisa que lucía en el rostro, cualquiera que lo viera habría pensado que era la primera vez que se topaba con uno: la emoción no había disminuido en absoluto. Yo también lo observé, sin saber muy bien si mi sonrisa se debía al entusiasmo de Muddy, como si me lo hubieran inyectado, o a que ver pájaros me proporcionaba una alegría similar a la que sentía Muddy, aunque no tuviera del todo claro cómo distinguir una razón de otra. Muddy silbó para imitar el canto estridente y ocasional del pinzón, y luego empezó a girar la cabeza de un lado a otro cuando oyó que otros pájaros se ponían a cantar.

Entonces se apuntó a sí mismo con la cámara.

—Bueno, viejales —le dijo—, sé que has estado un poco pachucho, así que he pensado en salir por ti, para que veas todas las cosas bonitas que hay. Mira, sé que siempre estás preocupado porque crees que no tengo amigos, pero mira… —me apuntó con la cámara—. Este es mi amigo Harley. Saluda, hombre. —Agité la mano ante la cámara con una sonrisa tímida—. No solo tengo a Finn, que ya sé que la abuela cree que es un poco capullo. De momento no hemos visto mucho. La verdad es que no llevamos mucho rato, pero… —volvió a apuntar con la cámara hacia los árboles— mira qué pinzón tan bonito hemos visto, joder. Imagino que ya habrás visto un millón iguales en los siglos y siglos que llevas en este planeta, pero, en mi humilde opinión, no pierden su belleza por muchas veces que los veas. Pero claro, no son tan bonitos como el estornino que vi el otro día. Ay, abuelito, qué preciosidad, y qué pena que no pudieras verlo.

Caminamos mientras Muddy movía la cámara despacio para captar el paisaje y le hablaba a su abuelo de todas las veces que había salido a observar aves o a explorar las diversas reservas naturales de Mánchester; de aquella vez que habían ido a Moston Fairway y su abuelo se había quedado mirándolo mientras él jugaba con el barro o se dedicaba a escalar árboles, y luego Muddy se había tropezado con una raíz y se había caído de morros contra el suelo y su abuelo se había reído de él antes de levantarlo; de la vez que Muddy había anotado el primer pájaro que había visto en su primera salida: unos

cisnes que surcaban un lago de Reddish Vale Country, y su abuelo había aprovechado la oportunidad para ayudarlo a deletrear una palabra corta.

—Bueno, viejo, ponte bueno pronto, ¿vale? Aún nos queda mucho mundo por ver.

Cuando dejó de grabar anduvimos en silencio durante un rato.

—Eres un mentiroso estupendo —le dije al cabo de un tiempo.

—Ya, no se me da mal.

—Espero de veras que veas pronto más estorninos.

—Ojalá —me contestó—. Yo también. Se supone que están de un lado para otro durante todo el año, así que, en teoría, pueden aparecer en cualquier momento. O sea, que vas a tener que estar conmigo siempre por si acaso los vemos, compi.

—No creo que sepa apreciarlos tanto como tú.

—Tonterías —me contestó—. Te van a encantar, igual que a mí. Lo que pasa es que no quieres contarme a dónde vas todos los días después del curro. —Me pasó el brazo por la espalda y me pegó a él—. Pero Chels ha dicho que soy tu compi, y yo no le llevo la contraria cuando me manda algo. Así que vamos a ver ese puto estornino juntos.

Rompí a reír y alcé la mirada hacia él.

—Vale —le dije.

—Así me gusta.

CAPÍTULO ONCE

En una ocasión mi padre me preguntó que por qué no creía en Dios. Aquello fue unas pocas semanas después de que saliera por segunda vez del armario con él, cuando tenía diecisiete años. Estábamos cenando —plátanos machos, huevos y un bol de estofado de espinacas para ambos— e intentaba explicarle que no era que no creyera en Dios, sino que el Dios en el que él creía, y la religión a través de la cual se difundían sus poderes, no me apreciaban a mí.

En realidad no me estaba entendiendo, pero su confusión parecía ser lo único que, de vez en cuando, volvía a unirnos durante ese año en el que empezamos a distanciarnos. Veíamos *Pop Idol* juntos y, durante los anuncios, me soltaba cosas como: «Pero ¡Dios puede ayudarte a ser mejor hombre!». Supongo que era su forma de reconocer mi salida del armario. Cada vez que iba a la cocina, al baño, o cada vez que iba a su cuarto para pedirle dinero, siempre me hacía la misma pregunta: por qué no creía en Dios y por qué me negaba a creer.

A medida que me hice mayor, me di cuenta de que quizá comprendiera los motivos por los que no creía en Dios, pero que no tenía respuestas para las demás incógnitas de mi vida. Me sentía un conglomerado enorme de incógnitas. Empecé a preguntarme cuán importante era comprenderte a ti mismo, si había alguna clase de mérito en ello, ya que imaginaba que el único motivo por el que uno podía querer comprenderse a uno mismo era para que otras personas pudieran hacer lo mismo. Sin embargo, no había otras personas en mi vida, de modo que jamás me había parecido esencial comprender por qué, por ejemplo, tenía tanta ansiedad o por qué estaba deprimido, ni por qué, a veces, mis fracasos se volvían tan grandes en mi cabeza que se convertían en pensamientos suicidas; eran unos fracasos insustanciales, reparables, fáciles de enmendar y redirigir hacia el triunfo pero que, aun así, lograban que mi vida fuera insoportable.

La vez siguiente que fui a casa de Paul, varios días después de que hubiera salido a ver pájaros con Muddy, me vino a la cabeza otra incógnita. ¿Por qué había decidido ir allí? Era consciente de que, en realidad, no me apetecía, pero Paul me había mandado una avalancha de mensajes guarros y estaba empezando a sentirme culpable por haberlos ignorado. Aquella tarde, después de salir del trabajo, Noria había quedado con Muddy, y los vi besarse desde la otra acera, frente

al Regal; ellos no me vieron a mí. Se suponía que Muddy y yo teníamos que volver en coche al piso al acabar el turno, pero Noria le había escrito durante el almuerzo y Muddy iba a irse a su casa. Me invitó, pero supe que lo que Noria quería era intentar salvar la relación.

Ese mismo día, había dirigido la conversación con Muddy hacia los discos que le había pedido prestados a Noria, con la esperanza de que le repitiera algo de lo que yo le había dicho y así se pusiera contenta. Aun así, no dejaba de darle a vueltas a si había una parte mezquina de mí que estaba celosa: celosa de que ellos se tuvieran el uno al otro y que yo tuviera que conformarme con Paul; celosa de que Noria pudiera mirar a Muddy y decir que era suyo; que lo que antes había sido una relación débil se estuviera fortaleciendo.

Me sentí como si me estuviera castigando por aquella mezquindad. Si no podía tener algo bueno, entonces me torturaría con algo muchísimo peor. Era como si la oscuridad nebulosa que solía sentir deambulando en el centro del estómago hubiera comenzado a tomar forma y a aposentarse en mi interior, como si se estuviera hinchando y se estuviera extendiendo por los brazos, las piernas y el resto de mi cuerpo.

Paul y yo estábamos haciendo todo lo que habíamos estado haciendo hacía un año, hasta lo de los cumplidos. Yo apoyaba la cabeza en su regazo y él me acariciaba el cuerpo con la palma de la mano. A veces me descubría observando esos ojos azules gélidos, y entonces él me obligaba a girar la cabeza. Recuerdo que en un momento dado me dije que iba a dejar de hacerlo porque era evidente que no le gustaba. Antes de que me hicieran las trenzas, Paul me metía los dedos entre los rizos apretados y yo me obligaba a soportar el dolor porque sabía que a él le gustaba hacerlo. Ahora se dedicaba a recorrer las trenzas con los dedos.

Esa noche Paul estaba desnudo salvo por una camiseta de fútbol que se había dejado puesta y que le cubría la erección. Siempre se dejaba el condón puesto, hasta cuando había terminado. En una ocasión me dijo: «Es que no quiero que me pegues nada. Me gustas, pero sé lo que se dice por ahí de la gente como tú. He estado investigando y estáis llenitos de enfermedades, ¿no? No voy a pasarme mis últimos días bebiendo sopa con pajita en el hospital por tu culpa».

Me limité a sonreírle y a procesar aquella humillación como me correspondía.

Había llegado bastante tarde a su casa y había apagado el teléfono porque sabía que Muddy me llamaría. Después de follar, Paul se sentó

a mi lado y no se movió. Nos quedamos en silencio en la oscuridad, atenuada únicamente por el resplandor de una farola de la calle. Él pasó la mano por un haz de luz brillante. Le pregunté si había estado casado, porque tenía una marca en uno de los dedos. No sé por qué se lo pregunté, o qué creía que pasaría luego. Ni siquiera sabía si quería conocerlo más allá de la versión de sí mismo que me mostraba.

—¿A qué viene eso? —me preguntó, seguido de lo que puede que fuera una carcajada pero que también podría haber sido una tos.

Paul no se reía mucho.

Le mencioné la marca del dedo, y luego se quedó callado durante un rato. Seguía sin mirarme. Yo imaginaba que, si nuestras miradas se encontraban, se vería obligado a enfrentarse a algo a lo que, sencillamente, no se podía enfrentar.

—Sí, estuve casado —me dijo al fin—. Con una mujer, antes de que hagas ningún comentario.

—No iba a hacerlo.

—Mejor —me contestó—. No puedes ir por ahí dejando que la gente se crea que eres un maricón, ¿sabes?

—¿Perdona? —le pregunté.

Debí de ponerle expresión de dolido, aunque no era mi intención. Me dijo que no lo decía a malas. Luego se inclinó hacia mí, me rodeó la cintura con las manos, me agarró y me colocó entre sus piernas, de modo que quedé sobre su estómago mientras él seguía de espaldas. Respiraba muy fuerte.

—Tienes una piel preciosa —me dijo—. Lo sabes, ¿no? Te lo digo cada dos por tres, ¿no? Es preciosa, joder.

Y esa vez se rio. Yo lo imité; sentí que debía hacerlo. No dejaba de repetir aquellas cosas sobre mi piel, como si fuera un mantra. Luego se quitó el condón y me dijo que me incorporara para que pudiera correrse en mi espalda.

No pude quedarme mucho más tras aquello. Después de que me dejara limpiarme, me fui de allí y volví a la estación. Allí de pie, en el andén, no podía dejar de pensar en aquella franja de piel de mi espalda. Comencé a sentir un hormigueo en las manos, y me di cuenta de que estaba llorando. Pasado un tiempo, empecé a llorar aún más fuerte. Apreté el puño y me lo mordí, con la esperanza de abrirme la piel con los dientes o de que el dolor del gesto durara mucho tiempo y que me ayudara a distraerme de lo que había ocurrido aquella noche.

Rebusqué entre los escombros de la noche con la intención de extraer algo bueno de ella. Me había acostumbrado demasiado a creer, de forma errónea, que Paul me estaba salvando de algo. En un periodo en concreto de mi vida, lo único que había querido era que alguien me deseara, y ahí había aparecido Paul, que me deseaba. Cuando aquel idilio se agrió, cuando quedó claro que allí no encontraría nada, que

había sido un bobo, seguí esperando que Paul fuera la señal de algo bueno, como si tuviera que soportar aquello para ser feliz. Mi cabezonería no me permitía alejarme de aquella relación a menos que Paul llevara a cabo aquella tarea, hasta que hubiera cumplido las expectativas que tenía puestas en él, hasta que hubiera hecho algo con mi vida para que fuera menos patética y tuviera alguna clase de valor.

CAPÍTULO DOCE

Para demostrarle su madurez a Chelsea, Finlay decidió prepararnos un asado a todos al día siguiente. Ya era casi de noche cuando me desperté, y en el piso solo estábamos él, Muddy y yo. Finlay no dejaba de hacer ruido en la cocina. De no haber estado muerto de hambre, me habría quedado en mi cuarto hasta que hubiera parado. Era consciente de que me había pasado la noche llorando, pero no me había dado cuenta de hasta qué punto las lágrimas se evidenciaban en mi rostro. Tenía unos surcos resecos en las mejillas y los ojos hinchados y enrojecidos.

Muddy y Finlay habían vuelto del partido de *rugby* hacía más o menos una hora y estaban en la cocina con las camisetas del equipo puestas. Finlay estaba junto a la encimera, sacando cosas de los armarios, mientras que Muddy se había sentado a la mesa y dibujaba en una libreta. Cuando me vieron, Finlay fue a saludarme, pero Muddy se levantó y se acercó a la puerta, donde estaba yo, con el rostro cargado de preocupación.

—Saliste hasta tarde, ¿no? —me preguntó, acercándose tanto que nuestros ojos quedaron casi a la misma altura—. Intenté llamarte y todo. —No respondí, y a Muddy se le alivió la expresión de la mirada mientras me observaba la cara—. ¿Has llorado? —Me froté la cara con la mano y le dije que no—. Venga —insistió—, si se te ven los surcos en las mejillas. Has estado llorando. —Seguí sin contestar—. Si te ha pasado algo, puedes decírmelo y…

—¿Qué pasa? —preguntó Finlay, que apareció junto a Muddy con una fuente para el horno en las manos—. ¿Te ha hecho algo alguien? —Muddy enderezó la espalda, de modo que ambos me miraban desde arriba—. ¿Qué está pasando?

No me gustaba que pusieran en duda mi palabra, ni siquiera aunque lo hicieran porque se preocupaban por mí. Les dije, enfadado, que estaba bien. Ambos intercambiaron una mirada que no comprendí, con los ojos muy abiertos y los labios apretados, sonriéndose.

—Sabes lo que tenemos que hacer, ¿no, Finners? —le preguntó Muddy.

—Desde luego, macho —contestó Finlay—. Cuenta conmigo. Vamos a averiguar quién ha hecho llorar a nuestro niño, ¿no? —Fui a interrumpirles, pero Finlay chasqueó los dedos y me dijo—: Eh, que estamos hablando los mayores.

Muddy se sacó las llaves del coche del bolsillo y las agitó en el aire con un tintineo.

—Voy poniendo el coche en marcha.

—Y yo voy a por unas cuantas bolsas de basura —le dijo Finlay.

—No —le contestó Muddy—, ya llevo unas cuantas en el maletero.

—¿Y cuerda?

—Solo una, pero es larga. —Muddy hizo un gesto de estrangular a alguien—. Será rápido.

—Y un par de toallas para limpiar el estropicio.

—No harán falta —dijo Muddy—. Soy un pro.

—¿Un asesino pro?

—Me encanta.

—Tenemos que hacerlo en un visto y no visto, ¿no?

—Justo, en un visto y no visto —contestó Muddy—. *Pam, pam.*

—*Pumba.*

Ambos volvieron a fijar la mirada en mí.

—Bueno, ¿a dónde nos tiene que llevar Mud? —me preguntó Finlay.

—¿Qué ha sido eso? —les pregunté, sonriendo.

Muddy rompió a reír y me apoyó una mano en la espalda.

—Finners y yo vimos *Ama, honra y obedece* hace un par de días. Así que ahora somos un par de malotes que no se andan con chiquitas y que hacen lo que hay que hacer a quienquiera que haga falta.

Entonces me dio un apretón en el hombro y me dijo que se iba a la ducha. Me quedé en la cocina con Finlay mientras él preparaba la cena. Este se puso el delantal de flores de Chelsea por encima de la camiseta de deporte y me dijo:

—Venga, vas a ser mi ayudante.

—No me apetece —le dije, estirándome, bostezando y limpiándome las legañas.

—Qué pena —me contestó, y me puso un batidor en las manos—. Toma, aguanta esto, puede que necesite que batas algo ahora, en un momento.

—¿Qué quieres que bata? Si aún no has hecho nada.

Finlay señaló todo lo que había acumulado sobre la encimera: la ternera, el salero, el pimentero, los cuencos.

—Haz el favor de abrir los ojos, macho —me contestó—. No he parado.

—Lo único que has hecho es desordenarlo todo —le dije—. Ya verás la bronca que nos echa Chelsea, así que gracias.

—Ay, venga, hombre —me respondió—. ¿Por qué me haces esto? Solo intento prepararle un asado a mi chica y a sus amigos.

Me sentí mal por él.

—Perdona —me disculpé—. No es buena idea hablar conmigo antes de que me haya lavado los dientes y me haya puesto un poco de crema en la cara. ¿Qué quieres que haga?

Acabé batiendo la mezcla para los budines de Yorkshire y, en

realidad, fue una de las dos únicas cosas que hice. Finlay estaba cocinando todos los platos desde cero y se enfadó conmigo cuando le dije que podía comprar los budines en el súper por una libra; Finlay ya tenía los huevos, la harina y un bloque de grasa de carne asada, así que saqué la leche de la nevera —que fue la otra cosa que hice—. Me senté a la mesa y le vi lavarse las manos, rociar de aceite el redondo de ternera, salpimentarlo y echarle aceite de oliva, ajo y mostaza. Después de meterlo en la nevera para que se marinara, trajo el reproductor de Muddy a la cocina junto con un disco de grandes éxitos de Toto, que por lo visto era uno de los pocos gustos musicales en los que coincidían.

Me nombró «saltacanciones» y luego se puso a cortar patatas junto al fregadero.

—Me he enterado de que has conseguido que Mud empiece a escuchar canciones sobre pollas —me dijo entonces—. ¿Quieres que se cambie de acera o algo?

—A ver, primero —le repliqué—. Yo no lo he obligado a nada. Y, segundo, ¿por qué iba a querer que se cambiara de acera?

—Bueno, ¿y por qué no? —me contestó, de un modo muy extraño, como a la defensiva—. Es guapo. No tanto como yo, claro, pero no está mal.

Rompí a reír.

—¿De verdad te crees más guapo que Muddy?

—Mira, déjalo —me dijo, dándose la vuelta—. Pues claro que lo soy. Venga, agarra un cuchillo y ayúdame a cortar patatas.

Observé nuestros reflejos en la ventana mientras le ayudaba.

—Dime, ¿para ti ser el alcahuete de Muddy es un trabajo a tiempo completo? —le pregunté.

—Desde luego —me contestó—. Mira, tú llévame a uno de esos bares o discotecas de ambiente y te busco a un buen maromo. No querrán quitarme las manos de encima, obvio, pero te los dejaré todos a ti; bueno, al menos a los que no les importe tener que acercarse tanto al suelo.

—Anda, un chiste de bajitos —le dije, riéndome de forma sarcástica—. Muy bueno.

Finlay metió todas las patatas en un cuenco con agua fría.

—Que no, que es broma, hombre —me dijo—. Seguro que también hay chicos en tamaño bolsillo para que te entretengas con ellos, ¿no? Como esos enanos que van por ahí con máscaras de cuero que les tapan toda la cara, ¿no?

—Madre mía de mi vida, eres agotador —le dije, poniendo los ojos en blanco y dejando escapar un suspiro.

Nos sentamos a la mesa. Finlay se quitó el delantal, se lo dobló alrededor del cuello y me miró durante un instante. Me pareció

detectar un atisbo de tristeza, pero luego recordé que era imposible mantener una conversación sobre la tristeza con alguien como Finlay. No obstante, me preguntó si Chelsea me había comentado algo sobre su relación. Mi lealtad a Chelsea era inquebrantable, de modo que decidí mentir como un cosaco. Le dije que no me había dicho nada, pero no sé si se lo creyó. Entonces, después de quedarse un rato callado, me preguntó:

—¿Alguna vez le has dicho a alguien que le quieres?

—Que yo recuerde, no. ¿Por?

—Siempre he pensado que sería algo mágico, especial… Algo que te tienes que currar, ¿sabes? Bueno, o eso pensaba yo. Me pasé una semana dándole vueltas: «¿Se lo digo o quedaré como un idiota?». Pero, al final, se lo dije.

—¿En serio?

—Sí —me contestó—. Aunque puede que no fuera en el mejor momento ni en el lugar más apropiado.

Tuve que contener la risa.

—¿Dónde se lo dijiste?

Hizo amago de responder, pero entonces se detuvo.

—Pero, si ya lo sabes, ¿no? Seguro que te lo ha contado. Si es que lo sabía.

—En serio, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Mira, a la mierda —me dijo—, ya se lo preguntaré a Nor.

—O a lo mejor podrías preguntárselo a Chelsea —le sugerí, con una mueca.

Muddy regresó a la cocina. Sus pasos resonaban en el suelo de baldosas. Estaba empapado y llevaba una toalla alrededor de la cintura. Se puso entre mi silla y la de Finlay, y le miré el pecho ancho y cubierto de vello mientras hablaba.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer para el gran día? —le preguntó a Finlay—. No has mencionado nada al respecto, pero ya es el mes que viene.

—No sé —le contestó—. ¿Ir al pub? Supongo que quedaremos con los chicos. ¿Acaso no es lo que hacemos todos los años?

—¿Cumplís años el mismo día? —les pregunté.

—No, Muddy los cumple un día después que yo —me dijo Finlay —, pero siempre organizamos algo para el mío.

—¿Por?

—Porque es un mejor motivo para celebrar algo, ¿no?

—Organízalo en Shakermaker, ¿vale? —le dijo Muddy, riéndose—. Nadie quiere tener que ir hasta Maidstone, y yo quiero cantar en el karaoke. Ah, y dile a la gente que se pongan disfraces, no me seas soso. ¡Podría ser una fiesta temática de los ochenta! A ti te encantan, ¿no?

—¿Disfraces? —repitió Muddy con una mueca—. No me seas maricón, Muddy. —Luego miró en mi dirección y añadió—: Sin ánimo de ofender, Harley.

—Ay —le dije, asintiendo de manera distraída—, me recuerda tanto a los viejos tiempos.

—Más te vale disculparte ahora mismo —le dijo Muddy a Finlay, agarrándolo del hombro con la mano mojada—. Me niego a oír esas mierdas.

—¿Te importa? —le contestó Finlay, apartándole la mano de un golpe—. Estas empapado, macho.

Muddy agitó el pelo como si fuera un perro y las gotitas de agua salieron disparadas hacia todas partes. Finlay intentó arrancarle la toalla a Muddy, pero este se apartó riéndose antes de que a Finlay le diera tiempo a agarrar la tela.

—Ten cuidado —le advirtió Muddy mientras salía de la cocina—, a menos que quieras verme el pajarito.

—Como si no hubiera tenido ya la mala suerte de verlo —le contestó Finlay—. Pero seguro que a Harley no le importa. Míralo. Se muere de ganas.

—Vete a la mierda, Finlay —le solté de repente.

Aquella noche decidí beber. Me había pasado el resto de la tarde con Muddy y Finlay, y me hacía mucha ilusión la idea de cenar los cinco juntos en torno a la mesa de la cocina; confiaba en que el alcohol prolongara aquella sensación.

Mucho antes de que la cena estuviera lista, Chelsea y Noria se habían pasado un ratazo en el cuarto de Chelsea escuchando música a todo trapo. Cuando entraron en la cocina, Noria se quedó mirando a Finlay. Llevaba unas trenzas largas sujetas con horquillas doradas, a juego con el pintalabios negro y un top con unos tirantes finísimos. Yo estaba poniendo la mesa con Finlay, que se había puesto un polo y vaqueros; Muddy había salido a por bebida. Finlay la miró y le dijo que estaba guapa. Al ver que Noria no apartaba la mirada, le preguntó qué le pasaba.

—Quiere tener esas manos a la vista toda la noche… —le dijo Noria.

—¿Que quieres qué? —respondió Finlay.

— … o tú y yo tendremos un problema.

—Ah, ¿sí?

—Nor —le advirtió Chelsea—, no me refería a esto cuando te he dicho que fueras maja con él.

—Yo solo le estoy informando, cielo —contestó Noria—. Solo por

que hayamos decidido que nos cae bien, no significa que podamos relajarnos con él.

Finlay sonrió al oírlo y me guiñó un ojo. Yo le miré en plan «me alegro por ti». Luego se volvió hacia Noria y le dijo:

—Pues mira, Noria, menos mal que me gusta el rollo duro.

Noria puso los ojos en blanco y dejó escapar una carcajada. Finlay se acercó a ella, le pasó un brazo por los hombros y le pidió que lo ayudara a traer un par de sillas más del salón.

Durante la cena me senté entre Noria y Chelsea, en frente de Muddy y Finlay. No paré de extender la mano hacia las cervezas que Muddy había agrupado en el centro de la mesa. Chelsea me miraba cada vez que iba a por otra, pero no me dijo nada y le agradecí que no montara un numerito. En la uni jamás había bebido para aliviar la ansiedad. Siempre me había horrorizado la posibilidad de que el alcohol me alterara la mente cuando esta ya apenas funcionaba como era debido cuando estaba sobrio. Aun así, aquella tarde estaba contento y quería que la sensación se prolongara.

Finlay era buen cocinero, y esa noche estaba tan parlanchín que me resultaba imposible no decírselo, cada vez que probaba bocado, para elogiar lo tierna, lo jugosa y lo sabrosa que estaba la carne. Me di cuenta de que no era capaz de callarme, aunque no fuera del todo consciente de lo que decía, pero el caso era que todo el mundo se reía. Me pregunté si a alguien le parecería raro que me hubiera convertido en el centro de todas las miradas, que pareciera dirigir la conversación, que tuviera opiniones para todo, ya fuera sobre los programas de la tele, el cine, los famosos, las noticias o incluso los deportes. Cuando Muddy y Finlay se pusieron a hablar de un partido de fútbol, cambié de tema y centré la conversación en lo guapos que eran los jugadores; al menos los que yo conocía. Me sentía de maravilla, y quería que todos se sintieran tan bien como yo, así que los animé a seguir bebiendo.

Después de cenar jugamos a «verdad o reto», y alguien me preguntó quién era el más guapo del grupo. Más tarde recordaría que había respondido y que todos habían vuelto a reírse. Doy por sentado que miré a Muddy o a Finlay y dije: «No, no, en serio, ¡eres muy guapo! No dejes que nadie te diga lo contrario». Hubo más risas y alguien —creo que Muddy— contestó: «¿Veis? Este chico me adora».

Poco a poco la velada fue calmándose. Me recosté en la silla y dejé que la borrachera se apoderara de mí. Chelsea y Noria charlaban. Muddy y Finlay jugaban a las cartas. Muddy desordenaba las cartas cada vez que Finlay las dejaba en la mesa, luego me miraba y se reía con malicia, como si aquello fuera algo que habíamos planeado juntos. Más tarde Finlay se sacó un paquete de tabaco del bolsillo y lo sacudió ante Chelsea.

—Qué hábito más asqueroso —comentó Muddy.

Finley le respondió con un corte de mangas no muy entusiasta mientras se palpaba los bolsillos en busca del mechero. Cuando Chelsea y él se fueron, Noria señaló una marquita roja, rosa y morada que tenía Finlay en el cuello. Finlay la miró y empezó a reírse al tiempo que se sonrojaba.

—Deben de ser todos los polvos rabiosos que está echando con Chelsea —le dije a Noria riéndome.

Las cejas de Chelsea salieron disparadas.

—¡Harley! —me gritó.

Abrí los ojos de par en par y le pedí perdón. Chelsea me dijo que me callara, pero Finlay nos miró con expresión confundida y, luego, dolida.

—No, no —insistió Finlay—. Dime, Chels, ¿a qué se refiere? ¿Polvos rabiosos? ¿Qué es eso?

—No empieces —le advirtió Muddy—. Iba en broma, ¿verdad? —añadió, mirándome.

—A mí no me importaría que me echaran uno de esos —comentó Noria con aire melancólico, mirando a Muddy.

—¿Perdona?

—Nada —contestó ella—. Es solo que, por lo visto, tu mejor amigo está echando polvos rabiosos y yo estoy aquí preguntándome si es posible que me lleve algo más que un abrazo y que me estrechen la mano. Nada más.

—Pero ¿no fuiste tú la que me dijo: «Ay, Mud, vamos a tomárnoslo con calma, no quiero que esto sea un rollo de una noche»? ¿No fuiste tú la que me dijo que no quería acostarse con un tipo que no se echaba cremitas? Solo estoy haciendo lo que me pides, cielo.

—Mira, no me vengas con esas —le contestó Noria, señalándolo con el dedo—. Hace semanas de eso. ¿Cómo de lento quieres ir? Porque parece que le tienes más ganas a Harley que a mí.

—¿Qué? —exclamamos Muddy y yo.

Finlay se dirigió hacia el pasillo y Chelsea fue tras él.

—Lo único que te estoy diciendo —prosiguió Noria— es que no me apetece ser tu mejor amiga. Y sí, aprecio que hayas empezado a mostrar interés por las cosas que me gustan, pero quiero algo más que lo que sea que creas que hay entre nosotros… ¿Estamos en una relación? Ni siquiera sé lo que somos. O sea, si tanto esfuerzo te supone, pues, no sé, olvídate de mí y ya está, ¿no?

Chelsea y Finlay seguían discutiendo en el pasillo. Chelsea no dejaba de apoyar la mano en el pecho de Finlay, y él se la apartaba todo el tiempo. Noria pasó junto a ellos y salió por la puerta. Finlay la siguió. Después oí a Muddy dar un portazo a mi espalda, y Chelsea y yo nos quedamos solos en el pasillo. No sabía qué decirle para

enmendar mi metedura de pata. Estaba enfadado por que el alcohol no me hubiera defendido de mi inutilidad. Chelsea se cruzó de brazos y se metió en su cuarto con otro portazo.

CAPÍTULO TRECE

Medianoche, Muddy llamó a mi puerta. Me había resultado imposible conciliar el sueño. Me había quedado despierto ensayando palabras de disculpa para la mañana siguiente; en un momento dado me había ido al retrete a vomitar. Muddy estaba bajo el marco de la puerta con una camisa a cuadros que le quedaba apretada bajo las cintas de la mochila.

—¿Te apetece dar una vuelta con el coche?

Era una noche gélida, y éramos los únicos que estábamos en la carretera. Muddy no me había dicho a dónde íbamos, pero estábamos por la M2. Había encendido la radio y bajado las ventanillas. Escuchábamos una emisora que ponía R&B de los noventa y sonaba *Sweetness*, de Michelle Gayle. Muddy sacudía las caderas al ritmo del estribillo y me sonreía. Sin embargo, al ver que no hacía el tonto con él, bajó la música y proseguimos el viaje en silencio.

Pasado un rato me giré hacia él.

—Muddy —le dije—, si me estás llevando a la mitad de la nada para asesinarme y deshacerte de mi cuerpo por haberte jodido la relación, quiero que sepas que lo siento muchísimo.

—A ver, hombre, antes que nada —me dijo—, si fuera a matarte, lo habría hecho en el apartamento, te habría envuelto con bolsas de basura y te habría metido en el maletero. Pero estás en el asiento del copiloto, ¿no? —me dijo riéndose, y luego se volvió hacia mí, pero yo me quedé mirándolo—. ¿Qué pasa? Venga, hombre, no lo dirás en serio, ¿no? Creía que te animarías dando una vueltecita, ya está. Ha sido una noche de mierda. Finn lleva dos horas hablándome por teléfono. Imagino que Chels y Nor habrán estado hablando durante un buen rato. Y bueno, luego estas tú. Soy tu compi, ¿no? No tendrías que estar en la mierda tú solo —me dijo, dándome un codazo en el hombro—. ¿De verdad creías que iba a matarte? Pero ¿tú me has visto bien? ¿Sabes lo que le harían a un caramelito como yo en la cárcel?

—A ver, matarme no —contesté—. Pero creía que te habrías enfadado conmigo.

—Mira, colega —me dijo Muddy—, a ver si así te sientes mejor. Me cuesta muchísimo enfadarme. Así que no tienes que preocuparte en lo más mínimo. En todo caso, si fuera a enfadarme con alguien, debería enfadarme conmigo.

—¿Y eso?

—Lo que ha pasado con Nor es culpa mía, ¿no? No he sido sincero con ella. No estaba interesado, y debería habérselo dicho en vez de alargar la situación. Pero, claro, cuando tienes al puto Finn todo el día susurrándote al oído «¿por qué no tienes novia, macho?, ¿por qué no

te la estás follando, macho?», tienes que hacer algo al respecto, ¿no? No paro de decirle que no quiero líos, sobre todo si no siento nada por la otra persona, pero él erre que erre. No deja de llamarme… Bueno, da igual lo que me llame, pero ya sabes que puede comportarse como un auténtico imbécil.

—Finlay es bastante horrible —le dije—. ¿Por qué te importa tanto lo que piense de ti?

—Ah, no es siempre igual, en serio —me contestó—. Y me importa lo que piense de mí porque es mi mejor amigo; y cuando tu mejor amigo tiene algo que decirte, siempre hay que prestarle atención, aunque solo sea un poquito. A veces se fija en cosas sobre mí que yo soy incapaz de ver.

—Pero imagino que no tienes que hacerle caso cuando te está obligando a seguir en una relación en la que tú no quieres estar, ¿no?

—Oye —me dijo con una sonrisa—, Finn puede pensar lo que quiera, pero mis decisiones las tomo yo. A fin de cuentas, fui yo quien decidió empezar a salir con Noria. Finn es un plomo, pero fui yo quien engañó a Noria. O sea, no es que no sea guapa ni nada por el estilo. Es un bombón. Vamos, hay un millón de tipos ahí fuera que harían cualquier cosa por que Noria les prestara atención, pero… yo no soy uno de ellos. Me sentía como si fuera mi prisionera o algo. ¿Sabes a lo que me refiero? Y a veces creo que Finn se siente un poco mal porque empezó a salir con Chels después de mí; me parece que se muere de ganas de que encuentre a alguien para no sentirse mal.

—¿Vas a llamarla?

—Me dijo que me olvidara de ella, ¿no? —dijo riéndose—. Es broma. A lo mejor la llamo por la mañana, cuando no esté tan cabreada conmigo. Tiene razón en todo lo que me ha dicho, pero qué pena que no quiera ser mi mejor amiga.

Llegamos a la isla de Sheppey, donde aparcamos en un sendero estrecho cubierto de baches, junto a un inmenso campo oscuro lleno de huellas enormes de neumáticos que se salían del perímetro. En la valla había un cartel naranja en el que ponía: MIRADOR DE AVES DE CAPEL FLEET.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me propusiste follar en mitad del campo? —le dije—. No me habrás traído aquí para eso, por despecho, ¿no?

—Sí, soy la astucia personificada —me contestó—. Todo un canalla. Te llevo a un lugar apartado, donde nadie pueda molestarnos, y así hago contigo todo lo que me plazca, ¿sabes? —Entonces se rio y yo me miré las manos—. Nah, llevo una temporada viniendo por aquí

a ver lechuzas —me explicó—. No hay un sitio mejor, salvo la reserva de Elmley, claro. Aunque hemos llegado demasiado tarde; normalmente hay que venir una hora antes de que anochezca para ver algo. Aun así me parece un sitio bastante agradable. Vengo aquí siempre que puedo, haya lechuzas o no. —Sacó la cámara de Ian de la mochila y me dijo que se la había comprado porque Ian se había comprado un equipo mejor para su proyecto de aves—. Venga, hombre —me dijo, abriendo la puerta.

Muddy salió, pero yo me quedé dentro. Apuntó con la cámara hacia el cielo y se puso a hablarle a su abuelo; su voz sonaba ahogada tras la ventanilla. Después giró la cámara hacia mí y me hizo gestos para que saliera. Fui con él. El cielo estaba oscuro y repleto de estrellas. Después de apuntar hacia todas partes con la cámara, la guardó, no sin antes enfocarme a mí para que saludara a su abuelo. Me giré para observarlo durante un instante y Muddy me sonrió; luego volvimos a quedarnos callados durante un buen rato.

—Disfrutaste anoche del alcohol, ¿eh? —me preguntó al fin.

—Craso error —le contesté.

—No. En mi humilde opinión, yo creo que no pasa nada por beber un poquito.

—Salvo esta noche, obvio.

—Seguro que eras la bomba en la uni, ¿eh? —me dijo—. Seguro que eras el alma de la fiesta, igual que esta noche.

—Para nada… En la uni no era nadie.

—Entonces, ¿no lo echas de menos?

—Supongo que echo de menos lo que creía que obtendría al final, ¿sabes? No sé si tiene sentido lo que digo. Me moría de ganas de sacarme ese grado. Tenía muchísimas ganas de trabajar en algo relacionado con la música cuando terminara; quería que toda mi vida girara en torno a la música.

—Harles —me dijo Muddy—, hablas como si te hubieras quedado sin tiempo. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—Pues aunque tuvieras cincuenta, aún tendrías tiempo, joder —me contestó—. Vale, no te fue bien en la uni, pero aún puedes hacer otras cosas para dedicarte al mundo de la música, ¿no? ¿Acaso no te pasas la vida escribiendo en el ordenador?

Le sonreí. Pues claro que existían otras formas de conseguir mi objetivo, pero ese no era el meollo del asunto. El meollo era que no dejaba de echarme piedras sobre mi propio tejado.

—Sí —le dije—. Llevo un tiempo preparando un porfolio, y el otro día Chelsea me dijo que intentara solicitar unas prácticas.

—¿Ves? —me dijo, con una palmada en la espalda—. La vida siempre te echa una manita. ¿Te acuerdas de esa canción de

Lighthouse Family?

—¿*Ocean Drive*?

—No, esa no. Joder, cómo se llama. —Se puso a tararearla—. ¡Ay!, *High*. ¿Te acuerdas de esa? —Me encogí de hombros—. Venga, que solo tengo veintitrés años, es imposible que no la recuerdes. Dice algo tipo que puede que diciembre haya sido un mes oscuro, pero que el futuro va a ser de un color distinto. Pues con eso tienes que quedarte. Que las cosas cambian.

Intuía que Muddy no tenía intención de volver pronto a casa, y a mí tampoco me apetecía volver. Nos sentamos en el coche y Muddy sacó un sándwich de jamón que se había quedado aplastado en el pañuelo que yo le había regalado. Me dio un trozo roto, desmenuzado, y mientras comíamos, observando el cielo, me preguntó qué hacía con Noria.

—Muddy —le dije—, tengo que decirte algo que no te va a gustar.

Muddy se limpió la boca y se quedó mirándome.

—Dime.

—Noria se cree que has empezado a interesarte por la música que le gusta a causa de ella —le dije—. Y a mí me has hecho creer que lo hiciste por mí.

—Ah —me contestó—. Ya, bueno, es que quería animarte. Y a los dos os hizo mogollón de ilusión, ¿no?

—Justo —le dije—, pero creo que la intención también es importante. Creo que si Noria se entera de que no lo hiciste para conocerla mejor, le hará daño, rompas con ella o no.

—Dudo que nada de lo que haga pueda herir a Nor —respondió él, riéndose—. Es una tipa dura.

—Hablo en serio, Muddy. Noria puede pasarlo mal, como todo el mundo.

Me miró durante un instante y entonces asintió con la cabeza, como diciéndome que lo comprendía. No supe qué más decirle sobre cómo enfocar el problema. Noria quería que se acostaran; Muddy no. Uno de los dos tendría que ceder, y Noria era de las que jamás cedían. Le sugerí que la llamara por la mañana para que mantuvieran una conversación menos loca.

—Pero me hablaba como si no quisiera saber nada más del tema, ¿no?

—Bueno —le dije—, tú mismo lo has dicho. Las cosas cambian, ¿no? Además, tampoco deberías haberle dicho que te adoro. No creo que facilitara las cosas.

—Hostia, sí, se lo dije —me contestó, y empezó a reírse. Me pasó un brazo por detrás y me zarandeó un poco—. Joder, seguro que se piensa que quieres hacer algo conmigo, ¿verdad? —Al oírle decir aquello se me formó un nudo en el estómago—. Pero, bueno,

afrontemos la realidad, ¿a que quieres hacer algo conmigo? —Puse los ojos en blanco—. No, no, si no pasa nada —prosiguió él—. Es mejor no guardarse estas cosas, hombre. No pasa nada si se te pone más dura que una piedra cuando me ves en ropa interior. Es verdad que estoy bastante bueno.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me han dicho que poseo cierto magnetismo animal.

—Seguro que en alguna parte del mundo idolatran a un animal como tú.

—Mira —me advirtió—. Voy a hacer la vista gorda porque esta noche has dicho que era guapo.

—No sé —le contesté—. Yo juraría que se lo he dicho a Finlay.

—Y una mierda. Soy más guapo que el puto Finn.

—¿Tú crees?

—Pues claro —me dijo—, que se haya puesto fuerte no quiere decir que sea más guapo que yo. Si me diera la gana, yo también podría ir al gimnasio o ejercitar con las mancuernas que me regaló. Pero paso. ¿Y sabes por qué? Porque mi panza es un superpoder.

—A ver, explícate.

—Me otorga poderes de seducción —me contestó—. Es el motivo porque el que te has enamorado hasta las trancas de mí, Harles.

Luego añadió que estaba de broma, que sabía que Finlay era más guapo, y lo dijo con una sinceridad tan extraña que me dieron ganas de insistirle en lo guapo que era, lo cual era una obviedad, sin tener que compararlo con Finlay.

De camino a casa, Muddy metió *Definitely Maybe* y comenzó a sonar la penúltima canción, *Slide Away*. Me explicó emocionadísimo que pensaba que aquella no solo era la mejor actuación de Liam como vocalista, sino que además era la mejor canción del grupo. Añadió que la coda de la canción y la voz de Noel siempre le ponían la carne de gallina. Hasta me enseñó el brazo cuando llegó aquella parte de la canción; al tocárselo, sentí lo erizada que se le ponía la piel.

Paramos en una gasolinera de Chatham, y Muddy le preguntó al encargado si yo podía ir al baño. Al salir me lo encontré de nuevo en el coche, con varias bolsas de la compra azules en el asiento trasero. Cuando entré me dedicó una sonrisa nerviosa y me preguntó si estaba bien.

—Sí —le dije—. ¿Por?

—Ese amigo tuyo es un cachondo de cuidado, ¿eh?

—¿Cómo?

Posó la mirada en mi teléfono. Me lo había dejado sobre el tablero.

—Lo siento —se disculpó entonces—. No quería cotillearte los mensajes, pero no dejaba de sonar.

Me quedé helado y sentí que disociaba de un modo extraño; me sentí como si Muddy le hubiera estado hablando a otra persona.

—Ah —le dije, después de tragar saliva—. ¿Y qué ha dicho?

—Seguramente quieras leerlo por ti mismo —me contestó—. Yo jamás te diría las cosas que te ha soltado ese. —Muddy me miró fijamente, y los ojos se le agrandaron a causa de la preocupación—. Harley, colega… puedes mandarme a la mierda si quieres, pero… ¿quién es exactamente ese tipo? No parece que sea tu amigo. —Se me formó un nudo en la garganta—. Algunas de las cosas que te ha dicho son bastante… Te juro que si te está haciendo daño…

Era consciente de lo problemáticos que eran mis encuentros con Paul, pero que Muddy hubiera sido testigo de ellos hizo que todas mis excusas mediocres se vinieran abajo. En ese instante, cuando me miró, casi sentí la tentación de seguir rebuscando entre los escombros de mi relación con Paul, con la esperanza de encontrar algo bueno que mostrarle a Muddy, para que se creyera mi ilusión de que Paul aportaba algo bueno a mi vida. Sentí lágrimas surcándome las mejillas; no dejé de parpadear hasta que escondí a Muddy tras una pantalla borrosa. El boceto de acuarela en el que se había convertido Muddy se acercó a mí para tocarme; sentí la palma de su mano, tensa, alrededor de los hombros, y luego me acercó a él para darme un abrazo. Me enjugué las lágrimas y me disculpé diciéndole que parecía que lo único que hacía era empaparle toda la ropa con mis lágrimas.

—No pasa nada —me dijo riéndose. Luego inspiró hondo—. Venga, cuéntame, ¿qué pasa? ¿De qué conoces a este? ¿Es un racista o algo así?

Tras meditar mi respuesta durante unos instantes, intenté explicarle lo mejor que pude lo que había buscado en Paul hacía ya varios años; lo insoportable que había sido la soledad que sentía durante los últimos años de la adolescencia, que mi mera compañía había dejado de bastarme, que no había sabido cómo dejar de sentirme solo; que había creído que puede que a veces hubiera que sacrificar partes de uno mismo cuando llevabas tanto tiempo sintiéndote solo para que alguien te quisiera; que sabía que aquello no era una relación, que no estaba fantaseando con un romance prohibido con un hombre mayor; pero que creía que, al entregar aquellas partes de mí mismo, podría conservar su interés hacia mí, y que quizás ese interés algún día floreciera y Paul empezara a verme como algo más que un cuerpo sumiso con la piel marrón.

A Muddy se le daba muy bien escuchar. Sentí una gratitud inmensa en el pecho al hablar con él. No dejaba de mirarme a los ojos, y me sentí tan unido a él que, mientras derramaba más lágrimas, le confesé

todo lo que hasta entonces no me había atrevido a reconocer ante nadie; sobre todo ante Chelsea. Sucesos que, al contarlos en alto, le hacían cosas indescriptibles a mi autoestima pero que, al contárselos a Muddy, parecían albergar menos oscuridad. Me di cuenta de que Muddy intentaba que no se le notara lo espantado que estaba, y se lo agradecí en silencio.

—En una ocasión —le expliqué—, se corrió encima de mí mientras dormía en su casa. Por toda la espalda y tal, y luego me hizo fotos con el único propósito de enseñármelas cuando despertara.

Cuando Muddy me preguntó por qué Paul haría algo así, me limité a encogerme de hombros y a poner una mueca extraña.

—Menudo pirado —me dijo—. Pues mira, si yo fuera a correrme encima de ti, pero estuvieras dormido, primero te despertaría y te preguntaría: «Oye, Harley, ¿te importa que me corra en tu cara?». Y si me dijeras que no, te diría que no pasa nada y me iría a buscar un calcetín o algo.

—¿Gracias, supongo?

—Pues claro, hombre —me contestó—. Qué menos, ¿no? No hay derecho a despertarse con la cara llena de semen, a menos que quieras, claro.

—Parece que tienes muy claro todo el tema del consentimiento —le dije—. Estoy muy orgulloso de ti.

—A tope con el igualitarismo —me dijo—. Esas chicas de hiphop que he empezado a escuchar no me pasarían ni una, ¿no? —Entonces se le endulzó la mirada—. No estarías llorando por culpa de ese tipo esta mañana, ¿no? —Lo miré durante un instante y asentí. Hubo un silencio tenso entre ambos, pero luego me dijo—: ¿No será él el motivo por el que…? —pero no terminó la frase y sacudió la cabeza —. Harley, en serio. Eres un chico listo, ¿no? No tienes por qué seguir viéndote con alguien que te hace esas cosas. Venga, te mereces algo mejor. Me niego.

Le dediqué una sonrisa. No sabía qué decirle, ni tampoco por qué me costaba tanto entender el concepto de la autoestima. Estuve a punto de preguntarle cómo sabía que me merecía algo mejor y si de verdad estaba en mi mano decidir si lo merecía.

—¿Sabes qué? —me dijo entonces—. Líbrate de él. No vuelvas a hablarle. No vuelvas a su casa. A partir de ahora, si te sientes solo, vienes a buscarme a mí. Te lo dije cuando nos conocimos. ¿O no? Si necesitas algo, estoy al otro lado del pasillo. No te lo pienses dos veces, joder.

Me sonrió, y yo le devolví el gesto.

—No se lo cuentes a nadie, porfa —le pedí.

—Parece que lo único que se me da bien últimamente es guardarte los putos secretos, ¿eh? —me contestó riéndose.

CAPÍTULO CATORCE

Muddy tenía un talento impresionante para seguir siendo amigo de las chicas con las que había salido. Varios días después de aquella escapada nocturna, quedé con Noria en el Bluewater para ayudarle durante su siguiente sesión de búsqueda de empleo y reparto de currículums. Mientras caminábamos por el centro comercial, me aclaró aspectos de la relación entre Muddy y Chelsea sobre los que no tenía la menor idea.

Me había pasado semanas creyendo que aquel cuarteto se había formado a causa de las diversas conexiones románticas que se habían establecido entre ellos. Sin embargo, tras la ruptura, Muddy siguió llevando a Chelsea al trabajo cada vez que Finlay no podía porque tenía curro; a veces iba a por ella con el coche y se iban de tiendas, y Muddy esperaba fuera del probador con todas las cosas de Chelsea; quedaban para tomar cafés por las mañanas, daban paseos por el parque e iban juntos al Shakermaker. Como era de esperar, todo aquello sucedía con menos frecuencia desde que Chelsea se había vuelto un poco londinense. Supongo que me alegró que parte de su amistad hubiera sobrevivido a la erosión del romance.

Noria parecía desanimada aquella tarde. Después de pasarnos por varias tiendas, en las que en todas le respondieron con alguna variación de «ahora mismo no andamos buscando personal», le propuse entrar a husmear en el HMV porque pensé que así se animaría un poco. Fuimos a la sección de pop y *rock*. Noria se adueñó de un ejemplar de *The Velvet Rope*, de Janet Jackson, y me preguntó si lo había escuchado desde que me lo había pedido. Negué con la cabeza y ella me puso el disco en las manos y me dijo que me lo iba a comprar. Nos quedamos un rato en la tienda.

—¿Sabes qué es lo que más me saca de quicio? —me dijo cuando llegamos a la sección de los DVD—. Que, si me plantara en mi puesto y no abriera la puta boca, Jennifer se pondría en plan: «¿Por qué estás enfadada siempre? Este trabajo es de cara al público, se supone que tienes que ser más sociable». Pero luego, en cuanto abro la boca, de repente me mira raro y me suelta: «No grites tanto, Noria. Este trabajo es de cara al público, joder». Haga lo que haga: mal. Y tampoco estoy diciendo que quiera que todo el mundo me deje en paz, porque no es eso. No soy una cascarrabias. Me gusta la gente, en serio. Pero a veces siento que tengo que escoger por qué quiero que me critiquen, ¿sabes? De verdad, cada vez que entro allí pienso: «¿Le doy los buenos días a todos estos para que de repente me salte la pesada de Jenn y me diga que deje de charlar y de perder el tiempo, o cierro la boca, voy a la mía, cobro el sueldo mínimo y me largo de aquí?».

—Lo siento —le dije—. No soporto que te esté afectando tanto. No has contado un chiste de pollas en toda la tarde. Los echo de menos. —Noria me sonrió y sacudió la cabeza—. Este sitio es enorme —le dije a continuación—, seguro que encuentras algo. Y, si no, podemos empezar a buscar en Lakeside.

—Me niego a tener que ir a pata todos los días hasta Lakeside a cambio del sueldo mínimo.

—Ya, lo entiendo —le contesté—. Bueno, dale el currículum al encargado y nos vamos a comer.

Al salir del HMV nos sentamos en un banco en mitad del centro comercial y compartimos una caja de dónuts.

—¿Cuántos años crees que me pueden caer por provocar un incendio? —preguntó Noria mientras se limpiaba el glaseado de la comisura de la boca con el pulgar.

—¿De verdad quieres convertirte en una simple estadística para Jennifer? —le pregunté—. Venga ya, Noria.

—No voy a prenderle fuego a ella. —Luego hizo una pausa y me miró de reojo—. Pero a su coche… Así no tendría que morir nadie. Aunque, si tuviera que morir alguien… —me dijo, acompañando sus palabras de una sonrisa—. No me importaría, la verdad.

—Noria —exclamé, riéndome—. ¿Por qué tiene que morir nadie? Creo que hay un futuro en el que Jennifer no ha muerto, y tú eres una mujer de éxito feliz sin antecedentes penales.

—Demasiada fe tienes tú en el futuro.

—Tengo fe en ti —le dije, apoyándole una mano en el hombro.

—Puaj —me contestó, con una mueca—. Ni en broma. No vuelvas a hacerme algo así. —Me reí y le pregunté si Muddy la había llamado —. La verdad es que no —me contestó—, pero Finn sí.

—¿En serio?

—Sí —me contestó—. Creo que está hecho un lío.

—¿Y eso?

—Pues es que creo que está tan obsesionado con ser el alcahuete de Muddy que le da igual lo que quiera él —me dijo—. Creo que lo único que quiere es que Muddy empiece a salir con alguien, y él le sigue el rollo. Ya sabes que Finn es un embustero de cuidado. Me dijo que Muddy quería intentarlo de nuevo y que quería compensármelo. Evidentemente es una trola, y lo sé porque luego llamé a Muddy y él se disculpó por haberme mentido y me dijo que, en realidad, no había estado buscando novia en ningún momento y que no quería meterse en una relación. Y yo me puse en plan: «Mud, si me lo hubieras dicho desde el principio y te hubieras dejado de mierdas, no habríamos

perdido el tiempo. Deja de seguirle el rollo a Finn».

La miré como diciéndole que me parecía justo.

—Creía que llevábamos semanas saliendo —me dijo luego—, y resulta que lo único que pasaba era que durante todo este tiempo estaba intentando acostarme con mi «amigo». Ahora necesito… No sé… Necesito algún tipo de compensación, una indemnización o un reembolso, no sé. Al próximo voy a interrogarlo a base de bien, porque yo paso de estar sola en una relación con un tipo del montón indeciso. Te lo prometo; no hay ni rastro de esa Noria. Ha muerto. Le han prendido fuego. Ya han informado a la familia. Han leído su testamento. No le ha dejado nada a nadie. Se acabó.

—¿Crees que seguiréis siendo amigos?

—Puede —contestó, encogiéndose de hombros—, a lo mejor sería más fácil si fuera gay. ¿Tú qué piensas?

—¿Que si pienso que es gay?

—A ver, explicaría ciertas cosas, pero tampoco me parece gay, ¿sabes? No después de lo muchísimo que tuve que insistir con lo de la crema facial.

—A ver, es lo que pasa con los gais, ¿sabes? —le dije—. Que cada uno es gay a su manera.

—Si lo único que quiere es ser mi amigo, supongo que podría perdonarle que me haya hecho quedar en ridículo. Me gusta estar con él; es buen tipo. Sé que es virgo, pero a mí me da que es más sagitario.

—¿A qué te refieres con lo de «quedar en ridículo»?

—A que cuando empezamos a salir, a veces iba a darle un beso y él se apartaba con disimulo, como si acabara de cruzármelo por la calle y hubiera intentado abalanzarme sobre él. Y a ver, luego la cosa fue mejorando; había veces en que sentía que él estaba a gusto. Pero no, nunca le interesé sexualmente.

—O sea, ¿que no descartas ser su mejor amiga?

—No me importaría —me contestó—. Pero creo que voy a volver a salir de fiesta con Chels y me voy a buscar a un negro, ¿sabes? Aunque no sé muy bien cómo voy a hacerlo en Kent, y tampoco sé si me apetece salir por Londres. Pero voy a dejar de salir con blancos. —Ambos nos reímos, y entonces Noria se acercó a mí y comenzó a frotarse las manos y a lamerse los labios, como seduciéndome de un modo burlón—. Dime, guapo, ¿seguro que eres gay?

—No me insultes fingiendo que te parezco atractivo —le dije riéndome.

—Ay, Harles, pues claro que me pareces atractivo —me dijo Noria, pellizcándome la mejilla y con tono condescendiente.

—Déjame en paz.

—Aun así deberías apuntarte —me dijo—. Así me ayudas a buscarme un maromo.

—No soy, ni seré jamás, tu mejor amigo gay.

—Pero el de Chels sí lo eres.

—Pues eso, Noria, que ya tengo otras responsabilidades.

—La verdad es que hace siglos que no la veo. Desde que gritaste sus movidas a los cuatro vientos.

—No fue así.

—Harles, cortaste una calle, montaste una caseta, atrajiste a la multitud y luego agarraste dos megáfonos y le explicaste a todo el mundo cómo le gustaba hacerlo a Chelsea Taylor en la cama. Si alguien me hiciera eso a mí… —Aspiró entre dientes y se rio.

—Como si hiciera falta —le contesté.

Aquella tarde Finlay le mandó un mensaje extrañísimo a Noria lleno de faltas de ortografía en el que le pedía que fuera al Shakermaker porque Muddy estaba allí y quería hablar con ella. De modo que, cuando regresamos a Dartford, fuimos directos. Para horror nuestro, cuando llegamos, nos encontramos el local curiosamente vacío, salvo por Muddy, Finlay y el resto del equipo de *rugby*, a quienes se les veía bastante cómodos siendo los estereotipos que se esperaba de ellos: chicos ruidosos y borrachos en distintas fases de desnudez.

Nos quedamos mirándolos desde el ventanal del local.

Los chicos habían dispuesto las mesas en una sola fila y habían derramado cerveza sobre ellas. Parecía que se habían retado entre ellos a quedarse en ropa interior y a lanzarse por encima, como si fueran una especie de tobogán improvisado.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —le pregunté a Noria, que estaba agitando la mano para llamar la atención de Muddy.

Muddy estaba en el otro extremo de las mesas, terminándose una jarra de cerveza. Luego lo vimos subirse a las mesas y deslizarse sobre la barriga hasta que cayó sobre la moqueta. Cuando fue a darse la vuelta, sin dejar de reírse, e intentó incorporarse, varios chicos del grupo trataron de volver a tumbarlo en el suelo mientras se reían de él como si estuvieran locos. Cuando nos vio en la ventana, apartó a todo el mundo, se levantó y nos saludó con mucho entusiasmo. En ese instante, Finlay también estaba deslizándose sobre las mesas con una cerveza en la mano. Acabó cayendo sobre Muddy y derramándole la cerveza por la espalda.

Había supuesto que mi lugar en la vida de Muddy estaba alejadísimo de la escena que tenía ante mí, y que en el caso de que ambos mundos se encontraran, Muddy sencillamente haría como si no me conociera. Y yo había decidido aceptarlo, ya que tampoco era que Muddy me tuviese que permitir entrar en otras partes de su vida.

También imaginaba que tendría que resultarme emocionante, o incluso excitante, verlos a ambos casi desnudos. Pero la situación era tan sumamente estúpida que era imposible encontrarla sexi en absoluto.

Noria y yo nos sentamos a una mesa de la terraza. Finlay y Muddy, que habían encontrado las camisetas del uniforme del equipo y se las habían puesto, no tardaron en venir con nosotros. Muddy nos sonrió cuando se sentó delante, con la melena sobre la cara. Ambos estaban mojados y pegajosos. Muddy se ofreció a invitarnos a todos a una ronda, pero Noria no contestó y yo le pregunté a Finlay por qué olían a pis. Me explicó que uno de los compañeros del equipo, Liam —y me señaló quién era—, había meado en una jarra de cerveza y que habían tenido que echársela por encima tras el resultado del partido de aquella tarde. Noria y yo aspiramos entre dientes hacia Finlay. Muddy se rio y le dio una palmada a Finlay en la espalda.

Sus amigos comenzaron a dispersarse al cabo de un rato. La mayoría de ellos estaban tan borrachos que ni siquiera se habían enterado de que Finlay y Muddy se habían apartado del grupo. Los empleados del local se pusieron a limpiar.

—Sois unos cerdos y unos desgraciados —saltó Noria de repente con el ceño fruncido—. Deberíais estar limpiando vosotros, no ellos.

Se miraron entre ellos, con el rostro imperturbable, y entonces Muddy se levantó y dijo:

—Tienes razón.

—Venga, siéntate, hombre —le dijo Finlay, tirando de él hacia abajo—, no le hagas caso.

—Eres un capullo —le dijo Noria, pero lo único que consiguió con ello fue que Finlay se echara a reír.

—¿Sabes algo de Chels? —le preguntó Finlay a Noria.

—No pienso contarte una mierda.

Muddy le preguntó a Noria si podían hablar un momento a solas. Cuando se fueron, Finlay me dedicó una mirada de párpados pesados mientras apoyaba el brazo en el respaldo de la silla.

—¿Y tú sabes algo de ella? —me preguntó.

—Hueles a pis, Finlay.

—¿Puedes no cambiarme de tema?

—Contigo es imposible —le contesté—. Siempre hablamos de lo mismo, ¿no?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo único que te estoy diciendo es que solo hablamos de Chelsea —le dije—, y ya ni siquiera estáis saliendo.

El día siguiente a la cena Chelsea me había llamado desde Londres para aliviar cualquier preocupación que pudiera tener de que se hubiera enfadado conmigo. Me dijo que se había acercado a mi cuarto

esa misma noche para hablar conmigo, pero que me había ido con Muddy. Me contó que, tras la cena, Finlay ya no le parecía tan molesto, que todas las peculiaridades suyas que antes le habían parecido infantiles eran, en realidad, adorables. Le pregunté que si iba en serio, a lo que me respondió contándome una anécdota en la que Finlay había invitado a todo el equipo de *rugby* al apartamento y les había enseñado que podía hacer que sus pedos sonaran como el Pato Donald. Me dijo que antes se ponía mala, pero que había aprendido a apreciarlo. Sin embargo, ahora era Finlay el que no le respondía las llamadas.

Finlay rompió a reír y me dio la razón.

—Ya, la verdad es que solo hablamos de Chels —me dijo—. ¿Sabes qué? Olvida que he preguntado nada.

—Que no, que iba en broma —le contesté—. Sé que has estado ignorando sus llamadas y sus mensajes, así que imagino que no estarás demasiado molesto.

—No sé —me dijo—. Pensé que estaría bien ver cómo actuaba si no sabía que… ya sabes…

—¿Si no sabía que estás pensando en ella? —Finlay asintió—. Ah, pues lo siento.

—¿Por?

—Porque no puedo ayudarte con esto.

—¿Por qué no?

—Porque Chelsea me cae mucho mejor que tú, así que no creo que te valga como intermediario. Si me dice que no te diga algo, no pienso soltar prenda.

—Fíjate tú —comentó con una sonrisa—, de repente con el peinado nuevo te crees un grandullón, aun cuando solo…

—Aun cuando solo mido metro veinte —lo interrumpí—. Sí, Finlay, no es la primera vez que me lo dices.

—Vale, vale, ¿cambiamos de tema entonces? —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—. ¿Qué piensas de Muddy? ¿Crees que puede ser de los tuyos?

—¿Qué? —le dije—. ¿Que si creo que es gay?

—Sí. Oye, ¿por qué no lo gritas a los cuatro vientos? —me preguntó—. Dime, ¿qué piensas? ¿Qué puedes contarme?

—A ti, nada —le contesté—. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

—No —me dijo—. Ni en broma. Es que últimamente lo veo un poco… No sé. Ya te lo conté, ¿no? Siempre ha sido un poco rarito con las chicas. A lo mejor por eso nunca le va bien con ellas. Además, hace poco ha empezado con todas esas mierdas de la crema facial, cuando ya ni siquiera puede tirarse a Nor.

—¿De verdad ha empezado a ponerse la crema? —le pregunté—. Por otro lado, ¿no le suplicaste prácticamente que se la pusiera?

—Sí —me contestó—, pero eso era cuando creía que así conseguiría acostarse con ella. Ahora se la pone porque… ¿le gusta? Confiesa, ¿qué le has hecho?

—Por favor, ¿te importaría dejar de comportarte como un capullo durante solo dos segundos? —le dije—. Aun estoy intentando asimilar tu homofobia. Y, si no puedes soportar que Muddy se ponga un poquito de crema facial, y que no lo haga para meterse en la cama de alguien, significa que aún tengo más trabajo del que pensaba, ¿no crees? Me toca hacer muchos malabares mentales para poder ser tu amigo, Finlay.

—¿Homofobia de qué? —me contestó—. Hazme el favor. No tengo ni un pelo de homófobo. El otro día me ofrecí a acompañarte a un bar de ambiente, ¿no?

—Ah, perdona. La próxima vez que llames «maricón» a alguien, recordaré aquella ocasión en la que dijiste que me dejarías pasármelo bien con un enano en un bar de ambiente.

Muddy y Noria se acercaban hacia nosotros.

—Vale, eso estuvo fuera de lugar —me dijo—. Supongo que es la costumbre, perdona. Pero, anda, pórtate bien y pon en marcha ese gaydar que se supone que tenéis, ¿vale? Y cuéntame lo que averigües. —Y dicho esto, me dio una palmadita en la cabeza con una sonrisa—. Buen chico.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Muddy cuando se sentó a mi lado.

Me limité a sonreír a modo de respuesta. Finlay arqueó una ceja y me preguntó:

—Oye, ¿a él por qué no le dices que huele a pis? Él también ha tenido que echarse la jarra por encima.

—Porque él me cae mucho mejor que tú.

Muddy miró a Finlay y se rio a carcajadas; levantó la mano para que le chocara los cinco.

—¡Este es mi chico! —exclamó, pasándome el brazo húmedo y frío por encima de los hombros—. Ya te lo dije. Me adora.

Alcé la mirada hacia él y le sonreí, y luego puse los ojos más en blanco que nunca.

A veces tenía la sensación de que mi ansiedad era tan definitiva, tan robusta, como si hubiera estado filtrándose hasta lo más hondo de mi ser durante muchísimo tiempo, y que mis sentimientos se habían vuelto tan sensibles a todo, que no sería capaz de identificar el miedo auténtico si alguna vez lo experimentaba. Pero no era cierto. Mis miedos no conocían límites; siempre aparecían nuevos.

Eran casi las diez de la noche, y hacía ya rato que Noria había aceptado esa ronda a la que se había ofrecido a invitarnos Muddy. Luego se había puesto a contarle a Finlay cosas sobre Chelsea: que el auténtico motivo por el que se estaba quedando en casa de sus padres era porque no quería verlo, que le había suplicado a Eddie que le dejara quedarse en la sucursal del Regal de Londres, que estaba en la mierda por las cosas horribles que le había dicho Finlay aquella noche en el pasillo porque encima se sentía como si ella hubiera hecho algo mal. Noria le dijo que estaba flipando si creía que se merecía una disculpa por parte de ella.

Entonces sentí una punzada de terror. Un grupo de hombres acababa de llegar al pub; la mitad de ellos ocupó la mesa que estaba detrás de nosotros y la otra mitad entró en el local. Se trataba de un grupo uniforme: hombres de mediana edad en distintas fases de calvicie. De repente sentí un hormigueo en la piel y noté que me costaba respirar. Me quedé tan callado y tan quieto que Finlay chasqueó los dedos ante mí y me preguntó si estaba bien. Cuando fui a responderle que no me pasaba nada, vi a Paul salir del pub con una cerveza, así que no abrí la boca, solo asentí y me obligué a sonreír. Me había preguntado a menudo qué pensarían de Paul sus amigos si supieran lo que hacíamos, si oyeran las cosas que me decía o me obligaba a decir.

Muddy, Finlay y Noria rompieron a reír por algo. Por lo visto, se trataba de algo tan gracioso que Muddy me pasó el brazo por los hombros y comenzó a darme palmadas en el pecho. Inclinó la cabeza hacia mí y parte de su pelo acabó rozándome la mejilla. Lo miré y me obligué a reírme antes de girarme hacia Paul, que arqueó la ceja al verme y puso una expresión rara con los ojos vidriosos. Sentí tal punzada de culpabilidad que me noté desesperado por apartar la mano de Muddy, pero él estaba pasándoselo tan bien que me agarró aún más fuerte, me acercó a él y comenzó a frotarme el brazo. Cuando se dio cuenta de que estaba intentando apartarme de él, me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí —respondí, después de tragar saliva—. Sí. Tengo que ir al baño.

No sé cuánto rato llevaba frente al lavabo, mirándome en el espejo, hasta que oí que se abría la puerta y vi el reflejo de Paul detrás de mí con una cerveza en la mano. Me giré hacia él. Bajo aquella luz, parecía enfadadísimo, violento. En ese instante caí en que jamás le había visto la cara con tanta luz; en que jamás me había percatado de aquella expresión hostil. O quizá no hubiera querido percatarme de

ella. Seguía mandándome mensajes desde hacía un tiempo, pero yo los borraba todos. Aquel gesto me había hecho sentirme poderoso durante un instante.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó despacio. Tenía la voz grave y ronca. No sabía cómo responderle sin ponerme sarcástico, así que no respondí—. Mis amigos están ahí fuera —prosiguió, marcando cada una de las palabras—. ¿Qué crees que van a pensar cuando me vean salir de aquí con alguien como tú? —Y le dio un puñetazo a la pared de uno de los cubículos—. ¿Eh? —Me encogí sobre mí mismo. Me sentía como un animal que era consciente del puesto tan bajo que ocupaba en la cadena trófica—. ¿Qué crees que van a decir cuando me vean aquí dentro con un hijo de puta negro y maricón? ¿Eh? ¡Que digas algo! Maricón de mierda. ¿Qué crees que se les pasará por la puta cabeza si me ven aquí con alguien como tú, eh?

Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre. Me di cuenta entonces de que, en realidad, no me estaba viendo, que, para él, donde estaba yo no había más que un hueco. Una parte de mí siempre había sido consciente de que no importaba lo más mínimo, de que mi existencia era insignificante, pero pensarlo era una cosa y que te lo confirmaran con tanta vehemencia, otra; ya no era solo que le diera vueltas a la idea, sino que era consciente de que destrozaba todo lo que tocaba. ¿Cuánto tardaría esa enfermedad desconocida que albergaba en mi interior y que parecía propagar, como si fuera un Sandman cabrón, en extenderse más y más por el aire y en engullir a cualquiera que me considerara su amigo?

Intenté marcharme de allí. Al pasar junto a él, soltó la cerveza y me estremecí al oír el cristal romperse. Se acercó con varios pasos, me empujó contra la pared, me alzó del suelo y me sostuvo en el aire con un brazo. Pegó tanto el rostro a mí que olí el tabaco y el alcohol de su aliento; me entraron ganas de vomitar.

—¿Se lo has contado a alguien? —me preguntó.

Negué con la cabeza y, no sé muy bien cómo, logré responderle:

—No, no le he contado nada a nadie.

—¿Seguro?

—Sí —respondí a toda prisa, empleando el poco aire que me dejaba tomar—. Te lo juro, Paul, a nadie.

—No digas mi nombre —me gruñó—. Jamás digas mi nombre. ¿Me estás oyendo? Mariconazo. —Apretó el antebrazo contra mi cuello con más fuerza y, aunque me asfixiaba, intenté no toser—. Eres un mentirosillo, ¿lo sabes? —me dijo, y observó el líquido naranja que discurría entre los trozos de cristal—. Por tu culpa me he quedado sin cerveza. ¿Qué vas a hacer para compensármelo?

Notaba su erección contra el muslo; el corazón me latía desbocado. Le sería tan fácil acabar conmigo, pensé. Sería como arrancarle las

patas a una araña. Siempre iba a sufrir las consecuencias por cometer el crimen de no querer sentirme solo. Al fin lo entendía. Paul me dio un cabezazo y me partió el labio inferior. La sangre se derramó sobre su camisa y la manchó, lo cual lo enfureció aún más. El mundo ante mis ojos —las baldosas blancas, los retretes, las cañerías de las paredes — comenzó a parpadear. Me sentía tan débil que hasta me planteé dejarme matar. Quizá lo habría hecho. Qué pena que no me quedara aire en el cuerpo. Al menos me habría gustado tener la oportunidad de suplicar por mi vida.

La puerta volvió a abrirse. No lo vi, pero oí la voz de Finlay.

—¿Qué coño te crees que haces? —gritó—. ¡Quítale las manos de encima!

Agarró a Paul por la espalda y tiró de él. Caí al suelo sin dejar de toser y me llevé la mano al cuello. Comencé a notar el dolor del labio partido. Paul intentó darle otro cabezazo a Finlay, pero él dio un paso atrás y se puso a moverse de un lado a otro y a agitar los puños cerrados ante Paul, como un boxeador. Paul falló el golpe y cayó al suelo.

Muddy apareció en la puerta hecho una furia y con la cara enrojecida. Se quedó mirando a Paul, que golpeaba el suelo cubierto de cristales y cerveza con las manos para intentar levantarse. Cuando lo logró, Muddy lo agarró por los brazos y le gritó a la cara:

—¿Quieres pelea, eh? ¡Vamos! ¡Ven a por mí!

Muddy empujó a Paul contra la puerta de uno de los cubículos. Paul intentó abalanzarse sobre él, pero Finlay lo agarró con los dedos del cuello de la camisa, lo sacó del cubículo y fue tras él. La puerta golpeó el marco varias veces antes de cerrarse del todo.

Muddy vino corriendo a mi lado mientras yo me tanteaba el labio con curiosidad e inspeccionaba la gota espesa de sangre que me cubría el dedo. Se metió en uno de los cubículos y arrancó varios pedazos de papel para tratar de limpiar la sangre del corte.

—¿Es tu «amigo»? —me preguntó.

Asentí.

—Habéis llegado justo a tiempo —le dije.

—Es que parecía que habías visto un fantasma o algo, ¿sabes? —me dijo—. Ese tipo vio que entrabas aquí y tenía cara de que iba a matar a alguien. Así que le dije a Finn «oye, aquí pasa algo», y Finn lleva toda la noche con ganas de bronca porque hemos perdido el partido y nos ha tocado echarnos el pis del puto Liam por encima, así que me ha dicho «bueno, si vamos a pegarnos con alguien esta noche, al menos que sea un puto racista».

—Gracias —le dije—. Va en serio, Muddy, muchísimas gracias.

Me apoyó una mano en la espalda y me la acarició con cuidado. Me acercó a él hasta que mi cabeza quedó contra su pecho. Sentí que me miraba, que me sonreía. Alcé la mirada y vi que me observaba fijamente; las luces intensas hacían que el marrón de sus ojos pareciera que brillaba.

—Bueno —me dijo—. Tengo que protegerte. Soy tu compi, ¿no?

Segunda Parte

CAPÍTULO QUINCE

A principios de agosto, más o menos una semana después de la agresión, Muddy renovó el título de socorrista para piscinas nacional y presentó su renuncia en el Regal para irse a trabajar con un equipo de socorristas en un polideportivo de Maidstone. Ya había trabajado de socorrista a los dieciséis en Swinton, Mánchester, y decía que echaba de menos el agua. La verdad era que quería trabajar por diez libras la hora en vez de por seis, y poder acceder a la piscina cada vez que le diera la gana.

Durante su primer turno iba a ser el único encargado de cerrar la piscina, de modo que nos invitó a los cuatro. Chelsea se había medio mudado al apartamento de Finlay, en Maidstone, así que esa tarde quedé con Noria en Northfleet y tomamos el tren para reunirnos con ellos.

Muddy estaba con Chelsea y Finn en el aparcamiento, vestido con el uniforme: un polo amarillo y unos pantalones cortos rojos. Cuando Chelsea vio a Noria, pegó un chillido, metió la mano en la bolsa del gimnasio y sacó un bañador amarillo; Noria también gritó, rebuscó en su bolsa y sacó un bañador rosa a juego. Echaron a correr la una hacia la otra, y yo me dirigí hacia Finlay y Muddy.

—Bueno, Finners, ¿y nosotros por qué no llevamos bañadores a juego? —le preguntó Muddy, dándole un codazo—. Míralas, qué contentas están.

—Porque no somos chicas, hombre.

Muddy tiró de la goma de sus pantalones cortos, miró hacia abajo con curiosidad, y la soltó. Luego intentó hacer lo mismo con Finlay.

—¿De qué color son los bóxers que llevas? —le preguntó—. Los míos son azules. A lo mejor vamos a juego.

—Quita —le contestó Finlay, apartándolo de un manotazo.

—¿Por qué no me cuentas cosas sobre ti, Finn? —le preguntó Muddy, riéndose—. Me siento abandonado.

—Ah, ¿sí? Pues ¿qué te parece esto? —contestó Finlay, y se mojó el dedo y se lo metió a Muddy en la oreja.

Muddy se rio, se sacudió la oreja y le dijo que era malísimo.

—Te lo juro —me dijo, pasándome el brazo por los hombros—, jamás conocerás a alguien más complicado que Finn.

—Pero ¿qué dices? —contestó él—. Si soy la tranquilidad personificada.

—Sí, tan tranquilo como un puto volcán —le respondió Muddy. Luego, dirigiéndose a Noria y Chels, dijo—: Venga, chicas. Arreando que es gerundio.

No había ni Dios en el polideportivo. En los vestuarios, Muddy y Finlay se desnudaron al momento y yo me quité la ropa con vergüenza; ya llevaba el bañador puesto. Me senté en el banco que estaba enganchado a la pared y me quedé mirándolos. Finlay dobló las

prendas con cuidado y las colocó al lado de las mías, pero Muddy lo tiró todo al suelo con un latigazo de la toalla y, luego, azotó a Finlay en el culo.

—Eres un capullo, Mud, ¿lo sabes? —le dijo, fulminándolo con la mirada.

—Es mi venganza —contestó él—, por todas las veces que me lo has hecho tú a mí.

Finlay lo miró como si estuviera a punto de agarrar la toalla y devolverle el golpe, pero, en cambio, se encogió de hombros y le dijo:

—Bueno, vale.

Unos pocos días antes, Finlay me había acompañado a denunciar la agresión porque Muddy tenía la entrevista de trabajo para el puesto de socorrista. Antes de ir a la comisaría, le comenté a Finlay que no tenía muy claro si quería denunciar, que no quería que se convirtiera en algo aún más gordo de lo que era, que podía dejar de ir al Shakermaker, que lo único que quería era pasar página.

—A lo mejor con Mud te funcionarían todas esas historias —me contestó Finlay—, pero conmigo no. Vamos a ponerle una denuncia.

Tenía razón: yo también sospechaba que Muddy me habría dejado librarme de la visita a la comisaría si hubiera logrado convencerlo con argumentos. Pero Finlay me dijo que siempre estaba llamándolo «homófobo», que cómo podía permitir que ese tipo me agrediera y luego se fuera de rositas.

A diferencia de aquella noche en el Shakermaker, me gustó verlo haciendo el tonto en bolas. Desde la agresión me costaba bastante reírme —al menos con sinceridad—, pero ver a Muddy intentando animar a Finlay enfadándolo con otro azote de la toalla, y a Finlay agarrando el bañador de Muddy y zarandeándolo por encima del cubículo de al lado, estuvo a punto de sacarme la sonrisa más auténtica que había conjurado desde hacía una semana.

—Puedes mirar si quieres —me dijo Finlay mientras se ponía el bañador rojo—. Sé que quieres.

—Deja de dar por hecho que me pones —le contesté, poniendo los ojos en blanco.

—Ya lo has oído, Finn —le dijo Muddy riéndose—. No le gustas. Solo tiene ojos para mí. ¿Verdad que sí?

—Y una mierda —contestó Finlay.

—Qué va, pero si le parece que estoy buenísimo. —Muddy me guiñó el ojo y empezó a posar como si estuviera en un concurso de culturismo—. ¿Te acuerdas de cuando se emborrachó y me dijo que era guapo?

—Mira, que os den —se burló Finlay—. Vamos.

Chelsea y Noria ya estaban en la piscina cuando salimos. Estaban sentadas en el borde con sus bañadores a juego y daban patadas en el agua; los pies se les veían borrosos bajo la superficie. Estaban charlando: Noria le acariciaba el pelo a Chelsea con delicadeza y gesticulaba con la otra mano. Chelsea asentía entusiasmada. Al vernos se callaron y silbaron. Miré a Muddy y a Finlay, que habían puesto cara de chulos. Les sonreí a las chicas y Noria nos gritó:

—¡Era por ti, Harles!

Finlay me apoyó una mano en el hombro y agachó la cabeza hacia mí.

—Me estás dejando el ego por los suelos, eh.

—Lo siento.

—No lo sientes, ¿verdad?

—Ni lo más mínimo.

Me senté entre Chelsea y Noria; Muddy y Finlay se metieron en el agua y echaron carreras hacia la parte honda de la piscina.

—¿De verdad no pasa nada por que estemos aquí? —le gritó Chelsea a Muddy, y él se giró y le hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia, en plan: «¡A la mierda!».

Noria empezó a hablarme del nuevo peinado que quería probar para Chelsea y, entonces, se fijó en el mío.

—Vaya —me dijo, enroscando con los dedos los pelillos de mi nuca—. Me va a tocar volver a hacértelo. Está un poco desastroso.

Le sonreí y me encogí de hombros. Noria miró a Chelsea para que se uniera a la conversación, y ella me apoyó una mano en la espalda.

—¿Cómo va el labio?

—Bien —suspiré—. Creo que ya ni se ve.

—Si te soy sincera, cada vez que pienso en ello me entra una mala hostia que lo flipas. ¿Cómo puede haber alguien que vea esa carita que tienes y diga: «Venga, voy a reventársela». —Me agarró de la cara y me dio un apretoncito.

—Eso era lo que estaba diciendo —añadió Noria, que también me apretó el moflete—. Aquí la peña se cree que puede ir a por mi rey. Ni en broma. Estas cosas me dan ganas de sacar el mechero.

—No le prendas fuego a nadie —le dije riéndome, y les aparté las manos.

—¿Cómo que no, cielo? —contestó Chelsea—. Tú ten el mechero listo, Nor, que yo estaré ahí con un poco de gasolina.

Noria le hizo un gesto con la cabeza que venía a ser: «Venga, vamos».

—En cierto modo —les dije, intentando quitarle hierro al asunto—, no fue tan horrible. Dos jugadores de *rugby* descamisados vinieron al rescate. Quiero pensar que eso lo compensa un poco.

Miramos a Muddy y Finlay. Noria puso cara rara y les gritó:

—¿Qué estáis haciendo, so idiotas?

Estaban peleando en el agua. Finlay había levantado a Muddy y le sujetaba la cara contra su paquete; Muddy agitaba las piernas sobre la espalda de Finlay, con los brazos alrededor de su cabeza. De repente, Finlay lo arrojó con fuerza contra el agua. Ambos rompieron a reír y a dar botes mientras se agarraban. Noria se levantó, se metió en el agua y nadó hacia ellos.

—Son un par de críos —comentó Chelsea—. Creo que están imitando a los de la WWE.

—A mí me parece todo muy homoerótico. Me encanta.

Chelsea se rio y luego se quedó callada.

—Sé que al final lo hiciste —me dijo pasado un rato—, pero Finlay me dijo que al principio no querías denunciar lo que había pasado. ¿Por qué?

—No quería que el asunto se fuera de madre —le contesté, encogiéndome de hombros—. No quería meter a la policía de por medio y tal…

—Pero es que es un asunto muy serio, Harles.

—Ya lo sé.

Se produjo otro silencio, y Chelsea volvió a apoyarme la mano en la espalda.

—¿Estás bien?

Desde el incidente había tratado de mostrarme imperturbable, como si de verdad no le diera la menor importancia. Había empezado a cansarme a propósito para no sentir lo que sentía en realidad. Llevaba siglos sin dormir, y me pasaba los días como un zombi apático. Notaba una oscuridad familiar adherida a mis pensamientos, como si fuera un injerto de piel; una desolación que creía que se caería por sí sola si dejaba correr el tiempo. Pero los pensamientos se intensificaban día a día, y era como si mi narrativa mental se hubiera visto sustituida por una gemela malvada; un ser que no me daba tregua y que no me dejaba dormir, ni siquiera cuando decidía hacerlo.

—Estoy bien —insistí, sonriendo con todas mis fuerzas—. En serio.

Chelsea me observó con atención durante lo que pareció una eternidad, como si estuviera intentando verificar mi respuesta. Pero entonces me cambió de tema y me preguntó si iba a meterme en el agua. Incapaz de seguir ocultándole mi melancolía, le dije que no.

Los observé en silencio, al tiempo que un torrente frío y violento de tristeza me anegaba el pecho; era como si estuvieran llenándomelo de agua. Noria se subió a los hombros de Finlay, y él le sujetó las piernas sin dejar de mirarla y reírse mientras Chelsea trepaba a los de Muddy. Finlay dijo que ambos las tratarían con delicadeza porque eran chicas, pero Noria le empujó la cabeza hacia abajo y le gritó: «Fin, ¡te juro que como no me tires al agua ahora mismo con todas tus

fuerzas…!». Sentía celos y alegría al ver lo felices que eran. Todo lo que hacían me daba ganas de llorar.

Cuando dejaron de pelear, Muddy se acercó nadando a mí. Apoyó los brazos en el bordillo, se quitó el pelo de la cara y nos sonreímos. La piel le brillaba por el agua y el pelo oscuro se le pegaba a la cabeza; lo tenía como si se lo hubieran dibujado. Quise desterrar parte de la tristeza mirando fijamente ese rostro sonriente y rechoncho, y esos hoyuelos que se le marcaban en las mejillas. Me preguntó si estaba bien. Yo asentí.

—Venga, hombre —me dijo, poniéndome una mano sobre el muslo —. Ya que me voy a llevar un rapapolvo por haberos dejado entrar, al menos disfrutémoslo.

Temía romper a llorar si hablaba, de modo que no dije nada. Muddy me miró durante otro instante y se le suavizó la expresión cuando pareció comprender algo sobre mi silencio. Salió de la piscina y se sentó a mi lado. Tras un instante, me pasó un brazo por encima de los hombros y, cuando me frotó el brazo, lo noté resbaladizo y frío.

—¡Idos a un hotel! —nos gritó Finlay cuando nos vio.

Chelsea se rio y le dio un empujón. Muddy le hizo un corte de mangas.

Noria estaba cerca de la otra punta de la piscina. No nos quitaba el ojo.

El trayecto de vuelta a Dartford fue bastante tranquilo. Noria iba en el asiento de delante, al lado de Muddy, y yo iba en la parte de atrás. Muddy estaba hablando sobre algunas canciones de Missy Elliott que había escuchado, pero Noria no estaba haciéndole mucho caso y solo le respondía con sonidos de asentimiento cada vez que Muddy le decía algo. Cuando la dejó en Northfleet, Muddy fue a darle un abrazo, pero Noria lo esquivó encogiéndose con un «adiós» bastante brusco.

—Qué seca —me comentó Muddy cuando pasé al asiento delantero —. ¿Crees que ha sido porque no dejaba de decir tonterías sobre Missy Elliott? Porque para nada, eh. No está mal. Tiene unos cuantos temazos.

No me veía capaz de pensar en Noria o en cualquier otra persona; de repente, interactuar con la gente —hasta con Muddy— me resultaba dificilísimo. A lo largo de mi vida, la depresión jamás me había hecho sentir que mi vida iba a interrumpirse; jamás me había sentido como si estuviera arrastrándome por un bosque cuya vegetación era cada vez más densa y asfixiante, donde los árboles no dejaban de interponerse en mi camino con cada uno de mis movimientos. Pero aquella tarde no podía responderle a Muddy, ni

tampoco racionalizar el cambio de ánimo de Noria. No podía hacer nada por ayudarlo. Dijo algo más a lo que tampoco respondí. Soltó un suspiro y puso la radio. Sonaba *Over and Over*, de Nelly y Tim McGraw. Muddy golpeteaba el volante con los dedos y tarareaba en voz baja. De vez en cuando me echaba un vistazo; y empezaba las frases pero no las terminaba. Apoyé la cabeza en la ventanilla y cerré los ojos hasta que llegamos al apartamento.

Aquella noche, en mi cuarto, le mandé varios mensajes a Paul. Me disculpé por si lo había ofendido en lo más mínimo y también le pedí perdón de parte de Muddy y Finlay. Sin embargo, aquel número ya no recibía mis mensajes. Me metí bajo las sábanas sin desvestirme siquiera. En un intento por que el universo fuera un lugar menos sombrío, le mandé unos cuantos mensajes a mi padre en los que le pregunté si le daría igual que me muriera, si que los gais murieran le daba igual, y si me querría si accedía a que volvieran a rezar por mí. El resplandor del teléfono me iluminaba la cara. Las lágrimas que derramé hacían de lupas sobre los caracteres de la pantalla. Como no me contestó, lo llamé y dejé que sonara hasta que me respondió una voz automatizada. Creía que, si al menos lograba reparar mi relación con él, quizá podría comprarle a la vida un instante más de felicidad. En el pasado, cada vez que me había sentido tan diminuto, siempre había conservado unos rescoldos de esperanza. Jamás me había roto tanto como para no poder recomponerme. Sin embargo, la esperanza se había esfumado; o se había escondido tanto en mi interior que necesitaba que me marchitara aún más antes de manifestarse.

Más o menos a las cuatro de la mañana abrí el grifo de la bañera. Me senté en el frío suelo del baño mientras la bañera iba llenándose hasta rebasar el borde. Incluso entonces, no recuerdo haber tomado ninguna decisión. Inconscientemente sabía que no quería volver a salir al bosque, no después de lo que había pasado la última vez. No recuerdo haberme apoderado de otra navaja X-ACTO de la cocina, pero supongo que lo hice porque de repente tenía una en la mano. No recuerdo haber decidido que quería hacerme daño, pero supongo que lo hice porque de repente estaba en la bañera, sosteniendo el filo de la navaja sobre la muñeca. No recuerdo haber decidido que quería morir, ni tampoco quedarme al borde de la muerte, pero me clavé la navaja y la moví con manos inexpertas mientras observaba cómo se me abría la piel y brotaba la sangre con la boca entreabierta, la respiración entrecortada, poniendo muecas de dolor, retorciéndome y luego soltando quejidos que acabaron convirtiéndose en gritos de dolor. *¿Basta con esto?,* le pregunté a la vida mirando hacia la luz mientras las lágrimas me surcaban las mejillas. *Por favor, dime que basta. Por favor, sálvame. No quiero morir. No quiero morir. Quiero ser feliz.*

Todo quedó reducido a varios destellos de luz, a un entorno cuyos

límites se desdibujaban, a unas manos que se abalanzaron sobre mí y a una larga secuencia de acciones ininterrumpidas; luces que se convertían en sombras y que volvían a convertirse en luces. Luego todo cobró nitidez y las luces volvieron para quedarse. Primero me vi los brazos; en el derecho tenía unos tres o cuatro puntos incrustados. Tenía las piernas cubiertas con unas sábanas y un tablero de madera a los pies. A un lado vi a Muddy roncando en una silla con el pelo cubriéndole la cara.

Cada vez que había pensado en morirme, siempre me había parecido importantísimo no molestar a nadie. Jamás iba a cometer ningún acto que atrajera a una multitud, como por ejemplo lanzarme a las vías del tren o desde lo alto de un edificio. Hasta entonces solo me había cortado mentalmente, a modo de consuelo privado; me gustaba lo relativamente sencillo que era, lo a mano que lo tenía y su naturaleza oculta. Normalmente me bastaba con imaginarme que me cortaba. Me lo había imaginado tantas veces que esa noche nada de lo que hice me resultó demasiado extraño; incluso me resultó familiar; hacerlo, al fin, fue como adentrarme en un mundo desolado que, hasta entonces, tan solo había contemplado a través del ojo de una cerradura.

—¿Muddy? —lo llamé, y me asusté ante lo ronca y frágil que me salió la voz.

Se despertó con una sacudida, apretó los labios y se frotó los ojos con los puños.

—¡Colega!

Me preguntó cómo estaba y me dijo que había oído los gritos y que me había encontrado inconsciente en la bañera. Me contó que había estado a punto de ahogarme, que estábamos en el hospital Darent Valley y que era viernes. Vi lo aterrado que estaba; me sonreía, pero tenía la mirada cargada de preocupación. Yo también estaba aterrado. La situación jamás se había puesto tan fea. Me sentía como si mi cuerpo hubiera estallado en mil pedazos y ahora me tocara devolverlo a su forma original. Pero ¿cuál era esa forma? Antes me consideraba alguien que solo pensaba en la muerte, pero ahora que me había atrevido a adentrarme en ella, no sabía quién era.

Muddy acercó la silla a la cama y me advirtió de que tenía que avisar a alguien de que me había despertado, que había alguien que tenía que hablar conmigo. Cuando le pregunté a quién tenía que avisar, se encogió de hombros y me dijo que no lo sabía, que era un psiquiatra o algo por el estilo. Estaba a punto de decirle algo cuando me frenó en seco y me dijo:

—No, no se lo he dicho a Chels ni a nadie, si es eso lo que me vas

a preguntar. Pero yo sí tengo que hacerte una pregunta; llevó torturándome desde que te conocí por no haberlo hecho antes. No sé, creía que sería de mala educación, o incómodo, pero… aquel día que fuiste al bosque, querías suicidarte, ¿no? ¿Ibas a hacerlo con la navaja que tiraste al suelo cuando aparecí? —Tras una pausa, asentí—. Joder —murmuró—. ¿Y lo de hoy? —Volví a asentir. Muddy me dio un apretón en la rodilla y trató de calmar la expresión y el temblor que se había apoderado de sus labios—. No fue por lo de Paul, ¿no?

Me había despertado hueco, pero su preocupación logró llenarme.

Todas mis defensas cayeron, como si los ladrillos y el cemento con el que había construido los muros fueran, en realidad, cristales y pegamento.

—La verdad es que nunca he sentido que le importara a nadie —le confesé—. Creí que reconciliarme con mi padre aliviaría la sensación. No creo que haya sido el primero en creer que el amor incondicional de un padre puede arreglarlo todo. O sea, sé que no es magia, ¿no? ¿Cómo va a arreglarlo todo? Pero, cuando no ocurrió lo que esperaba, supongo que creí que podría emplear lo que solía sentir con Paul como sustituto. Joder, soy tan estúpido. Sentía que le importaba. Pero, entonces, cuando me soltó todo aquello en el pub, no… no sé. Verbalizó todo lo que yo siento sobre mí, así que pensé, bueno, pues si alguien aparte de mí piensa lo mismo que yo sobre mí, pues…

—¿Son las únicas veces en las que has pensado en intentar…? —Me señaló con la cabeza, como si decir en alto la palabra «suicidarte» pudiera invocar algo. Negué con la cabeza y le dije que no era la primera vez que se me pasaba por la cabeza, pero que normalmente solo pensaba en hacerme daño o en morirme, que luego me quedaba triste durante un rato y que después se me pasaba—. Entonces, cuando volviste de la uni y te fuiste al bosque… solo lo estabas pensando, ¿no?

—Ya no sé qué pensar, Muddy —le dije con un suspiro—. Me siento un fracasado todo el tiempo. Ya sea por tonterías que todo el mundo debería saber hacer, como hablar con la gente, o por cosas más gordas, como intentar graduarme en la universidad. Siempre he sido proclive a estos arrebatos de tristeza, y a veces duran más o son más tochos, pero siempre se me pasan.

Había roto a llorar. Muddy me apartó la mano de la rodilla y apoyó los dedos en la palma de mi mano.

—Se suponía que la uni iba a ser mi gran momento, así que, como no salió bien por mi culpa, sentí que algo comenzaba a desmoronarse en mi interior. No es solo que me hiciera ilusión, sino que además en el fondo creía que allí las cosas mejorarían, que me sentiría menos solo y que hasta me volvería más extrovertido, más feliz. Pero la cagué. Lo intenté, Muddy, te juro que lo intenté. Hice todo lo posible

para comportarme con normalidad entre los demás pero, a veces, se me ensombrecen los pensamientos. No sé lo que es vivir sin un miedo constante; no sé lo que es tener una mente impecable. Duermo para dejar de pensar, pero a veces no puedo dormir, así que me quedo ahí, dándole vueltas a todo.

Puede que lo que había intentado hacer esa noche fuera aproximarme todo lo posible a ese punto en el que quizá me daría cuenta de que merecía la pena vivir; aquello nunca me había fallado. Yo hacía una jugada, y la vida respondía con otra. Si yo me impregnaba de una cantidad de oscuridad concreta, la vida me ofrecía a cambio la misma porción de felicidad. Me pasaba la vida compensando cosas que había llegado a creer que eran culpa mía: la muerte de mi madre, el rechazo de mi padre. ¿Me sentía agradecido por que Muddy me hubiera interrumpido? Quizá no necesitaba que alguien —ni mi padre, ni Paul, ni siquiera Muddy— me salvara la vida, quizá necesitaba que alguien me salvara de mí mismo.

Muddy me acariciaba el brazo con delicadeza y me miraba fijamente, parpadeando despacio.

—Siento que te estoy cuidando desde que te conozco —dijo, y sonó aliviado—. Me quedé un rato mirándote, ¿sabes?

—¿Qué?

—Sí —me contestó—, durante un rato. Llevabas siglos ahí entre los arbustos, mirándote la mano. Estabas muy… quieto. No sabía lo que pasaba. Pero tuve una intuición, así que te di un golpecito en el hombro y te diste un susto de muerte, joder. Parecías asustadísimo y enfadadísimo cuando te intenté ayudar con el pañuelo. Como es evidente, jamás me atreví a preguntártelo, pero decidí no quitarte los ojos de encima. —Entonces se rio—. Me pasé aquella tarde saliendo del cuarto y llamando a tu puerta, pero no me respondías. ¿Sabes lo aliviado que me quedé cuando te vi aquella noche en el salón? Lo único que quería era levantarte y darte un abrazo, pero apenas te conocía. —Se quedó callado durante un instante; varias lágrimas le habían aflorado en los ojos—. Harley, hice todo lo posible para asegurarme de que no te quedaras solo sin parecer un hermano sobreprotector o cualquier cosa por el estilo. Y, bueno… lo he visto con mis propios ojos, ¿no? Últimamente las has pasado un poco putas y… No sé, creía que podría ayudarte a ser feliz, ¿sabes?

Nuestra amistad me había hecho feliz, y me habría gustado saber por qué aquello no bastaba para aliviar todo lo demás, por qué al pensar en él no había dejado de mover la navaja. ¿Acaso había pensado en él siquiera? Sabía que el amor no lo podía todo, pero seguro que contaba más de lo que había contado en ese instante.

—¿Y sabes qué te digo? —me preguntó entonces—. Que lo has conseguido. No me voy a separar de ti. Vamos, es que no te vas a

librar de mí en la vida.

Sentí lástima por él; por que me hubiera escogido como amigo. Y lo sentía mucho más que si, sencillamente, yo hubiera sido su desgracia personal; me sentía como si pusiera en peligro aquella felicidad que Muddy parecía disfrutar con esa tenacidad suya. ¿Cómo era posible que alguien quisiera poner en riesgo algo que para mí era tan valioso y preciado? Seguí sonriéndole, con la esperanza de transmitirle sin palabras todo aquello que estaba pensando, con la esperanza de que se percatara de lo perjudicial que era aquel intercambio para él, que podía largarse y no volver a dirigirme la palabra.

En ese instante se acercó mucho a mí y me dijo, en voz muy baja:

—Mereces vivir. Lo digo en serio, Harley. Y que le den a cualquiera que te haya hecho sentir lo contrario. —Me enjugué las lágrimas—. Espero —prosiguió luego— que esto signifique más para ti que cualquier cosa que te haya podido decir el capullo de Paul.

Giré la cara para no tener que mirarlo a los ojos y le di las gracias.

—Siempre me estás dando las gracias, ¿eh? —me dijo—. Pero, llegados a este punto, la verdad es que no sé qué haría sin ti.

—Muddy, para —le dije—. Seguro que estarías bien.

—Te lo digo en serio —me contestó—. Siempre me miras como si fuera el mejor tipo del mundo o algo por el estilo, como si jamás fuera capaz de meter la pata. —Había cierto brillo de vergüenza en su mirada y, durante un instante, él también giró la cara—. Siempre se te pone una cara que hace que me sienta genial.

—¿De verdad?

—Sí —me dijo—. Siempre me estás sonriendo. ¿No te has dado cuenta?

—Sí —dije riéndome—. Supongo que sí.

—Tienes una sonrisa muy bonita.

—Muddy… —le dije, con un gesto de dolor.

—¡Va en serio! —insistió riéndose—. De verdad que no te miento. —Nos quedamos mirándonos en silencio durante un momento—. Voy… voy a darte un abrazo, ¿vale? Y luego, si te parece bien, te voy a dar un beso en la frente.

—Vale —le dije—. Me parece bien.

Presionó los labios contra mi frente y me agarró la cara con delicadeza, acariciándomela con el pulgar.

—No puedo perderte —me dijo—. No puedo. Es evidente que ni me imagino lo difícil que tiene que ser para ti, pero, te lo suplico. Tienes que intentar seguir adelante por nosotros… por favor.

El psiquiatra, un hombre pálido y anciano, habló conmigo más tarde y me preguntó si sabía por qué estaba allí, si era la primera vez que había intentado hacerme daño y por qué lo había hecho. Estuvimos discutiendo si ya tenía antecedentes de episodios de autolesiones y le aseguré que no, aunque no logré explicarle con coherencia el motivo por el que se había producido aquel. Toda la conversación me tuvo aterrado. Me daba miedo que pareciera que mi estado de salud mental era peor de lo que era en realidad. Cuanto más hablaba, más parecía que iban a transferirme al pabellón de psiquiatría. Mencionó el Equipo de Psiquiatría de Enlace de Dartford, un equipo de expertos en salud mental que tenían allí mismo y que podían ayudarme. Al psiquiatra le preocupaban la gravedad de la herida y que me diera el alta y volviera a intentarlo. Al final me pasé veinticuatro horas bajo vigilancia por riesgo de suicidio. También hablamos de todas las veces que me había imaginado que me autolesionaba.

—Creo que has sufrido ideaciones suicidas pasivas —me dijo—, al menos durante un tiempo, pero me preocupa el hecho de que hayas intentado quitarte la vida.

No sabía qué sería de mí. Cuando Muddy vino a verme al día siguiente, le dije que tenía muchísimo miedo, que, si me trasladaban a la unidad de salud mental y me obligaban a ir a terapia, todo se volvería real de golpe y ya no podría mantener todo aquel asunto en secreto; que ya no sería capaz de evaluar la gravedad del asunto por mí mismo, que los expertos lo diseccionarían todo; que ya no tendría el control sobre lo que se decía, que quedaría todo por escrito para siempre; que me recetarían pastillas; que la gente se formaría una opinión de mí sobre la que no tendría ninguna clase de influencia.

Muddy le aseguró al psiquiatra que, si me daba el alta, no me dejaría solo, que no creía que fuera a volver a autolesionarme, que estaría conmigo para ayudarme a averiguar qué clase de ayuda necesitaría a partir de entonces. Aunque el entusiasmo del psiquiatra por hacer cualquier otra cosa que no fuera darme el alta comenzó a decaer, pareció que los argumentos de Muddy para que saliera del hospital tenían más peso que los míos propios. El psiquiatra me recomendó encarecidamente que empezara a hablar con alguien —y a continuación mencionó a varios profesionales de la salud mental de Dartford— y determinó que el riesgo que corría era, cómo mínimo, inferior a grave. Luego me dijo que informaría a mi médico de cabecera y ya.

El descanso había llegado a su fin. La vida iba a lanzarme de nuevo a ese juego constante de regateos; esperaba estar a la altura.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Muddy me llevó a casa esa noche. Me senté en la cama y observé la noche y el cielo azul marino, el suave resplandor de las farolas y los coches que circulaban de vez en cuando por la calle a través de la ventana mientras me acariciaba la venda del brazo. Muddy había estado trasteando en la cocina desde que habíamos llegado, y de repente apareció en mi cuarto con dos tazas. Soltó un fuerte gruñido cuando se sentó a mi lado y me tendió una. El líquido estaba tibio y era sobre todo leche, pero decidí que, como mínimo, le daría un sorbo por educación.

Nos quedamos en silencio un buen rato antes de que me dijera:

—Sé que a veces te preocupas por Chels, pero ya he limpiado el baño. —Me sentí fatal al pensar que tenía que haberse hecho cargo del desastre que había montado, así que no dejé de darle las gracias ni de disculparme. No paré ni cuando me dijo que no pasaba nada; era como si me hubiera roto—. No creo que te vaya a hacer muchas preguntas —prosiguió—. Solo tenemos que pensar qué vamos a decirle para lo de la venda. —Me quedé mirándola, sin dejar de acariciarla con el pulgar—. Se me han ocurrido unas cuantas ideas, si te interesan, claro.

—Sí —le dije con una sonrisa—. No creo que se trague otra vez lo de que he tenido un accidente.

—Te lo digo siempre —contestó Muddy, con los labios apretados —, mándame a la mierda si quieres, pero ¿por qué no quieres que Chels se entere?

—Es que… —suspiré—. Es mejor así.

Muddy asintió y no me hizo más preguntas. Luego me sugirió varias excusas que podíamos decirle a Chelsea que me sacaron varias carcajadas: que me había machacado jugando a la lucha libre, que había intentado enseñarme a jugar a *rugby* y que me había roto la muñeca. Le contesté, en broma, que jamás me había visto correr, por no hablar ya de arrojar un balón, y que no se lo iba a creer.

—¡Pues ya está, eso es lo que tenemos que hacer, hombre! — exclamó emocionado, dándome palmadas en la espalda—. Tienes que irte con Finn a correr por las mañanas y luego un poco en el campo conmigo. Así su majestad se lo creerá.

—Ni en broma.

—Bueno, tú di lo que quieras —me dijo, pasándome el brazo por los hombros—, pero me han dicho por ahí que soy bastante influyente. Además, tengo…

—Muddy, pero ¿quién coño te dice esas cosas?

Se rio y dejó escapar un suspiro. Me dio un achuchón, me frotó el

brazo y apoyó la barbilla con cuidado sobre mi cabeza. Luego dejó la taza, y me abrazó con el otro brazo. Después hubo un largo silencio. Sentía el latido de su corazón en el hombro.

—Ay —dijo entonces—. No lo he pasado tan mal en mi puta vida. Ni se te ocurra volver a darme otro susto así. ¿Es que no me escuchas cuando te hablo? Si estás triste, si estás enfadado, incluso si no sientes nada, joder, ven a hablar conmigo. Más te vale no olvidarte. Estoy para lo que necesites. Te lo prometo. Hostia. —Me miró con los ojos brillantes a causa de las lágrimas contenidas, agarrándome del hombro—. ¿Me estás oyendo? Harley, pase lo que pase, estamos juntos en esto. —Me acercó aún más a él—. Y no soy idiota. Sé que porque yo esté aquí no vas a dejar de sentirte solo, pero no vas a estar solo nunca, no si puedo hacer algo al respecto. ¿Te ha quedado claro? —Lo miré y, durante un instante, me pregunté cómo era posible que alguien me quisiera tanto. Luego asentí—. Buen chico.

Me recosté en él y me acomodé en su pecho mullido. Para mí, que siempre había ansiado que me quisieran, el amor siempre había sido un viaje eterno a un lugar que quizá no existiera. Sin embargo, en ese instante supe que ya no estaba caminando hacia un destino abstracto, que al fin lo veía, que había sido capaz de verlo desde hacía un tiempo y que Muddy lo había estado viendo conmigo.

Nos quedamos en mi cuarto durante casi toda la noche. Muddy mencionó varias veces lo diminuta que era mi habitación; yo lo acusé de haberme robado mi antiguo cuarto. Se rio y le dio varios tragos a su taza. Cuando al fin fui a darle un sorbo a la mía, Muddy agitó la mano por encima y me dijo:

—Pasa, no te lo bebas.

—¿Por?

—Era para hacer el paripé. El té no es lo mío.

—Pues el tuyo parece que te gusta —le dije—. ¿Qué le has echado?

Me acerqué para echarle un vistazo, pero Muddy apartó la taza.

—Déjalo —me dijo con una sonrisa.

—¿Es cerveza? —le pregunté después de ver el líquido naranja cubierto por una ligera capa de espuma—. ¿Te has echado cerveza en la taza?

—A ver, no iba a sentarme aquí y a beberme una mierda de té.

—¿Y yo sí?

—Es cuestión de buena educación, ¿no? —se excusó—. Cuando alguien lo está pasando mal, le preparas una taza de té. —Rompí a reír y sacudí la cabeza de un lado a otro. Muddy me acercó la taza—. ¿Quieres acabártela?

—No, si es que tienes razón.

—¿Estás seguro? —insistió, y luego se la terminó—. Porque, cuando se acabó, se acabó.

Alguien abrió la puerta principal y me quedé helado.

—¿Hola? —gritó la voz de Chelsea.

Miré a Muddy, que a su vez me miró a mí rollo «no pasa nada, tranquilo» y luego gritó que estábamos en mi cuarto. Chelsea llamó a la puerta y preguntó en broma si estábamos presentables. Llevaba un chándal gris y la mochila del gimnasio colgada del brazo; nos dijo que se había pasado para llevarse unas cosillas al piso de Finlay.

—Se os ve muy cómodos —nos dijo, y luego vio la venda del brazo —. ¿Qué coño ha pasado?

—Lo derribé jugando a *rugby* —contestó Muddy. Chelsea entró en el cuarto, se sentó al otro lado de la cama y fulminó a Muddy con la mirada, que prosiguió—: Lo sé, lo sé. Soy un bruto y tengo que tener más cuidado con él porque es pequeñín. No hace falta que me lo digas. Ya hemos ido al hospital y ya nos han dado la brasa allí; le han puesto unas venditas y ya está —Me dio una palmada en la espalda y sonrió—. La próxima vez lo trataré con la delicadeza que se merece.

—¿Jugando a *rugby*? —preguntó Chelsea con tono confundido, al tiempo que me sujetaba el brazo y examinaba las vendas—. Y una mierda, Mud.

—Bueno —insistió Muddy—, le apeteció venir a ver cómo una panda de tipos enormes y sudados lanzábamos un balón, ¿verdad, Harles? Está más salido el cabrón. Y, una vez allí, me dije «¿por qué no le enseño en qué consiste mi deporte favorito?».

—Finn no me ha contado nada de ningún partido.

—A ver, tampoco es como si fuéramos siameses, ¿sabes, Chels? —le contestó—. Además, a los chicos no les cae demasiado bien, así que nos lo hemos pasado genial.

Chelsea se quedó mirándome. No sabía si se lo estaba tragando.

—Has empezado a escuchar a Oasis, a observar aves y a jugar a *rugby* —me dijo—. ¿Cuándo vas a parar, Mud? En cuanto me descuide le vas a poner una camiseta de franela a cuadros y va a empezar a hablar como si se hubiera criado en Mánchester.

—¿Ves lo que te decía? —me dijo Muddy, dándome un codazo y guiñándome el ojo—. Soy un tipo influyente.

Antes de irse, Chelsea me dijo que había hablado con su padre sobre unas posibles prácticas de relaciones públicas en una discográfica que se llamaba Amnesia Records; también me dijo que sabía que no era exactamente lo que buscaba porque el trabajo no tenía nada que ver con el periodismo, pero que al menos era una forma de entrar en el mundillo.

—Tendrás que hablar con clientes, programar eventos, encargarte

del *clipping* de prensa, de las tareas administrativas… —me dijo.

Le di las gracias y un abrazo frente a la puerta principal, y ella me dijo que no dejara que Muddy me presionara para hacer cosas que no me apetecían.

Esa misma tarde sucedió algo extraño cuando decidí darme un baño. Me quedé plantado junto a la bañera, observando cómo se iba llenando, apresado por una sensación terrible. Al cabo de unos pocos minutos, Muddy apareció detrás de mí diciéndome que quería lavarse los dientes. Me preguntó si me daba igual, y yo me quedé con la mirada perdida. Al igual que había ocurrido en la piscina, Muddy pareció comprender algo a partir de mi expresión. Se giró hacia la bañera, luego hacia mí, y entonces se encogió de hombros. Se quitó la camiseta y los bóxers y nos quedamos mirándonos en silencio. Intenté desvestirme solo, pero Muddy se rio y me pidió que levantara los brazos para ayudarme.

Cerró el grifo y nos sentamos el uno en frente del otro, metidos en agua tibia. Teníamos los brazos cruzados sobre las rodillas y los pies superpuestos.

—Vaya —comentó entonces—, qué raro, ¿no?

—Ya —le respondí—. Cuando dijiste que no me ibas a dejar solo, no creía que fueras a tomártelo al pie de la letra.

—Pero tampoco está tan mal —me contestó él—. Creo que nunca me he bañado con nadie.

—Sobre todo con otro chico, ¿no?

—Seguro que tú te has metido en la bañera con un montón —dijo riéndose.

—¿Qué insinúas?

—No sé. Solo quería hacerte reír. —Le regalé la risa que esperaba —. Dime, ¿ahora qué?

Me quedé callado durante un instante, y luego le dije:

—No lo tengo muy claro.

—Seguramente deberíamos ir mirando de buscarte a alguna de esas psicólogas con gafas y portafolios.

—Solo para asegurarme de que estamos hablando de lo mismo… —le dije—. Te refieres a un psicólogo, ¿no?

—Exacto.

Volví a guardar silencio.

—No sé —le dije—. Me he pasado un día entero bajo vigilancia por intentar suicidarme. No me apetece ponerme a hablar de psicólogos.

—Pero, le darás alguna que otra vuelta a la idea, ¿no? —me dijo

—. Hablo en serio.

Volví a mirarme la venda. Recordé aquella ocasión en la que había intentado ser mi mejor amigo, y luego pensé en que me había traicionado a mí mismo. Si para ser buena persona tenías que ser bueno contigo, quizá no hubiera merecido, ni mereciera aún, que me quisieran o me desearan. Al final el agua se oscureció por el jabón y nuestras esponjas comenzaron a gotear en uno de los laterales después de que las usáramos. Muddy cantaba *Tubthumping* de Chumbawamba y marcaba el ritmo con los dedos en la bañera. Después se levantó con un gran quejido. Tenía el pene grueso, sin circuncidar, y colgaba bajo una mata espesa de vello púbico. Se lo tapó al momento.

—¡Ay, perdona! —se disculpó—. A nadie le hace falta un primer plano de mi pito a estas horas.

—¿Y cuál sería la hora apropiada? —le dije riéndome.

—No sé —contestó, apoyando las manos en la cadera y mirando hacia abajo con curiosidad—. Tendré que hacerte un horario o algo.

Lo observé mientras se secaba con la toalla frente al espejo y me reí por el modo caótico en que lo hacía: se pasaba la toalla entre los muslos y luego la enrollaba para formar una cuerda y azotarse la espalda para quitarse las gotitas.

Después fuimos a su habitación. Me senté en la cama mientras él se ponía una muda limpia de ropa interior y una camiseta interior sin mangas. Le pregunté si le gustaba lo de volver a ser socorrista, y él me contestó que le encantaba, que lo único que tenía que hacer era calentar la silla durante ocho horas al día y decirle a la gente que no corriera.

En ese instante estaba mirándose al espejo, peinándose con los dedos, pensándose si se cortaba el pelo, algo que no había hecho desde hacía meses.

—Estaba pensando en recortármelo un poco —me dijo—. Un corte así, más atractivo. ¿Qué te parece?

—Me gusta como lo llevas ahora —le contesté tras meditar mi respuesta.

—¿No te parece que queda muy desaliñado?

—Bueno, sí, pero me gusta mucho cómo te queda.

—Te gusto, ¿eh? —dijo, sonriendo frente a su reflejo.

—He dicho que me gusta cómo te queda.

—Bah —contestó riéndose—. Sé muy bien lo que has dicho. —Luego se dio la vuelta y se apoyó en la cómoda. Yo le dediqué una sonrisa tímida—. Ya te lo he dicho, ¿no? No es bueno guardarse esas cosas, Harles. No es sano.

Sobre la cómoda, al lado de las mancuernas, había un pintaúñas negro. Le pregunté de dónde lo había sacado. Muddy se rio y me dijo que, varios días atrás, había ido a casa de Finlay y que, como se aburría, y Chelsea se lo había dejado por ahí tirado, se había puesto a pintarse las uñas para entretenerse.

—La verdad es que me pareció que me quedaba muy bien —me dijo—. Muy sexi. Pero Finlay comenzó a resoplar y me dijo que parecía marica. Me dejó hecho polvo, así que Chels sacó la acetona y me ayudó a quitarme el esmalte. Aun así, me dejó quedármelo.

Parecía triste. Se sentó a mi lado, pero yo me levanté al momento y fui a por el pintaúñas.

—¿Te lo quitaste por Finn? —le pregunté, girando la botellita lentamente—. Venga, Muddy…

—Bueno, es que… —me contestó—. No debería haberme llamado «marica» a santo de nada. Pero tiene razón, ¿no? No quiero parecer tonto. La gente ya se cree que estoy bastante majara porque no paro de hablar de pájaros.

—Finlay dice muchas cosas pero no da una —le contesté. Me sentí un poco decepcionado porque Muddy hubiera claudicado ante Finlay con aquel tema—. ¿Acaso no me dijiste una vez que tomabas tus propias decisiones y que hacías lo que te daba la gana porque así eras feliz? —Se le escapó una risita nerviosa, pero no contestó. Miré el pintaúñas y le sonreí—. Dame la mano.

—¿Qué?

—Que me des la mano —le repetí.

Volví a sentarme a su lado, y Muddy se quedó mirándome en plan «¿en serio?». Le señalé las manos con un gesto de la cabeza.

—Pero… ¿vas a pintarme las uñas? —me preguntó.

—Claro. ¿Por qué no?

Alzó la mano, se examinó los dedos, y me dijo:

—Venga, vamos.

Apoyó la mano sobre mi regazo y, mientras le pintaba las uñas con muy poco arte, le pregunté por qué dejaba que Finlay controlara algunos aspectos de su vida. No estuvo de acuerdo conmigo, así que le recordé que Finlay lo había emparejado con Noria, que había menospreciado sus ideas para su fiesta de cumpleaños, y también lo que había pasado con el pintaúñas. Muddy me dijo que Finlay era «muy macho» y que tenía una forma de ver la vida muy concreta, que llevaban años rigiéndose por ese modo de ver la vida, y que era demasiado tarde para cambiar lo que Finlay consideraba normal.

—Bueno —le dije, pasando a otro dedo—, hace nada estabas despotricando sobre los metrosexuales; y mírate ahora.

—En verdad Finn no es mal tipo —prosiguió Muddy—. No es cariñoso, pero de vez en cuando te sorprende. Hace unos años me

llevé un susto con mi salud y me daba un poco de cosa ir a ver a un médico. A Finners no le gusta que saque el tema, porque aquella vez se quitó la careta de chico duro y me mostró su lado tierno, así que no le digas que te lo he contado. Pero es buen tipo. Y tengo ojo para los tipos buenos. Es un bocazas, pero siempre está ahí cuando hace falta. Se preocupa por los demás; lo que pasa es que supongo que lo muestra a su manera.

Entonces se produjo un breve silencio.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Ah —contestó, como quitándole importancia. Debía de notárseme la preocupación en el rostro porque me dijo—: No me mires así. Soy duro como una roca.

CAPÍTULO DIECISIETE

Muddy estaba decidido a que me creyera, con el mismo fervor que él, que Finlay era un buen tipo. Así que, a la semana siguiente, cumpliendo las órdenes de Muddy, Finlay me recogió del trabajo por la tarde. Jamás me había montado en su coche: un compacto azul cuyo interior estaba impregnado de un olor a desodorante abrumador. Me había enviado un mensaje antes de que empezara mi turno diciéndome que lo esperara en la parada del bus que había frente al cine.

Cuando me subí al coche le pregunté a dónde íbamos.

—Tú abróchate el cinturón, ¿vale, enano? —me ordenó. Llevaba la ropa del gimnasio: un camiseta de tirantes gris oscura que le marcaba los pectorales, unos pantalones cortos y una sudadera doblada sobre el regazo. Volví a preguntárselo cuando me abroché el cinturón—. Me perteneces durante las siguientes dos horas —me contestó—, así que he pensado que podíamos ir a cenar algo antes de volver a casa.

—¿Cómo que te pertenezco? —le pregunté, enarcando una ceja.

—Ha sido idea de Mud —me explicó—. Me dijo que estabas pasando por una mala racha, así que aquí estoy. También me dijo que te preguntara cómo te había ido el día cuando te recogiera. Venga, cuéntame; tienes tres minutos.

—Es que no soportaría la idea de aburrirte, Finlay.

—Ahora te quedan dos.

La verdad es que aquel día casi podía considerarse un triunfo. Desde que Muddy se había largado del Regal, me habían trasladado del almacén a la cocina, donde me dedicaba a descongelar tubitos de guacamole y a calentar el queso para los nachos y los perritos calientes. Aunque me pasaba casi todo el día solo, no me había sentido especialmente solo. Sin embargo, desde la visita al hospital me sentía como ausente.

Esa misma mañana había estado hablando con Emily, cuyo pelo había pasado del rubio de bote al negro. Solo había entrado en la cocina para dejarme unas cacerolas plateadas para lavarlas, pero se quedó hablando conmigo. Me preguntó qué me había pasado en el brazo y que si echaba de menos a Muddy, porque ella muchísimo. Le conté lo del accidente de *rugby* falso y le contesté que yo también lo echaba mucho de menos. Emily me dio varias palmaditas en la espalda y me dijo «ay, pobre». Varios días antes de aquel encuentro, la había visto leyendo otro libro en la sala de descanso, y al fin me había atrevido a preguntarle cuál era. Me contestó largamente, y yo le sonreí todo el tiempo. Cuando terminamos, hasta le dije:

—Antes pensaba que me odiabas, ¿sabes?

—Pues yo pensaba que eras tú el que me odiaba —me contestó ella riéndose.

Me sorprendió que me dijera aquello; aunque en realidad no tanto. Sabía que mi ansiedad me volvía distante, pero también sabía que no la había odiado en ningún momento.

—¿En serio? —le pregunté de todos modos.

—Y tanto —me respondió—. Siempre pasabas de mí, y cada vez que me mirabas era como si quisieras matarme.

—¿De verdad?

—Sí, pero luego tuviste aquel tropiezo el día que Ed te llamó a su despacho y pensé que debía de pasarte algo. —Le sonreí con timidez —. Además, vi cómo te comportabas con Mud, y no creía que Muddy pudiera hacerse amigo de alguien que de verdad tuviera instintos asesinos.

Vi mi reflejo en la nevera plateada que estaba tras ella. Muddy tenía razón. Tenía una sonrisa bonita.

Finlay condujo hasta un restaurante ambientado en los años cincuenta de Estados Unidos que quedaba en Lakeside. Puso el disco de las mejores canciones de Def Leppard y cantó *Pour Some Sugar on Me*, con las manos tensas sobre el volante, sacudiendo la cabeza de adelante hacia atrás. Se molestó cuando vio que su música no me entusiasmaba tanto como la de Muddy, y me dijo que me había lavado el cerebro.

En el restaurante —un local de suelos de baldosas blancas y negras y bancos rojos brillantes— le dije que si la ambientación del local fuera buena de verdad, no me habrían dejado entrar. Me contestó que dejara de hacerme el listillo mientras se ponía la sudadera.

—Pero si lo digo en serio —le dije.

—Ya, obvio, pero es un poco deprimente, ¿no? Y Muddy me mata como te haya traído a un sitio que te deprime. Así que deja de intentar meterme en un lío y sonríe, joder. —Le mostré los dientes—. Mucho mejor.

Cuando nos sentamos en el banco hablamos de lo contento que estaba Muddy en el trabajo nuevo. Me contó que una de las ventajas que tenía era que podía apuntarse al gimnasio gratis y que, como sabía que Muddy no iba a hacerlo nunca, iba a hacerlo él. Después de pedir la comida, Finlay se puso a hablar —bueno, más bien a quejarse — de que Muddy quisiera pintarse las uñas.

—Se las ha pintado de negro —me dijo—. ¿Las has visto? La semana pasada solo se pintó dos, y ahora se las ha hecho todas.

—Pues claro. Lo ayudé yo.

—¿Que tú qué? —me preguntó, con los ojos entrecerrados—. ¿En

qué lo estás convirtiendo?

—De verdad que me das dolor de cabeza —le contesté, pellizcándome el puente de la nariz—. ¿Por qué le das tanta importancia?

—Tenía clarísimo que ibas a preguntármelo.

—Eres un pedazo de hipócrita, Finlay.

—Ah, ¿sí?

—Hace unas semanas te empapaste de pis de otro chico —le solté —. ¿Por qué te importa tanto que Muddy se pinte las uñas?

—Pero no es lo mismo —me contestó—. Iba pedo; y además habíamos perdido el partido.

—No deberías haberlo obligado a que se lo quitara —le dije, tras mirarlo durante un rato—. Te pasaste; y creo que te respeta demasiado como para decírtelo él mismo.

—Y me respeta porque soy su mejor amigo y siempre le digo las cosas como son, y ahora mismo parece supermarica con esa mierda que se ha puesto en las uñas. Se van a reír de él en el campo, joder. Los del equipo ya piensan que es un poco moñas. —Se recostó en el banco—. ¿Has averiguado ya si es de los tuyos, como te pedí?

—No accedí a ello en ningún momento.

—Qué decepción —me dijo—. Bueno, el caso es que todo esto me ha hecho pensar…

—¿Y te has hecho daño?

—Me ha hecho pensar que —me dijo, tras reírse con tono burlón— quizá no sea gay. Hay más opciones, ¿no? Podría ser otra cosa.

—Hay todo un espectro, sí —le dije, encogiéndome de hombros—, si es eso a lo que te refieres. ¿Por qué te obsesiona tanto el tema?

—No estoy obsesionado.

—¿Seguro?

—Bueno —reconoció—, si es otra cosa, me gustaría saberlo, ¿no? Así dejaría de intentar juntarlo con chicas y empezaría a buscarle chicos que quisieran salir con él.

—Pero ¿te ha pedido que lo juntases con alguien?

—Nadie pide algo así —me contestó—. Es algo que se hace y ya.

—Suena raro —le dije—. Ya intentaste juntarlo con Noria y mira cómo acabó aquello.

—A ver, no se puede acertar siempre.

—¿Y por qué no paras?

—No voy a parar —me dijo—. Además, no sé por qué dices nada; podría hablarle bien de ti.

—¿Para qué?

—A veces lo miras como si quisieras que te follara, ¿sabes? Me di cuenta la semana pasada en el pub, y también en la piscina.

—No me estoy divirtiendo, Finlay —le dije entonces—. Me

gustaría volver a casa.

—Venga, anímate, que era broma. Pero, vamos, dime la verdad… te pone a mil por hora, ¿no? Mira, si te soy sincero, si yo no fuera el rey de los coñetes, le metería la puntita.

—No me pone a mil por hora —le contesté, poniendo los ojos en blanco.

—Qué pena… Ya le diré que es un conductor de mierda.

En realidad, supongo que Muddy sí me ponía a mil. Me encantaba la persona en la que me convertía cuando estaba con él, y también que él pareciera disfrutar de mi compañía. Me gustaba que me cuidara y lo feliz que me hacía; me gustaba que compartiera conmigo las cosas que le gustaban; me gustaba que me abrazara. Pero no sentía que le debiera a Finlay ninguna explicación. Cuando nos trajeron la comida —unos perritos calientes, unas hamburguesas y unos batidos— le dije que me ponía muy nervioso cuando comía delante de otras personas. Creía que se reiría, pero, en cambio, me dijo:

—No pasa nada. Lo que no te quepa me lo das a mí.

Cuando Finlay terminó de comer se quedó mirándome.

—Muddy me ha prohibido tajantemente que me meta en tus asuntos, por eso no he dicho nada de lo del brazo. Pero creía que el Paul ese solo era un capullo que tenía ganas de bronca aquella noche. ¿Por qué me da la sensación de que hay algo que no nos habéis contado?

Era muy fácil confiar en Muddy; la vida lo había hecho así, pero Finlay era harina de otro costal. Con él sentía que tenía que pensarme cómo iba a reaccionar si le contaba lo de Paul; si respondería con demasiada sinceridad, si apenas le daría importancia o si la cagaría poniéndose sarcástico y me humillaría aún más en vez de ayudarme. Me quedé callado durante un rato y luego me encogí de hombros.

—Pues vale —me soltó—, guardaos vuestros secretitos. Ni que te hubiera salvado la vida o algo, eh. ¿Quién fue el que se metió en el baño y se puso en plan «¿qué coño te crees que estás haciendo?». ¿Quién dio la primera hostia? Ya te digo yo que no fue Mud.

—¿Por qué suena como si quisieras que te dijera si quiero más a papá o a mamá? —le dije riéndome.

—¡Porque la única respuesta correcta soy yo! Yo soy el padre guay. Te juro que iba a darle una paliza por ti.

—Claro, porque te preocupas mogollón por mí, ¿no? No porque hubieras perdido el partido y hubieras tenido que empaparte de pis, ¿verdad.

—No, pero te lo digo en serio —me dijo inclinándose hacia mí—. Si lo estás pasando mal, quiero saber lo mismo que sabe Muddy. No te pido más. Me da igual quién sea el padre guay, joder.

Cuando más tarde Finlay me dijo que me llevaría a casa, no me di cuenta de que se estaba refiriendo a su casa, en Maidstone. Se trataba de un piso inmaculado con paredes azules, moquetas color crema y un mobiliario escogido con esmero.

Llegamos y el detector de humo estaba pitando; el pasillo estaba lleno de humo y olía a quemado. Oímos gritos y risas que provenían de la cocina. Noria y Chelsea estaban allí. Noria tenía una sartén al fuego de la que se alzaba una nube de humo, y a Chelsea le había dado un ataque de risa y no paraba de decir «¡madre mía!».

—¡No te quedes ahí parada, Chels! —le gritó Noria—. ¡Ayúdame!

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Por qué no se apaga? —exclamó Chelsea, intentando apagar el fogón con el mando.

Yo me quedé en la puerta mientras Finlay las separaba.

—¿Se puede saber qué hacéis, so liantas? —les dijo mientras apagaba el fuego, levantaba la sartén y agitaba la mano alrededor del detector de humo que había en mitad del techo—. ¿Cómo coño habéis quemado un plato de pasta?

Noria y Chelsea se miraron.

—Lo hemos dejado a fuego lento, como haces tú siempre —se defendió Chelsea.

—Y la pasta ha absorbido toda el agua —prosiguió Noria.

—Y entonces ha echado a arder —continuó Chelsea.

—Y no nos hemos dado cuenta hasta que ha empezado a oler —concluyó Noria.

Finlay las miró en silencio, con cara de mala leche, y luego señaló la puerta y les dijo:

—Largo de aquí. —Luego se giró hacia los fogones y empezó a murmurar para sí mismo—: Encima era mi sartén favorita.

Las chicas se dieron la mano y se alejaron riéndose, como si les hubieran echado una bronca en el colegio. Fuimos a un salón abierto que quedaba separado de la cocina por una isla de mármol. Me senté entre ellas y se quedaron mirándome. Yo miré a una y luego a la otra.

—¿Qué pasa?

—¿Así que ahora juegas a *rugby*? —me preguntó Noria, dándole toquecitos al vendaje.

—Eso, eso —añadió Chelsea, dándome un golpecito en el hombro.

—A ver, no estaba jugando —contesté; me estaba poniendo nervioso—. Muddy me enseñó algunas cosas sueltas.

—Pues cuéntanos. ¿Cómo pasó? —preguntó Noria—. ¿Se abalanzó sobre ti o qué?

—Exacto —dijo Chelsea—, porque no entiendo cómo es posible

que Muddy, justo Muddy, te derribara tan fuerte que te hiciera daño en la muñeca y tuviera que llevarte al puto hospital.

—Uy —exclamó Noria, que se inclinó hacia delante para mirar a Chelsea—. No mencionaste nada del hospital, cielo. —Luego volvió a fijarse en mí—. ¿Tuviste que ir al hospital?

—Tuvo que ir al hospital —respondió Chelsea—. Mud es un cielo, pero también es una mala influencia. Cada vez que nos vemos y has estado con él, tienes una herida.

No me había esperado aquel interrogatorio, y los nervios se transformaron en irritación.

—Bueno, pues fue un accidente —les dije.

—Sí, pero… —comenzó a protestar Noria.

—¡Dejadlo en paz, joder! —gritó Finlay desde la cocina, y le tiró un repollo a Chelsea a la cabeza—. ¿Podéis darles de comer a Crouch y a García?

Frente a la isla de la cocina había dos conejos dando vueltas en el interior de una jaula negra enorme. Chelsea se quedó mirando a Finlay.

—Que te den —le contestó, y se preparó para arrojarle el repollo de vuelta.

—Venga, Chels —la animó Noria, que sonreía con malicia—. Dale en la polla. —Chelsea tiró el repollo pero falló y le dio al armario que estaba detrás de Finlay—. Bueno —comentó Noria—, a lo mejor puedes ir con Harles a las clases de *rugby* de Muddy.

Cuando Chelsea al fin les dio de comer a los conejos, Noria me acarició el pelo y me dijo que fuera a su casa cuando tuviera un rato libre para que me deshiciera las trenzas.

—Las tienes muy secas —me dijo—. Pero secas secas.

Recordé lo rara que se había puesto el día en que Muddy nos llevó a casa después de la piscina, así que le pregunté qué era lo que le pasaba ese día. Puso cara como de que me lo estaba imaginando todo.

—No —respondí—. Habría jurado que te habías cabreado conmigo o con Muddy, o que, como mínimo, te pasaba algo.

—Qué va —contestó ella, negándolo con la cabeza—. No sé de qué me estás hablando.

Teniendo en cuenta las mentiras que yo mismo había contado, no me consideraba la persona más indicada para seguir presionando. También me pareció muy valiente que Noria negara sin reparos algo que Muddy podría corroborar.

Chelsea volvió a sentarse en el sofá y me preguntó si había llegado a alguna conclusión con lo de las prácticas de relaciones públicas en la discográfica.

—No, Chels —la reprendió Noria, enarcando una ceja. Ambas se inclinaron hacia delante para hablar y yo me eché atrás—. Lo que

tiene que hacer es volver a la uni.

—Pero si no le gustaba la uni —le contestó Chelsea—. ¿Para qué tiene que volver? Al menos con esto podría empezar a meterse en el mundillo.

—Pero estará de relaciones públicas, cielo —insistió Noria—. No estará escribiendo sobre música, que es lo que de verdad quiere.

—Lo que quiere es algo que esté relacionado con el mundo de la música —continuó Chels—, y justo eso es lo que le estoy ofreciendo, ¿no, Harles?

—Vale, sí, está relacionado con el mundo de la música —dijo Noria—, pero no es a lo que quieres dedicarte, ¿verdad, Harley? —Ambas se quedaron mirándome, pero yo guardé silencio—. ¿Ves, Chels? Tu idea es tan tonta que el pobre se ha quedado sin palabras.

—Pero, Nor —contestó Chelsea riéndose—, lo que quiero decir es que podría empezar a meter la patita…

—¿Dónde coño está intentando meter la patita? —respondió Noria —. Lo que le gusta es escribir sobre música. ¿Para qué quieres que esté contratando a los grupos y hablando con los clientes?

Noria me preguntó qué era exactamente lo que no me había gustado de la uni justo cuando Finlay gritó:

—¡Nor, vigila! —Le tiró el mando a distancia del reproductor de música y le pidió que le diera al *play* porque él estaba demasiado lejos.

—Eh, capullo —le respondió ella.

—Tranquilízate, cielo —le dijo él con una sonrisa de engreído—, y haz lo que te ordenan, ¿vale?

Noria lo miró con el ceño fruncido y fue a lanzarle el mando de vuelta, pero luego se lo pensó dos veces. Se levantó y repasó la colección de CD que tenía Finlay en la estantería junto a la tele. Justo al lado había fotografías del equipo de *rugby* en las que salían todos apelotonados en el campo con el uniforme. También había una de Muddy y él en la que ambos salían con la camiseta de fútbol frente a una verja: Finlay llevaba gafas de sol y estaba detrás de Muddy, abrazándolo, y Muddy alzaba el puño hacia el cielo a modo triunfal.

Noria escogió un CD de grandes éxitos de Blur y lo sostuvo en el aire.

—Finn, ¿este es de Mud?

Finlay la miró y se encogió de hombros.

—No sé, puede.

Luego Noria fue hacia el reproductor de música y abrió las puertas de cristal tras las que estaba, expulsó la disquetera, donde encontró un disco de Quiet Riot, y lo cambió por el de Blur.

Cuando Muddy llegó estaba sonando *Country House*. Llevaba puesta una sudadera con capucha por encima del uniforme de socorrista y, cuando se la quitó, enseñó la barriga, y Finlay le pegó un silbido sexi. Muddy soltó una risilla, se plantó en el salón, nos saludó a todos y luego chasqueó los dedos en dirección a mí.

—Aquí está mi estrella del *rugby* —me dijo—. ¿Cómo te ha ido con Finners? ¿Qué habéis hecho? Finn, ¿me has hecho caso y le has preguntado cómo le ha ido el día?

Finlay estaba apoyado en la isla y llevaba un servilleta sobre el hombro.

—Claro, hombre —contestó—. He hecho todo lo que me has pedido.

Alcé la mirada hacia Muddy y le sonreí.

—Sí, me ha preguntado cómo estaba y me ha dejado explayarme durante siglos. Luego hemos ido a cenar y no ha soltado ni un solo comentario de mierda; ni siquiera se ha metido con mi estatura. Aquí tu amigo se ha portado como un auténtico caballero.

—¿Ves? Te lo dije —contestó Finlay, guiñándome un ojo—. Puede que ahora incluso me prefiera antes que a ti, Mud. —Muddy me puso cara de «te dije que era un buen tipo»—. Oye, Harles —me llamó Finlay entonces, haciéndome un gesto con la cabeza para que fuera a la cocina.

Muddy ocupó mi sitio entre Chelsea y Noria, y me dio un apretoncito en el hombro cuando me levanté. Cuando se sentó, les pasó los brazos por los hombros y cruzó las piernas sobre la mesita auxiliar. Chelsea y Noria apoyaron la cabeza en sus hombros.

—¿Por qué estás tan sudado? —le preguntó Chelsea.

—He ido corriendo al kebab antes de que cerraran, pero no he llegado a tiempo. —Echó la cabeza hacia atrás—. Finners, dame algo de comer, venga.

Tras un instante, se dio cuenta de qué estaba sonando y miró hacia un lado y otro del salón.

—¿Quién ha puesto esta mierda? —preguntó— ¿A santo de qué, Finn?

—Ha sido cosa de Nor.

Noria apartó la cabeza del hombro de Muddy y lo fulminó con la mirada.

Finlay decidió preparar unos espaguetis a la putanesca. Yo estaba en uno de los extremos de la cocina, cortando las anchoas tal y como me había enseñado; había insistido en que quedaran muy finas. Él estaba cortando ajo y cebolla. Luego sacó un cuenco lleno de alcaparras,

escogió una y la examinó con detenimiento.

—Dime, ¿te gustan las alcaparras? —me preguntó. Estaban arrugadas y eran oscuras, así que le puse cara de asco—. Ya, la verdad es que parecen un poco pochas. Pasando.

Le pregunté si siempre le había gustado cocinar, y me contó que a su hermano, Wallace, que vivía en Edimburgo con su madre y su esposa, siempre le había gustado y que, de pequeño, le pedía que le echara una mano.

—Siempre he pensado que podría haber llegado a ser chef —me dijo.

—¿Y a qué se dedica?

—A saber —respondió cortante—. Es un vago de mierda. ¿Sabes cómo cortar el perejil? —Negué con la cabeza, y Finlay se acercó a mí —. A ver, no empieces a imaginarte cosas. Solo voy a enseñarte a cortarlo. —Pero entonces se calló y, con tono burlón, añadió—: Ay, claro, se me había olvidado que, por lo visto, no te resulto atractivo.

—Lo de «por lo visto» lo has dicho tú.

—Sigo pensando que es una gilipollez. O sea, mírame bien — replicó—. Pero bueno… —Me pidió que limpiara el cuchillo y que formara un montoncito con el perejil—. Sujeta el cuchillo así —me dijo, colocando la mano sobre la mía—. Con una mano. La punta sobre la tabla de cortar. La otra mano encima, y dale.

Me observó mientras terminaba de cortarlo y me sonrió. Empecé a cortar más despacio.

—Finlay…

—Dime.

—Conozco a Paul —le dije.

—Ya —dijo riéndose, mientras empezaba a cortar los tomates—. Yo también. Viene bastante por el Shakermaker.

—No —insistí—. O sea, que no solo lo conozco de vista. Eso era lo que Muddy no quería que supieras.

Entonces empecé a contarle todo lo de Paul. Profundicé en los detalles más de lo que había previsto, y vi que Finlay ponía cara rara en algunas partes y que en otras abría muchísimo los ojos. Cuando acabé, pensé que me preguntaría por qué me había metido en algo así; o por qué había decidido contárselo en ese instante; o, peor aún, que haría como si no hubiera dicho ni «mu». En cambio, se lavó las manos, se las secó con la servilleta que llevaba al hombro, y me dijo:

—Por eso no quisiste denunciarlo, ¿verdad? Pero, no estarás enamorado de él ni nada por el estilo, ¿no?

Negué con la cabeza y nos quedamos en silencio durante un instante.

—¿Se refería a eso Mud con lo de la racha de mierda?

Asentí.

—Bueno, pues espero que estés mejor; y lo mismo te digo con lo de la muñeca.

—Gracias. No se lo cuentes a nadie, porfa.

Asintió.

—Tranquilo.

En la mesa me senté entre Muddy y Finlay, frente a Noria y Chelsea. Todos comían menos Finlay y yo; él bebía cerveza y le estaba contando algo sobre un partido de fútbol a Muddy. Cuando Noria terminó, Finlay le preguntó cómo le iba lo de encontrar otro curro.

—¿Sabéis qué? —contestó Noria—. Creo que estoy a un «no» más de rendirme y dedicarme a hacer la calle. Lo digo en serio, estoy agotada.

—Siempre dices lo mismo —dijo Chelsea riéndose.

—Pero ¿qué le pasa al sitio en el que estás ahora? —le preguntó Finlay.

Y Noria le contó todo el rollo de Jennifer.

—Te juro que todos los días se pone pasivo-agresiva conmigo por cualquier cosa que hago; literalmente. Todo el día: «¿Por qué parece que estás siempre enfadada?». Y, la verdad, me cuesta la vida no ponerme en plan: «¿Por qué no me dices algo que me alegre para variar un poco, joder?». No me deja en paz, y a la gente se la suda. Se creen que estoy montando un drama cada vez que menciono algo.

—Pues ponte a trabajar en el Regal mientras tanto —le sugirió Chelsea—. Si me dijeras que sí ahora, mañana mismo tendrías curro.

—También puedes ser mi asistente de fontanería —propuso Finlay —. Ya sabes, para buscarme los materiales y tal.

—O puedes hacer la formación y meterte conmigo en el equipo de socorristas —le dijo Muddy—. Está tirado.

—O también puedes dedicarte profesionalmente a la peluquería, ¿no? —sugerí yo—. En vez de irte directa a hacer la calle.

Noria nos miró a todos con la expresión imperturbable y, luego, se dirigió a Chelsea.

—Bueno, cielo, necesito unos tacones de aguja, unas extensiones nuevas y píldoras anticonceptivas. No sé qué buscan los *sugar daddies* de hoy en día, pero creo que puedo empezar por lo básico.

—Mira, Nor —le dijo Muddy, alzando la cerveza a modo de brindis —, no tengo ni idea de lo que estás hablando, pero brindo por todo eso de hacer la calle. Espero que te vaya muy bien, cielo.

—Baja esa puta cerveza, hombre —le dijo Finlay—. No lo dice en serio.

Noria se rio y luego animó a Chelsea para que nos contara que

Eddie al fin la había nombrado subgerente. Muddy alzó la mano para que le chocara los cinco; Finlay se estiró por encima de la mesa, imagino que para despeinarla con cariño, pero Noria le pegó en el dorso de la mano con el tenedor.

—Bueno —dijo Chelsea entonces—, y la otra noticia es que no hay puestos libres en la filial de Dartford, así que voy a tener que quedarme en el centro de Londres.

—¿Vas a volver a casa de tus padres? —le preguntó Muddy.

—Sí —contestó—, pero no os preocupéis, hablaré con mi padre para ver si puede dejar el alquiler como está.

—¡Chinchín! —exclamó Muddy.

—Oye, Finn, ¿no dijiste que la llevarías a Londres todos los días? —preguntó Noria.

—Sí —contestó él—, pero me dijo que no era realista.

—Es que no lo es —dijo Chelsea—. Los dos tenemos un horario de locos. Además, es un trayecto de una hora, y eso sin contar con los atascos. No merece la pena. —Luego se dirigió hacia Muddy—: No quiero llevarme casi nada a casa de mis padres, Mud, así que, como veo que te has aficionado a mis pintaúñas, puedes quedártelos todos.

—¿En serio, Chels?

—Pues claro —contestó—. Así tengo excusa para irme de tiendas con Nor. Y como te has cargado casi todos los pinceles…

—Lo siento, cielo —se disculpó Muddy—, pero, venga, otro brindis.

—Venga ya —le dijo Finlay a Muddy entonces—. ¿Qué coño te ha dado con pintarte las uñas?

—¿Cómo? —preguntó Muddy.

—¡Si pareces un mariconazo!

La mesa entera guardó silencio.

—Ya —contestó Muddy con brusquedad—. ¡Venga, chinchín!

Chelsea y Noria fulminaron con la mirada a Finlay.

—Oye —se defendió entonces—, que no iba a malas. Iba en plan… —Se giró hacia mí—. Venga, Harles, échame un cable. Diles que no iba a malas.

—Para mí son más malabares, Finlay —le contesté, encogiéndome de hombros.

—Espera un momento —me dijo Muddy—. ¿A qué te refieres con eso?

—Es algo que hago cada vez que Finlay dice o hace alguna estupidez.

—¿Y desde cuándo lo haces?

—Se piensa que soy homófobo —comentó Finlay riéndose, aun cuando el ambiente seguía bastante tenso—, cuando es evidente que no es verdad porque…

—Ya está bien, Finn —le dijo Noria entonces—. Por favor, tranquilízate, ¿vale? Cierra el pico.

—No, si no pasa nada —respondió Muddy, haciendo un gesto con la mano como para restarle importancia—. Sé lo que quería decir en realidad. No pasa nada, hombre —le dijo.

—Bueno, pero te vas a cabrear en un minuto, ¿no? —insistió Finlay.

—Venga, hombre, no me seas capullo —le contestó Muddy—. Te he dicho que no pasa nada, ¿no? Pues ya está. Pasemos a otro tema.

Pero la cosa no quedó ahí, y Finlay volvió a disculparse varias veces con frases incómodas que no iban a ninguna parte. Cuando Muddy se terminó el plato, me dio una palmadita en la espalda y me dijo:

—Venga, vámonos.

—Creía que ibais a pasar la noche aquí —le dijo Finlay—. Me dijiste que preparara el cuarto de invitados. He sacado las sábanas de repuesto y todo, hombre.

—Cambio de planes —contestó Muddy—. Nos vamos a casa.

Le preguntó a Noria si se venía con nosotros, pero le dijo que Finlay la llevaría luego a casa. Muddy volvió a darle las gracias a Chelsea por los pintaúñas y salió de allí. Yo fui tras él.

Durante el trayecto de vuelta a Dartford, le pregunté si se había cabreado, tal y como había predicho Finlay. Soltó una carcajada y asintió.

—Solo un poquito —reconoció.

—Creo que nadie se ha dado cuenta.

—Soy un maestro del engaño —me dijo—. Puedo engañar a cualquiera. —Luego me miró—. Qué va, hombre. Iba en broma. A Finlay se le veía que se sentía superculpable. Lo llamaré mañana para decirle que lo perdono.

Me sonrió al decir aquello, pero detecté un brillo de decepción en su mirada. Me dio la impresión de que había estado sacrificando algo a cambio de una amistad que era prácticamente intolerante al cambio, lo cual también me decepcionó a mí.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La primera vez que volví a casa de mi padre tras haberme marchado lo hice con Chelsea. Fuimos una semana después de que me encontrara en la puerta del Regal, cuando me había pasado la noche deambulando por Dartford. A partir de aquel día me dejó quedarme en su piso y me preparó una cama en el que más adelante sería el dormitorio de Muddy. Aquella primera noche, nos sentamos en la cocina e intenté explicarle lo que había ocurrido: lo de Darren el escocés, el abrazo y la espantosa discusión con mi padre que lo había seguido.

Chelsea se horrorizó mucho más que yo. A mí la situación me había parecido, en cierto modo, inevitable, de manera que el impacto había sido más leve. A veces la vida te arrojaba cosas que, sencillamente, no podían cambiarse. Chelsea respondió con frases tontas pero cargadas de buenas intenciones: que no podía creerse que me hubiera echado de casa, que mi padre debía aceptarme tal y como era, que por qué no me enfrentaba a él para que entrara en razón, que al final cambiaría de parecer. Durante un instante consideré explicarle lo compleja que era la relación entre los negros, la Iglesia y la homosexualidad, pero decidí que no merecía la pena.

—Pues bueno —me dijo entonces—, tienes que plantarte allí y decirle que eres marica y que tiene que aceptarlo. O algo por el estilo. El mundo ha cambiado, ¿no?

No ha cambiado tanto, pensé, y entonces le dije que las cosas no funcionaban así, a lo que ella me preguntó que por qué no.

—A ver, para empezar —le dije—, mi padre jamás me ha puesto la mano encima, pero como le diga que soy marica y que tiene que aceptarlo me estrangula fijo.

—¿Qué? —dijo ella riéndose.

—Sí, sí —le contesté, riéndome también—. Como si me pusiera en el garrote vil. Me estoy riendo, pero te lo digo en serio. Recaudaría dinero a través de la parroquia a la que va y me mandaría a África, aunque jamás haya puesto un pie allí.

—Pero ¿por qué, cielo? —me preguntó—. ¿Qué pasa en África?

—Pues, en general, casi de todo, Chelsea —le respondí—. Pero me mandaría allí para que rezaran por mí, para que me asesinaran, o para que me lo quitaran todo y me lanzaran a la selva para que me comieran los lobos o algo por el estilo. Es como una lotería de torturas. Nunca sabes qué te puede tocar.

—Pero ya debía de imaginárselo, ¿no? —protestó ella—. A ver, cielo, no hace falta ser neurocirujano para darse cuenta. —Le di las gracias con sarcasmo y le conté que había salido del armario tres

veces con mi padre y que él se había obligado a no escucharme—. ¿Tres? —exclamó—. Pero ¿cómo es posible, joder?

—A ver, hay gente que tiene fe —le contesté—, y luego está mi padre, que no sé lo que tiene, pero siempre quiere creer que su forma de ver el mundo es la correcta, y lo quiere creer con tantas ganas, que está dispuesto a engañarse a sí mismo. Supongo que cuando vio a Darren dándome un abrazo ya no pudo seguir así.

—¿En serio? —me preguntó Chelsea—. Pero si Darren el escocés abraza a todo el mundo. Le encanta dar abrazos. —Asentí, indicándole que ya lo sabía—. Bueno, pero ¿cómo fue ese abrazo? ¿Te olisqueó el cuello o te agarró el culo?

—No, creo que no.

—Pues, ¿qué le pasa a tu padre?

—No es por cómo me abrazó —le dije—. Es porque me abrazó. Punto.

Chelsea y yo mantuvimos varias conversaciones por el estilo a lo largo de la semana porque ella se empeñaba en encontrarle la lógica a la situación. Al final, un día, justo cuando me iba a trabajar, mi padre me llamó por teléfono. La conversación no duró más que unos diez segundos y me pidió que me pasara por su casa aquella misma tarde. Chelsea no dejaba de decir que debía de habérsele pasado, pero yo conocía muy bien a mi padre y me costaba creer que fuéramos a reconciliarnos después de lo abatidísimo que había sonado durante la llamada. Le pedí a Chelsea que me acompañara.

Cuando salimos del trabajo, tomamos el noventa y seis en Crayford. Chelsea derrochaba optimismo durante todo el viaje, y no dejaba de preguntarme por qué iba a llamarme mi padre si no tuviera intención de hacer las paces. «Es tu padre —me repetía una y otra vez —, no tienes de qué preocuparte, cielo». Y yo no dejaba de repetirle lo distante que había sonado durante la llamada y que ni siquiera me había preguntado dónde había pasado la última semana.

Llamamos varias veces a su puerta, pero no abrió. Chelsea dio una manotazo contra la madera y gritó: «¡Señor Sekyere!, ¡señor Sekyere!». Luego me preguntó a qué hora habíamos quedado, y le contesté que solo me había pedido que fuera por la tarde. Durante un instante pensé que quizá le hubiera ocurrido algo, que de repente se hubiera puesto enfermo y que no pudiera abrir la puerta por ello. Pero mi padre no caía enfermo nunca, ya fuera por suerte, por genética o porque se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para rezar oraciones ininteligibles a grito pelado. Aquella idea se desvaneció de mi mente cuando Chelsea me señaló los cubos de basura y vi que estaban a rebosar. Chelsea se acercó a ellos, me dijo que olía un poco como a humo, y levantó la tapa, que ya estaba ligeramente alzada de toda la basura que había dentro.

Y era basura, o al menos lo era para mi padre; pero también eran todas mis cosas. Jamás había tenido demasiadas pertenencias, pero, por lo visto, tenía las suficientes como para llenar uno de esos cubos de basura con dos ruedas. Había unos cinco o seis libros carbonizados, atrapados entre discos rotos, las fundas de plástico, los libritos correspondientes y fragmentos de prendas de ropa. También había fotos, o bueno, lo que antaño habían sido fotos, ennegrecidas y arrugadas, salvo por la esquina de una, donde era como si el fuego hubiera desarrollado conciencia y hubiera mostrado algo de empatía. Era un fragmento en el que se veía un pedazo de césped, mi pierna de cuando tenía un año, y también la pierna de mi padre. Cerré los ojos durante un instante y la imagen resurgió nítida en mi mente. Estaba tan contento en esa foto. Nos la habían tomado durante un precioso día de verano a principios de los ochenta. Estábamos en nuestro jardín, y mi padre me estaba sujetando, pero no recuerdo quién nos hizo la foto. En ella salía agarrando una botella que contenía un poquito de leche. Era una foto caótica; no creo que mi padre fuera capaz de mantenerme quieto porque no dejaba de sacudir la botella como un loco de lo contento que estaba, mostrando las encías y los ojos bien abiertos y cargados de ilusión. La vida me quería durante aquella época, me quería muchísimo. Juro que me dieron ganas de cerrar los ojos para siempre.

—Mira —me dijo Chelsea entonces, de pie junto al mirador de la ventana—. Ahí está.

Miramos a través de las cortinas. Mi padre estaba sentado a la mesa del comedor, de espaldas a la ventana, como una estatua, leyendo el periódico. Quizá, después de que hubiéramos llamado a la puerta, había ido corriendo hasta allí desde dondequiera que estuviera para que lo viéramos. No nos quedamos mucho más después de aquello. Miré a Chelsea, derrotado pero extraña y brevemente contento de que ambos evaluáramos la situación y llegáramos a la misma conclusión. Chelsea se quedó mirándome en silencio. Sentí que algo cambiaba; algo instantáneo, algo físico.

Desde aquel instante, la ansiedad que había alterado mi percepción del mundo pareció crecer; de alguna manera, el simple hecho de existir ya no tenía mucho sentido. En cierto modo, aquellos aún fueron buenos tiempos. En aquella época aún no tenía pensamientos suicidas, solo sentía que tenía que esforzarme más que los demás para ser una persona que mereciera deseo y amor; una persona que mereciera pedir las cosas y que se las entregaran; una persona que mereciera que otra persona se preocupara por ella, que mereciera seguir viviendo. Mi vida había sido dura, sí, pero por aquel entonces jamás se me había antojado insoportable.

Durante la última semana que pasó Chelsea en Kent, fuimos a un pub distinto en Northfleet que se llamaba Ye Olde Leather Bottle. Era un edificio encantador de color amarillo pálido con una construcción de estilo tudor en lo alto y ubicado en una calle tranquila. Se trataba de un local cálido y tenuemente iluminado. Nos sentamos cerca de una mesa de billar. Ella se estaba bebiendo un mojito de fruta de la pasión y yo una lata de Coca-Cola. Noria se había pasado por la mañana por el piso para quitarme las trenzas, así que estaba todo el rato pasándome los dedos por el pelo a lo afro. Chelsea hablaba todo el tiempo de Finlay y del lugar extraño y transitorio en el que se encontraba su relación. Ella solo quería acostarse con él, y él quería que el sexo condujera a un proyecto de futuro. Sin embargo, como el sexo era algo en lo que ambos estaban de acuerdo, Chelsea había decidido pasar completamente de lo que le decía Finlay.

—Dice que va a acabar convenciéndome a base de insistir —me explicó—. No deja de hablar de tener niños y de casarnos, y se pone tan mono que no quiero ser mala. Así que, por ahora, asiento y sonrío.

Me quedé mirándola, pensativo.

—Es increíble, ¿no? —le dije—. Finn está buenísimo. Por lo visto, es bueno en la cama, quiere formar una familia, está loquito por ti y se esfuerza por no comportarse como un imbécil. ¿Y tú no sientes nada?

—¿Te parece raro?

—No —contesté—, pero es interesante. La vida te ha dado algo que creía que te haría feliz, pero puede que se haya equivocado.

—Bueno —me dijo, riéndose—, yo no iba por ahí pidiéndole un Finn a la vida. Yo lo que quería era un puesto fijo como subgerente y que me pagaran más. Así que creo que la vida me conoce bastante bien.

—Entonces, ¿crees que la vida te está poniendo a Finn en el camino para que tengas la opción de tener un futuro con él?

—Puede —me contestó, encogiéndose de hombros—. Bueno… ¿qué rollo os lleváis Muddy y tú? Últimamente está rarísimo. O sea, más de lo normal. ¿Sabes que nos ha pedido a todos que seamos majos contigo? Y yo le dije que me parecía un poco fuerte que me pidiera algo así teniendo en cuenta que él te había mandado al puto hospital.

Bajé la vista y sonreí. Me alegraba que al fin pareciera haberse tragado la historia que le habíamos contado.

No me consideraba rencoroso, pero, cada vez que me planteaba mostrarle a Chelsea un fragmento nuevo de mi tristeza, recordaba una temporada en el Regal durante la que ambos estuvimos trabajando en la taquilla. El proyector de una de las salas dejó de funcionar, y Eddie me pidió que fuera a la sala en cuestión para explicarles la situación a

las sesenta y pico personas que había allí. Hice un comentario aparentemente frívolo sobre que me daba miedo y que tenía ansiedad, y Chelsea me preguntó si no me parecía que «todo ese rollo de la ansiedad» era un poco egoísta; luego añadió que le parecía que la gente que siempre se quejaba de que todo el mundo los miraba —cuando casi nunca era ese el caso— le parecía interesada.

Estaba seguro de que una conversación sincera le habría hecho cambiar de parecer, pero sus comentarios ya me habían calado hondo. A veces me molestaban hasta cuando intentaba mostrarse amable conmigo, como cuando me había dejado pagar un alquiler irrisorio durante varios meses, o cuando había parecido absolutamente preocupada por saber qué «problema» tenía.

Cuando salimos del Ye Olde Leather Bottle, Chelsea seguía sin tener ni idea de todo lo que me pasaba. Me alegré de no haber profanado su vida contándole lo del intento de suicidio. Sin embargo, de camino a la parada del bus, pensé en lo agradecido que estaba de que alguien lo supiera todo, de que, por cada relación que había infectado a base de mentiras, al menos hubiera una que estuviera al tanto de mi verdad. Durante el trayecto reflexioné en silencio sobre cómo podían estar afectándole a Muddy los distintos fragmentos de mi tristeza, si había sido egoísta o cruel con él, teniendo en cuenta lo que le pasaba a la gente que se relacionaba demasiado conmigo. ¿Podía el entusiasmo de Muddy a la hora de considerarme una persona que merecía vivir y que tenía derecho a ser feliz ser más fuerte que todo lo demás? Muddy reforzaba todo aquello que había ansiado con desesperación durante los años de mayor soledad, y entonces supe que había hecho bien en ansiar todo aquello. Sentía una satisfacción especial al saber que no me había decepcionado ese deseo de compañía, de encontrar a alguien que se preocupara por mí y que no solo me acompañara en mis desgracias, sino que su mera presencia fuera un catalizador de momentos de felicidad pura.

Cuando nos bajamos del autobús, Chelsea se me enganchó del brazo y me preguntó si me había pensado lo de las prácticas o si me había puesto de parte de Noria e iba a volver a la uni.

—Pero, oye, no pasa nada —me dijo Chelsea, con la cabeza apoyada en mi hombro, riéndose—. Todos queremos lo mejor para ti.

Estaba entusiasmado por que se hubiera abierto ante mí un camino hacia un trabajo en la industria musical, pero también sabía que iba a llevarme un chasco. No podía trabajar de relaciones públicas… Pero, al mismo tiempo, siempre había pensado que escribir era una actividad solitaria y pacífica que no requería más que mis pensamientos y a mí mismo. ¿Y si en realidad la seguridad que a menudo había sentido al escribir era un reflejo del miedo que tenía a hacer cualquier otra cosa en compañía? Puede que aquel fuera el

primer obstáculo que debía superar: seguir los consejos del psiquiatra, honrar lo que le había dicho a Muddy e ir a ver a alguien. Quizá pudiera vivir así: salvando los obstáculos de uno en uno y, con cada uno de mis éxitos, apreciar el regalo que era poder seguir respirando con el apoyo de unos amigos que me querían de forma incondicional.

—¿Sabes? —me dijo Chelsea cuando pasamos junto a Central Park —. A pesar de lo que te hizo en la muñeca, me gusta mucho que Muddy y tú seáis tan amigos.

—¿Por qué? —le pregunté, sonriendo.

—Me parece muy cuco. Además, cuando vivíamos solos en el piso, siempre era un tipo solitario.

—¿Solitario?

—A ver, estaba de sujetavelas con Finn y conmigo, pero, aparte de eso, siempre estaba solo en el bosque, observando aves. O con su amigo Ian, aunque creo que no le cae muy bien. Antes también solía ir mucho a Mánchester para ver a su familia. No sé qué rollo os lleváis, pero parece que contigo está en buenas manos. —Yo sonreía con la cabeza gacha—. Dime, ¿te gusta?

Guardé silencio durante un instante.

—Si me estás preguntando que si creo que es guapo —le dije—, pues claro que sí. Es guapo.

—No —me dijo Chelsea riéndose—. Te he preguntado lo que te he preguntado. —Me miró fijamente—. Mira qué cara me llevas. Te gusta un montón, ¿verdad? ¡Estás enamorado!

—¡No estoy enamorado…!

—Bueno, pues díselo a tu cara, guapo —me contestó—. Los ojos te delatan.

Los cerré.

—Además, daría igual que lo estuviera —le dije—. No quiero ser el típico gay que se enamora de un hetero con el que no puede estar.

A veces, al pensar en mi amistad con Muddy, me desquiciaba. Me preguntaba si solo había florecido porque me había salvado la vida no una sino dos veces; si lo que para mí era cariño y amor quizá solo era amabilidad.

—No sé si es gay —me dijo Chelsea—, pero es evidente que ahí pasa algo.

—¿Lo dices porque no quiso follar contigo?

—Zorra.

—Mira, me hace feliz —le dije—. Y me parecería bien que la cosa se quedara ahí, que fuera alguien con quien soy feliz.

—Vamos, que me estás diciendo que te gusta.

Suspiré, me encogí de hombros y le dije:

—Sí, Chelsea. Supongo que sí.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Al día siguiente, después de que acabara mi turno, Finlay me llevó en coche hasta el polideportivo de Maidstone para que pudiera ver a Muddy. En la radio sonaba *Crazy Chick*, de Charlotte Church. Le comenté que parecía una canción con la que Muddy se pondría a bailar, así que cambió la emisora, pero yo volví a ponerla y le pregunté qué le pasaba. Mientras aparcaba, empezó a quejarse de que Muddy llevaba tres días sin hablarle, con la excepción de cuando le había pedido que me recogiera del curro.

—Tienes que decirle que deje correr el tema —me dijo.

—Ya te dijo que no pasaba nada.

—Pues es obvio que era mentira.

—Bueno, ¿y por qué lo llamaste «mariconazo»? —le solté—. Te pusiste bastante agresivo. ¿Qué te pasa?

—No sé —me contestó, encogiéndose de hombros—. Me salió y ya.

—Me parece que tienes una obsesión un poco rara —le dije—. Pero a mí jamás me faltas el respeto de ese modo, y con él no paras. Además, ni siquiera sabes si es gay. ¿Por qué no lo dejas ser como quiera ser, Finn?

—No lo sé, joder —me respondió—. A lo mejor lo hago por eso, porque quiero saber qué es lo que está pasando. No sé por qué estamos todos haciendo como si nada cuando no es el caso. Estamos hablando de alguien que se comía los cereales directamente en una jarra de medir, la misma jarra que no había limpiado tras prepararse un curry la noche anterior. Estamos hablando de alguien que me obligó a pasarle uno de mis calcetines en un baño público para limpiarse el culo. Y ahora va y empieza a ponerse cremas en la cara, pintaúñas, y a escuchar canciones sobre pollas. Y, en realidad, ¿sabes qué…?

—Esto… Finn —le dije, dándole un golpecito en el brazo.

—¿Qué?

Muddy estaba junto a la ventanilla abierta de Finlay, con su camiseta amarilla y los pantalones rojos cortos.

—Mira, en realidad —dijo Muddy, agarrándose al cristal—, el calcetín era mío. Te los había prestado, ¿te acuerdas? Además, no fue culpa mía que no hubiera papel. Y no puedes ir por ahí con el culo cagado, ¿no? —Me guiñó un ojo y me hizo un gesto para que saliera del coche. Mientras lo hacía, chasqueó los dedos y señaló el panel del coche—. Menudo temazo.

Finlay me miró y puso una mueca. Yo solté un suspiro y me giré hacia Muddy.

—Finn me ha dicho que te diga que dejes…

—Eh, no —me interrumpió Finlay—, en realidad, lo que he dicho es que…

—Me da igual lo que hayas dicho —respondió Muddy, alzando la mano—. Ya te dije que no pasa nada. Pasa del tema de una vez, joder.

Esa misma mañana, antes de irse al trabajo, Muddy se había sentado a mi lado mientras yo llamaba a mi médico de cabecera para pedir cita. Cuando colgué, se puso a cantar *Ocean Drive*, de Lighthouse Family, y a balancearme de un lado a otro mientras yo intentaba apartarlo de mí en broma.

Cuando llegamos al vestuario, Muddy se sentó en el banco mientras yo me ponía el bañador. Le pregunté si estaba bien y me dijo, riéndose:

—Joder, qué pesados sois, ¿eh? Ya te he dicho que estoy bien. ¿Se me nota algo en la cara y no me estoy pispando?

—No —le dije—. Solo quería asegurarme. No volveré a preguntártelo, te lo juro.

—Buen chico —me contestó—. Ya te lo he dicho, ¿no? Soy duro como una roca. Un par de comentarios no me hacen nada. —Le sonreí —. Además —prosiguió—, ¿cómo te sentirías tú si me afectara que Finlay me llamara «mariconazo»? Como si fuera algo malo, ¿sabes?

Se me ensanchó la sonrisa.

—Qué mono.

—Mira, que te den —me contestó—. ¿Mono? Soy un tipo durísimo.

—Dijo con las uñas monísimas, pintadas de negro.

—Son muy monas, ¿no? —me dijo, alzando las manos para enseñármelas—. Venga, vamos.

Muddy volvía a ser el único socorrista que trabajaba ese día, y estaba preparándolo todo para cerrar. Me senté en el borde de la piscina y di patadas en el agua. Muddy iba de un lado a otro con las zapatillas blancas y cara de pocos amigos. Había un chico con gorro y gafas de natación haciendo largos que pasaba de Muddy y se sumergía bajo la superficie cada vez que Muddy le decía que saliera del agua. Muddy se puso el silbato entre los dientes, se agachó junto a la piscina y pitó hasta que el chico salió de allí. No le quitó los ojos de encima hasta que estuvo bien lejos, en el pasillo.

Cuando Muddy terminó con todas las tareas, se puso de cuclillas a mi lado y me apoyó una mano en la espalda; con la otra se apartó el pelo de la cara. Se quitó las zapatillas y los calcetines, se subió los pantalones hasta los muslos y se sentó a mi lado en el borde de la piscina. Luego me pasó un brazo por encima, me acercó a él y se puso a acariciarme el brazo con las yemas de los dedos.

—Ay —suspiró—. Menudo día, ¿eh?

—¿Has estado muy liado?

—Qué va —dijo riéndose—. He pasado de todo.

Nos quedamos callados durante un rato. El contraste entre la luz intensa del interior, la negrura del exterior y la superficie arrugada y resplandeciente del agua tenía algo que me hacía sentir ligero y de maravilla. Muddy comenzó a tararear *High*, de Lighthouse Family y sentí que me sonreía, y también sentí su aliento calentándome el cuello. Entonces me di cuenta de que una de las características distintivas del afecto que sentía por él era que siempre tenía ganas de hablarle, hasta cuando no tenía nada que decirle.

Le pregunté cómo era que había acabado en Kent, tan lejos de Mánchester, y él me contestó que, a los diecisiete, su abuelo —que también se llamaba Harry Barlow— se había puesto enfermo, de modo que su abuela lo había mandado a vivir con su tía en Canterbury. Por aquel entonces, su tía era vecina de Finlay y de su madre.

—Oye —le dije entonces—, ¿los del equipo de *rugby* te han dicho algo por lo de las uñas?

—Espero que no hayas estado preocupado por mí —me dijo riéndose—. Sí, pero supongo que me molestaría más si no estuviera tan sexi, joder. —Me acercó aún más a él—. Sé que me dijiste que no te apetecía, pero creo que deberíamos hacer lo que le dijimos a Chels que estábamos haciendo. Así dejaría de ser una mentirijilla.

—¿Cómo? —le pregunté—. ¿Quieres hacerme daño en un campo de *rugby*?

—Joder, Harles, no —me dijo con una risita—. Me refería a salir al aire libre y lanzarnos el balón. Podría enseñarte un par de cosas.

Los días que teníamos Educación Física en secundaria siempre iba a clase con una excusa preparada para no participar; al final resultó megaevidente que lo único que quería era no hacer deporte, y a los profesores les dio igual. De modo que, durante aquella hora, me sentaba en el campo y me dedicaba a arrancar la hierba mientras veía correr a mis compañeros de un lado a otro mientras practicaban el deporte en cuestión que tocara aquel día.

—Lo siento —le dije—, pero me niego a acercarme a tu equipo de *rugby*.

—Venga, hombre —me contestó—. En serio, no están tan mal. La verdad es que son majos cuando no están borrachos como cubas. —Apreté los labios y me quedé mirándolo—. Vale, ¿qué te parece esto? Una tarde te llevo al campo, y luego, tú y yo solos, echamos un partidito rápido. Así es más tiempo durante el día que no pasas solo. Yo me quedaría más tranquilo.

—Pero ¿les va a parecer bien que vaya allí? —suspiré.

—¿A qué te refieres? —me preguntó, poniendo una mueca—.

Estamos hablando de un campo en mitad de Dartford. No hay jurisdicción.

—Ya sabes a lo que me refiero —le dije riéndome.

—Harles, Harles, Harles —canturreó—. Tienes que tratarte mejor. Puedes ir a donde quieras. —Me dio un empujoncito y se rio—. Y también tienes que dejar de engañarte a ti mismo.

—¿Cómo?

—Te encanta estar rodeado de chicos cachas. Bueno, supongo que el que está cachas es Finlay, yo tengo más carne que otra cosa.

—El otro día me dijo algo gracioso, ¿sabes?

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que se acostaría contigo si no fuera, y cito textualmente, «el rey de los coñetes».

—Que se vaya a la mierda —respondió Muddy riéndose—. Se cree que le va a resultar muy fácil, ¿no? Siempre ha sido un cabrón y un agarrado.

—A ver, me invitó a cenar —le dije—. Supongo que ya no es tan tacaño.

—Ahí tienes razón. Supongo que puedo sacarle un par de cenas antes de que le deje meterme la puntita. —Solté un quejido—. Venga ya, hombre. Pero si te encanta.

Me pasé el trayecto de vuelta a casa observándolo. Los haces de luz naranja de las farolas se reflejaban en sus ojos y convertían el marrón en estanques de miel.

—¿Muddy?

—Dime.

—Lo que has hecho todo este tiempo para asegurarte de que no me quedase solo y… —se me escapó la risa— el hecho de que te lo hayas tomado tan al pie de la letra. Yo… esto… gracias.

Me apoyó la mano en el muslo y me dio un apretón.

—No tienes que dármelas. No me cuesta nada ser un buen amigo. —Se quedó mirándome durante un instante—. Dime, ¿cómo te sientes respecto a la cita de mañana?

Solté un largo suspiro.

—Supongo que bien.

—Venga, no te quedes ahí, Harles —insistió—. ¿Quieres que me ponga a cantar otra vez *Ocean Drive*?

Reí y negué con la cabeza. Cuando empezó a cantar, le cubrí la boca con la mano y le dije, contentísimo, que tenía ganas de ir a la cita. Muddy me chupó la mano y la aparté. Me la estaba limpiando en los pantalones cuando me dijo:

—No puedes impedir que cante. Es imposible.

La mañana en que tenía la cita con el médico de cabecera me fui a ver aves con Muddy a Maidstone. Nos sentamos bajo unos árboles en Mote Park; yo estaba con las piernas cruzadas, observando la gran extensión inclinada de hierba y el inmenso lago marrón sobre el que se deslizaba sin prisa una bandada de gansos; Muddy tenía la espalda apoyada en el tronco, estaba con la libreta entre las piernas, y se dedicaba a grabar a los gansos para enseñárselos a su abuelo. De vez en cuando giraba la cámara hacia él para hablar.

Cuando la guardó, se sacó un sándwich de jamón que había vuelto a aplastar con el pañuelo. Yo me había tumbado bocabajo, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos; Muddy me miró desde arriba y me sonrió. Me ofreció la mitad del sándwich, pero le dije que estaba demasiado nervioso como para comer.

—Ay, hombre —me dijo con la boca llena—. Estoy orgulloso de ti. No creo que sirva de nada que te diga que no te pongas nervioso, pero puedes con todo.

Le sonreí. Jamás se me había pasado por la cabeza que alguien pudiera estar orgulloso de mí por buscar ayuda.

Volvimos al apartamento para matar el rato antes de la cita, y Finlay apareció por allí antes de que nos fuéramos. Cuando abrí la puerta, me lo encontré allí con un polo ceñido, unos vaqueros negros y unas zapatillas blancas.

—Buenas, enano —me dijo con los brazos detrás de la espalda—. ¿Está Mudzie ahí?

—Sí —le contesté—, pero estábamos a punto de salir.

—¿A dónde?

—Por ahí.

Desde el salón, Muddy me preguntó quién había llamado a la puerta y, pasados varios segundos, apareció a mi lado. Me quité de en medio y, con tono alegre, Muddy exclamó:

—¡Finners! ¿Qué pasa, hombre?

Finlay se quedó en silencio durante un instante antes de extender las manos. Se produjo un largo silencio, y entonces Muddy empezó a partirse de risa.

—¿Qué coño has hecho?

—Perdona por llamarte «mariconazo» —se disculpó Finlay.

Se había pintado las uñas de todos los colores chillones posibles y

lo había hecho fatal. Muddy no podía dejar de reírse, inclinado hacia atrás, con una mano sobre la tripa y la otra en la cara.

—Menudas pintas —le dijo—. ¡Ven aquí, hombre! —Se dieron un abrazo—. Ay, Finn, ¿qué te has hecho?

—No sé —contestó Finlay—, si es que no me he pintado las uñas en la vida. No sabía qué color me pegaba, así que lo he mandado todo a la mierda y me los he puesto todos. Chels se va a enfadar muchísimo cuando vea lo que he hecho con sus cosas.

Muddy le agarró la mano a Finlay y la examinó de cerca.

—¿Te las has pintado con los pies o qué?

—Pensaba que no sería tan difícil —se defendió Finlay—. El otro día le pinté la cocina entera a uno, y ahora resulta que no sé pintarme las putas uñas. —Muddy no dejaba de reírse—. No pasa nada, ¿no? —le preguntó Finlay—. Esto se va, ¿no?

A Muddy le dio un ataque de tos por la risa. No podía parar para explicarle que no se iba a ir solo.

—Venga, Harles —me dijo, dándome una palmada en la espalda—, vámonos yendo…

—¿A dónde vais con tanta prisa? —preguntó Finlay.

—Íbamos a salir a dar una vuelta —le contestó Muddy—. Te veo dentro de un rato. A lo mejor me paso luego por tu casa esta tarde para ver un rato el partido.

Finlay se nos quedó mirando.

—Bueno, a mí me vendría bien un día libre —dijo entonces—. No tengo mucho que hacer. ¿A dónde nos llevamos al niño?

—Ya te lo he dicho —insistió Muddy—. Vamos a salir a dar una vuelta, y ya.

—¿Y no me invitáis?

—Pues la verdad es que no —contestó Muddy—. Te veo en un rato. Venga, Harles.

—¿Aún estás de morros? —preguntó Finlay, alzando la voz—. Creía que acabábamos de hacer las paces. ¿Qué te pasa? Pero si hasta me he pintado las uñas por ti. ¿Por qué lo estás alargando tanto?

—Quieres dejar de gritar, joder —lo regañó Muddy mientras cerraba la puerta—. Piensa en los vecinos, rey de las putas hienas.

—¿Por qué no me decís a dónde vais? —preguntó Finn en voz baja.

—Porque no es asunto tuyo.

Finlay me miró con curiosidad. Miré a Muddy y le dije que no pasaba nada.

—Va a acompañarme al médico de cabecera —le dije.

—Ay, señor —le dijo Finlay—. ¿Qué te pasa ahora?

Al final Finlay nos llevó a la consulta de Crayford. No dejaba de preguntarnos por qué íbamos al médico de cabecera, y Muddy se estaba poniendo de los nervios y no dejaba de decirle que no metiera las narices. Yo no dejaba de darle vueltas a por qué Finlay insistía tanto en saberlo.

Cuando nos detuvimos ante un semáforo, Finlay se giró hacia mí y me preguntó:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Que ahora Muddy habla por ti?

—No… —comencé a responderle.

—Déjalo en paz —le dijo Muddy.

La mera idea de contarle la verdad a Finlay me aterraba. Lo que me había hecho a mí mismo existía en el interior de una burbuja, y me ponía malo solo de pensar en exponerlo al exterior, ante gente como Finlay, y quizá más adelante ante Chelsea y Noria. Sin embargo, Finlay se mostraba decidido a molestarnos a Muddy y a mí hasta que se lo contáramos, así que eso fue lo que hice: le conté lo de la navaja y la bañera, le dije que Muddy me había encontrado, que me había llevado al hospital, que me habían mantenido en vigilancia por riesgo de suicidio y que ahora, por lo visto, tenía que ir a terapia. Muddy se quedó calladísimo mientras yo hablaba. Notaba lo enfadado que estaba por que Finlay me hubiera obligado a contárselo. Creía que al contárselo a Finlay aliviaría parte de la carga que portaba Muddy, pero me di cuenta de que, para él, guardarme todos aquellos secretos había sido una cuestión de honor.

La verdad no logró aplacar a Finlay en lo más mínimo.

—Así que no se lo habéis contado a nadie, ¿eh? ¿Qué pasa? ¿Que no creéis que podáis confiarme algo así? ¿O creías que no me importaría tanto como a Muddy que hubieras intentado quitarte la vida? —Luego dejó escapar un suspiro—. ¿Chels lo sabe?

Negué con la cabeza.

—Por favor, Finn —le dije—. No se lo cuentes a nadie. Te lo suplico.

—Venga, Finn —le insistió Muddy—. Sé que estas cosas te cuestan, pero, por el bien de nuestro niño, cierra el pico, ¿vale? Ya lo has oído. Hasta te lo ha suplicado. No digas nada.

—Qué gracioso que ahora sea nuestro niño —protestó Finlay—, porque cuando intenta matarse me mandáis todos a la mierda. ¿Cómo pudiste no decirme nada, Mud? Sobre todo después de todo lo que me pasó a mí. ¿Cómo has podido ocultármelo, so capullo? —Luego me miró—. A ver, sé que es tu movida, y puedes hacer lo que quieras. Pero, joder. No deberías guardar algo así en secreto. No a un amigo, joder. Harles, si te has hecho daño, si notas que no estás bien mentalmente, Mud no es el único al que le gustaría apoyarte y asegurarse de que no te pase nada. —Luego guardó silencio durante

un instante—. Joder, mira que sois capullos.

En la recepción me senté entre ambos. Finlay ya se había tranquilizado, así que se adueñó de un par de revistas de coche y se dedicó a pasar las páginas con gestos extraños para intentar esconder las uñas pintadas mientras Muddy se dedicaba a destrozar un vaso de plástico del que había bebido agua. Mientras esperábamos, comenzaron a jugar a un juego en el que uno de ellos tenía estirar el brazo por encima de mí e intentar pegarle al otro una colleja. Yo no dejaba de mirarlos con el ceño fruncido y susurrarles que pararan. Solo me obedecieron durante un instante, pero luego Muddy comenzó a arrojarle trocitos de plástico al pelo a Finlay y a susurrar: «¡Gol!», a lo que respondió Finlay quitándoselos del pelo para lanzárselos de vuelta, con lo que se ganaron las miradas de irritación de, en general, la gente mayor que esperaba allí con nosotros.

Tenía la esperanza de entrar solo, pero, cuando dijeron mi nombre, nos levantamos los tres. El médico fornido y de pelo cano me preguntó si me parecía bien que entraran conmigo. Los miré a ambos con una expresión que esperaba que comunicara que no quería que la liaran en la consulta.

Una vez dentro de la consulta, Finlay se sentó a mi lado en una silla y Muddy se quedó de pie detrás de mí. El médico, que por lo visto me conocía, aunque yo no tenía ni idea de quién era, me preguntó cómo estaba mi padre.

—En verdad ahora sus padres somos nosotros —le dijo Muddy, colocándome las manos en los hombros.

Finlay se rio y me sacudió la pierna.

—Verá, es que nos divorciamos pero hemos vuelto por el niño. Para lo de ser un frente unido y tal, ¿sabe usted?

El médico se quedó flipando. Cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz.

—Chicos, os lo agradezco mucho, pero ¿os importaría esperarme fuera, por favor?

Cuando se fueron, le conté al médico todo lo que le había contado antes a Finlay. Le hablé de las ideaciones suicidas pasivas que había mencionado el psiquiatra. Le dije que estaba seguro de que no iba a volver a autolesionarme, pero que esa certeza no aliviaba el miedo de que, en algún momento, arraigara una depresión tan intensa en lo más hondo de mi ser que no fuera capaz de recuperarme de ella. También

le conté lo de la ansiedad y los ataques de pánico; no dejé de hablar hasta que me sugirió que fuera a ver a un terapeuta. Insistió en lo larga que sería la lista de espera de cualquier consulta, sobre todo si se trataba de alguna de la zona. Miramos varias por todo Kent, cada una más lejos que la anterior. Al final nos quedamos con una que estaba en Coxheath, una parroquia civil que estaba al sur de Maidstone, donde podrían verme en algún momento de las próximas semanas. Me pidió cita y me dijo que me planteara empezar a meditar.

Paramos en la gasolinera de camino a Dartford. Finlay y yo nos quedamos junto al coche cuando Muddy entró a pagar. Finlay se apoyó en el vehículo con los brazos cruzados.

—¿Sabes? —le dije—. No creía que fuéramos esa clase de amigos. Creía de verdad que no te importaba mucho.

—No creo que alguien tenga que importarte para que quieras que siga con vida —me contestó—, pero supongo que sí me importas un poco. Y no, no es por Chels y Mud, antes de que te pongas en plan… —Y se puso a mover la mano como si esta pudiera hablar y volvió a cruzarse de brazos. Yo le dije que él también me importaba—. Bah, déjame en paz —me respondió sonriendo—. Bueno, esperaba que te importara un poco, sobre todo cuando voy por ahí pegándole a la gente por ti y todo. —Entonces se quedó muy callado, y luego dejó escapar un suspiro—. Mira —me dijo—, no soy idiota…

—Voy a tener que dejar de ir diciéndolo por ahí.

—Hablo en serio —me dijo. Miró hacia el escaparate de la gasolinera. Muddy estaba en la caja con una cesta llena de bolsas de patatas, chocolatinas y refrescos—. Perdona por cómo me he puesto antes. Es que… creo que tienes suerte de tener a alguien como Mud contigo mientras pasa todo esto. Si algo se le da bien a ese, es estar ahí en los momentos difíciles. Hemos vivido muchas cosas juntos. —Le pregunté si se refería al hecho de que ambos habían salido con Chelsea, y Finlay se rio, negó con la cabeza y prosiguió—. Muddy es genial. Mataría por él si tuviera que hacerlo. Hace un par de años yo… también tuve una racha de mierda y, bueno, tú lo sabes mejor que nadie, así es como empiezan estas cosas, ¿no? Te pones un poco triste; se te pasa, te vuelve, te dura un poquito más; se te pasa, te vuelve, te dura aún más que la vez anterior; y de repente te sientes una puta mierda todos los días, con cero motivación para hacer nada, asustado sin motivo, sintiéndote la mierda más inútil que pueda existir. Y ya sabes que no siempre hay gente que te trate con amabilidad, a veces tienes que tragártelo todo tú solito; a veces tienes a gente que lo único que hace es preguntarte una y otra vez por qué estás así cuando les

explicas cómo te sientes, cuando, en realidad, ni siquiera puedes decírselo porque a veces no tienes motivos para estar así.

»Me puse fatal; bebía sin parar, a todas horas. Y estaba metiéndome mierda bastante fuerte que seguramente jamás volveré a probar. A nadie le importó. "Ya está triste otra vez, venga, métete otra cerveza en el cuerpo". Una noche quise demostrarle a todo el mundo que estaba bien, que aún tenía ganas de divertirme, así que nos fuimos de fiesta y tomé de todo. Al final acabé borracho como una cuba y me desmayé en el suelo de un callejón. Sabía que los chicos se troncharían de la risa, claro, pero Muddy no. Me desperté en casa de su tía y se puso en plan: "¿Qué coño te pasa?". Cuando se lo conté, me dijo que si iba a ser un cabrón llorón, tenía que serlo con él. Después de aquella noche no me dejó solo, no paraba de preguntarme cómo estaba y no dejaba de llevarme con él para ver pájaros; una vez hasta intentó que un petirrojo comiera de la palma de mi mano cuando fui con él a visitar a su familia. Y sí, fue un peñazo, fue aburridísimo, y no quiero sonar como un sentimentaloide, pero, a fin de cuentas, es lo que todos queremos, ¿no? Que alguien se preocupe por nosotros. Y Muddy se preocupa por la gente.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Siento que debería darte un abrazo —le dije—. ¿Puedo?

—Venga, vale —me dijo, poniendo los ojos en blanco—. Pero que sea rápido, ¿eh? —Me acerqué a él y apoyé la cabeza en su costado; Finlay me enganchó con el brazo. Mientras acercó la cabeza a la mía y me dijo, casi susurrando—: Sé que sientes algo por Mudzie, lo cual me sigue pareciendo alucinante porque creía que yo era el guapo de los dos, pero, bueno, cada uno tiene sus gustos. El caso es que no sé si juega en tu equipo, pero he visto cómo lo miras, y lo haces con tanta dulzura que me va a dar diabetes. Y no intentes negarlo.

Di un paso atrás; Finlay no me había quitado el brazo de encima.

—¿Estás convirtiéndote en mi alcahuete?

—Sí, supongo que sí.

Me quedé callado durante un instante.

—Finlay, por favor, no le digas nada —le dije—. Hablo en serio. No quiero que las cosas se pongan raras. Estamos bien como estamos.

—Mírate —me dijo riéndose—, moviéndote por ahí como si fueras un leprechaun, contándole secretos y mierdas a la gente. Eres idiota si crees que no se ha dado cuenta. Eres superimportante para él. Y yo…

—¿Qué pasa por aquí? —preguntó Muddy, que había vuelto de la tienda con dos bolsas azules—. ¿Y mis abrazos, Finn? —Caminó hacia nosotros con los brazos abiertos—. Me debes un montón.

Finlay se apartó de mí.

—Ponme las manos encima y te rajo, Mud.

CAPÍTULO VEINTE

Varias semanas más tarde, el día en que tenía la primera sesión de terapia, por la mañana, Chelsea me mandó varios mensajes por MSN Messenger quejándose.

Me había pasado la noche en vela escribiendo una reseña para mi blog con el fin de aliviar la ansiedad que me producía la sesión. Me había puesto a reseñar *The Back Room*, de Editors, un disco nuevo que Muddy había incorporado a su colección y que me había recomendado. Sin embargo, la pestaña de Chelsea parpadeaba de color naranja en la parte de abajo de la pantalla, así que paré y presté atención a su rabia.

Chelsea dice:
Harleyyy! Estoy cabreadísima!!!! He vuelto a casa de Finn y se ha cargado todos mis pintaúñas!

Harley dice:
Todos? En serio?

Chelsea dice:
TODOS!!! El muy capullo metió el mismo pincel en todos los botes. POR QUÉ COÑO LO HA HECHO? Le ha dado una rabieta porque le dije a Muddy que se quedara algunos? En ese caso, el muy imbécil debería haberla tomado con ÉL, no con mi colección. Eran nuevos!

Chelsea dice:
SE HA CARGADO LOS PINCELES!!!

Harley dice:
JAJA Chelsea, tranquila. Siento que se los haya cargado, pero no lo hizo a malas. Dale un poco de tregua!

Chelsea dice:
Qué? Cómo lo sabes? De verdad lo estás defendiendo?

Harley dice:
Se pintó las uñas hace unas semanas para pedirle perdón a Muddy por llamarlo marica. La verdad es que fue bastante cuco.

Pasó varios minutos sin responder.

Chelsea dice:
Bueno, pero sigo enfadada.

Le mandé un guiño de una figurita que aplastaba una guitarra, y ella me mandó uno de una mujer que tenía una cabeza con forma de plátano y que se estaba riendo.

Chelsea dice:
OK, estoy enfadada. Pero me da pena habérmelo perdido. Ni siquiera me dijo nada al respecto.

Chelsea dice:
Qué hago cuando vuelva a casa? Le echo la bronca o me pongo en plan… cielo, cómo es que te has hecho las uñas y no me las has enseñado?

Harley dice:
Lo segundo. No se merece tu ira. Bajo esa capa de músculo y sus "MIRAD LO GUAPO QUE SOY!!!" es un cielo, en serio.

Chelsea dice:
Te has enamorado de mi novio?

Harley dice:
Un poquito.

Chelsea dice:
Atrás.

Harley dice:
Oblígame.

Varios minutos más tarde, me mandó un enlace de *The Guardian* en el que se documentaban varios ataques que se habían producido en Londres, en Warren Street, en Oval y en el barrio de Shepherd's Bush.

Chelsea dice:
Ves? "EL SINDICATO DE TRABAJADORES DEL METRO PIDE MÁS PERSONAL TRAS LOS ATAQUES". Te lo advertí, y me dijiste que me estaba poniendo paranoica, pero yo te lo advertí.

Harley dice:
Enhorabuena?

Chelsea dice:
Yo solo digo que están contratando a más gente. Por qué iban a hacerlo si no creyeran que va a volver a pasar, rey? Ya te lo dije! Esto no ha acabado!

Harley dice:
Son medidas preventivas, no? No es porque vaya a pasar algo otra vez sí o sí. Tienes que tranquilizarte, EN SERIO!

Chelsea dice:
ME NIEGO!!!! Bueeeno. Cómo estás? Ya te has tirado a Mud?

Salvo por los nervios, me encontraba tan bien por el paso que había dado al empezar las sesiones, que sentí la urgencia, e incluso la emoción, de contárselo todo, pero entonces me imaginé las distintas respuestas que podía ofrecerme, y no paré hasta que le hice decir algo que me sentó fatal, así que me quité la idea de la cabeza. Si no le contaba nada, Chelsea no tendría que lidiar con nada de lo que me había pasado, y así no pondría en riesgo que la sensación de bienestar que me invadía se desvaneciera.

Cuando empecé a decirle que estaba bien, y que no, que no me había tirado a Muddy, me di cuenta de que Muddy y Finlay estaba ante mi puerta.

—Venga, enano —me dijo Finlay con los brazos cruzados.

—Deja de llamarlo «enano» —lo regañó Muddy—. Vamos a darle un par de años. Seguro que pega el estirón. —Me guiñó un ojo y alzó los pulgares.

Puse los ojos en blanco y fui tras ellos, sin llegar a mandarle el mensaje a Chelsea.

Sucedió algo increíble cuando Noria y yo nos hicimos amigos. Antes solo me juntaba con gente negra en las visitas esporádicas a la iglesia; de juntarme con otros hombres negros ya ni hablemos. Con Noria sentí que parte de mi identidad como hombre negro encajó en su sitio. Antes solía sentirme apartado de mi cultura, pero en cuanto ella apareció en mi vida encontré puntos de referencia a los que atar mi identidad. Noria hizo maravillas conmigo; cada vez que estaba con ella era como si se desarrollaran nuevas facetas de mi personalidad. En cambio, había otras facetas de mi identidad que parecían un páramo desolado; y fue en ese páramo donde me di cuenta de que jamás dejaría de sentirme como me sentía. Veía a mi padre en cada hombre negro con el que me cruzaba. Me sentía inferior a ellos. Los hombres negros portaban la masculinidad de un modo distinto. Y aunque jamás me había considerado poco masculino, al comparar lo que otros hombres negros veían en mí con la idea de masculinidad que me había formado a través de mi padre, la masculinidad era un ámbito en el que yo, sencillamente, no podía existir.

Cuando Muddy y Finlay me dejaron en la consulta en Coxheath, me había esperado que la psicóloga fuera tal y como la había descrito Muddy aquella vez en la bañera: una mujer con gafas, un cuaderno y un boli. Para mi asombro, un hombre negro muy alto que llevaba camisa y vaqueros, y una barba perfectamente recortada y un degradado, me dio la bienvenida al abrir la puerta. *Justo en Coxheath…*, pensé. Me vi invadido por un repentino sentimiento de sumisión y se me cayó el alma a los pies. Proyecté todos mis prejuicios hacia él antes de que me dejara entrar siquiera en un cuartito oscuro. En aquel instante, sentí vergüenza por toda mi existencia; ni siquiera podía mirarlo a los ojos. Me costaba no imaginar, justo cuando empezaba a creer que iba a poder salir de aquella situación, que el universo había puesto a esa persona en mi vida a propósito, para acompañarme hacia una conclusión incómoda sobre el día en que, básicamente, mi padre me había practicado un exorcismo. Había acudido allí con intención de ser sincero y comunicativo. ¿Cómo se suponía que iba a hacerlo con alguien como él?

—Encantado de conocerte, Harley —me dijo en cuanto nos acomodamos en el interior—. Me llamo Matthew —me dijo con voz alegre—. Veo que estás un poco tenso. Solo quiero asegurarte que estás en un espacio completamente seguro y que si, en cualquier momento te sientes incómodo, me lo puedes decir, ¿vale?

Apoyé las manos sobre el regazo. Él me dedicó una sonrisa cálida que debería haberme hecho sonreír de vuelta, pero me limité a apretar los labios con fuerza y empecé a obsesionarme con mi postura y las expresiones de mi cara. Me preguntó si estaba bien. Tragué saliva y, nervioso, le respondí que sí. Matthew tenía un portapapeles en el regazo del que comenzó a leerme todo lo que yo le había dicho ya al médico, luego me dijo que, según tenía entendido, no me sentía bien conmigo mismo. Me preguntó desde cuándo me pasaba, y le dije que ya llevaba así un tiempo.

—¿Has ido a terapia antes?

—La terapia no se veía con buenos ojos donde me crie, de hecho ni siquiera se hablaba de ella —le contesté.

—Ya —me dijo—. Soy consciente de que eso suele pasar en ciertas culturas y que la gente recurre a cosas como…

—Las oraciones —dije a toda prisa, sin saber muy bien por qué no le había dejado terminar la frase.

—Justo —dijo riéndose—. Como las oraciones. ¿Qué sientes tú al respecto? ¿Has recurrido a ellas cuando te sentías mal?

—La verdad es que no —le contesté—. Eso le va más a mi padre. Yo no tengo nada en contra. O sea, en contra del acto de creer en Dios. Pero, no sé, desearía poder seguir siendo yo mismo para poder rezar, sin tener que sacrificar ninguna parte de mí.

—¿Y por qué crees que no puedes hacerlo?

Incliné la cabeza hacia un lado. Aquel era uno de los temas que me había negado a revelarle en cuanto lo vi. Sin embargo, por algún motivo inexplicable, le dije:

—Porque soy gay.

Casi cerré los ojos justo después de decírselo.

—¿Estás bien? —me preguntó con una risita— Harley, en serio, no pasa nada. Tranquilízate. Respira. —Se acercó los dedos a la boca y los juntó con una exhalación—. No pasa nada —me dijo—. Vale, eres gay. ¿Cómo se siente tu padre con que vayas a terapia porque no te sientes bien? ¿Habéis hablado del tema?

—No se lo he dicho —le dije—. Últimamente no nos hablamos. Nos hemos distanciado. —Me contestó que lo sentía mucho—. A ver, fue de mutuo acuerdo —le dije, y Matthew se quedó mirándome pensativo, con los ojos muy abiertos—. Bueno, en realidad no —le confesé—. Básicamente me echó de casa. Quería volverme hetero a base de rezar. Yo no quería, obvio, así que me largué.

—¿Y no has tenido ninguna clase de interacción con él desde entonces?

La calma se adueñó de la sala; de repente me oía el latido del corazón.

—Sí —le dije—. Hace poco dejé la uni porque empeoré. Cuando volví, creí que quizás había una oportunidad de enmendar nuestra relación. Vamos, es que me llamó por teléfono y todo. Se le notaba bastante entusiasmado; la verdad es que mantuvimos unas cuantas conversaciones agradables por aquel entonces.

—Vale —dijo, tomando nota de todo—. Si te parece bien, me gustaría que volviéramos a lo de la universidad en otro momento, pero dime, ¿qué tal te fue con tu padre? ¿Quieres hablar de ello?

Se me escapó una risa nerviosa y me coloqué la mano sobre la boca, como si acabara de tirarme un eructo. Miré en todas direcciones menos en la suya.

—Sí —le dije—. Sí, no, no fue tan bien como esperaba.

—¿Discutisteis?

—No fue una discusión como tal —le dije, y entonces se produjo otro silencio interrumpido por varios suspiros—. Me hizo creer que quería verme de veras, y yo me creí que íbamos a reconciliarnos, que algo había cambiado en mi padre después de estar tantos años separados, pero… —tragué saliva, me miré las manos, que las retorcía entre sí—, pero me encontré a varias personas al llegar a casa. Eran pastores, que habían ido a rezar por mí. Había como, no sé, diez o más allí, escondidos en el salón, con la puerta cerrada.

—Guau —exclamó Matthew, inclinándose un poco hacia delante —. Imagino que no te dijo nada de esta emboscada durante las

llamadas de teléfono, ¿no?

Repetí aquella palabra para mis adentros. «Emboscada». Supongo que, en su momento, me había enfadado que ni siquiera se me había pasado por la cabeza llamarlo así. Solo era una cosa rara y fea que me había pasado.

—No, no me dijo nada —le contesté.

—¿Los engaños han sido algo frecuente en vuestra relación?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, parece que te hizo creer una cosa, cuando en realidad él tenía pensada otra. ¿Se ha comportado en alguna otra ocasión de este modo?

Cuando empecé a contarle lo del cubo de basura con mis pertenencias chamuscadas, rompí a llorar. Lo sentí en el estómago y luego en la garganta y la nariz; luego Matthew se licuó y se convirtió en una acuarela. Apreté el puño y me lo mordí mientras derramaba lágrimas. Me dio un paquete de pañuelos y me dijo que sentía mucho lo que me había pasado. Yo solo pude pedirle perdón, tartamudeando, por llorar. Me preguntó si era entonces cuando había empezado a sentirme mal.

—Supongo —le dije, pasándome la mano por la cara—. O sea, en general nunca he tenido una opinión demasiado buena de mí mismo, y supongo que todo el asunto de mi padre no ha hecho más que empeorarla.

—«Nunca he tenido una opinión demasiado buena de mí mismo» —repitió—. ¿A qué te refieres?

La noche anterior, sumido en el pozo de ansiedad, me había puesto a pensar en mi madre. Me preguntaba qué pensaría de mí. Incluso me planteé que todo lo que me había pasado no era más que una retribución por lo que le había hecho. Quizás ella me hubiera culpado tanto como mi padre. En mi mente siempre había sido una mujer tranquila —latente, inofensiva—, y jamás se me había pasado por la cabeza que, al tener que cargar con su muerte, ella también pudiera estar buscando venganza desde dondequiera que estuviera, frenando mis posibles triunfos y arrebatándome las herramientas básicas de supervivencia. No había llegado a conocerme, así que no tenía motivos para pensar bien de mí.

—Siento que… —comencé—. A veces, siento que doy igual, que mi vida no vale nada. Siempre me he sentido como si me estuvieran castigando por algo, y que da igual cuántas veces pida perdón por lo que sea que haya hecho, porque la sensación no desaparece. —Me detuve durante un segundo—. Jamás pensaba siquiera que me mereciera un funeral o una lápida si me moría. Imaginarme pudriéndome en el bosque o en una bolsa de basura en cualquier lado no me daba el miedo que debería darme.

Matthew le echó un vistazo a sus notas y comenzó a escribir un poco más. Empecé a respirar mucho más fuerte; los ojos me picaban.

—Mira, me gustaría hablar contigo sobre las ideas suicidas y también sobre tu intento de quitarte la vida —me dijo—. Creo que era la primera vez que lo intentabas. ¿Estoy en lo cierto?

—Fue la primera —dije, asintiendo. De repente me di cuenta de que me consideraba más suicida de lo que era en realidad, así que no le dije nada del episodio del bosque—. Pero en el pasado, cuando las cosas se han puesto muy feas, normalmente se me pasaba. Y, aunque no lo hiciera, podía seguir con mi vida. Podía seguir yendo a trabajar, hacer mis turnos; y últimamente cuando quedo con mis amigos no pienso en ellos. En general, mis pensamientos oscuros no son más que eso: pensamientos.

—¿En general?

—Sí —respondí tras otra pausa—. En general.

—¿Dirías que aún hay momentos en los que te notas más dispuesto a hacer algo con esos pensamientos?

—A ver —le dije—. No me imagino haciéndolo de nuevo, si es eso lo que me estás preguntando. Ya he dicho que normalmente los pensamientos desaparecen. Pero esa vez, fueron un poco más sombríos de lo habitual.

Escribió algo más.

—Creo que puedes tener una depresión de alta funcionalidad —me dijo. Cuando le pregunté qué era eso, me contestó—: Es exactamente lo que tú me has descrito. Te sientes mal, triste, inundado de una sensación de inutilidad. Pero, por lo que me cuentas, parece que sigues siendo productivo. Eso es lo que se conoce como una depresión de alta funcionalidad. —Lo miré pensativo. Me preguntó si me importaba que estuviera tomando notas y me explicó la lógica que había tras el gesto. Yo asentí; ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera negarme—. En cuanto a esos pensamientos de los que me hablas —me dijo—, ¿crees que podías contarme qué cosas o sentimientos te conducen a ellos? ¿Crees que hay detonantes? ¿O crees que es un estado en el que te encuentras de repente sin motivo?

Guardé silencio durante un instante.

—A veces no hay motivo. En la uni, todos estos sentimientos de… no sé… fracaso y soledad aparecían de repente. Sin embargo, cuando acabé en el hospital, fue porque estaba viéndome con alguien con quien no debería haber estado viéndome, y la cosa no acabó bien. Hubo un altercado, me dijo unas cuantas cosas, y supongo que aquello me superó.

—¿Tienes amigos a los que puedas contarles las cosas cuando se ponen así de feas? —me preguntó—. ¿O un novio o algo?

Una sonrisa me cruzó el rostro lentamente; él pareció sonreír a su

vez.

—Sí —le dije—. Tengo… amigos.

—Te hacen sentir bien, ¿verdad, Harley? —me dijo—. Se te nota en la cara. Es bueno que tengas a gente que te apoye cuando las cosas se ponen feas. ¿Estuvo alguno de ellos contigo cuando te ingresaron en el hospital? —Asentí tratando de contener la sonrisa—. Supongo —me dijo, sin dejar de sonreír—, volviendo a lo que me has dicho antes, que está bien saber que le importas a alguien, y sentirlo de veras.

Escribió unas cuantas cosas más y planificó lo que hablaríamos en nuestra próxima sesión. Después me habló de la medicación que podía tomar. Había confiado en no tener que tomarla, así que no sabía si era apropiado decírselo en ese momento. No quería que pensara que no me estaba tomando las sesiones en serio.

Fuera Muddy y Finlay estaban cantando en el interior del coche con las ventanillas bajadas, dando golpes con las manos en el aire mientras sonaba *Lola's Theme*, de Shapeshifters, a todo trapo. Estaban comiéndose unas hamburguesas y, de vez en cuando, las utilizaban de micrófono mientras señalaban hacia el capó, como si tuvieran público imaginario. Cuando Finlay me vio, le dio un codazo a Muddy, que al momento desbloqueó las puertas del coche. Hacía calor dentro, y olía a McDonald's y sudor. Muddy bajó la música y me preguntó cómo había ido.

—Bueno —les dije mientras me deslizaba en el asiento trasero—. Sigo vivo.

Finlay, que tenía la boca manchada de salsa, miró a Muddy.

—Nuestro niño sigue vivo —le dijo emocionado—. Qué suerte, ¿eh?

—Ya ves —respondió Muddy—. Lo estamos bordando.

Finlay se enjugó una lágrima falsa.

—No tardará en empezar la guardería —dijo—. Se hacen mayores tan rápido.

—Venga —le dijo Muddy, apoyando la mano en el muslo de Finlay —, intentemos tener otro.

—Jamás —contestó Finlay—. Con uno basta. Míralo. Seguro que le encanta ser hijo único; tiene toda nuestra atención. —Se giró para mirarme y fue a darme un pellizco en la cara, pero me la protegí—. Verdad que sí, ¿campeón?

Fue idea de Finlay conducir hasta Folkestone para pasar allí el resto de la mañana. Antes de irnos, salimos del coche de Muddy y dejamos las puertas abiertas para ventilarlo un poco. Finlay nos explicó el plan del día y, cuando terminó, Muddy lo saludó como si

estuviera en el ejército y le dijo:

—¡Señor, sí, señor!

Cuando llegamos a Folkestone había empezado a hacer frío. Nos acercamos a un *fish & chips*, y Finlay y yo nos quedamos fuera mientras Muddy pedía la comida. Muddy se pidió dos raciones de patatas fritas y un sándwich de patatas fritas; a Finlay y a mí nos compró dos salchichas rebozadas. Luego, de camino al paseo marítimo, Finlay, que llevaba un chándal gris, se rio de Muddy por llevar pantalones cortos.

Nos sentamos en un banco junto a una larga franja de césped. Ante nosotros había una valla pintada de burdeos cubierta de amapolas, y debajo había una panorámica maravillosa de la playa y de las olas azules. Muddy compartió las patatas conmigo, pero bloqueaba a Finlay cada vez que este intentaba robarle una. Finlay acabó dándole una colleja a Muddy, y Muddy, en vez de contraatacar, le dijo que le daba patatas pero solo si las cazaba al vuelo con la boca. Finlay se puso delante de nosotros al momento, se frotó las manos, abrió las piernas a la altura de las caderas, se agachó un poco y nos dijo:

—Venga, ¡dadle!

Muddy se rio y comenzó a lanzárselas, apuntando en el aire como si fueran dardos; yo también le tiré unas cuantas, pero con menos gracia. Finlay movió la cabeza de un lado a otro y las atrapó casi todas dando brincos. Cuando Muddy se quedó sin patatas, Finlay alzó los puños en gesto triunfal, igual que había hecho Muddy en la foto que tenía Finlay de ambos en el comedor de su casa.

Nos quedamos allí sentados durante varias horas. Cada vez hacía más frío y el cielo iba oscureciéndose, y nos dedicábamos a observar a los grupitos de personas que se movían por la arena de la playa.

Finlay se echó hacia atrás, apoyó un brazo en el respaldo del banco y miró a Muddy.

—¿Has visto qué día es? —le preguntó.

—La verdad es que no he estado muy pendiente —le contestó—. ¿A qué estamos?

Finlay le dio un empujón, y Muddy se lo devolvió y le preguntó que a santo de qué venía eso.

—A veinticinco de agosto, bobo.

—Hostia, sí. —Muddy se metió el pulgar en el elástico de los pantalones y del calzoncillo, tiró de él, miró hacia abajo y levantó el otro pulgar—. Gracias por no liarla.

Me eché hacia atrás para mirar a Finlay.

—¿Qué pasa el veinticinco? ¿Por qué está hablándole al pene?

—En realidad le está hablando a los huevos —me contestó Finlay.

—¿Te acuerdas del sustito que te comenté? —me preguntó Muddy. Y entonces se señaló el paquete y enarcó una ceja. Yo asentí—. Hace un par de años me encontré un puto bulto en uno de los huevos. No dejaba de crecer, hasta que un día, después de entrenar por la tarde, le pregunté a Finlay: «Oye, ¿qué pasa cuando el bulto de los huevos comienza a crecer?». Y él me contestó: «No deberías tener un bulto en los huevos. Y, si lo tienes, no debería estar creciendo».

—Y, como es evidente —interrumpió Finlay—, como soy un buenazo, le eché una ojeada.

—Y una mierda —dijo Muddy riéndose—. Tuve que suplicarle que me lo mirara. Nos fuimos a su casa, me obligó a sentarme en el retrete y se puso un par de guantes de goma. Iba a palpar un poco para buscarlo, pero al final no hizo falta.

—Era enoooorme.

—Creí que me moría —me dijo Muddy—. Creía que tenía cáncer de testículos. Llamé a mis abuelos, se lo dije a mí tía, creía que había llegado mi fin. Ya te dije que me daba un poco de cosa ir al hospital, Harles… y, ¿qué fue lo que dijiste tú, Finn?

—Bueno, pues te dije que no podías ir por ahí con un bulto del tamaño de una uva en los huevos. Deja de preocuparte tanto por lo que va a decir la gente y…

—No, eso no —lo interrumpió Muddy—. Me dijiste que si crecía más podíamos usarlo de balón de *rugby*.

—A ver, yo solo intentaba animarte —se defendió Finlay—. Deja de lloriquear. Te acompañé para hacerte la ecografía, ¿no?

—Hasta me agarraste de la mano —respondió Muddy con una sonrisa.

—Bah, para ya.

—Ya te lo dije —Muddy se volvió hacia mí—. No le gusta que saque el tema, pero mira. Finn me sostuvo la mano y me dijo que no iba a dejarme solo en ningún momento.

Fue a pellizcarle las mejillas a Finlay, pero este soltó un gruñido y le apartó la mano de un golpe.

—¿Y qué pasó? —pregunté—. ¿Era cáncer de testículos?

—No —contestó Muddy—. Solo un poco de líquido. —Me quedé mirándolo, confundido—. Ya, tanto cuadro por un poco de líquido en los huevos.

—Estuve a punto de tocarlo, y le sujeté la mano delante de todo el mundo —se quejó Finlay—, por un poco de líquido que se le había acumulado en la membrana de los huevos.

—Bueno —le dije yo a Finlay—, ¿y qué pasa por sujetarle la mano?

—Eso —dijo Muddy, girándose hacia él—, ¿y qué pasa por

palparme los huevos? Creía que éramos amigos, Finn. Si me pidieras que te palpara los huevos, no me lo pensaría dos veces.

—Ya lo sé, hombre —contestó Finlay—. Pero no te pienses que te voy a conceder ese privilegio.

De camino de vuelta al coche, Muddy me explicó que aquel aniversario no era solo para él, sino también para todos sus amigos, entre los que se incluía Finlay. Odiaba la vergüenza que le había dado contárselo, el miedo que había tenido, un miedo que, incluso cuando le habían dicho que no tenía nada, se había enterrado en lo más hondo de su ser y se había convertido en algo que no solo lo preocupaba a él, sino también a sus amigos. De modo que, aunque se hubieran reído de él, aunque le hubieran tomado el pelo y lo hubieran llamado «mariquita», «marica» y «maricón» por mostrar tanto interés por sus testículos, Muddy los había animado a todos —el mismo veinticinco, a las pocas horas de haber salido del hospital con Finlay— a que se cuidaran: a que se examinaran los huevos, a que fueran al médico si encontraban algo raro, y que supieran que estaría ahí para apoyarlos a todos, no solo para un susto como ese, sino para todo. Estaba cansado de que expresar la amistad de forma contundente fuera algo de lo que avergonzarse, de que las simples ganas de estar ahí para alguien fuera causa de burla y no de respeto, de que preocuparse por un amigo y querer lo mejor para él no tuviera el mismo valor que el dinero cuando, en realidad, era igual de esencial, si no más incluso.

CAPÍTULO VEINTIUNO

A la semana siguiente, cuando volví del trabajo, me encontré a Muddy hablando por teléfono, dando vueltas por la cocina con una sudadera gris. Se estaba agarrando de la nuca y parecía muy preocupado. Me senté a la mesa de la cocina y picoteé un poco de la pasta al horno que había preparado Finlay el día anterior y que habíamos dejado en la fuente.

Saludé a Muddy, y él alzó la mano como diciéndome «dame un minuto».

—Vale, vale —dijo—. Allí estaré. No, no, abuelita, allí estaré.

Cuando colgó se sentó conmigo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Se quedó mirándose las manos antes de decirme que habían vuelto a ingresar a su abuelo en el hospital. Me contó que le habían diagnosticado demencia de inicio precoz hacía unos cuantos años y que últimamente tenía más días malos que buenos.

—Hace una hora se las apañó para salir de casa —me dijo, pasándose una mano por el pelo—, y alguien se lo ha encontrado tirado en el suelo en Clarendon Park.

—Madre mía —exclamé—. ¿Está bien?

—Mi abuela sonaba un poco nerviosa por teléfono —me dijo—, pero, por lo que he entendido, puede que se haya hecho daño en la pierna.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunté—. ¿Vas a ir a verlos?

—Sí —me contestó—. De hecho, creo que me voy a ir ya. Voy a escaparme unos días del curro. La verdad es que me la suda.

—Si quieres voy contigo.

—¿Seguro? —me preguntó—. ¿No te preocupa lo que pueda decir Eddie?

—Si a ti no te preocupa el trabajo, a mí tampoco —le dije—. En el peor de los casos, siempre podemos irnos al paro juntos.

Muddy se rio.

—¿Y las sesiones de terapia qué?

—Tengo que volver el viernes —le dije—. Pero, si necesitas quedarte, puedo volver en tren o en bus.

—No seas tonto —me contestó—. El viernes estaremos de vuelta.

Cuando salí de la cocina para cambiarme y preparar la mochila para pasar la noche fuera, Muddy me dijo:

—Gracias. No sé si podría ir en coche solo.

Ya en el coche, Muddy estaba tan preocupado que decidió no poner música. Viajamos en silencio, y él me lanzaba miraditas y sonrisitas cariñosas, como siempre; apretaba el volante con tanta fuerza que le aparecieron unas florecillas rosadas sobre la piel entre el pulgar y el índice. En la gasolinera me preguntó si quería que comprara algo para el viaje de cuatro horas. Le respondí que no hacía

falta, pero aun así compró una bolsa de patatas, chocolatinas y refrescos, por si acaso cambiaba de idea. Le tembló la mano cuando le entregó el dinero al dependiente. Cuando llegamos a Mánchester yo hacía rato que me había dormido. Cuando Muddy aparcó en el Hospital Salford Royal, me sacudió levemente y me susurró:

—Despierta, dormilón.

Me froté los ojos, chasqueé los labios y me pasé la lengua por el paladar: me sentía un compañero de viaje espantoso. Le pregunté si ya habíamos llegado y me dijo:

—Eso espero, joder. Ya he aparcado y todo.

Su abuela, Mabel, era una mujer menuda, solo un poco más alta que yo, que tenía el pelo marrón corto y muy rizado. Cuando la vimos en el área de recepción, Muddy fue corriendo hacia ella tan rápido que pareció que iba a tirarla al suelo; en cambio, la abrazó con delicadeza. Durante un instante, la abuela profirió un frenesí de críticas: que si se había dejado el pelo muy largo, que por qué se había pintado las uñas, que llevaba manchas de sudor bajo los brazos.

—Yo también me alegro de verte, abuelita.

—Fíjate, si al final has venido —le dijo, deslizando los dedos por los cordones de la sudadera—. ¿Quieres algo de beber?

—Estoy bien, gracias —le contestó—. ¿Cómo está el abuelo?

—Ah, está bien —dijo ella—. Si te soy sincera, al principio me asusté un poco. Sheila la Cantarina fue quien lo encontró. Me entró una mala leche. Había sacado a pasear a ese bicho salvaje suyo, sin bozal ni nada, la muy estúpida, y de repente llamó a mi puerta montando un alboroto y diciéndome: «Mabel, Harry se ha caído de culo en Clarendon». Y yo le dije: «Pero ¿qué dices, Sheila?», porque creía que se lo estaba inventando. Ya sabes cómo es, hace lo que sea con tal de que le hagan un poco de caso.

—Sí, me acuerdo, abuelita.

—Pues no ha cambiado nada —respondió ella—. Yo pensaba que Harry estaba en casa, así que lo llamé porque que me aspen si me creo algo de lo que diga esa mentirosa. Subí por las escaleras y no lo vi. Así que le dije: «Vaya, Sheila, aunque te cante el aliento, me estabas diciendo la verdad. Gracias». Me puse la bata y nos llevó hasta el parque. Caían chuzos de punta. Y allí me lo encontré, cubierto de sangre en el suelo tras caerse de culo, con las piernas abiertas, mirándonos y diciendo: «Joder, cómo habéis tardado. Hace siglos que le he dicho a Sheila que fuera a buscarte».

—Bueno, ¿y por qué Sheila no llamó a una ambulancia o algo?

—Porque a esa mujer parece que la han sacado de la edad de piedra y no tiene móvil —contestó mi abuela—. Ni siquiera tiene teléfono fijo desde que la compañía le quitó la conexión porque no pagaba las facturas. De vez en cuando se pasa por nuestra casa para

pedirnos que le dejemos usar el nuestro. Y yo le digo siempre: «Puedes hacer una sola llamada, y no te aproveches que ya se ha enterado toda la calle de lo rata que eres».

—Abuela, ¿por qué estás criticando a Sheila cuando el abuelo está luchando por su vida? —le preguntó Muddy riéndose.

—Qué lucha ni qué lucha —contestó ella—. Solo se ha torcido el tobillo. Voy a tener que ponerle un cascabel o algo para saber por dónde anda. Aunque hoy no está teniendo un buen día: se ha puesto a hablarle al reflejo del espejo otra vez. Pero, bueno, no es la primera vez que le pasa, ¿no? Y siempre acaba volviendo a ser el de siempre.

Muddy le sonrió y respiró despacio con la mano apoyada en el pecho.

—Bueno, y lo que te contaba de Sheila —prosiguió Mabel—. De verdad, Mud, es la peor vecina del mundo. En serio, me saca de quicio. Siempre metiendo las narices donde no la llaman, siempre soltando mierda por la boca, siempre tratando de aprovecharse de los demás. Esa mujer es un peligro. Además, su perro apesta. Te lo juro. Madre mía el pestazo que suelta el bicho ese; es capaz de abrasarte los putos pelos de la nariz. Y tampoco es que ella huela mucho mejor desde que el ayuntamiento le cortó el agua.

—Bueno, vale, abuelita —le dijo Muddy—. ¿Puedo ver al abuelo?

—Ay, hoy no, cielo —le contestó—. Acaban de hacerle cosas en la pierna. Necesita descansar. Tendrás que volver por la mañana. Lo siento, cielo.

—No pasa nada —suspiró Muddy—. Me alegro de que esté bien.

Entonces Mabel se fijó en mí.

—¿Este es el negro bajito del que me has hablado? —preguntó entonces—. Y tú aquí dejándome hablar sin parar y sin presentármelo.

—Tampoco es que me hayas dado la oportunidad de hacerlo, abuelita —replicó Muddy—. Ahí dale que te pego con Sheila, joder. Este es mi compi de piso, Harley.

—Encantado —le dije.

—Se ha dormido de camino, ¿sabes? —dijo Muddy riéndose.

—Es que eres un poco muermo, cielo —le contestó Mabel—. Te lo llevo diciendo desde que eras pequeño; a la gente le dan igual los pájaros. Puede que tu abuelo y tú estéis obsesionados, pero los demás también tienen vidas. Y hablando de pájaros, los comederos de tu abuelo…

—No te preocupes —le dijo Muddy—. Yo me encargo.

Muddy condujo hasta la casa de sus abuelos, un adosado de ladrillo marrón que estaba al final de una calle sin salida junto a Liverpool

Street.

—Enciende el hervidor y aléjate —le dijo Mabel a Muddy en cuanto entramos en la cocina—. Aún me estoy recuperando de aquel brebaje que me preparaste la última vez.

—Venga ya —protestó Muddy—. Los tés que preparo no están tan mal. Hace poco le hice uno a Harles y le encantó, ¿verdad? —me dijo, dándome un codazo.

—Esto… Sí —respondí—. Estaba muy bueno. No tenía demasiada leche.

Me senté a la mesa con Muddy y Mabel sacó las tazas de la alacena. Mientras esperábamos, Muddy le contó a su abuela lo del trabajo nuevo, que Finlay seguía siendo un idiota, que él ya no estaba saliendo con Chelsea pero que Finlay sí, que no estaba buscando novia y que estaba pensando en cortarse el pelo. Mabel nos contó una anécdota de la última vez que Muddy se había llevado allí a Finlay de visita: ambos salieron de noche a una discoteca y Finlay se llevó a una chica a casa con la que se acostó en el cuarto en el que dormía Muddy de pequeño. Mabel entró por error en el cuarto y, Finlay le pidió educadamente que cerrara la puerta.

—Aún tengo pesadillas desde entonces —nos dijo. Cuando volvió a fijarse en las uñas de Muddy, añadió—. Bueno, cielo, cuéntame. ¿Qué te has hecho en las uñas?

—¿Qué te parecen? —le preguntó, enseñándoselas.

Su abuela le tomó la mano para examinársela.

—No es que te hayan quedado muy bien, cielo. No creía que te gustaran estas cosas. Pareces esos que están todo el día en el aparcamiento del Lidl. ¿Los has visto? Palidísimos, con el pelo tan en punta que podrían cortarte por la mitad, ahí haciendo conjuros. —Dejó escapar un suspiro—. Te lo vas a quitar antes de ir a ver a tu abuelo mañana por la mañana, ¿no?

Muddy le dedicó una sonrisa triste y retiró la mano.

Antes de irse a dormir, Mabel me dijo que, si estaba demasiado incómodo durmiendo en el suelo del cuarto de Muddy, aun con las mantas y todo, me fuera a dormir al sofá.

Subimos a su antiguo dormitorio. Las paredes estaban cubiertas de pósteres de estrellas deportivas y grupos de *rock*; uno era de Noel y Liam Gallagher con las camisetas azules del Manchester City FC con la palabra «hermano» escrita en la pechera.

Había una disquetera vacía y, al lado, un escritorio lleno de fotografías enmarcadas que Muddy me señaló muy emocionado:

—Mira, en esa estamos mi abuelo y yo en Maine Road.

Debía de tener ocho o nueve años en esa foto —no se acordaba—, y estaba fuera del estadio con un gorro de lana azul y una bufanda, sonriendo ante la cámara, mientras su abuelo lo agarraba del hombro y alzaba el otro puño al aire.

—Aquí estamos en el bosque… —dijo con un suspiro—. Creo que íbamos a ver una bandada de estorninos o algo así. Recuerdo que nos pasamos todo el día entusiasmándonos cada vez más y que al final no vimos una mierda.

Muddy tenía diez u once años en esa foto y llevaba unos prismáticos alrededor del cuello; tenía el pelo corto y de punta, y la cara pálida y cubierta de pecas; las mejillas, regordetas y marcadas con dos hoyuelos. Hasta de pequeño tenía una cara tan amigable y cercana que me habría gustado conocerlo por aquel entonces. Me pregunté cómo habría sido mi vida, mi historia y que recuerdos tendría de haberlo hecho.

—Aquí estamos mi abuela y yo —me dijo, señalando otra foto. Debía de tener unos cinco años. Su abuela estaba sentada en una silla verde y sujetaba a Muddy sobre su regazo; él estaba cubierto de barro y se miraban con una sonrisa de oreja a oreja, con las narices pegadas —. Mi abuela… —comenzó a decir Muddy—. Mierda, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —No me había dado cuenta de que había roto a llorar. Muddy me apoyó una mano en la espalda y me guio hasta la cama individual que había en un rincón—. Mi abuela siempre dice que mis chorradas hacen que la gente se ponga a llorar —me dijo riéndose—. Si quieres cierro la boca.

No le expliqué por qué estaba llorando e intenté cambiar de tema como bien pude. En la repisa de la ventana había un reproductor de cintas.

—Madre mía, menuda antigualla —le dije, señalándolo con el dedo.

—Mierda —contestó Muddy, abriendo mucho los ojos—. Lo encontró mi abuela la última vez que vine. ¿Te he contado la obsesión que me dio por Oasis? —Negué con la cabeza. Muddy se rio y fue a por el reproductor—. Mira, en serio, la última vez que lo oí casi me meo. Menudo idiota era.

Sacó la cinta y me la enseñó.

—«Entrevista a Muddy Gallagher #2» —leí, conteniendo la risa, aún enjugándome las lágrimas—. ¿Qué es esto?

Muddy metió la cinta y le dio al *play*. Un Muddy más joven y con voz de pito comenzó a hablar con un acento mancuniano exageradísimo.

—Sí, sí, soy Mud Gallagher —decía—. Vivo para la música. Hago música para la gente, no sé si me entiendes. Paso de esas mierdas de arte elevado que se llevan ahora. ¡Me pone de mala leche! ¡Vivo para

el *rock and roooooll*! ¡Venga, daaaaaaleeeee!

Y de repente comenzaba a sonar *Roll with It* de fondo, y Muddy se ponía a cantar.

Cuando la cinta terminó, no podía dejar de sonreír.

—Sé que te crees un tipo duro —le dije—, pero creo que eres la persona más adorable que he conocido en toda mi vida.

—Bueno, en aquella época sí —me contestó—, pero ahora soy un hueso duro de roer. Le digo a la gente cómo son las cosas y las cosas se ponen chungas si quieren pelea.

Puse los ojos en blanco y me reí.

—¿Cuántas tienes de estas?

—Puede que haya unas diez entrevistas —me contestó—, pero solo ha sobrevivido esta. Era una estrella, joder.

Cuando decidimos irnos a la cama, Muddy se mostró inflexible para que no durmiera en el sofá. Así que cuando nos quedamos en bóxers y camisetas de tirantes, nos tumbamos en los extremos opuestos de la cama. Muddy se quedó mirando al techo con una mano sobre el pecho y la otra tras la cabeza.

—Perdona si me huelen los pies —me dijo.

—Ya, lo mismo te digo.

—No te preocupes, no huelen. —Yo guardé silencio—. ¿Tan mal huelen los míos? —prosiguió Muddy—. Mira, estamos haciendo el tonto. Si hasta nos hemos bañado juntos. Venga, sube.

—¿En serio?

—Claro —me dijo—. Menudo par de tontos.

Subí a gatas hasta su extremo de la cama.

—¿Quieres que nos tumbemos de espaldas o…?

—Qué va —me dijo riéndose, y estirando un brazo—. Anda, ven aquí. —Le sonreí y, poco a poco, me tumbé pegado a él, con la cabeza apoyada en su antebrazo, que colgaba por el borde de la cama. Yo estaba muy tieso, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas completamente rectas—. Oye —me dijo entonces—, ¿te parece bien que ponga el brazo así y te abrace? —Comencé a sudar, como si estuviera sobrevolando un foso de fuego. Le dije que sí, y Muddy me agarró más fuerte—. Estás muy tenso —me dijo—. Puedes agarrarte a mí si quieres.

—¿Seguro?

—Claro —respondió—. Venga, Harles, abrázame. —Le pasé el brazo por encima del pecho. Sentí su corazón latiendo contra mi muñeca—. Gracias por girarte.

Alcé la mirada y le sonreí; Muddy me devolvió la sonrisa y me acarició el brazo con delicadeza con el pulgar. Soltó un bostezo y luego, con voz adormilada, me preguntó:

—¿A qué han venido las lágrimas de antes?

Guardé silencio durante un instante.

—Es que —comencé a decirle— la foto con tu abuela me ha parecido muy cuca.

—¿Tan cuca que ha hecho que se te saltasen las lágrimas? —me preguntó, sonriéndome y frotándome el brazo con más fuerza.

Rompí a llorar de nuevo; no era ningún ataque de histeria, pero, aun así, me disculpé. Muddy se irguió y se apoyó en la pared, de forma que mi cabeza quedó sobre su barriga. Se encorvó sobre mí y me abrazó posesivamente. Entonces decidí contarle que mi madre había muerto al darme a luz.

—Ah —exclamó—. Menuda mierda. Lo siento.

Para mi vergüenza, las lágrimas se convirtieron en un ataque de nervios. Le conté que había muerto por mi culpa, y que hasta mi padre pensaba lo mismo. Le dije que ni siquiera era que mi padre hubiera implantado aquella idea en mi mente con disimulo, sino que me lo había dicho directamente en una ocasión en la que me había acusado de haberla matado y que yo me había limitado a asumir la culpa.

—Harles —me dijo Muddy—, ¿de verdad te dijo eso tu padre? Estás quedándote conmigo, ¿no? —Guardé silencio—. Mírame —me ordenó, confundido. Pero yo no era capaz. Intentaba enjugarme las lágrimas con la camiseta y no dejaba de prometerle que algún día dejaría de llorar por todo—. Venga, mírame, porfa. —Nos sentamos cara a cara, con las piernas cruzadas sobre la cama. Muddy me apoyó las manos en los hombros y acercó la cara a la mía—. Lo que le pasó a tu madre no es algo con lo que debas cargar. Y si tu padre te ha hecho sentir lo contrario, es un capullo, sin ánimo de ofender. —Me acarició la cara—. Deberían haberte dicho hace muchos años que tu madre no habría querido que te sintieras culpable. Deberían haberte dicho que estaría orgullosa de ti.

—No sé si he hecho nada por lo que pueda estar orgullosa —le dije, bajando la mirada.

—Pues dime, ¿a dónde vas el viernes?

—A la sesión de terapia —le contesté, alzando la mirada—. ¿Por?

—¿Y por qué vas a terapia?

—Mud…

—No, Harles. Venga —me dijo—. No puedes hablar como si nunca hubieras logrado nada. Lo que quiero decir es que no me cabe la menor duda de que tu madre estaría orgullosa de ti. Bajo mi humilde punto de vista, no hay nada más admirable que darse cuenta de que algo no va bien y decidir hacer algo al respecto para enmendarlo; y también escuchar a un amigo cuando intenta ayudarte. —Me sonrió—. No solo estaría orgullosa de ti, Harles, sino que te respetaría muchísimo, igual que yo. La verdad es que no creo que exista nada en el mundo que merezca más respeto que necesitar ayuda y pedirla. Así

que sí, estaría orgullosa de ti. Y supongo que no pasa nada si de momento no te lo crees. Yo sí lo creo. Pero tienes que prometerme que no tardarás en creértelo tú también.

Me quedé dormido apoyado contra su costado, con la mano en el otro, sintiendo el latido de su corazón en la palma.

El jardín de los abuelos de Muddy era pequeño y estaba bordeado de arbustos repletos de bayas. En el centro del jardín se alzaba una construcción ecléctica de comederos de pájaros de toda clase; la verdad es que recordaba a una estación de alimentación. No había comida en ninguno de los comederos ni en los tubos, de modo que, por la mañana, nos fuimos a un polígono que quedaba cerca de Trinity Way y compramos una bolsa de cinco kilos de semillas de nug en la tienda de animales. Cuando volvimos a casa, Mabel ya se había ido al hospital y Muddy la llamó para decirle que iríamos en cuanto termináramos de rellenar los comederos.

En el jardín, colocó la bolsa de semillas ante mis pies y sacó un tubo vacío lleno de agujeritos, con varias varillas metálicas que atravesaban el centro de la estructura.

—Venga, a darles de comer a los putos pájaros —me dijo, pasándome el tubo.

Abrí el cierre de metal y levanté la tapa. Muddy echó las semillas delgadas, marrones y negras, en el interior. Cuando terminó, colgó el tubo de un poste de madera.

—Hala, ya están los jilgueros —me dijo.

En la cocina, rebuscó entre los armarios hasta que encontró una bolsa con cierre llena de semillas de girasol.

—A los petirrojos les encantan —me explicó mientras me tendía la bolsa y me ordenaba que echara el contenido en las bandejitas que había en el suelo. Le recordé que había cinco bandejas—. Ah, pues entonces no tenemos bastante, ¿no? Mira, de momento llena una y luego vamos a por más.

Mientras yo echaba las semillas, Muddy estaba a cuatro patas en el suelo de la cocina inspeccionando los armarios y diciéndome a gritos lo vacíos que estaban y que íbamos a hacer una buena compra antes de salir de casa. Después oí un golpe muy fuerte seguido de unas cuantas palabrotas. Al darme la vuelta me encontré a Muddy de pie, con una mano en el cogote y con una expresión de dolor en el rostro enrojecido. Volví a toda prisa a la cocina y Muddy extendió una mano hacia mí.

—Me he levantado demasiado deprisa —me dijo—. ¿Puedes apretarme la mano? —Lo miré confundido—. Tú aprieta y ya, porfa.

Todo lo fuerte que puedas. —Le tomé de la mano y apreté—. Más fuerte.

Apreté hasta que la mano se le puso tan roja como la cara. Cuando se la solté, Muddy se agarró al borde de la encimera cerrando los ojos y tomó aire con los dientes apretados.

Improvisé una compresa de hielo con varios cubitos del congelador y una bolsa de plástico para guardar comida que encontré en uno de los cajones. Después nos sentamos en el césped y le sostuve la bolsa de hielo contra el cogote.

—Qué gustito —me dijo con los ojos cerrados.

Muddy intentaba equilibrar un comedero entre las piernas para echar una bolsa entera de cacahuetes con cáscara. Cuando terminó, se quedó mirando en silencio el cielo despejado con mirada ausente mientras pasaba el pulgar con gesto distraído sobre la malla del comedero. Sin venir a cuento de nada, y sin apartar la vista del cielo, me preguntó:

—¿Alguna vez has intentado llamar a un petirrojo?

—Creo que sabes de sobra que no —le dije.

—Mi abuelo solía pedirle a mi abuela que le trajera un poco de queso cada vez que se acercaba a la tienda —me dijo con una sonrisa—. Todos los miércoles iba a la tienda del pueblo y volvía con un trozo enorme de queso. Mi abuelo sacaba un cuchillo de mantequilla y cortaba trocitos del tamaño de un grano de arroz. Le tiemblan bastante las manos, así que a veces se lo cortaba yo. Cada vez que veíamos un petirrojo brincando entre los arbustos, mi abuelo dejaba los trocitos de queso con cuidado en esa mesita redonda que hay allí, nos alejábamos y esperábamos. Siempre se escondían entre las ramas, y a veces tardaban siglos en salir. Me pasé días dejando el queso sobre la mesa, y cada día me quedaba más cerca, hasta que un día me puse el queso en la palma de la mano y el pequeñín comió directamente de ella. Mi abuelo no dejaba de decirme: «Poco a poco, enano. Poco a poco». Y vaya si lo era. Tardé siglos, pero fue muy guay. —Le devolví la sonrisa—. Podría enseñarte si quieres —sugirió entonces—. Una vez lo intenté con Finners, pero se aburrió y se fue a molestar a mi abuela.

—Finn y tú no dejáis de intentar enseñarme cosas como si fuerais mis padres de verdad —le dije riéndome—. Es como si de verdad os creyerais lo que le dijisteis al médico.

—¿Perdona? Yo creo que hemos sido unos padres estupendos. Lo único que no hemos hecho ha sido sacar la pelota para practicar a pasarla. Por lo demás, siendo justos, yo creo que lo hemos clavado. Voy a tener que pedirte que rellenes una evaluación o algo para que nos cuentes cómo lo hemos hecho.

—¿Una evaluación?

—Estoy de broma —me dijo entonces—, pero no dejo de darle

vueltas a lo que me dijiste en el hospital, a lo de que te sentías solo y tal. Supongo que la evaluación sería algo tipo… ¿Hemos conseguido que te sintieras menos solo? ¿Hemos conseguido que sintieras que le importas a alguien? Sí; no mucho; o, para nada, Mud.

Y se quedó mirándome.

—Ah —exclamé—. ¿De verdad quieres que responda? ¿Ahora?

—No estaría mal, la verdad. —Le sonreí; notaba el corazón calentito—. ¿Ves? —me dijo entonces—. Esa era la sonrisa que te decía. Me deja atolondrado. Supongo que significa que lo hemos hecho bien. Al menos en general, ¿no? A Finn no le vendrían mal unas clases para aprender a gestionar la rabia o algo así.

Esa misma mañana, más tarde, fuimos a ver a su abuelo, Harry, al hospital. Harry tenía la cara rosácea, una sonrisa en el rostro y poco pelo cano. Supuse que no estaba en uno de los días buenos. Muddy estaba enseñándole los vídeos de los pájaros que había grabado con la cámara y, cada vez que Muddy salía en la imagen, Harry señalaba la pantalla y le decía:

—¿Qué hace ahí tu viejo? Así que ahí es donde ha estado todo este tiempo. En el sur, contigo. Me imagino que no es un sitio seguro con las bombas estallando todo el tiempo.

—No, abuelo, que soy yo —le contestó Muddy, sonriéndole, nervioso.

—Madre mía, pero si no te pareces en nada a él.

Mabel, que estaba sentada a su lado, se estiró para acariciarle la mano a Harry y le dijo:

—No le des demasiadas vueltas, cielo.

Harry estaba perplejo con lo que había pasado la noche anterior, pero no estaba de acuerdo en que se había despistado y había salido de casa. Dijo que había salido con intención de dar un paseo y que no le gustaba que se hubiera puesto todo el mundo así por hacer algo tan normal.

Cuando Muddy me presentó, Harry me estrechó la mano con las dos suyas y me dijo:

—Tú eres el del vídeo, ¿no? —Miró a Muddy y me señaló—. Míralo, aquí está. Encantado de conocerte. Harry nunca nos presenta a nadie. Empezábamos a pensar que se había ido al sur para convertirse en «Harry el sin amigos».

Nos advirtieron que había demasiada gente en la habitación, pero Mabel le dijo a la enfermera que se tranquilizara, que enseguida dejábamos de molestar.

—Bueno, ¿y qué pasó con la chica con la que estabas hablando el

mes pasado? —le preguntó Mabel a Muddy—. ¿Cómo se llamaba? ¿No-Riah?

—Noria —la corrigió él—. Pero ya no estamos juntos. Hemos quedado de amigos.

—¿Y cómo vas a conocer a alguien si al final acabas haciéndote amigo de todas?

—Venga, tranquilízate, Mabe —dijo Harry—, deja al chico en paz. Es joven. No le hace falta encontrar a nadie, ¿verdad que no? Déjalo en paz. Que viva un poco. —Muddy le preguntó qué le había pasado la noche anterior—. Pues me fui a dar uno de mis paseíllos —respondió Harry—. Tenía que salir de casa para tomar un poco el aire. No puedo quedarme todo el día encerrado en casa viendo pasar los putos autobuses.

—Pero ¿por qué saliste tan tarde?

—Era por la tarde, joder —exclamó—. Antes salía a hacer senderismo. Recorría kilómetros y kilómetros, y ahora no puedo salir de casa sin que una ambulancia tenga que llevarme a algún lado.

—Eso fue porque tuviste un accidente —le recordó Muddy.

—No habría tenido un accidente si no hubieran puesto esas putas rocas ahí en medio. Menos mal que la encantadora Sheila apareció por allí.

—¿Perdona? —le dijo Mabel, claramente asqueada—. ¿La encantadora Sheila? Cierra el pico, seguro que la Cantarina tuvo algo que ver.

—Déjala en paz, Mabe —le dijo Harry—. Y deja de llamarla así, joder. No se merece que la llames así solo porque pueda matar a las putas flores por lo que le canta el aliento.

—Bueno —los interrumpió Muddy—. Supongo que vas a tener que estar más pendiente de por dónde caminas si vas a salir solo.

—Venga ya, niño —le dijo Harry—. Sé muy bien por dónde voy. La culpa es del ayuntamiento de los cojones. No piensan en la gente de cierta edad o con ciertas capacidades físicas, ¡ni tampoco en lo que puede necesitar alguien como yo cuando sale para dar un puto paseo! Quizá los jovenzuelos podáis agacharos y esquivar todos esos pedruscos que hay por ahí. Pero ¿yo? Necesito espacio. Espacio, joder. No puedo encontrarme putas rocas por ahí. No tengo tiempo para esas cosas; solo me quedan un par de décadas.

—No deberías ser tan orgulloso, abuelo —le dijo Muddy riéndose —, o tendremos que meterte en una residencia para que te tengan vigilado.

—¿Yo? ¿En una residencia? —se burló Harry—. ¿Sentado en un semicírculo con todas esas ancianitas? ¿Dando palmas al ritmo del puto Cliff Richard con una sonrisa de mierda sobre mi propio orín? Ya te digo yo que no. Ni hablar. Estoy en la flor de la vida.

—Venga, no seas ridículo —le dijo Mabel.

—¿La estáis oyendo? —dijo Harry—. Lo único que quiero es salir a dar un paseo sin que sea una carrera de obstáculos, y ahora resulta que estoy siendo ridículo.

Más tarde Harry y Muddy se enseñaron sus registros de aves. Según me había contado Muddy, su abuelo llevaba años sin actualizar el suyo, pero hablaba como si acabara de anotar todas las entradas. Cuando Harry mencionó que hacía mucho que no veía un estornino, Muddy le enseñó el tatuaje. Y, aunque Harry ya lo había visto un millón de veces, le dijo:

—¡Qué estilazo! Dime, ¿cuándo te lo has hecho?

Antes de irnos, Muddy fue al baño. Mabel y yo lo esperamos en los asientos del pasillo.

—Harley, no eres gay, ¿no, cielo? —me preguntó. Yo me quedé mirándola con los ojos abiertos de par en par. No me había ofendido, pero me sorprendía que me lo hubiera preguntado así como si nada—. No es algo malo, cielo. Solo quería preguntártelo porque, esta mañana, cuando he ido a ver cómo estabais, Muddy y tú parecíais muy íntimos. Siempre me encuentro algo cada vez que entro en ese cuarto…

—Ah —le dije riéndome—. Sí que lo soy, pero es que Muddy no quería que durmiera en el sofá ni en el suelo.

—Ya, pero mira —me dijo—. Ha empezado a pintarse las uñas, ¿no? Yo no soy de las que juzgan, pero me he puesto a darle vueltas a la cabeza. Barbra, que vive al final de la calle, tiene un hijo gay, pero no se parece en nada a Mud. De hecho, ni siquiera se parece en nada a ti… —añadió, señalándose la cara, como para darme a entender que lo que quería decir era que el chico en cuestión no era negro—. Siempre he tenido una corazonada para estas cosas, pero Muddy nunca me ha parecido de los tuyos. Quiero creer que, si estuviera ocultando algo, me habría enterado, ¿sabes? Que habría encontrado revistas guarras en el fondo del armario o algo por el estilo. Aunque, bueno, supongo que siempre ha tenido todos esos hombres pegados a la pared.

—¿Te refieres a los futbolistas?

Mabel asintió.

—Además, lo que te he dicho, parecía muy íntimo contigo, ahí abrazándote con esa sonrisita. No hay mucha gente por ahí que duerma sonriendo, ¿sabes?

—Claro, porque tú te pasas la vida viendo a la gente dormir, ¿verdad? —le dije riendo, sorprendido ante la ligereza con la que solté el comentario.

—Mira que eres cabrón —me contestó riéndose.

No tenía intención de hablar en nombre de Muddy, sobre todo cuando me pedían que hiciera conjeturas sobre él. Así que, cuando me

preguntó si creía que era de los míos, le dije que de verdad no tenía la menor idea, a lo que me respondió:

—¿En serio, cielo? ¿No se supone que lo sabéis?

El último día que pasamos en Mánchester, fui con Muddy a Kersal Wetlands, una gran zona inundable cubierta de hierba rodeada por el río Irwell. Muddy tenía tantas ganas de ver aves salvajes que incluso me había dado unos prismáticos; eran diminutos, como los que usaba él de pequeño. Me había acostumbrado a verlo observar el cielo con ellos, así que tenía muchas ganas de imitarlo.

Era tarde, y hacía mucho calor. Muddy llevaba una camisa gris, unos pantalones cortos azul marino y unas Converse desgastadas. Se había llevado una mochila en la que había guardado una libreta, un boli, varios sándwiches y una pelota de *rugby*. El lugar estaba tranquilo; parecía aislado del resto de la ciudad. Recorrimos los senderos despacio, con los prismáticos ante los ojos. Muddy identificaba cada pájaro con el que nos cruzábamos: ratoneros, arrendajos, gavilanes, pájaros carpinteros y un par de cisnes. Me daba un golpecito en el hombro y me señalaba en una dirección concreta, y yo miraba hacia allí a toda prisa. Le pedí que me explicara cómo sabía identificar las distintas clases de aves solo con verlas y oírlas, así que cuando vimos un martín pescador sobrevolando el agua y emitió su canto chillón y penetrante, Muddy me dijo:

—¿Lo has oído? —Luego lo imitó—. Es imposible no verlos, Harles. Y mira sus cuerpecitos azules y naranjas.

Por la tarde fuimos a un campo cercano en el que Muddy insistió que tuviéramos nuestro primer entrenamiento de *rugby*. Muddy se quitó la mochila y la camisa. Debió percibir que estaba nervioso ante la idea de practicar cualquier clase de deporte, incluso en privado, porque entonces comenzó a sacudirse la tripa y a gritarme:

—Podría alimentar a todo un pueblo durante semanas con esta barriga. Parece un plato de gelatina.

Me reí como imaginaba que quería que me riera, pero no me gustó que hiciera aquello. Una de las cosas que más me gustaban de él era ese talento inexplicable suyo para ponerse en un pedestal y que no pareciera un creído. Y, a veces, como un padre que se sube a su hijo a los hombros, me ayudaba a verme desde su altura.

La primera vez que lanzó el balón me pasó por encima de la cabeza y tuve que ir tras él. Cuando me pidió que se lo arrojara de vuelta, se quedó a mitad; Muddy fue corriendo a recogerlo con una sonrisa.

—Vale —me dijo, tomándome de las manos—. Tienes que poner

esta encima del balón y la otra aquí. La izquierda es para guiarlo; la derecha es la que hace todo el trabajo. —Me dio la vuelta y añadió—: Siempre hay que pasarlo hacia atrás, así que voy a ponerme justo detrás de ti, y tú vas a correr un poco y a lanzarlo hacia atrás.

—Vale —le dije.

Comencé a correr y le lancé el balón. Cuando lo atrapó, me dijo:

—No está mal… nada mal, pero tienes que girar el cuerpo cuando lo tires. ¿Me explico? Así. —Sostuvo el balón y giró el cuerpo lentamente—. ¿Ves, Harles? Tienes que girar con el balón y mirar hacia donde quieres lanzarlo.

No estaba prestando atención a nada de lo que decía. Estaba embelesado mirándole el vello que le empezaba a la altura de los hombros y que se acumulaba en el centro de su pecho; observando la forma en que separaba los muslos fornidos para enseñarme la técnica que me estaba mostrando. Me quedé mirándolo mucho rato después de que dejara de hablar.

—¿En qué estás pensando?

En lo guapo que eres, pensé, sonriéndole.

—En nada —le dije.

Me obligó a repetir lo que acababa de enseñarme. Supongo que debí de captar algo de lo que me había dicho, porque se quedó muy impresionado y se puso muy contento al ver la energía con la que lancé la pelota. Vino corriendo hacia mí y me abrazó mientras gritaba mi nombre en voz baja pero con muchas ganas.

Después nos sentamos en la hierba. El cielo estaba teñido de un azul marino impresionante, bordeado por la silueta de los árboles que quedaban a nuestro alrededor. Muddy me lanzó un segundo sándwich de jamón que me había preparado y, cuando lo atrapé, me guiñó el ojo y me sonrió.

—Bueno —le dije mientras masticaba—. Teóricamente, ¿en qué momento exacto me rompiste la muñeca mientras practicábamos?

—Supongo que te derribé —dijo encogiéndose de hombros—. Me abalancé sobre ti cuando tenías la pelota y te caíste al suelo.

Pasado un tiempo nos quedamos callados, pero yo no podía dejar de mirarlo. Volvió a ponerse la camisa y se tumbó en la hierba de espaldas, con los brazos detrás de la cabeza. Yo me senté con las piernas cruzadas a su lado. Me puse a pensar en esa cinta de Oasis que había grabado de pequeño.

—Me habría encantado conocerte de pequeño —le dije, mirando hacia el horizonte—. No dejo de pensar en cómo habría sido mi vida si nos hubiéramos conocido.

—Mejor que no —contestó él riéndose—. Era una auténtica pesadilla.

—¿En serio?

—No —me dijo—, en verdad era buen niño, no voy a mentirte.

—¿Cómo fue tu infancia? —le pregunté—. Aparte de lo de saltar en charcos de barro con los cerdos y escuchar a Oasis.

—Trabajé de repartidor de periódicos, me apunté a los scouts…

—¿Tenías amigos?

—Sí —me dijo tras un instante de silencio—. Aunque supongo que no eran los mejores. Tuve una época de malote. —Hubo otra pausa—. Lo digo en serio.

—Pero ¿cómo de malote? —le dije riéndome.

—A ver —suspiró—, conocía a un chico. Se llamaba Ben. Todo el mundo lo llamaba Ben el Gafotas porque tenía unas gafas de culo de vaso que le hacían unos ojos enormes. Mis amigos y yo nos metíamos mogollón con él. Nos pasábamos cuatro pueblos, sobre todo teniendo en cuenta que algunos de ellos también llevaban gafas. Pero un día nos encontramos a Ben delante de la puerta del colegio y mi amigo Archie me dijo: «Venga, Mud, quítale las gafas». Y eso hice, pensaba que nos reiríamos todos un poco y que luego se las devolvería. Pero entonces Ollie, otro amigo mío, salió de la nada y se las rompió en las narices.

—¿Y qué hiciste tú?

—Pues me uní a ellos.

—¿Qué? —le pregunté, mirándolo.

—Sí —me dijo con tono solemne—. No quería que se pensaran que era un pardillo. De hecho, me había olvidado por completo de aquello hasta hace poco. Ya te he dicho que siempre me miras como si nunca metiera la pata, pero la he metido muchas veces. —Guardó silencio durante un instante—. He sido un capullo con la gente, y a veces puedo ser una persona fácil de convencer.

—Si fuera yo el que te contara esa historia —le dije sonriendo—, seguramente me dirías que me fijara en la persona en la que me he convertido, en lo mucho que he cambiado, en lo mucho que me preocupo por los demás y tal.

—Sí —me dijo—. La gente no deja de decirme lo profundo que puedo llegar a ser.

Antes de volver a Kent a la mañana siguiente, fuimos a hacerle otra visita a su abuelo. Muddy puso *Songbird* de Oasis durante el trayecto y se puso a silbar y a darse golpecitos en el regazo al ritmo de la música.

En el hospital, Harry estaba muy animado y no dejaba de hablar, aunque yo no tenía muy claro de qué hablaba. En un momento dado, tomó aire y me dijo, señalando a Muddy:

—¿Te ha dicho cómo lo llamábamos antes? —Abrí mucho los ojos

con interés—. Lo llamábamos «Puerquito». —Me reí—. Era muy regordete. Cuando vivíamos en la granja de Leeds se revolcaba en el barro con los cerdos como si fuera uno de ellos. Era un niño muy feliz. Estaba en su salsa.

—Ay, Harry —le dijo Mabel—, siempre lo recuerdas mal.

—¿A qué te refieres, cielo?

—No le gustaba revolcarse en el barro con los cerdos.

—Pues claro que sí —contestó Harry—. Pero si le encantaban el barro y los cerdos. Si aún lo llamamos así por eso y todo.

—No le gustaba —replicó Mabel—. Alguien lo empujó.

—¡Venga ya! —protestó Harry—. No me lo creo. —Entonces se fijó en Muddy—. Mira, niño, no vayas por ahí contando mentiras. No sé dónde coño se habrá metido tu padre, pero no le gustaría que fueras un mentiroso. Si quieres revolcarte en el puto barro con una piara, ponte cómodo detrás de ese comedero y no dejes que nadie, ni siquiera tu abuela, te quite la idea de la cabeza. Estamos en el siglo XXI y las normas están cambiando. Si lo que te apetece es corretear con los cerdos, pues…

—¡Que no, que alguien lo empujó! —insistió Mabel.

—Claro, claro —le dijo Harry—. Míralo, lo estás avergonzando.

—Pero si lo empujaste tú.

—¿Yo? —preguntó Harry—. ¿Que yo empujé a nuestro Puerquito? ¿A la carne de mi carne? —Se produjo un silencio. Harry entrecerró los ojos y movió los labios—. Ay, sí, es verdad. Te empujé, ¿no? Perdona. Te lancé con los cerditos. Debías de tener cinco años y me dijiste que querías ir al zoo para ver los cerdos, y yo te contesté: «Para qué quieres ir al zoo si ya tenemos cerdos aquí».

—No, Harry —lo corrigió Mabel, sin dejar de reírse—, te estabas metiendo con él.

—Venga ya, Mabe —contestó Harry—. Yo no me meto con nadie; pero si soy un encanto.

—No, abuelo —le dijo Muddy riéndose—. Perdona que te lo diga, pero sí que eras un poco abusón.

Harry los miró a ambos.

—¿En serio?

—Bueno —le dijo Mabel—. Dijiste que los cerdos tenían más elegancia y decoro que nuestro Mud y que le vendría bien aprender un par de cosas de ellos. ¿Ya te acuerdas? Estábamos cenando y Mud engullía tan rápido que el pobre ni siquiera podía respirar.

—Ay, sí, es verdad —contestó Harry, mirando a Muddy—. Dime, ¿aprendiste algo? ¿Te hizo mella?

—Aquello fue hace quince años, abuelo —le dijo Muddy.

—Ha pasado muchísimo tiempo —contestó Harry—. No me estaba metiendo contigo. Te estaba dando una clase de gratis de cómo comer

sin asfixiarte. —Entonces se dirigió a mí—. ¿Ves? Haces todo lo posible para prepararlos y darles el mejor futuro posible y de repente te conviertes en un abusón porque lo arrojaste con los cerdos. Es la última vez que intento ayudar a alguien de la familia. He estado encargándome de todo por él desde que su padre se largó.

Antes de volver a Kent, Muddy se sentó en el coche en silencio y se quedó con la mirada perdida hacia la ventanilla. Pasó bastante tiempo en esa misma postura, incluso cuando le cayó una lágrima por la mejilla; entonces, sencillamente, se la enjugó con el nudillo. Tras dudar un poco, le apoyé la mano en el hombro. Muddy me miró con los ojos llorosos, me sonrió y colocó su mano sobre la mía.

—Perdona —se disculpó—. Mírame, siempre diciendo que soy duro como una roca y mírame ahora lloriqueando.

—A ver, no voy a juzgarte por llorar… Al menos no a la cara.

—Te vas a reír de mí con Finn a mis espaldas, ¿verdad?

—Y tanto —le dije—. Tú eres Liam y nosotros somos Noel. No te soportamos.

—Bueno —dijo riéndose—, mientras yo sea Liam me vale. —Después guardó silencio durante un instante—. Adoro a mi abuelo, pero ojalá no diera tanto la tabarra con mi padre.

—¿Puedo preguntarte qué fue lo que pasó con tus padres?

—No —me contestó—. Es un asunto personal y creo que deberíamos marcar algunos límites.

—Vale.

Pero entonces rompió a reír y me dio una palmada en el hombro.

—Vale —me dijo—, mi madre tuvo algunos problemas cuando yo era pequeño, de la cabeza y tal, así que no podía cuidar de mí, así que fue a vivir con mis abuelos maternos y venía a verme cada poco años. Mi padre y yo nos quedamos solos. Lo que pasa es que mi padre tenía grandes aspiraciones, quería llegar a ser alguien. No sé qué es lo que quería exactamente, pero no podía quedarse atrapado conmigo. Así que un día me hizo las maletas, como si aquello fuera lo más guay del mundo, me llevó a la granja de Leeds y me dijo que iba a quedarme con Harry y Mabel durante una temporada, que volvería pronto. Y nunca volvió. No volví a verlo jamás.

—Lo siento muchísimo.

—No pasa nada —me contestó—. A ver, no es bonito que alguien a quien quieres no te quiera, pero no dejo que me afecte. La verdad es que me ha servido para aprender algo con el paso de los años.

—¿El qué?

—Pues me hizo darme cuenta de que todos tenemos cosas que nos

importan, ¿no? Y, mira, a mí lo que me pasa es que no me gusta que ningún amigo sienta que no lo quieren. A ver, es evidente que no puedo ser lo más importante de la vida de todo el mundo, pero puedo ser un amigo para alguien que lo necesita. No cuesta nada preguntarle a alguien cómo le ha ido el día, sonreírle y darle un abrazo si le gustan. —Le sonreí—. Mira, puede que nunca vaya a la uni, y puede que me pase la vida cobrando el salario mínimo, pero, no sé, me gusta hacer felices a mis amigos: me gusta estar en el campo con Finn, tomarme un café con Chels, dejar que Noria me haga lo que quiera en el pelo, salir a ver aves con mi amigo Harles. —Me dio un golpecito y me guiñó un ojo—. No sé, para mí no hay nada igual.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Varios días después de que Muddy y yo volviéramos de Mánchester, recibí un mensaje de Chelsea diciéndome que Noria al fin había encontrado un trabajo nuevo. Chelsea acababa de empezar su semana de vacaciones anual, y aún no sabía muy bien qué hacer con aquellos días libres. El texto me lo había mandado borracha, con muchos signos de exclamación y caracteres aleatorios. Poco después, me llegó un mensaje de Noria que era incluso más indescifrable que el de Chelsea en el que me preguntaba si me iba con ellas con cinco signos de interrogación.

El padre de Noria me abrió la puerta.

—¡Hola, señor Ajayi! —lo saludé.

—¡Hola, guapo! —me respondió con aquel acento nigeriano tan marcado suyo, tirando de mí para darme uno de esos apretones de manos que acaban convirtiéndose en un abrazo con palmadas en la espalda—. Harley, las mujeres han invadido mi casa. Ha venido tu amiga blanca y no dejan de dar guerra.

—Hola, Harles —me saludó Chelsea, que apareció tras él con un vasito lleno de un líquido naranja oscuro—. Aquí está la amiga blanca.

—Aquí está —le dijo el padre de Noria con una sonrisa—. No sabes los dolores de cabeza que me da.

—Ay, en verdad me adoras —le dijo Chelsea riéndose—. Venga, tómate un paracetamol.

El padre de Noria era un hombre encantador; para ser un padre que vivía a las afueras, era bastante sensible. Me gustaba que me preguntara por mi vida sin que pareciera que me estaba interrogando. A veces envidiaba muchísimo a Noria por tener el privilegio de enfadarse un poco por lo simpático que era su padre. Siempre ponía los ojos en blanco cuando entraba en su cuarto para llevarle sándwiches y comentaba algo sobre lo que fuera que estuviera haciendo ella. En una ocasión, Noria se puso la versión sin censura de *Nann* de Trick Daddy y Trina a todo trapo, y su padre se quedó en la puerta con cara de ofendido y se limitó a decirle: «Noria Ajayi, ¿así que esta es la música que escuchas? ¿Coño aquí, coño allá; sexo esto, sexo lo otro?». Yo me meé de la risa; Noria escondió la cara entre las manos y le suplicó que se fuera de allí.

Me resultaba difícil no comparar a su padre con el mío. Noria hacía cosas que habrían hecho que cualquier otro padre africano temeroso de la ira de Dios hubiera ido a buscar un cucharón o un cinturón, pero supongo que ella tenía más suerte que yo en la vida. Quizás ella tuviera cosas mejores con las que negociar con la vida; quizás ella, en comparación, resultara más provechosa que yo, de

modo que la vida se adaptaba de un modo distinto a ella.

Jamás me había ido con Chelsea de fiesta ni le había prometido a varios hombres que Chelsea les daría un beso, bailaría o se acostaría con ellos si me invitaban a una copa. Jamás había arrastrado a Chelsea a la iglesia pentecostal a la que iba mi padre porque, sorprendentemente, había visto a un chico blanco —¡que encima era mono!— y le había dejado mi número de teléfono y un mensaje cerdo bastante explícito en la parte de atrás de un sobre en el cesto de la colecta que, más tarde, el pastor había leído ante toda la congregación. Aun así, a mí mi padre no me aguantaba, y el de Noria estaba maravillado con su hija.

En el cuarto de Noria había media botella de Hennessy sobre el escritorio, y habían puesto el disco *No More Drama* de Mary J. Blige. Noria llevaba una chaqueta bomber con estampado de cebra, aros, y tenía el pelo recogido con una coleta trenzada, con rombos negros y naranjas que se entremezclaban. Chelsea estaba sentada en el suelo junto al reproductor de música, dándole vueltas al vaso y cantando *Rainy Dayz* mientras Noria no dejaba de animarla y de gritarle:

—Venga, Chelsea, dale.

Cuando Noria me vio, pegó un grito.

—¡Enhorabuena! —la felicité.

—Madre mía —dijo Chelsea, mirándonos a ambos—. ¿Le has contado a Harles lo que le dijiste a tu antigua encargada?

Noria me tomó de la mano y nos sentamos en la cama.

—Vale, cuando me dijeron que sí en el curro nuevo, me puse en plan: «Mira, Jen, me estás sacando de quicio desde el primer día, y me has estado faltando al respeto. Me llamo No-ri-a. No «la de las extensiones», ni «la chillona», ni tampoco «la culona».

—¿Te llamaba «la de las extensiones»?

—Ya te lo dije, Harles. Era horrible. Y tú siempre diciéndome: «No deberías prenderle fuego a esa zorra…».

—Porque me daba miedo que fueras una pirómana y que te estuviera dando alas.

—Bueno —me contestó—, que le dije que se fuera a la mierda y que se metiera las referencias por el culo.

—No está exagerando —dijo Chelsea, acercándose a gatas a nosotros—. Se lo dijo tal cual, y también varias cosas más.

—¿Varias cosas más? —repitió Noria, dándole un buen trago a su copa—. ¿Qué más le dije?

Chelsea se quedó mirándola durante un instante.

—No me acuerdo, cielo.

—Mierda, yo tampoco.

Y empezaron a partirse de risa. Cuando pararon, le pregunté a Noria dónde iba a trabajar.

—En L.K. Bennett —me contestó.

—¿Qué? —exclamé—. ¡Noria! Pero ¿eso no está aquí al lado?

—Justo —me respondió—. Lo de ir por ahí dejando el currículum es una mierda, así que me fui directa a L.K. Bennett, me acerqué a la encargada y le dije: «Mire, esto es lo que hay, y esto es lo que va a pasar. ¿Qué me dice?».

—¿Y te han dado el trabajo? ¿Así sin más?

—No —me contestó—, me pidió el currículum y me dijo que ya me llamarían. Pero, al salir, le dije a una clienta que, si se compraba ese vestido tan feo que estaba ojeando, estaría tirando doscientas libras a la basura; quizá le gustara lo que veía, pero su cuerpo le estaba gritando que jamás de los jamases.

—¿Y aun así te han dado el trabajo?

—La verdad es que intentaron echarme de la tienda. Pero yo me puse en plan: «Un momentito. Ese traje no le va a quedar bien, pero este, este que vale cuatrocientas libras, le va a sentar como un guante».

—¿Y era verdad?

—En realidad, sí —me contestó—. Estaba espectacular, pero obvio que le habría mentido si hubiera tenido que hacerlo. ¿Crees que no voy a timar a alguien para poder ganar dinero para el alquiler?

Noria aspiró entre dientes y Chelsea alzó el vaso a modo de brindis y le preguntó si iba a dejar de insultar a Jennifer. Noria soltó una risita, hipó, y nos dijo:

—Pero vosotros me entendéis, ¿no? Ella puede llamarme «la de las extensiones» a mi espalda, pero, si le arreara una patada en el culo, la mala sería yo.

—Ya —le dije—. Qué fuerte que acabes metida en un lío por ponerte violenta.

—Pero ¡es que ella también se estaba poniendo violenta! —protestó Noria—. Lo que pasa es que ella lo hacía de otra forma, con las cosas que me decía. —Después guardó silencio y soltó un suspiro —. No puedo creerme que estuviera a punto de buscarme un *sugar daddy*.

—Ya, ni yo —comentó Chelsea.

—¿Cómo que ni tú? —se quejó Noria—. ¿Me estás diciendo que no te habrías unido a la búsqueda? Pero ¡si lo hacemos todo juntas, so zorra! Si voy a venderle mi coño a un viejo de sesenta años, tú vas detrás.

—Claro, claro —respondió Chelsea, intentando quitarle el vaso—. ¡Venga, dámelo!

Noria lo alejó de ella, con los párpados caídos.

—No —le contestó—. Imagínate el pastizal que ganaríamos.

—A mí los emprendedores me parecen dignos de admiración —

intervine.

—Justo —dijo Noria—. Además, ofrecemos dos sabores distintos.

—Podríais haberos llamado Nata y Chocolate —les dije.

—Venga, Chels —insistió Noria, arrastrando las palabras—. Nata y Chocolate.

Justo en ese instante le sonó el teléfono a Chelsea, que miró a Noria y le dijo:

—Mira, este es uno de los motivos por los que de momento no voy a ponerme a seducir a ancianos contigo —respondió la llamada y exclamó—: ¡Finn!… Sí, estoy con Nor y con Harles… No, no estoy borracha…

—Oye, Chels —le dijo Noria—. Acércate un momentito.

—Dame un segundo, Finn —le dijo Chelsea, y dejó el teléfono en el suelo y miró a Noria.

—Chels, cielo, mírame… —le dijo Noria, apoyándole las manos en los hombros—. ¿Qué es lo que te tengo dicho?

—Mmm… ¿Qué no vaya follando gratis por ahí?

—No, eso no.

—¿Que si no se porta bien me folle a su padre?

—No.

—¿Que si a su padre no le apetece, lo intente con su madre?

—Chels, no…

—Ay, cielo, es que dices muchas cosas, ¿sabes? —protestó Chelsea —. Es imposible no hacerse un lío.

Noria agarró el teléfono y se levantó.

—No permitas que te haga sentir que debes mentirle —le dijo—. Dime, Finn —le dijo al teléfono—. Lleva un pedo de Hennessy. ¿Qué pasa?

Oímos a Finn reírse desde el otro lado de la línea cuando Chelsea recuperó el teléfono y salió del cuarto.

Negué con la cabeza hacia Noria.

—¿Por qué le estás enseñando todas esas tonterías?

—Lo hago con buena intención.

—La estás corrompiendo.

—Porque la quiero.

Cuando Chelsea volvió más tarde me señaló con el dedo y me dijo:

—Finn me ha dicho que te va a sacar a correr y que le da igual que no te apetezca porque vas a ir sí o sí.

—Madre mía —exclamó Noria, mirándome de reojo—. *Rugby*, salir a correr… ¿Qué te está pasando?

—Llevo preguntándome lo mismo desde hace semanas —contestó Chelsea—. Están intentando convertirlo en uno de ellos. Sabes lo que ha pasado, ¿no, Nor? Hemos tenido demasiada manga ancha con los chicos.

—Pues mira —contestó Noria—, tienes razón, Chels. Si Mud te está obligando a hacer mierdas de *rugby*, y te vas a ir a correr con Fin, vas a tener que hacer algo que nos guste a Chels y a mí.

—No me gusta el *rugby* —protesté—. No me va a gustar salir a correr a las cinco de la mañana, ni tampoco me va a gustar salir a beber en una salita con las paredes cubiertas de sudor mientras bailo *trance*. ¿Por qué no hacemos algo que me guste a mí?

—¿Como qué?

—No sé —contesté—. Podríamos ir a jugar a los bolos o algo así.

—Pero si tú no juegas a los bolos —me acusó Chelsea.

—Exactamente —le dije—. Y vosotros tampoco. Así nadie estará en su salsa. Además, así podéis tomaros el día libre y no sentís la obligación de enseñarme nada.

Después de que Chelsea se fuera, Noria y yo nos pusimos a ver *Girlfriends* en Trouble TV en su salón mientras se nos pasaba el pedo. Noria guardó silencio durante todo el episodio y entonces, durante los anuncios, me miró con ojos tristes y me dijo:

—¿Por qué te ha elegido Muddy a ti y no a mí?

—¿Qué? —le dije, completamente a cuadros.

Tras una larga pausa, repitió la pregunta.

—¿De verdad crees que me ha elegido a mí por encima de ti? —le pregunté.

—Pues sí.

Hubo otro silencio.

—Sabías que estabas enfadada por algo —le dije—. Aquel día en la piscina…

—No estaba enfadada —me contestó—. Lo estaba procesando.

—¿El qué?

—Que seguramente te hayas enamorado de él y que puede que él se haya enamorado de ti.

—No estoy enamorado de él.

—Harley, para —me dijo—. Si no es amor lo que hay en tus ojos cada vez que lo miras, pues menuda estafa.

—Vale, vale —le dije—. No estoy enamorado, pero últimamente hemos pasado por varias cosas juntos y…

—¿No acabaste en el hospital por su culpa? —me preguntó, mirándome el brazo.

—¿Qué? No, claro que no —le dije de golpe.

—¿Entonces no te hizo daño?

Parecía que el pedo se le había pasado de golpe, y yo intentaba no mirarla. No pensaba contarle nada, pero sabía que, si rompía a llorar,

no me quedaría otra. Seguramente querría una explicación que justificara aquellas lágrimas, y ninguna mentira que le contara sería lo bastante buena como para calmarla. Sin embargo, a pesar de todo, comencé a derramar lágrimas sobre la tela del sofá. Noria no hizo nada durante un minuto, pero luego me colocó los dedos bajo la barbilla y me alzó el rostro. Me observó en silencio y, entonces, me apoyó una mano en el cogote y me colocó sobre su pecho mientras me acariciaba el cuello con el pulgar delicadamente.

—Harles, no estás bien, ¿verdad? —me preguntó.

Asentí. Me sentía como un niño pequeño. ¿Por qué mi mera existencia les exigía tanto a mis amigos? Ninguno de ellos parecía necesitar a los demás tanto como yo. Ninguno parecía depender tanto de los demás. Ninguno parecía necesitar tanta amabilidad, generosidad y perdón. Ellos eran quienes me ofrecían todas esas cosas. Mientras Noria me abrazaba, pensaba en lo complicadas que me habían parecido las amistades de pequeño, y lo fáciles que me parecían ahora: en general, se basaban en compartir.

Cuando empecé a explicarle por qué había dejado la uni, lo de Paul, los dos intentos de suicidio, las sesiones de terapia y que Muddy había procurado que no me quedara solo en ningún momento, Noria fue abrazándome cada vez más fuerte. Sentí que nuestra relación cambiaba. Sabía que ella también lo sentía. Hacerla testigo de mis secretos me hizo verme de otro modo, sentirme de otro modo. Deshacerme de aquella carga era liberador; era como si estuviera destruyendo una barrera que yo mismo había alzado y estuviera revelando a la persona decrépita, triste y hambrienta que había estado viviendo tras aquellos muros. Ambos nos quedamos en silencio durante un buen rato.

—Harley… —me dijo Noria al cabo de un tiempo, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Dime.

—Puedes quedarte con Muddy —me dijo, y yo me reí—. No, en serio, todo para ti.

Me contó lo celosa que se había puesto al ver que parecía que yo le gustaba más que ella, que incluso aunque había roto con él, se había obligado a interesarse por la música que le gustaba a él.

—¿Por eso pusiste el disco de Blur aquella vez que fuimos a casa de Finn? —le pregunté, y Noria asintió—. Guau… Metiste la pata hasta el fondo con ese.

—Pero si es todo la misma mierda.

—La verdad es que no.

—¿En serio? —me dijo—. Bueno, pero sigo sin entender por qué se enfadó tanto.

Me reí y me quedé mirándola.

—Por favor, no se lo cuentes a Chelsea —le dije.

—¿Qué? —me preguntó, confundida—. ¿Por qué?

—Venga, porfa…

—Harley, tú no estás bien de la cabeza —me dijo—. Pues claro que voy a contárselo. Nos hemos pasado todo este tiempo discutiendo como un par de idiotas sobre si tenías que volver a la uni o aceptar las prácticas de la discográfica mientras tú te estabas tragando toda esa mierda. Y no se lo has dicho a nadie salvo a… ¿Muddy?

—Bueno, y a Finlay… —le confesé, apartando la mirada.

Noria se echó hacia atrás.

—¡¿A Finlay?!

—Venga, para.

—Se lo has contado a Finn —dijo—. ¿A Finn? —De repente puso una cara de concentración muy extraña—. Madre mía, se lo has contado a él antes que a mí. Te juro que voy a echarme a llorar.

—Finn es un cabezota que siempre está enfadado, pero sorprendentemente, tiene un corazón de oro —le dije—. La verdad es que os parecéis mucho.

Noria me apoyó las manos en los hombros y se puso justo delante de mí.

—Harley, cielo, mírame —me dijo en voz baja—. No me responsabilizo de mis actos como vuelvas a decirme eso.

Y entonces me dio un abrazo.

—Me estás asustando, Noria —le dije.

—Porque doy mucho miedo, joder —le contesté—. Deberías recordarlo la próxima vez que quieras ocultarme algo.

—Por favor, no se lo cuentes —le pedí cuando nos separamos—. Al menos deja que lo haga yo.

—Vale —me dijo, después de quedarse mirándome durante un rato —, pero no le digas que me lo has contado, porque si te parece que yo me pongo en modo protectora, no quieres saber cómo se pondrá ella. Se va a poner hecha un basilisco. Sobre todo por habérselo contado justo a Finn antes que a ella, y yo no quiero que se enfade conmigo por no habérselo contado y no quiero empezar así el otoño.

—Vale —le dije riéndome.

Volvió a quedárseme mirando.

—¡Venga, ven aquí! —Y me dio otro abrazo—. ¿Sabes que Mud me llamó para pedirme que fuera maja contigo?

—¿A ti también?

—Sí —me contestó—. Le dije que si volvía a soltarme una gilipollez como esa lo rapaba al cero. ¿A santo de qué viene a decirme que sea maja contigo, como si no te adorara?

Ya no estaba triste, pero para aliviar el ambiente, cambiamos de canal hasta llegar a MTV Base y empezamos a cantar casi todas las

canciones que pusieron. Ya entrada la tarde, dieron paso a una sección de temazos de los noventa y pusieron el videoclip de esa canción de Trick Daddy y Trina que tanto le gustaba. Pegó un grito y me dijo que hiciéramos como antes y cantáramos las distintas partes: yo hacía de Trick Daddy y ella de Trina. Noria rapeó los versos de Trina con los ojos cerrados, con la misma euforia en el rostro que había visto en los feligreses de la iglesia de mi padre.

Vi a su padre en la puerta mientras ella rapeaba. Establecimos contacto visual durante un instante. Su padre sacudió la cabeza con una sonrisa; yo se la devolví encogiéndome de hombros, y luego se fue.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Antes de que Chelsea volviera de Londres a la semana siguiente, le propuso a Finlay lo de ir a la bolera, que a su vez se lo dijo a Muddy. Tardamos casi toda la semana en organizarnos con Finlay, que se había pasado los últimos días en la sala de calderas de un edificio de oficinas de treinta y dos plantas en Canary Wharf, reponiendo unas tuberías oxidadas. Cuando acabó con aquel cliente, vino a recogerme al piso y fuimos hasta la bolera Hollywood, en Maidstone. Yo había vuelto a casa al salir del trabajo para pegarme una ducha y cambiarme de muda; Muddy ya estaba en Maidstone con Noria.

Cuando le abrí la puerta a Finlay, me lo encontré con una chaqueta negra estilo bomber, una camiseta blanca y vaqueros. Yo iba igual, solo que mi chaqueta era azul marino. Finlay me observo de pies a cabeza, soltó una risa ahogada y se echó hacia atrás de lo contento que estaba.

—Chúpate esa, Mudzie —exclamó, pasándome el brazo por los hombros—. ¿Quién es el que influye en los demás ahora?

—Ay, no.

—¡Ay, sí! —afirmó. Volví hacia el interior del piso, fingiendo que iba a cambiarme de ropa, pero Finlay me retuvo allí—. Que no, Harles. Esto es genial. ¿Tienes zapatillas blancas para que vayamos iguales? Seguro que se enfada muchísimo.

—Ni hablar —le contesté—. Venga, vamos.

Durante el trayecto me estuvo contando lo horrible que había sido el encargo de Canary Wharf y que notaba que se estaba destrozando la espalda.

—Pero tengo muchas ganas del plan de hoy —añadió—. Hace siglos que no juego a los bolos.

—¿Eres bueno?

—Soy buenísimo —me dijo riéndose—. Lo único que me ha animado el día es que sabía que iba a daros una paliza.

Cuando aparcamos, Finlay se estiró hacia el asiento trasero y se adueñó de un desodorante.

—Harles —me dijo con una sonrisa ladeada—. ¿Puedes hacerme un favor?

—¿Qué quieres?

—Déjame que te eche un poco —me contestó, agitando el desodorante.

—¿Por qué? —le pregunté, poniéndole una mueca.

—Venga, déjame que te eche un poquito.

Solté un suspiro.

—¿Es para enfadar a Muddy?

—Si entras ahí vestido como yo y oliendo como yo, le va a dar un ataque —me dijo, sacudiéndose de la risa—. Venga, Harles. No puedo dejar pasar la oportunidad. ¡Va a ser la hostia!

—Vale —accedí, cerrando los párpados—. Pero, si pregunta, me has obligado tú, que en realidad es lo que estás haciendo.

—Tú di lo que quieras —me dijo, y me cubrió de desodorante.

Cuando atravesamos las puertas rosas con forma de arco y entramos en un vestíbulo con demasiada luz, Finlay me pasó un brazo por los hombros y sonrió de oreja a oreja. Muddy estaba de pie junto al mostrador, con una sudadera verde y unos pantalones cortos negros, quitándose las Converse y dejándoselas a la encargada. Noria estaba junto a la máquina expendedora; llevaba el pelo a lo afro, ligeramente rizado, y sujeto con varios ganchillos con estampado de leopardo.

Cuando Muddy se dio la vuelta y nos vio, le cambió la cara y nos gritó:

—¡Que os den! —Finlay comenzó a partirse de risa mientras nos acercábamos—. No, me niego —dijo Muddy. Me miró de pies a cabeza, con las fosas nasales bien abiertas a causa de todo el desodorante que emanaba mi cuerpo—. Joder, ¿a que ha sido idea de Finn?

—Ha sido horrible, Muddy —le dije, fingiendo estar muy afectado —. Me dijo que me iba a echar del coche si no le dejaba que me pusiera su desodorante.

Muddy señaló a Finlay con el dedo y frunció el ceño.

—¿Que has hecho qué? —Le sonreí a Finlay, y él negó con la cabeza levemente hacia mí. Muddy se quitó la sudadera y se la tendió —. Dame tu chaqueta.

—Que te den —le contestó Finlay—. No pienso ponerme esa sudadera roñosa.

Muddy la olisqueó y volvió a tendérsela.

—Está bien —insistió—. Venga, quítatela.

Finlay gruñó mientras se intercambiaban las prendas.

Noria se acercó con dos bolsas de patatas.

—¡Harles! —exclamó, y luego se quedó mirando a Muddy y a Finlay y preguntó—: ¿Qué estáis haciendo?

—Haciendo las cosas bien, eso es lo que estoy haciendo —contestó Muddy. Metió los brazos en las mangas de la chaqueta, acarició la tela con las manos y nos preguntó cómo le quedaba. Finlay, que aún no había sacado la cabeza de la sudadera de Muddy, le dijo que estaba espantoso, pero yo junté el índice y el pulgar para indicarle que estaba muy bien—. Ah —dijo Muddy, con un suspiro de felicidad—. Hala, así está mejor. —Me pasó un brazo por los hombros—. Venga, ¡a jugar!

Muddy compró varios huevitos de chocolate de la máquina expendedora que había en el otro extremo del vestíbulo; Finlay y Noria estaban de pie junto a las estanterías de las bolas. Yo me había sentado en el extremo de una larga hilera de sillas y le estaba mandando un mensaje a Chelsea en el que le decía que, de momento, Finlay se estaba comportando. Cuando volvió, Muddy se sentó a mi lado y dejó caer varios huevos de chocolate en mis manos. Luego apoyó un brazo en el respaldo de la silla, estiró las piernas y agitó las zapatillas de bolos, rojas y blancas.

—Dime —me preguntó—, ¿cómo se te dan los bolos?

—Soy novatísimo —le contesté con una sonrisa—. ¿Y tú?

Arrojó varios huevitos al aire e intentó atraparlos con la boca, pero casi todos le cayeron sobre el pecho y el regazo.

—No se me da muy mal —me respondió, antes de volver a intentarlo—, pero no soy tan bueno como Finners, que se pone supercompetitivo. Míralo.

Finlay estaba explicándole a Noria cómo sujetar la bola durante su turno.

—Mmm… —le dijo Noria—. Sé cómo se hace, Finn.

—Pues venga —le dijo él—. A ver cómo es tu técnica.

—Eres gilipollas —le contestó Noria, poniendo los ojos en blanco.

—Un gilipollas que tiene curiosidad —contestó él—. Venga, a ver.

Noria agarró una bola, introdujo los dedos con fuerza en los agujeros, la arrojó por la pista con furia, aunque, por lo visto, con mucha pericia, y derribó ocho de los diez bolos. Le dedicó una sonrisa a Finlay.

—Bah —le dijo este—. Lo estás haciendo mal. —Finlay agarró una bola porque era su turno—. Mira, normalmente la agarras así, ¿no? Pero luego también hay que tener en cuenta el agarre de los dedos y la presión que ejerces…

—¿Qué le pasa? —le pregunté a Muddy.

Él seguía arrojando huevitos al aire, apoyando la lengua contra la mejilla; parecía estar pasándoselo de miedo pese a que no había logrado atrapar ni uno solo.

—No lo sé —me contestó—. Pobre Nor. Pero va a tener que escabullirse ella solita. Cuando Finn se cree que es mejor que tú en algo, es imposible impedirle que intente demostrártelo.

Después del turno de Muddy —derribó cinco bolos, hizo un bailoteo mientras volvía con nosotros, alzó un puño al aire y se puso a cantar *Rock ‘n’ Roll Star* de Oasis— me tocó a mí. La primera vez no derribé ni un solo bolo, y la segunda tampoco; las dos bolas fueron directas al canal. Cuando me llegó el turno de nuevo, Muddy se colocó

detrás de mí y comenzó a masajearme los hombros como si me estuviera preparando para un combate de boxeo.

—Escucha, Harles —me dijo—. ¡Puedes hacerlo!

—¿Seguro? —le dije riéndome.

—Pues claro que puedes —insistió—. Tú limítate a… —Finlay nos gritó que arrojáramos la bola de una vez, y Muddy se giró y le dijo—: Cierra el pico. Necesita prepararse. —Después volvió a girarse hacia mí—. Venga, tírala. Enséñales lo que vales.

Di un paso atrás y lancé la bola.

Muddy apoyó una rodilla en el suelo, extendió los brazos, entrecerró los ojos y apretó los labios. Iba moviendo las manos despacio, como si pudiera controlar la trayectoria de la bola con telequinesis. Al final, solo derribé dos bolos. Me di la vuelta y Muddy se incorporó, me tiró del brazo y comenzó a asentir con la cabeza hacia todo el mundo como diciendo: «¡Miradlo!». Yo me cubrí la cara, avergonzado pero contento.

A lo largo de la noche, Finlay y Noria lograron hacer un pleno tras otro durante sus turnos, mientras que Muddy logró derribar al menos la mitad. Yo derribaba uno o dos, y a veces ninguno, por lo que al final de la noche fui el que menos puntos había acumulado.

Durante los últimos turnos, Noria y Finlay comenzaron a pelearse:

—Tu técnica es una mierda —le dijo él.

—Mira —contestó Noria—, estoy a dos segundos de arrojarte por la pista como no te calles la boca. A ti lo que te pasa es que te jode que vaya a ganarte.

—Y una mierda.

—¿Es que te crees que no te voy a machacar?

—Pues venga —le dijo riéndose—. Tú primero.

Muddy se acercó a ellos y les ofreció algunos huevos de chocolate. Cuando ambos pasaron de él, se giró hacia mí y se encogió de hombros. Luego lanzó otro huevito al aire y al fin lo atrapó con la boca. Me sonrió, me guiñó un ojo y le asentí en plan «me alegro».

Finlay y Noria siguieron peleando cuando fuimos a cenar tras acabar la partida. Ocupamos una mesa pasadas las pistas, y Muddy y yo nos sentamos en frente de ellos. En el centro había un plato cargado de nachos, rodeado de hamburguesas, perritos calientes y tiras de pollo. Finlay no dejaba de decirle a Noria qué el jugaba mejor a los bolos.

—Vale, puede que hayas hecho plenos —le dijo—, pero estabas lanzando la bola y ya, ¿verdad? A lo loco.

—Pues dime, cuéntame qué es eso tan especial que haces tú —contestó ella—. Y ya de paso explícame por qué sigues hablando cuando te he ganado. ¡Cierra el pico de una vez!

—Hablo porque tengo una técnica y…

—¡Finners! —le gritó Muddy, arrojándole una tira de pollo—. Llevas toda la noche dando por culo con tu técnica de los cojones. Me estás rayando tela la cabeza. Acepta de una vez que te ha ganado. Mira a nuestro niño —dijo entonces, señalándome—. No es que haya jugado muy bien, ¿no? Pero míralo aquí, más contento que unas castañuelas, comiéndose una hamburguesa. —Me dio unas palmaditas en la barriga—. Nor no solo te ha ganado a ti, nos ha dado una paliza a todos. Puede que tu técnica sea una mierda, y que también lo sea la mía y la de nuestro niño. A lo mejor deberías haber prestado atención a lo que sea que ha estado haciendo Nor toda la noche y no haber sido tan bocazas, ¿no? Pero ¿sabes qué pasa? Que da igual, joder. Yo he venido aquí a pasármelo bien con mis amigos, así que cállate ya y sonríe antes de que vuelva a lanzarte otra tira de pollo.

Entonces se produjo un breve silencio.

—No, pero en serio, lo que quiero decirle es que… —prosiguió Finlay—. O sea, lo que intento enseñarle es que…

—Finn, que nadie quiere que le enseñes nada —insistió Noria.

—Pero…

Muddy preparó otra tira de pollo.

—Dale la enhorabuena y pasa del tema, ¿vale? —Y entonces empezó a cantar el estribillo de *Keep on Movin*, de Five, y me dio varios golpecitos para que me uniera a él.

Y eso hice, con muchas ganas. Nos abrazamos y comenzamos a mecernos de un lado a otro hasta que terminamos de cantar.

Noria y Finlay se nos quedaron mirando con cara de póquer, pero después se miraron el uno al otro y sonrieron.

—Lo siento —le dijo Finlay, pasándole el brazo por los hombros—. Has jugado muy bien, Nor. Enhorabuena.

Noria puso los ojos en blanco y se apoyó contra él mientras Finlay le frotaba el brazo; Muddy y yo les sonreímos.

Después de la hamburguesa se me fueron las ganas de probar el resto de la comida, y Muddy me preguntó si estaba bien. Aquella pregunta provocó que todos guardaran silencio y se quedaran mirándome.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

—Nada —contestaron Finlay y Noria.

—Dejad de mirarlo de una vez —les dijo Muddy.

—Ay madre —mascullé, avergonzando, y me excusé diciendo que tenía que ir al baño.

Finlay dijo en broma que Muddy y él deberían acompañarme, sobre todo después de lo que había ocurrido la última vez en el Shakermaker. Me sentí como si me estuvieran arrebatando la dignidad de mi interior a zarpazos. Fui consciente de que todos los que estaban en aquella mesa habían accedido a la oscuridad de la que había

intentado protegerlos para que no se contaminaran. La liberación que había sentido al contárselo todo se estaba convirtiendo en culpa e irritación. Las bromas sobre que era un niño habían comenzado a volverse reales. ¿De verdad me había convertido en alguien que no era capaz de ir al baño solo? Sentí muchísima vergüenza, fue como si de repente comprendiera que la vulnerabilidad era una cualidad innata y patética que había arraigado en lo más hondo de mi naturaleza.

Cuando regresamos a Dartford todos quisieron ir al pub, pero yo lo único que quería era meterme en mi cuarto. Se lo dije a sabiendas de que se preocuparían; sobre todo Muddy.

Estábamos los dos plantados en el pasillo.

—Te agradezco que te preocupes —le dije—, pero creo que necesito estar solo un poco.

Muddy tenía las manos metidas en los bolsillos y no apartaba la vista. Me miraba preocupadísimo. Me di cuenta de que no me había parado a pensar en cómo había afectado a Muddy encontrarme en la bañera, ni tampoco en si el hecho de pasar tanto tiempo conmigo le recordaba lo que había ocurrido. Me pregunté si tenía pesadillas; si soñaba que tardaba demasiado en encontrarme y yo me desangraba y me ahogaba. Me pregunté hasta qué punto podía ser práctica una amistad en la que mi función predominante era ser un símbolo de su tormento, un recordatorio de todo lo que tenía que ocultar —la preocupación, el miedo, la ansiedad— para poder ser mi amigo. Quizá Muddy no fuera tan feliz como yo creía que era. Quizá necesitaba alejarse un tiempo para poder respirar y recuperar fuerzas.

Entonces echó un vistazo hacia el salón, donde estaban Finlay y Noria.

—Chicos —les dijo—, id yendo. Voy a quedarme aquí con Harles.

—Muddy —le dije, agarrándolo del brazo y tirando de él hacia el pasillo—. No lo hagas. Vete. Pásalo bien. Si no haces lo que te apetece por mí, me voy a sentir fatal.

—Pero es que lo que me apetece es quedarme aquí y asegurarme de que mi amigo esté bien.

—No me vengas con gilipolleces —le contesté—, porque sé que lo que te apetece de veras es salir y tomarte un par de copas. —Muddy me sonrió—. ¡Ves! —Deslicé la mano por su brazo—. Además, estás sexi con la chaqueta de Finlay, creo que más gente debería verlo.

Muddy dio un paso atrás, se abrió la chaqueta con dramatismo e hizo una pose con la mano en la cadera y expresión seria.

—La verdad es que sí que me queda bien, ¿eh? —Le sonreí. Y entonces Muddy se quedó mirándome durante un instante y, al final,

soltó un largo suspiro—. Vale, Harles —me dijo—, pero no apagues el puto teléfono, ¿de acuerdo?

Había querido pasar la noche actualizando mi blog con la reseña de otro disco; iba a meterme en el cuarto de Muddy para robarle algo de su colección, pero al recordar lo preocupado que había estado por mí, me hizo sentir mejor conmigo mismo. Puse *The Miseducation of Lauryn Hill* y fui saltando las canciones hasta que llegué a la *cover* de *Can't Take My Eyes Off You*. Luego me tumbé en la cama y me quedé mirando el techo, sonriendo y pensando: *Merezco que se preocupen por mí.*

Quizá no me estuvieran arrebatando la dignidad, quizá me la estuvieran devolviendo. Había cierta dignidad en el hecho de que alguien se preocupara por ti, incluso en que se preocuparan demasiado; en que te quisieran. Dejé que la composición alegre de la canción me anegara y cerré los ojos mientras asentía y mostraba mi conformidad con la letra: a menudo Muddy parecía demasiado bueno para ser real, y a menudo me costaba quitarle los ojos de encima, y a menudo me sentía en el paraíso cuando me abrazaba; sí, el amor había llegado; me sentía agradecido de estar con vida; lo quería. Cuando terminó la canción, sentí la mente despejada y el corazón cargado de alegría.

Volví a ponerla desde el principio.

Me pasé el resto de la noche respondiendo a las llamadas de Muddy, Finlay y Noria, en las que me preguntaban si estaba bien. Finlay y Noria estaban de acuerdo en que Muddy se estaba pasando. Muddy intentaba mantenerme al teléfono todo el tiempo posible, pero yo oía a Finlay desde atrás diciéndole: «¡Cuelga el puto teléfono y deja al niño en paz!». Volvió a llamarme durante la sexta escucha de *Can't Take My Eyes Off You*, otra vez mientras estaba viendo la tele, y una más mientras me cepillaba los dientes. Antes de irme a la cama me preparé unas tostadas y, mientras esperaba a que el pan estuviera listo, Muddy volvió a llamarme. Para entonces ya me parecía que estaba de guasa, así que no respondí. Luego volvió a llamarme; tampoco contesté.

Mientras me preparaba para meterme en la cama, recibí una llamada.

—Muddy, en serio… —le dije, respondiendo sin mirar la pantalla siquiera.

—¿Por qué no respondes al teléfono? —Era Finlay—. ¿Puedes acercarte al hospital. Ha habido un problema. Iría a buscarte, pero tengo que llevar a Nor a casa.

—¿Cómo que ha habido un problema? —le pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Mud está muy mal —me contestó.

Yo guardé silencio.

—¿Me has oído, Harles?

En el hospital Muddy estaba tumbado en la cama con manchurrones de sangre seca alrededor de la boca. El ojo izquierdo se le había hinchado hasta convertirse en un bulto de un rojo intenso manchado de puntitos morados. Al verme intentó sonreír y vi que tenía los dientes manchados de rojo. Aunque quería, no podía apartar la mirada. Cuanto más lo miraba, más rabia sentía al pensar en quién podía haberle hecho eso y en el porqué. Me sentía como si alguien se hubiera colado en mi casa, hubiera profanado un bien preciado y hubiera intentado destruir algo que amaba.

Finlay estaba de camino después de haber dejado a Noria en casa, así que estábamos solos.

—¿Eres tú, Harley? —me preguntó, con la voz rota.

—Sí —le contesté, sentándome en la silla que había al lado de la cama. Me quedé sin habla durante un instante, pero entonces le pregunté—: ¿Qué coño te ha pasado?

—Ya sabes —me dijo, gruñendo mientras se incorporaba—. Me he metido en un lío. No es para tanto. La verdad es que ni siquiera sé por qué me han traído aquí. Lo único que necesito son un par de analgésicos.

—Pero ¿qué dices? Tienes una pinta horrible. Parece que te han dado una paliza.

—Venga ya, hombre —me contestó—. ¿Horrible? Sigo estando supersexi aunque no pueda abrir los dos ojos.

—¿Qué ha pasado, Muddy?

Dejó escapar un suspiro y mantuvo el rostro inexpresivo.

—Dime, ¿qué piensas de las Spice Girls?

—¿Qué?

—Las Spice Girls, ya sabes.

—Mud, déjate de bromas, por favor…

—Es que es importante para la historia.

—Vale —suspiré—. La verdad es que me dan un poco igual, pero ¿qué tienen que ver con lo que te ha pasado?

—Bueno, a mí me gusta bastante *Spice Up Your Life*, ¿sabes? Sobre todo cuando he bebido un poco. Esta noche me he lanzado al karaoke porque me apetecía darle un poco de vidilla a mi vida y quería dar un buen espectáculo. Y ya sabes cómo soy, a mí no me gusta decepcionar a la gente, pero supongo que al grupito de tipos que había allí no les ha gustado mucho.

—¿Te han dado una paliza? —le pregunté—. ¿Por cantar?

—No creo —me dijo—. También se han puesto a cantar.

—Vale. ¿Entonces?

—Seguramente haya sido por la peluca.

—¿La peluca?

—Una peluca de Baby Spice que estaba detrás de la barra y que me quedaba genial. Me até la camisa y todo mientras lo daba todo allí arriba. Pero, al acabar, uno de esos tipos me siguió al baño y se me puso en plan: «¿Seguro que no te has equivocado de sitio? El baño de mujeres está al otro lado». Y ya sabes cómo soy; me reí y le dije que me dejara mear tranquilo. Pensé que ya estaba, pero no. Luego me despedí de Finn y de varios amigos que habíamos hecho durante la noche y me dirigí de vuelta a casa. Pero varios de esos tipos estaban esperándome en un callejón.

La última frase la dijo con un acento mancuniano tan marcado que no lo entendí bien.

—¿En un qué? —le pregunté.

—Perdona —se disculpó riéndose—. En un callejón —repitió—. Puede que me haya ido de Mánchester, pero el acento se me ha quedado. Pero vaya, sí, se abalanzaron sobre mí. Ni lo vi venir. De repente me vi en el suelo y estaban dándome patadas en la cara mientras no dejaban de gritarme «maricón» y «¿qué clase de muerdealmohadas se pinta las uñas?» y tal, y yo en plan: «Venga, daos prisa, que tengo que irme a mi casa. ¿Os echo una mano?». —Me miró y sonrió—. Es broma, Harles, obvio que es broma. Cuando te están haciendo papilla no dices esas cosas, no vaya a ser que crean que tienes posibilidades de vivir para contarlo, pero te juro que lo estaba pensando.

Muddy estaba a punto de decir algo más cuando lo abracé. Apoyé la cabeza en su pecho y lo agarré con fuerza, lo cual le hizo toser. Ninguno nos movimos durante un instante. Sentí que tomaba aire, que el pecho le vibraba. Muddy me apoyó una mano en la parte de atrás de la cabeza y le dije, en voz baja, sin soltarlo:

—Me alegro de que estés bien.

Luego me colocó la otra mano alrededor de la cara y, lentamente, me la alzó para que lo mirara. Volvió a sonreírme.

—Pues claro que estoy bien. Ya te lo he dicho, ¿no? Soy duro como una roca.

Finlay llegó más tarde con dos discos de Lighthouse Family y un walkman. Lo dejó todo en la mesita de noche y se puso a mi lado. Tenía la cara roja, los puños apretados.

—Mud, si alguna vez vemos a esos capullos, me dices quiénes son, ¿vale? —le dijo Finlay. Muddy se rio, medio adormilado—. Va en serio. La próxima vez que los veamos va a ser un baño de sangre.

Muddy se rio y volvió a toser.

—¿Tienes el coche preparado?

—Con las bolsas de basura y las cuerdas en el puto maletero —contestó Finlay—. Y también un puño americano.

—Hostia puta —exclamó Muddy—. Eso es nuevo.

—Pues sí —contestó Finlay—. Tenemos que mejorar el equipo. Vamos a ir con la artillería pesada.

—A por todas —le dijo Muddy.

—No se lo van a ver venir —añadió Finlay con una sonrisa.

—Va a ser pan comido —dijo Muddy—, con esos puños americanos tuyos. *Pam, pam.*

—Nos los llevaremos a algún lugar en mitad de la nada, y *pumba*.

—Y luego los lanzamos al río, ¿no? —dije yo—. *Pumba*.

Cuando Finlay me llevó a casa esa noche, me quedé en el baño observando mi reflejo en el espejo manchado de marcas de agua y pasta de dientes. Había tantísimo silencio en el apartamento que los sonidos del grifo que goteaba, mi respiración y el zumbido de la caldera se amplificaban. Cada vez que la ira que había sentido al ver a Muddy en aquel estado comenzaba a menguar, parpadeaba, volvía a verlo yaciendo en la cama, destrozado y cubierto de sangre, y la ira volvía a invadirme.

Me observé el rostro con atención, con la intención de comprender de una vez por todas qué era lo que hacía que fuera por ahí repartiendo mala suerte. ¿Por qué sufría la gente que se juntaba conmigo? ¿Era algo físico en mí que se podía extraer? ¿Debía rezar para liberarme de ello? La verdad era que yo era una mala hierba que se dedicaba a asfixiar a las plantas sanas que me rodeaban. No bastaba con desear que mis amigos fueran felices; quizá necesitaba alejarme de ellos; quizá, a fin de cuentas, la felicidad y yo no éramos compatibles. Muddy no podía confiar en que yo fuera a estar ahí para él del mismo modo en que él lo había estado para mí. Cuanto más tiempo permanecía allí, mayor era la sensación de que mi mundo se estaba desviando de su eje y que todo lo que había introducido en mi vida para mejorarla se estaba saliendo de su sitio, cayéndose de los estantes y rompiéndose en pedazos; y en ese instante me di cuenta de que todo aquello jamás había sido para mí, ni los amigos, ni el optimismo, ni la terapia; nada. Mi soledad tenía una justificación y, al final, por más que me hubiera alejado del lugar que me correspondía, la vida siempre me devolvía a mi sitio; quizá tuviera un aspecto distinto, pero siempre era el mismo. Aquella noche decidí irme al bosque que había en frente del apartamento. Sin Muddy, sin Chelsea, estaba seguro de que nadie me interrumpiría. Recorrí los senderos y fui adentrándome

en una oscuridad en la que solo se veían retazos del cielo oscuro y de la luz de la luna. Era una noche fría, y no dejaba de salirme del camino y de tropezar con las ramas.

Me detuve en un claro. No se oía ni un alma. Inspiré hondó y dejé que el miedo a arraigarme en la oscuridad me llenara, se filtrara en mi pecho y penetrara en la inquietud de que algo terrible me estaba ocurriendo. Justo en ese instante oí un trino agudo. Era hermoso, melancólico, unas notas preciosas que parecieron bajar flotando hasta mí con delicadeza y consuelo. Palpé a mi alrededor hasta que apoyé la mano en algo que estaba seguro de que era un árbol. Me deslicé y me senté allí a escuchar a oscuras, sin dejar de sonreír.

No sabía qué era lo que había querido encontrar en el bosque, pero en ese instante supe que eso era lo que había estado buscando. Me habría gustado que Muddy hubiera estado allí para decirme qué especie de ave era, pero estaba seguro de que se trataba de un petirrojo; le había escuchado imitar ese sonido agudo y entrecortado un millón de veces. En ese instante traté de reconsiderar qué suponía ser amigo de alguien. Pues claro que me gustaban las alegrías que Muddy me traía, incluso las más pequeñas. Sin embargo, estas no habían impedido que la vida se volviera fría. La amistad no te aislaba del dolor, pero hacía que mereciera la pena recorrer el camino hacia una especie de recuperación, y que hacerlo fuera casi hasta agradable; la amistad te permitía experimentar cosas maravillosas, incluso cuando estabas a oscuras.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

A la mañana siguiente me pasé por el hospital para ver a Muddy antes de ir a terapia. Iban a darle el alta al final del día. La hinchazón de la cara le había bajado bastante, pero también tenía una lesión en el hombro, de modo que iba a tener que llevar un cabestrillo en el brazo izquierdo durante unas cuantas semanas. Cuando me vio, me dedicó una sonrisa deslumbrante, y me encantó ver lo hondos que tenía los hoyuelos. Parecía hasta más desgarbado y encantador que de normal, pero también se lo veía un poco cansado.

—Venga, dame un abrazo —me dijo.

—A lo mejor te duele.

—La otra vez no te lo pensaste tanto —me contestó—. Ven aquí ahora mismo.

Sonreí y me acerqué a él, y Muddy me abrazó con fuerza con el brazo derecho. Sobre la mesa había un botecito de crema facial, el walkman de Finlay, unos cuantos CD más y una bandeja blanca vacía en la que quedaban verduras y *gravy*.

—La gente no deja de decir que la comida de los hospitales está espantosa, pero hoy me han preparado patatas asadas, tortilla y hasta un asado, joder. Estaba para chuparse los dedos.

Luego me contó que Finlay y Noria acababan de irse y que Chelsea lo había llamado varias veces desde Londres, pero que no le había dicho a sus abuelos que lo habían ingresado.

A la larga nos quedamos callados. Muddy me miró muy serio y me dijo:

—Harles, ¿puedo preguntarte una cosa?

Asentí.

—Es un poco raro, pero ¿cuándo supiste que eras un homosexual?

—¿«Un homosexual»? —repetí riéndome.

—Perdona, macho —se disculpó—. ¿No te gusta que lo diga así? Quería decir «gay».

—No, no pasa nada —le dije—. Creo que cuando tenía diez años. No fue nada traumático en particular. Recuerdo que me gustaba el hijo de los vecinos; me emocionaba muchísimo cada vez que lo veía desde la ventana de mi cuarto. A veces estaba en el jardín con sus amigos tomándose algo, o recortando los setos. Un verano, cuando yo era más mayor, lo vi tomando el sol sin camiseta, con su novia, y creo que entonces tuve que reconocer que yo no era como los demás. —Muddy se quedó callado. Parecía estar dándole vueltas a lo que le había contado—. ¿Por qué me lo preguntas? —Alzó la mirada, pero siguió sin decir nada—. ¿Es porque te llamaron «maricón»?

Muddy asintió, y luego permaneció en silencio.

—Entonces, ese gaydar que se supone que tenéis… ¿funciona de verdad? —me preguntó al cabo de un rato.

—Desde luego —le dije—. A veces las señales son un poco mierda,

pero en general es infalible.

—Pues venga.

—¿Qué?

—Úsalo conmigo.

—¿Crees que eres gay?

—No lo sé —le dije—. En verdad no. No sé.

—Bueno, supongo que lo primero de todo es establecer si alguna vez has sentido atracción por otro chico.

—No creo —me contestó—. A ver, es obvio que cuando ves a un tipo que es guapo, pues piensas «anda, qué guapo», pero nunca he pensado: «Anda, qué guapo. Voy a echar uno rápido con él», ¿sabes?

—Sí —le dije—. Pero… si nunca te ha atraído sexualmente ningún hombre, ¿por qué crees que eres gay?

—Ahí está el tema —me dijo—. Si no quieres acostarte con chicos, se supone que quieres acostarte con chicas, ¿no?

—A ver, no tiene por qué, pero sigue.

Se quedó callado durante otro instante antes de decirme:

—Pues es que en realidad tampoco me apetece acostarme con chicas.

—¿En serio? —le pregunté—. ¿No te apetece acostarte con una mujer?

—No —me respondió—. La verdad es que no. No sé, todo ese rollo me… —Puso una mueca rara y emitió un sonido extraño.

—¿Nunca has querido?

—No —me dijo.

—¿Por eso no querías hacer nada con Chels ni con Nor?

Muddy asintió.

—He salido con otras chicas y me he acostado con ellas porque se supone que es lo que hay que hacer, ¿no? No puedes tener una relación sin acostarte con tu chica. A la gente no le parecería normal.

—¿Y desde cuándo te preocupa ser normal? —le pregunté riéndome.

—No me vengas con esas, macho —me dijo—. Dicho así parece que me da todo igual, pero claro que me preocupo. Evidentemente quiero expresarme y ser como soy, pero, aun así, todo el mundo quiere sentirse normal, ¿no? Que te acepten, que te quieran y todo eso.

—Lo siento —me disculpé—. Es que como una vez me dijiste que, mientras tú fueras feliz, te daba igual lo que pensaran los demás, y luego también lo de que eres duro como una roca.

—Bueno —me dijo riéndose—. También hay rocas de mierda, ¿no? De esas que se rompen con nada.

—Tú no eres de esas, Mud —le dije riéndome—. Dime, ¿cómo te fue con esas chicas si no te gustaba acostarte con ellas? Imagino que

esto también incluye lo que hiciste entre los arbustos de… ¿Cómo era? ¿La casa de Kenny el Colgao?

—Finn siempre me hace quedar bien —me contestó Muddy, que volvió a reírse—. En realidad no pasó nada. Bueno, no pasó lo que él se cree que pasó. Cassie solo me la chupó un poco detrás de los arbustos. Ni siquiera me corrí; casi ni se me ponía dura, pero le dije a Finn que habíamos hecho de todo porque estaba muy orgulloso de mí. Sí que me he acostado con algunas chicas, pero porque soy un hombre y se supone que es lo que tengo que hacer, ¿no? Pero nunca he sido de los de: «Madre mía, que ganas tengo de acostarme con esa».

—¿Y cómo te sentías después de acostarte con ellas?

—La verdad es que no sentía nada —me contestó—. O sea, si te soy sincero, si no tuviera que volver a hacerlo nunca jamás, me daría igual.

—¿Nunca jamás?

—¿Te parece raro? —me preguntó—. Es que no tengo ganas.

—No —le dije—. No creo que sea raro. Para nada.

—¿De verdad?

—De verdad.

Volvimos a guardar silencio y, pasado un tiempo, Muddy me dijo, con un tono de voz inusualmente inexpresivo:

—¿Te parece raro que me guste pintarme las uñas?

—A lo mejor es poco ortodoxo —le dije—, pero no creo que seas raro.

—¿Eso es lo que soy? —me dijo—. ¿Poco torodoxo?

—Poco or-to-do-xo.

—Mira, relaja —me dijo riéndose—. Te pasas la vida mascullando y a veces ni siquiera te oigo con estos orejones que tengo. —Me apoyó la mano en el hombro y me sonrió—. Bueno, ¿y qué es lo que te dice el gaydar?

—Mira, vamos a olvidarnos del gaydar —le contesté—. Me parece lo más normal del mundo que no te apetezca acostarte con alguien.

—¿Lo dices en serio?

—No —le dije tras una pausa—. Me parece una gilipollez. Tienes que follarte a alguien, y tienes que hacerlo ya. Tienes que follarte literalmente al primero que veas. —Me acerqué a él y me puse justo delante—. Al primero que veas.

Durante las siguientes semanas, Matthew y yo hablamos a fondo de mi ansiedad y mi depresión. Me producía un placer casi vergonzoso hablar de aquellos temas con otro hombre negro. Cada vez que me preguntaba algo profundo y me sonreía, me entraban ganas de llorar.

Me pasaba igual que con el padre de Noria; estaba contentísimo de que un hombre negro me respetara. Tenía a mucha gente en mi vida que se preocupaba por lo que tenía que decir, pero, de algún modo, con Matthew era diferente. Le concedía una importancia distinta por la amabilidad con la que me escuchaba y me respondía. Me di cuenta de que su trabajo consistía en que me sintiera cómodo y que todo lo que me decía podía no ser sincero, pero lo apreciaba más de lo que se podía imaginar.

Las siguientes sesiones consistieron en una serie de sugerencias y técnicas: reestructuración cognitiva, escribir un diario, exposición interoceptiva… No había querido revelarle lo muchísimo que me incomodaba la idea de tomar pastillas, pero al final se lo dije. Matthew me preguntó qué era lo que me preocupaba, así que intenté explicarle como bien pude que no quería tener que depender de unas pastillas; que no quería sentir que estaba tan mal que la terapia no era suficiente; que había esperado tanto que ahora necesitaba pastillas para arrancar por las mañanas y aguantar todo el día; que las pastillas eran una especie de castigo por creer que podía salvarme solo. Si una depresión de alto rendimiento podía permitirme seguir con mi vida, aun con esa corriente oscura de fondo, quizá empezar con las pastillas, o puede que incluso empezar a buscar la pastilla adecuada, me obligara a renunciar a aquellos trocitos luminosos de mi día a día que la vida había tenido la amabilidad de entregarme.

—Pero, si empezáramos con las pastillas —me dijo—, no sería uno de esos casos en los que solo contarías con ellas. No quiero que te preocupes por eso. Seguiríamos con las sesiones. —No estaba muy convencido y me puse a retorcer las manos. Matthew me sonrió—. Imagínate que son un ingrediente, Harley —me dijo—. No te las imagines como la receta completa.

Entonces le sonreí.

—A mí me parece que —prosiguió— deberíamos planteárnoslo. Creo que un antidepresivo te vendría bien para lidiar con los síntomas de la depresión, pero no para acabar con ella de raíz; por eso nunca tendrás que depender de ellos. Siempre complementaríamos la medicación con las sesiones. Pero entiendo tus preocupaciones y, por ahora, vamos a ver cómo vas con unas cuantas sesiones más.

Ya habíamos hablado de la ansiedad, del trabajo, de la uni… Le había explicado que la ansiedad me había impedido forjar amistades en ambos contextos: no se me daban bien los puestos de atención al cliente ni tampoco desenvolverme en contextos sociales. Me preguntó hasta qué punto creía que la ansiedad me había obligado a abandonar la uni, y también si podría haber hablado con alguien para que abandonarla no fuera mi única alternativa, a lo que le respondí que jamás se me había pasado por la cabeza y que, pensándolo ahora, no

me veía capaz de hacer el esfuerzo de salir de la cama para ir a pedir ayuda.

—¿Te plantearías volver a la universidad si encontraras el modo de gestionar la ansiedad y si siguiéramos planteando tomar la medicación y probar otras técnicas?

—No lo sé —le dije—. Supongo que llevo un tiempo dándole vueltas. Hace poco una amiga también me lo propuso.

—Bueno —me dijo, apoyando el boli en el lomo de la libreta—, según tengo entendido, no fuiste a la universidad por capricho. Se te presentó la oportunidad de hacer algo que querías hacer con tu vida, la oportunidad de llevar algo que ya te gustaba al ámbito académico. Y es una pena que la ansiedad y la depresión te impidieran seguir con ello. No creo que quisieras dejar la uni en serio. Claro que, si crees que me estoy equivocando, podemos olvidarnos del tema, pero a mí me da la sensación de que esa experiencia se ha quedado incompleta. Dime, ¿qué piensas?

—¿Y qué cambiaría eso? —le pregunté con un suspiro.

—Bueno —me dijo, riéndose entre dientes—: Me gustaría creer que, si no pensaras que las cosas pueden cambiar, y con «cosas» me refiero a la depresión, la ansiedad, los pensamientos suicidas… entonces no estarías aquí. Pero, sobre todo, creo que deberías darte la oportunidad de probarlo. ¿Crees que podrías hacerlo?

Matthew me sugirió que probáramos algo que se llamaba «planificación de actividades agradables». Me explicó que era una técnica que podía ayudar para la depresión.

—No te preocupes —me dijo, riéndose de nuevo, al ver mi cara de preocupación—. Es sencillo, pero efectivo. Vamos a pensar varias actividades que puedas programar para los próximos días; actividades que te hagan ilusión.

—Ah, bueno —le contesté—. Vale.

—Tus amigos te hacen feliz, ¿no? —me preguntó, y yo asentí—. ¿Se te ocurre algo que podrías hacer con ellos, o que ya hayas estado haciendo, que te haga ilusión?

—Bueno —le dije al cabo de un rato—, Muddy encontró curro en el polideportivo de Maidstone y nos deja entrar de extranjis justo antes de la hora de cierre. No sabemos si puede hacerlo; no nos lo quiere decir. También he practicado un poco de deporte; lo cual no hacía desde el instituto.

—Ah, ¿en serio? —me preguntó—. ¿Qué deporte?

—*Rugby* —respondí—. Hace poco también fuimos a jugar a los bolos. Y a veces a Finlay le gusta organizar cenas en su casa y me deja que le eche una mano en la cocina. Yo nunca he sido muy cocinitas, pero ha sido un cambio agradable.

—Qué bien —me dijo—. Y Finlay era…

—El que es un poco capullo —le dije—, pero lo quiero igual.

Matthew se rio.

—¿Y cómo está Muddy? ¿Está mejor?

—Sí —le dije—. Le dieron el alta hace unas semanas. De no ser por el cabestrillo y los moretones de la cara, no se le notaría nada. Está… La verdad es que no sé muy bien cómo explicarlo, pero está siendo muy Muddy.

Matthew volvió a reírse.

—Y, dime… ¿Muddy y tú solo sois amigos?

—¿Qué estás insinuando, Matthew? —le pregunté, arqueando una ceja.

—Lo único que digo es que me gusta que me hables de él —me dijo—. ¿Te has planteado echarte novio? ¿Si no con Muddy, quizá con otra persona?

—La verdad es que nunca me ha preocupado el tema novio —le dije, encogiéndome de hombros—. La verdad es que no es ninguna prioridad. Pero me gusta mucho Muddy. Me hace más feliz de lo que soy capaz de expresar con palabras. No hace falta ponerle ninguna etiqueta ni nada. Lo único que quiero es… no sé, quiero mantener la relación con él. Me gusta saber que está ahí y que se preocupa por mí. Ya está.

—Mira esa sonrisa —me dijo—. ¿Te duele la cara de sonreír?

—Para, Matthew —le dije riéndome—. Hablo en serio.

—Vale —me dijo, y cerró la libreta y se la guardó al lado—. Lo que has dicho no me parece ninguna tontería. —Le sonreí—. Venga, Harley, cuéntame más sobre Muddy. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo es? ¿Qué le gusta? —Sin dejar de reírme, le pregunté por qué quería saberlo. Me sentía un poco patético por lo contento que estaba solo de pensar en Muddy—. ¡Porque me preocupa que no puedas volver a fruncir el ceño si no relajas las mejillas!

Respondí a sus preguntas y, después de hacerlo, le confesé que pensar en volver a la universidad significaría tener que alejarme de Muddy. Mientras hablaba, comencé a temer que Matthew me diagnosticara ansiedad por separación. Sin embargo, volvió a sacar la libreta:

—Bueno, yo creo que las buenas amistades duran toda la vida, aun cuando los amigos no están en el mismo espacio físico.

—Pero eso es muy cursi, ¿no? —le dije—. Suena a algo que diría Muddy.

—Entonces no tengo de qué preocuparme.

Aquella tarde me senté en el cuarto de Muddy con el ordenador,

esperando para hablar con Chelsea por MSN. Muddy estaba tumbado en la cama, de espaldas, entre dos almohadas y con el brazo encima de la tripa. Se había recogido el pelo con una coleta porque, aunque había decidido no cortárselo, estaba hasta las narices de tener que apartárselo de la cara. No dejaba de decirme que se moría de ganas de quitarse el cabestrillo y volver a trabajar. Me reí porque sabía que estaba tan aburrido que, aun con la lesión, se había plantado en el polideportivo con un silbato para reñir a la gente por correr junto a la piscina.

—¿Qué te dice Chels? —me preguntó—. Hace bastante que no sé nada de ella.

Eran las ocho de la tarde. Le había mandado un mensaje esa mañana para decirle que quería hablar con ella. No tenía del todo claro cuántas cosas iba a contarle, pero, con cada semana que pasaba, más miedo me daba que Noria perdiera los nervios y se lo soltara todo. Chelsea me había dicho que salía tarde del trabajo, que podíamos hablar luego, y lo hizo con un tono tan brusco que lamenté habérselo propuesto siquiera. Había esperado a que se conectara, nervioso perdido. Me había pasado literalmente horas observando la ventanita del chat.

Mientras esperaba, Muddy me preguntó qué planes tenía para el día siguiente, que si me apetecía dar un paseo por el parque para ver pichoncitos. Luego bromeó que se refería a los pájaros y no a las chicas. Yo estaba demasiado abstraído, esperando a que el puntito que había al lado del nombre de Chelsea se pusiera verde, como para reírme. Me dio un codazo, sin dejar de reírse; yo le hice un gesto con la mano para que me dejara tranquilo y volví a fijarme en la pantalla. Chelsea se había conectado.

Harley dice:
Hola Chelsea

Esperé a que contestara, y Muddy siguió hablándome. No dejaba de agarrarme del hombro y decirme «¿lo has entendido?, ¿lo has entendido?» mientras yo asentía, con la cabeza en otro sitio.

Poco a poco iba escribiendo mensajes y borrándolos, para luego volver a escribirlos: «Mira, no he estado bien. Sé que te dije que me había hecho una herida observando aves con Muddy o porque había salido a jugar a *rugby* con él, pero en verdad…».

Chelsea dice:
Venga, Harles.

Chelsea dice:

¿Qué pasa?

Chelsea dice:
Qué lento escribes.

Chelsea dice:
Madre míaaaaaa

Chelsea dice:
???

Cerré el ordenador y me giré hacía Muddy.

—Perdona, Mud, ¿qué decías?

—Nada —me contestó—. Da igual, si solo estoy aquí, con el cabestrillo y con el ojo jodido porque me han atacado de forma poco ortodoxa. Pero no pasa nada. Tú sigue ahí haciendo el tonto con Chels. Yo me quedaré aquí, anhelando un poquito de hospitalidad, preguntándome por qué mi amigo no se porta bien conmigo.

—Mud, el ojo lo tienes bien —le dije con una sonrisa.

—Ya lo sé —me contestó—. Pero quiero que me hagas caso. —Estiró los brazos y me hizo señas para que me acercara—. Ven aquí un ratito para que te abrace, ¿vale? ¡Venga! —Fingí que me molestaba y, cuando me tumbé a su lado, Muddy dejó escapar un gruñido muy fuerte y me frotó el brazo—. Macho, cambia esa cara. Pero si te encanta que estemos así.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Al día siguiente, Muddy y yo fuimos a dar un paseo a Darenth Country Park, que estaba justo detrás del hospital en el que lo habían ingresado. Hacía calor; el sol bañaba los senderos de vetas mantecosas brillantes. Cada vez que Muddy oía el canto de un pájaro, nos acercábamos hasta el borde del camino y nos asomábamos por encima de la valla. Después me entregaba los prismáticos, y yo los sujetaba con fuerza mientras movía la cabeza adelante y atrás. Cuando Muddy terminaba de identificarlos, me daba una palmadita en la espalda y seguíamos nuestro camino.

Al final nos sentamos en un banco solitario que había en un lateral del parque. Muddy intentaba liarme para que jugara con él a nombrar cualquier ave que oyéramos por los alrededores, que era algo que hacía con su abuelo.

—Pero si no me sé el canto de ningún pájaro —le dije.

—Claro que sí, hombre —me respondió dándome más palmaditas en la espalda—. Venga, ponte los prismáticos.

—Vale.

—Muy bien.

Nos quedamos allí en silencio durante unos quince minutos; Muddy se dedicaba a levantar la mirada y a girar la cabeza en todas las direcciones posibles. Pasado un tiempo escuchamos una serie de notas suaves y descendentes, como si alguien estuviera tocando un triángulo. Muddy me miró con una sonrisa y me dijo que tenía diez segundos.

—¿A qué viene tanta prisa? —le pregunté.

—Porque no quiero que te pongas a soltar todos los nombres de aves que te sabes y que aciertes de casualidad. Esto es serio, Harles. Así que eso, diez segundos.

Escuchamos aquellas notas delicadas y repetitivas en silencio. Muddy me miraba con los labios apretados y los ojos bien abiertos a causa de la emoción. No dejaba de sacudir las piernas y las manos. Pasó casi un minuto y al final vi un pajarito verde salir de un árbol cercano.

—¿Un mosquitero común? —le dije, acercándome los prismáticos.

—A ver, son fáciles de reconocer —me dijo—. También podría ser un mosquitero musical.

—Mira que eres esnob con los pájaros —protesté.

—Pues tú has tardado lo tuyo.

—Venga, dámelo por bueno —le dije—. Seguramente no acierte otra vez.

—Vale —me dijo—. Siempre estoy haciéndote favores.

Almorzamos en un kebab de la ciudad. Muddy conocía al chico que trabajaba detrás del mostrador; lo llamó Hamzie. Pidió dos hamburguesas grasientas de carne de kebab y una ración de patatas fritas para compartir. Cuando Hamzie nos entregó unos paquetitos de sal, Muddy, que tenía restos de salsa de hamburguesa en la barba, alzó la mirada, levantó el pulgar y le dijo:

—Es increíble el servicio de este sitio, ¿verdad?

Intenté que no se me notara lo incómodo que estaba. El restaurante estaba hecho un asco y el vinilo de las sillas estaba rajado y destrozado.

—¿A qué viene esa cara? —me preguntó.

—Esta sucísimo todo —le dije.

—Ah —me contestó—, no me había dado cuenta de que eras tan fino, macho. Haberme dicho algo. Te habría llevado a algún sitio pijo con vino, filetes de carne, velas y… a ver qué más… ¡Manteles! —Me reí—. Venga, hombre —me dijo entonces—. Te sacaré a cenar como Dios manda. Te abriré la puerta y todo. Retiraré la silla, les pediré a los cocineros que metan un anillo en el suflé. Va a ser el pack completo.

—¿Vas a pedirme que me case contigo?

—¿A qué viene esa cara? —me preguntó riéndose—. Espero que no me sueltes que no te casarías conmigo. Sería un marido estupendo.

—No puedes ser mi padre y mi marido.

—Ya, tienes razón —admitió—. Primero tendría que divorciarme de Finners. Pobre. No se lo va a tomar bien. Se hace el duro, pero le voy a partir el corazoncito.

De vuelta a casa comenzó a atardecer. El cielo estaba teñido de varios tonos de naranja cálidos y débiles. Cuando acortamos por Central Park, a Muddy le pareció oír un canto que puede que fuera el de unos estorninos. Hasta nos sentamos en un banco que había por allí cerca para que pudiera concentrarse. Imitó el sonido, unos sonidos rasposos que provenían de la garganta y que le hacían parecer que estaba completamente loco. Al final, resultó que solo era un mirlo.

—Supongo que me han podido las ganas —me dijo.

—¿Qué es este rollo que te traes con los estorninos? —le pregunté.

—No lo sé —me contestó—. Son el pájaro preferido de mi abuelo. Además, tampoco lo he marcado muchas veces en mi registro. Cuando ves algo tan bonito tan pocas veces, siempre tienes ganas de volverlo a ver, ¿no? Por otro lado, me tienen loco. No solo por su aspecto, sino

también por lo que hacen. Lo hacen todo juntos. Construyen sus nidos, lo protegen… Saben lo que hacen, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—A que saben que no estamos hechos para estar solos. —Le sonreí, y Muddy bajó la vista hacia mí—. ¿A qué viene esa cara?

—Supongo que me alucina lo optimista que puedes llegar a ser cuando la vida te putea. Me encantaría ser igual.

—Venga, hombre —me dijo riéndose—. Tampoco soy un robot; también tengo mis momentos de melancolía.

—¿Te importa desarrollar?

—A ver —me dijo—, la primera vez que me fui de Salford no era tan optimista. Cada vez que ingresaban a mi abuelo en el hospital me volvía un poco la ansiedad. Ah, bueno, y cuando me dieron la paliza tampoco estuve bien. —Me pasó el brazo por detrás—. La noche que volvimos a casa después del hospital… Madre mía, Harles, menuda noche. No sé si podré olvidarla nunca. Aun con todo el tiempo que ha pasado, ni te imaginas lo contento y aliviado que estoy de que estés aquí. A veces me quedo mirándote, aun cuando no tengo nada que decirte, pero tengo que mirarte para, no sé… para recordarme que sigues con vida, que sigues siendo mi amigo, que sigo pudiendo verte todos los días. Mira, la verdad es que hice una tontería aquella noche.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—Cuando te fuiste a la cama, después de que nos bañáramos juntos… Me tiré un siglo sentado frente a tu habitación. Solo me levantaba cuando oía que salías de la cama para ir a mear.

—¿En serio?

—Sí, me quedé un poco mal —me dijo—. Creía que si me quedaba allí, que si no me movía y vigilaba, no sé, como que podría asegurarme de que verías un nuevo amanecer. —Me sonrió—. Harley, te quiero un cojón. Espero que seas consciente de ello.

Nos quedamos en silencio. El cielo se estaba oscureciendo. Pensé que su amistad me había llenado muchísimo, que me había hecho sentir digno de amor, que mi lugar en el mundo parecía importante y que quizá lograra mantener todas esas sensaciones aun cuando no estuviéramos juntos. Me gustaba la persona en la que me convertía cuando estaba con Muddy, y había logrado ver con claridad un futuro en el que me quería a mí mismo sin reservas, aun sin él. La persona en la que me convertía en el mundo de Muddy era hermosa, y me moría de ganas de transportar a esa misma persona a mi mundo, adentrarme en su piel y habitar su cuerpo.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó—. Pareces completamente abstraído. ¿Estás bien?

Sentí que se me adormecían los dedos y que el corazón me golpeaba el pecho como una máquina que no funcionaba

correctamente. Por extraño que resulte, no me pareció que fuera ansiedad; no estaba muy seguro de qué era, pero en mi interior se producían cosas sobre las que apenas podía ejercer control. Hasta me mareaba casi.

—Muddy… —le dije cuando él hizo amago de levantarse.

—Dime.

—¿Puedo darte un beso?

Muddy se quedó mirándome con cara de póquer, con la cabeza levemente inclinada, mientras los segundos cargados de tensión se deslizaban uno tras otro y se me formaban nudos en el estómago. Pero entonces me sonrió.

—¿Quieres besarme? —me preguntó—. Ven aquí, hombre.

Los nudos se deshicieron. Me pasó un brazo por los hombros y me acercó a él, me agarró la cara con las manos y juntó los labios con los míos. Inhaló, sentí el aire sobre el labio superior como un cosquilleo, su barba de varios días contra mi barbilla, una sacudida de energía que me recorrió el cuerpo entero. Podría haberme desplomado bajo el peso del alivio, de la calidez, de la intensidad, de la enorme sensación de sentirme deseado por otra persona tal y como me deseaban en ese momento. Inspiré tan hondo que dejé que Muddy habitara en mi interior, y fue como si hubiéramos vuelto a escondernos en el bosque. Le apoyé la mano en el pecho y sentí el latido de su corazón.

—¿Qué tal? —me preguntó Muddy en voz baja y con una sonrisa cuando nos separamos.

Lo único que pude hacer fue sonreírle.

—¿Tan mal? —bromeó—. La verdad es que nunca me han dicho que bese bien, perdona si…

—Muddy, ha estado bien.

—¿Bien?

—Sí.

—Y una mierda —dijo frunciendo los labios—. Venga, otra vez. Hostia. «Bien». Te estás quedando conmigo, ¿no?

—Ha estado mejor que bien —le dije riéndome.

—Estupendo —me dijo, dándome palmaditas en la espalda y mirando a la nada—. Estupendo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Lo mejor de salir a correr con Finlay varios días después fue que llevaba una camiseta de tirantes muy ajustada y unos pantalones cortos que apenas le cubrían esos tremendos muslos que tenía. En un momento dado se detuvo junto a un banco, estiró las piernas en el reposabrazos y se quitó la camiseta para escurrir el sudor. Después se enganchó la camiseta de la goma de los pantalones y seguimos corriendo.

Lo peor fue todo lo demás. Yo cojeaba tras él, resollando, deteniéndome cada poco tiempo, doblándome con las palmas apoyadas en los muslos, y le suplicaba que descansáramos un poco. Llevábamos tanto tiempo dando vueltas por Mote Park que la flema me sabía a sangre. Al final acabé sentándome en la hierba fría y Finlay retrocedió para volver conmigo.

—Venga —exclamó, dando palmadas—, arriba, enano.

—Creía que Muddy te había dicho que dejaras de llamarme así.

—Oye, cuando te cuido yo, se hace lo que yo diga. Así que cuando volvamos te vas a tomar una cerveza y no uno de esos refrescos de mierda.

Cuando volvimos a su piso, Finlay se dio una ducha y yo me senté frente a la isla de la cocina y me dediqué a observar a Crouch y a García, que se entretenían comiendo trocitos de repollo en su jaula. Después hojeé un periódico que había sobre la mesa mientras esperaba a que volviera. Finlay apareció sin camiseta, tan solo con unos pantalones de chándal grises. Me preguntó si me apetecía participar en una cata de comida; iba a prepararle algo a Chelsea por un motivo que aún no quería revelarme. Le dije que claro que me apetecía, así que se puso a preparar unas tortitas de plátano superesponjosas. Parecía uno de esos cocineros buenorros que salían en la tele mientras explicaba todos los pasos de la receta y cómo lograr que subieran las tortitas. También iba a preparar beicon y sirope casero. Colocó azúcar moreno, esencia de vainilla y zumo de limón sobre la encimera.

—¿Para qué es todo esto? —le pregunté.

—Primero quiero que pruebes la comida.

Después de cascar los huevos, batir la mezcla, freírla y voltearla, Finlay me plantó delante una torre de tortitas sobre un charco de sirope que tenía una pinta estupenda. Se colocó delante de mí, peló un plátano, lo cortó y puso cinco rodajas en lo alto. Me preguntó qué me parecía, y yo le dije que tenía buena pinta.

—Bien —me dijo, y agarró un tenedor, lo clavó en las tortitas, el beicon y el plátano—. Venga, que viene el avión. —Me lo comí y le

dije que estaba muy rico, tal y como esperaba—. ¿Qué crees que va a decir Chelsea?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Pues porque la conoces —me dijo—. Sabes lo que le gusta…

—Finlay, ¿a qué viene todo esto?

—Venga, vale —me dijo.

Salió de la cocina y volvió varios minutos después con una cajita negra y me la colocó justo delante. Alcé la mirada, confundido. La abrió y reveló un anillo diminuto y reluciente que estaba justo en el centro.

Guardé silencio durante un instante.

—Jamás —le dije—. No saldría bien. No sé si estoy listo para dar el paso. No creo que esté preparado para convertirme en Harley Mackenzie.

—Pues vale, macho —me dijo riéndose—. Se lo daré a Chels.

—¿De veras vas a pedirle que se case contigo? —le pregunté con una sonrisa.

—¡Pues claro! —me dijo—. Lo tengo todo planeado. Voy a empezar el día llevándole el desayuno a la cama, luego le prepararé un almuerzo de muerte y una cena espectacular. Puede que prepare unos filetes o algo por el estilo. Y entonces le sacaré a este pequeñín y le preguntaré: «¿Quieres casarte conmigo o qué?».

—Claro —le contesté—. Vas a inflarla a comida para que no pueda salir huyendo.

—Deja de hacer el tonto o te castigo, Harles.

—Venga, cuéntame —le dije, apoderándome de la cajita y examinando el anillo.

—Voy a hacer que sospeche todo el día —me explicó—. Cuando le lleve las tortitas a la cama, le diré: «Oye, Chels, tengo que preguntarte una cosa muy importante». Y, no sé, le preguntaré si le importa que tire algunos de sus zapatos a la basura porque ocupan demasiado sitio. Luego haré lo mismo durante el almuerzo, y también cuando salgamos a dar un paseíllo por el parque. Pero durante la cena se lo pediré de verdad. Creo que se pondrá muy contenta. ¿A que es muy romántico?

Enrollé el periódico y le pegué en la cabeza con él.

—¡Mal, Finlay! —le dije—. ¡Muy mal!

—¿Qué pasa? —me preguntó, frotándose la cabeza y riéndose.

—Menudas ideas tienes sobre el romanticismo —le dije—. No puedes amenazarla con tirarle los zapatos a la basura, Finlay, sobre todo si luego lo que quieres es pedirle que se case contigo.

—Pero si es una broma, hombre.

—Bueno, pero, en realidad, no lo es, ¿no? —le dije—. Para ti no es una broma, y no creo que ella se lo tome como tal. Párate a pensar un momento. Mira, te voy a ayudar. ¿Qué crees que va a pensar si te

pasas el día haciéndole preguntas tontas, poniéndola nerviosa y amenazándola con tirar a la basura sus cosas? Si después de todo eso me preguntaras si quiero casarme contigo, te mandaría a la mierda, y me daría igual lo buen cocinero que fueras o lo buenísimo que estuvieras sin camiseta —añadí, señalándolo con la mano, pero sin darle demasiada importancia—. Por cierto, lo he disfrutado muchísimo, así que gracias. No ha estado mal la mañana si obviamos la parte en que he tenido que correr.

Finlay se rio y flexionó un brazo.

—Así que te parece que estoy bueno, ¿eh? Mira que lo sabía. —Apoyó las palmas de las manos en la mesa y soltó un largo suspiro—. Vale, dime. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Lo de la comida está bien —le dije—. Creo que lo de ser su chef personal durante todo el día es buena idea, pero todo lo demás es espantoso. Has basado toda la proposición en provocarla. Yo te diría que probaras a preguntarle cosas profundas y sinceras a lo largo del día. ¿Puedes intentar hacerla feliz? Intenta que esté contentísima e intenta que diga algo como: «Ha sido un día maravilloso» al final del todo, justo antes de pedírselo.

—Vale, tienes razón —me dijo asintiendo.

—Muddy es tu mejor amigo —le dije entonces—. ¿Cómo es posible que no se te haya pegado nada de su sentimentalismo?

—Seguramente porque querría que me pintara las uñas o algo por el estilo.

Aquella tarde Finlay me obligó a probar una salsa experimental que estaba ensayando para unos espaguetis a la carbonara. Luego nos pusimos a ver la tele mientras nos comíamos una bolsa de patatas fritas de cóctel de gambas de un cuenco, con las piernas cruzadas sobre la mesita auxiliar. Le dije que estaba orgulloso de él por haberse tomado en serio todo el asunto de la madurez. Finlay me respondió con una sonrisa muy cuca, me pasó el brazo por los hombros y me dio varios golpecitos en el pecho, con lo que me lo cubrió de migas.

—Ahora en serio —me dijo entonces—. ¿De verdad te parece una buena idea? No quiero quedar como un idiota.

—A ver —le respondí—, últimamente has pasado más tiempo con ella. Imagino que te lo habrás pensado bien y que estás seguro de que te va a decir que sí. ¿Has hablado con ella del tema? ¿Te ha dejado caer alguna indirecta?

—A ver, indirectas sobre casarnos no, pero no sería una proposición si supiera que voy a pedírselo, ¿no? Además, alguna vez ha sacado el tema niños.

—No parece propio de ella.

—No, en serio —insistió—. Se metió en una web en la que pones las fotos de dos personas y te saca una foto de cómo será tu bebé. Lo

hizo con dos fotos nuestras y se obsesionó, joder. Me adora. Estoy seguro.

Había un brillo de alegría en su mirada que no había visto jamás. No tuve los huevos de decirle que, como prueba, me parecía bastante endeble, así que me limité a darle la enhorabuena.

—Gracias —me dijo, pasando los brazos por el respaldo del sofá y girándose hacia mí—. Bueno, dime, ¿cómo te va todo? —me preguntó entonces—. ¿Hay algo que me quieras contar?

—No —le dije, mirándolo con curiosidad—. ¿Por?

—¿Seguro?

—Sí.

—Vaya, qué curioso, porque el otro día Muddy me dijo que os habíais besado.

Tensé la espalda.

—No es verdad.

—¿Qué?

—Que no es verdad.

—Así que Mud está mintiendo, ¿no?

—Ajá.

Finlay miró el reloj, se sacó el teléfono del bolsillo y marcó un número.

—¿Mud? —preguntó, activando el altavoz del teléfono.

—¡Hola, Finners! —respondió Muddy con tono animado—. ¿Qué tal? ¿Necesitas algo? Date prisa, solo me quedan diez minutos del descanso.

—No, no es nada —le dijo Finlay, mirándome de reojo—. Solo es una preguntita rápida. ¿Qué fue lo que hiciste con Harles el otro día?

—¿Qué? —preguntó Muddy, y luego rompió a reír—. ¿Está ahí contigo? Pues eso, que nos besamos. Si te soy sincero, a mí me pareció un poco mierda el beso, así que le dije que quería otro, pero Harles pasó completamente.

—Ah, vale —respondió Finlay, riéndose y mirándome—. Oye, ya que estamos hablando, ¿te acuerdas de lo que dijiste de hacer una fiesta de los ochenta para nuestro cumpleaños? Creo que me parece bien.

—Bah, en verdad es una horterada.

—¿Qué?

—Es broma, es broma —le dijo Muddy riéndose—. Gracias, macho. ¡Me parece genial!

—¿Te parece bien rollo Run DMC?

—¿Te refieres a que nos vistamos como ellos?

—Claro —contestó—. Imagínatelo: Harles, tú y yo con chándal, cadenas, zapatillas y sombreros; el pack completo.

—Ahora sí que nos estamos entendiendo —respondió—. Suena

genial. Oye, tengo que irme, pero seguimos hablando, ¿vale? Te llamo dentro de un rato. Dile «hola» a Harles de mi parte si aún está ahí.

Finlay guardó el teléfono y me miró con aires de suficiencia.

—¿Por qué me has mentido?

—Porque a veces me pones de los nervios.

—¿Y eso?

—No lo sé —le dije—, pero supongo que puedes ayudarme a averiguarlo contándome cómo reaccionaste cuando Muddy te contó que nos besamos.

Nos quedamos mirándonos un buen rato.

—Venga, vale —me dijo entonces—. Tienes razón, me pareció raro de la hostia, ni tampoco entiendo cómo lo hicisteis: o sea, Muddy mide casi dos metros. ¿Cuánto mides tú? ¿Un metro veinte?

—Un metro sesenta, que lo sepas.

—¿Tuvo que levantarte del suelo? —me preguntó—. ¿O te subiste a sus hombros?

—Bueno, mientras no te metieras con él cuando te lo contó —le contesté, poniendo los ojos en blanco.

—Mírate —se burló Finlay—, qué protector te pones. Pues claro que no me metí con él.

—¿Cómo que «pues claro»? —respondí—. Normalmente eres el primero que empieza a soltar insultos, aun cuando no está pasando nada gay.

—Mira —me dijo—, estuvimos hablando.

—¿De verdad?

—Hace un par de noches quedamos para ver el partido y, de camino hacia aquí, empezó a decirme que dejara de organizarle citas todo el tiempo, así con tono decidido. Me dijo que no sabía lo que era, pero que tenía claro que no quería acostarse con nadie, que me estaba pasando de la raya por intentar obligarlo, y que pasaba del tema. La verdad es que me dejó las cosas bien claras.

—Me alegro por él —le dije con una sonrisa—. Ojalá hubiera estado allí a escondidas para oír la conversación.

—¿Por? ¿Crees que me puse hecho un basilisco?

—¿Me equivoco?

—Pues sí —me contestó—. Le dije que era mi hermano y que lo quiero pase lo que pase. Luego se puso a decir mierdas de que si éramos como Liam y Noel, y yo le dije que dejara de tomarme el pelo.

—Pero, si le quieres, ¿por qué has sido tan capullo con él?

—Solo quería que estuviese contento, Harles —me contestó—. Creí que la había cagado cuando empecé a salir con Chels, así que hice todo lo que estuvo en mi mano para arreglar la situación y asegurarme de que no se quedara solo y me odiara por quitarle a su chica. Me dijo que le daba igual, pero me pareció que estaba diciendo gilipolleces,

porque si alguien me quitara a mi chica, se las vería conmigo. Pero es que resulta que no eran gilipolleces, sino que a Muddy ya no le apetece follar. —Entonces se quedó mirándome muy fijamente—. Pero parece que sí tiene ganas de besuquearte.

—Seguro que solo lo hizo porque se lo pedí.

—¿Se lo pediste? —me preguntó riendo—. Eres tan educado, joder. Ya te dije que Muddy te tiene en un pedestal.

—Pues si eso es lo que opinas del consentimiento, supongo que me toca ponerme a hacer más malabares.

—Y tanto —me contestó—, y oye, no hace falta que te lo diga, pero a Chelsea ni una palabra.

—Te juro que no le diré nada.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Cuando Chelsea vino a echarnos del piso a la semana siguiente, Muddy y yo nos quedamos plantados frente a ella en el pasillo, como si fuéramos dos alumnos que se habían portado mal, mirándonos los pies y con las manos a la espalda mientras intentábamos explicarle por qué los cubos de basura estaban hasta arriba de envoltorios de comida para llevar y la bañera estaba cubierta de manchas marrones arenosas. Nos dijo que éramos un par de cerdos, y luego nos informó de que su padre le había dicho esa misma mañana que iba a vender el piso.

—¿Qué? —preguntó Muddy—. Pero ¿cuándo?

—No lo sé, cielo —suspiró Chels—, pero creo que ya está organizando las visitas y toda la pesca. No creo que tarde demasiado. Lo siento mucho, chicos.

—Se acabó —me dijo Muddy, dándome un codazo—. Nos han puesto de patitas en la calle. Me fijaré de camino al trabajo a ver si hay algún paso inferior o algún túnel. ¡Bueno! A lo mejor también nos vale un callejón con un par de contenedores, de esos que tienen ruedas, y nos hacemos una casa con ellos. Quizá no esté tan mal. En el peor de los casos, siempre podríamos dormir en mi coche.

—O también podemos buscarnos otro piso —le sugerí—. A menos que te mueras de ganas de vivir en un paso inferior.

—¡Sería toda una aventura! —me dijo, agarrándome del hombro.

—No, Muddy, sería convertirnos en sintechos.

—¡Vaya par! —se rio Chelsea—. De todos modos, voy a intentar retrasarlo hasta que encontréis otro sitio en el que vivir, ya sea un piso o, bueno, un paso inferior. Supongo que lo segundo es más barato; además tendréis un millón de cajas de la mudanza sobre las que acomodaros.

—Por nosotros no te molestes, Chels —le dijo Muddy, pasándome un brazo por los hombros—. Voy a gastarme el sueldo en una tienda de campaña inmensa, y Harles y yo nos vamos a mudar al bosque, a vivir de lo que nos dé la tierra.

—Ni en sueños, Muddy —le dije, apartándole el brazo.

—Venga —insistió él—. Así reconectaríamos con la naturaleza.

—Bueno —dijo Chelsea—, primero busquemos a un agente inmobiliario.

Aquella tarde Chelsea y yo fuimos al Tesco Express de la zona para aprovisionarnos. Recorrimos el laberinto de pasillos intensamente

iluminados, yo con la cesta, y Chelsea agarrada de mi brazo. Estaba pensando en que aún no le había contado nada de lo que me había pasado, en que algo tan tonto como un mensaje borde me lo había impedido. Quería a Chelsea, igual que a los demás, así que cada vez era más necesario que le contara lo que los otros ya sabían. Sin embargo, aquel secretismo prolongado parecía haber enturbiado toda la situación; era como si, aparte de todo lo que había pasado, hubiera hecho algo tan perverso y siniestro que, al confesárselo, tan solo fuera a conseguir incriminarnos a ambos.

—Bueno —me dijo Chelsea mientras recorríamos el pasillo de la repostería—. Al final he decidido ceder.

—¿A qué te refieres?

—Ante Nor —me explicó—. Entiendo por qué insiste con lo de la uni. Si así tienes una oportunidad de dedicarte a lo que te gusta, creo que deberías intentarlo. No quería que pareciera que te estaba obligando a aceptar el puesto de relaciones públicas, ¿eh? Es que como creía que lo habías pasado mal en la uni, con el trabajo te sería más fácil volver a ponerte en marcha, ¿sabes?

—Ya —le dije—. Lo entiendo.

Me observó en silencio, como si quisiera preguntarme algo pero no se atreviera a hacerlo. Después me miró la muñeca, la levantó con gentileza, la examinó con detenimiento —hacía tiempo que habían desaparecido los puntos— y luego la dejó caer. No comentó nada, ni yo tampoco.

—Y… ¿qué piensas de lo de volver a la uni? —me preguntó al cabo de un rato.

—Llevo un tiempo dándole vueltas al tema en serio —le contesté.

—¿Te acuerdas de cuando volviste de allí y me contaste lo de la ansiedad y la depresión? No iba en broma, ¿verdad que no?

—A ver —le dije, nervioso—. No, no iba en broma, pero ya sabes que nunca hablamos de esos temas.

—¿A qué te refieres? —me dijo, mirándome con expresión confundida.

—A nada —le dije—. Solo que no hablamos de esas cosas, ¿no?

—¿Y de qué hablamos entonces?

—No sé —le contesté, encogiéndome de hombros, y luego me reí —. ¿De ti?

Me dio un golpecito en el brazo, con sorpresa fingida.

—Venga, ¿cómo fue de grave?

—¿Cómo fue de grave el qué?

—¡Harles! —exclamó—. La depresión, la ansiedad y lo que sea que…

—¿A qué te refieres con «lo que sea que»?

—¿Sabes qué, cielo? —me dijo mirándome—. Olvídalo.

Mientras deambulábamos por la tienda, no dejé de mirarme la parte de la muñeca en la que me habían puesto los puntos. Pensé en lo fácil que habría sido si aún los tuviera. Podría haberle enseñado a Chelsea las pruebas en vez de tener que explicárselo todo. En ese instante, fui consciente de que casi todo lo que ella sabía sobre mi vida era mentira. Mis desgracias me habían escrito sus historias en el cuerpo, pero ahora me movía como si jamás hubieran existido. Cuando Chelsea me mirara la muñeca tan solo vería el destello de una línea que estaba desapareciendo; cuando me mirara la palma de la mano, no vería nada. Al mirarme a la cara no vería el miedo ni la soledad de mi mirada. Al plantarme delante de ella, lo único que mostraba era una versión a medio construir de mí mismo. Gran parte de las cosas que ahora me gustaban sobre mí, gran parte de la felicidad interna a la que había accedido desde hacía poco, se debía a que había intentado superar cosas de las que Chelsea no tenía ni la menor idea. ¿Cuánta historia había que infundirle a una amistad para que esta fuera válida?

Acabábamos de pagarlo todo y estábamos saliendo de la tienda cuando una mano me aterrizó en el hombro. Me quedé helado y miré a Chelsea, que a su vez estaba mirando a alguien. Poco a poco fui siguiendo los largos dedos marrones que se extendían sobre mi hombro hasta llegar a un jersey gris oscuro; luego continué por el brazo hasta que llegué al rostro de mi padre. Iba vestido con elegancia, con una corbata azul marino.

—Hola, Harley —me saludó.

Me quedé quieto, dominado por el miedo.

—¿Papá? —dije al fin. Me percaté entonces de lo frágil que podía llegar a ser el progreso emocional. En solo unos segundos, me sentí como si hubiera vuelto a convertirme en un feto—. ¿Trabajas aquí?

—¿Es tu novia? —me preguntó mi padre, observando a Chelsea.

—Hola, señor Sekyere —contestó ella—. ¿No se acuerda de mí? Antes trabajábamos juntos. O a lo mejor me recuerda de aquella vez que Harley y yo fuimos a su casa, después de que lo echara a la calle y arrojara todas sus cosas a la basura, y no nos abrió la puerta cuando llamamos, aun cuando fue usted quien le dijo a su hijo que se pasara por allí.

—Pero ¿qué dice esta? —dijo mi padre con tono severo, girándose hacia mí y dándole la espalda a ella—. Cierra la boca, maleducada.

—Papá, por favor, no le hables así —le dije, levantándole la mano.

—¿Y vas a permitirle que le diga esas cosas a tu propio padre? —me dijo, fulminándola con la mirada.

Cuanto más lo miraba, cuanto más dejaba de hablar, mayor era la sensación de que todo el progreso de las últimas semanas y meses se estaba esfumando.

—¿Qué cosas? —le dije—. ¿La verdad? A ver, no ha dicho ninguna mentira, ¿no? —Guardó silencio—. ¿No?

Mi padre me miró con detenimiento. Era como si el chico al que había visto durante los años que habíamos pasado juntos se hubiera desvanecido de una vez por todas y yo, el chico al que había visto de reojo mientras abrazaba a Darren, al que había repudiado, al que había intentado manipular para que volviera con él a base de rezos, lo hubiera reemplazado. En aquel instante me presentaba ante él resuelto y decidido. Mi padre no podía ser el motivo por el que volviera a venirme abajo; no podía ser el motivo por el que volviera al bosque. Me negaba.

—Bueno, ¿qué dice? —le soltó Chelsea, que se había puesto roja a causa de la ira.

—Chels, para… —le ordené.

—No, Harley, estoy harta —me dijo, y volvió a girarse hacia mi padre—. Es su hijo. Es el único que tiene, literalmente, y en vez de aceptarlo tal y como es, ha acabado yendo a terapia por su culpa y ha estado a punto de suicidarse, joder. Lo único que ha hecho ha sido complicarle la vida cuando solo tenía que quererlo.

—Chelsea, por Dios —le dije—. ¡Para ya, por favor!

—Mira, Harles…

—Chels, no.

Miré a mi padre.

Mi padre me devolvió la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿A qué se refiere?

Guardé silencio durante un buen rato y le examiné el rostro. Me quería morir de la vergüenza ahí ante él. Sentí que los fantasmas de todas las humillaciones que había padecido en su presencia me asfixiaban. Me sentía enfermo.

—Papá, he estado triste durante muchísimo tiempo —le dije—. Me he pasado gran parte de la vida tratando de comprender por qué actúas como si mi existencia fuera algo por lo que debía disculparme o avergonzarme. Supongo que no tienes ni idea de lo que es avergonzarte de vivir, ¿verdad, papá? Ni tampoco sentir que tu vida no importa, ¿no? Te lo pregunto de veras, porque me he esforzado por entenderte. Todo lo que has hecho durante estos años ha sido intencionado; has aprovechado hasta la última ocasión para herirme. Destrozaste mis cosas, me culpaste de la muerte de mamá: llegaste a llorar delante de mí como si de verdad la hubiera matado a conciencia. Me obligaste a creer que toda la culpa que me hiciste tragarme estaba más que justificada.

»No creo que fueras cruel porque no sabías cómo hacerlo mejor, porque te quedaras anclado en tus costumbres, porque fuera una forma extraña tuya de demostrarme tu cariño o porque tuviera que

aprender una lección de todo aquello. Creo que fuiste cruel porque me odias; pero no pasa nada, ya sé que la familia no es una garantía de amor. También sé que no te gusta como soy, y no pasa nada. Hay gente a la que sí le gusta. Hay gente que hasta me quiere. —Miré fugazmente a Chelsea—. Creo que la vida me ha compensado con creces con todo lo que tú me hacías creer que debía suplicar. Y no —concluí—, no es mi puta novia.

Después de aquello, Chelsea y yo nos quedamos en la calle con las bolsas de la compra junto a los pies. Ella estaba con los brazos cruzados, mirándome, con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Cómo te has enterado de todo? —le pregunté.

—¿De qué? —me preguntó—. ¿De que estás yendo a terapia? ¿O de que intentaste suicidarte? ¿O de que estabas quedando con el que te dio la paliza en el bar y que no dejaba de hacerte mierdas racistas? —Me quedé mirándola con el rostro inexpresivo—. Finn es un bocazas. Le gusta que confíen en él, pero, cuando alguien lo hace, se emociona tanto que es incapaz de cerrar el pico. Le dije que no te diría nada de lo que me contara porque Finn no quería que te enfadaras con él. No te enfades porque…

—No estoy enfadado con él —suspiré.

—Pues yo sí que lo estoy contigo —me dijo—. Estoy enfadadísima, joder. Te mataría si no estuviera tan contenta de que estés bien.

—¿Qué?

—Cuando te dije que me alegraba de que Mud y tú fuerais tan amigos, no creía que me estuvieras ocultando algo tan gordo. ¿Por qué me has dejado creer que todo iba bien? ¿Es que ya no confías en mí? Se lo contaste literalmente a todo el mundo, y joder, te conozco de antes que cualquiera de los demás. Por el amor de Dios, Harley, pero ¡si hasta se lo contaste a Finn!

Inspiré muy hondo, temblando, y me encogí de hombros.

—Es que siempre he sentido que hay algunas cosas que no te puedo contar.

—¿Por qué no?

—Porque tu vida y la mía no se parecen en nada.

—Bueno, vale —me dijo—, pero eso no significa que no puedas contarme tus movidas. ¿Qué coño te pasa, Harles? Siempre te he apoyado cada vez que la vida te ha puteado. Siempre. ¿Cómo es posible que te hayan ocurrido todas esas cosas y que ni siquiera se te pase por la cabeza pensar: «Vaya, a lo mejor debería contárselo a Chels»?

—A eso me refiero —le dije—. Siempre te ha parecido que mi vida

no es más que una putada tras otra que me tienes que ayudar a solucionar. Lo único que quería era no oscurecer tu mundo con mis movidas.

—¿«Oscurecer mi mundo»? —repitió, confundida. Separó los brazos y me señaló—: Mira, Harley, déjate ya de gilipolleces. ¿A qué te refieres?

—¿De verdad no lo entiendes? —le pregunté—. Nunca he sentido que pudiera contarte que tenía ansiedad, depresión o pensamientos suicidas. No… no son cosas que estén presentes en tu vida, ¿no?

—¿Lo dices porque no tengo ansiedad? —me preguntó—. ¿O porque no me pongo triste ni me deprimo? No lo sabes. Lo único que haces es dar por hecho que no me pasa ninguna de esas cosas.

—No he dicho eso —me defendí—, pero alguna vez has hecho algún comentario que me ha quitado las ganas de hablarte de estos temas.

—¿Qué comentario?

—Ya sabes —le dije—, lo de que quienes padecen ansiedad son unos narcisistas.

—No he usado esa palabra en mi vida.

—Bueno, pero dijiste algo parecido.

—Oye, no es justo —protestó—. No puedes inventarte una conversación y luego decir que son cosas que he dicho. Es de locos.

—Pero es que lo dijiste.

—Vale —admitió—, puede que haya dicho alguna gilipollez, pero fue hace siglos.

—No pasa nada —le dije, con tono solemne—. Pero, en comparación, tu vida es más fácil que la mía, y no quería ser yo el que te la complicara.

—A ver, antes que nada —me dijo—. Eso es una gilipollez. Podría tener una vida fácil; podría no mover un dedo y dejar que mi padre me lo pagara todo, pero no es el caso. Luego; que te follen. Como si no me hubiera dejado la piel para conseguir todo lo que tengo. No puedes tratarme como si fuera una vaga de mierda que pasa de todo solo porque mis padres tienen un poco de pasta. Que no vaya llorando por las esquinas diciéndole a todo el mundo lo triste que estoy a todas horas no significa que algunos días no se me hagan más difíciles que otros. No tienes ni idea de si mi vida es oscura o no porque ni siquiera me lo has preguntado, sencillamente vas por ahí como si ya supieras la respuesta. A veces tienes bastante prejuicios, ¿sabes?

Nos quedamos en silencio. Miré a nuestro alrededor, incómodo.

—Bueno, ¿y cómo estás?

—Bien, gracias —me contestó riéndose.

Solté un suspiro.

—¿De verdad piensas eso? —le pregunté—. ¿Que voy llorando por

las esquinas? No me ofende, pero quiero saber lo que piensas de verdad.

—Me he pasado un poco —me dijo—. Puedes expresar cualquier emoción que quieras durante todo el tiempo que quieras; y yo también. Que yo gestione mis movidas de una forma distinta a la tuya no significa que no puedas hablar conmigo. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero —le dije—. Y no creo que seas una vaga de mierda. Te adoro.

Chelsea me sonrió y recogió las bolsas del suelo.

—Me alegro de que al fin te hayas animado a hablar con alguien de tus cosas —me dijo—. Finn me ha dicho que te va bien. —Me dio un abrazo—. No vas a dejarnos solos, Harley. Me niego. Casi me muero cuando me lo contó Finlay. Y que te den por no haberme dejado estar ahí para apoyarte.

En el ascensor del piso, Chelsea me preguntó si le había contado a Muddy que estaba pensándome volver a la uni.

—No —le contesté—. Todavía no estoy seguro al cien por cien. No sé si quiero decírselo aún.

—A ver, cielo, ya has oído lo que te ha dicho. Se cree que vais a buscar piso juntos; o bueno, o que vais a vivir debajo de un puente… Deberías decírselo pronto para que sepa cuáles son tus intenciones. Ya sabes lo muchísimo que se emociona con todo.

—¿Sabes que nos besamos? —le dije.

—Sí, Harles —suspiró—. Todo el mundo sabe que os besasteis. No deja de repetirlo. Me lo contó a mí, se lo contó a Nor y se lo contó a Finn. Estoy seguro de que hasta se lo ha contado a gente que ni te conoce.

—¿Tú crees?

—Conociéndolo, seguro.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Finlay se pasó por casa a la semana siguiente. Vino de parte del padre de Chelsea para comprobar si el piso ya estaba decente para empezar con las visitas. Muddy y yo le habíamos prometido a Chelsea que lo dejaríamos niquelado, pero no habíamos movido un dedo. De hecho, estaba peor que nunca. Quizás, inconscientemente, hubiéramos querido retrasar todo aquel proceso.

—Menuda pocilga —exclamó Finlay cuando Muddy le abrió la puerta—. Madre mía, qué poco habéis cuidado el piso desde que se fue Chelsea. —Entró en el salón, la cocina y el baño, y luego se reunió con Muddy y conmigo en el pasillo—. Vale, chicos —nos dijo, dando una palmada—. Sacad la escoba y el mocho. Vamos a dejar este estercolero como los chorros del oro. —Muddy y yo nos quedamos allí observándolo—. ¿Qué estáis mirando? Las visitas empiezan la semana que viene. ¡Venga, chicos, al lío!

Finlay fue a los armarios de la cocina y sacó varios recogedores, escobas, mochos y espráis, luego los colocó delante de nosotros. A mí me arrojó una esponja amarilla y un difusor y me dijo que empezara con el baño; a Muddy le lanzó el aspirador Henry de una patada y le dijo que se pusiera a pasarlo.

Finlay no dejaba de entrar en el baño cada diez minutos y me decía: «No te lo pienses tanto, Harles. He cagado mojones más limpios que este sitio». Yo siempre le respondía con un corte de mangas.

Cuando terminé fui al salón. Muddy y Finlay estaban quitando el polvo, aspirando y recogiendo la basura: bolsas de patatas fritas, botellas y envoltorios, que puede que llevaran semanas allí, enrollados en bolas de pelo y polvo. Aunque la idea de limpiar había sido de Finlay, en un momento dado le echó todo el contenido del recogedor a Muddy, y esté contraatacó levantando la tapa del aspirador, sacando la bolsa y vaciándosela a Finlay en la cara. En su momento se rieron, pero luego Finlay se enfadó y se puso a limpiarse la cara mientras acusaba a Muddy de ser un niñato que necesitaba madurar de una vez; a lo que Muddy respondió diciéndole que era un mierdoso estirado y cascarrabias.

No llegamos a limpiar el piso, y Muddy y Finlay se pasaron casi toda la tarde jugando a la PlayStation. Cuando Muddy se fue a comprar más cervezas, le pregunté a Finlay por qué le había contado a Chelsea todo lo que le había pedido que no le contara.

—No sé qué hago guardándote el secreto de la pedida cuando tú eres incapaz de hacer lo mismo por mí —le dije.

—Mira, lo siento, Harles —me dijo—. Pero esto es un caso distinto, ¿no crees? Chelsea sabía que te pasaba algo. Me contaba que estabas

pasando de ella por MSN; y a mí se me subió un poco a la cabeza que me lo hubieras contado, porque normalmente la gente no me cuenta nada. Se me escapó. —Lo miré decepcionado, pero Finlay abrió los brazos de par en par—. Venga, vamos a olvidarlo con un abrazo. —Pero yo no me moví—. Qué raro, los abrazos suelen funcionar con Mud. ¿Qué prefieres? ¿Un besito?

Me puso morritos, me apoyó una mano en la cabeza e hizo fuerza hacia él para que me acercara y me diera un besito en la frente. Me retorcí para huir sin parar de reírme.

—Oye —me dijo entonces—. Me he enterado de que estás pensándote volver a la uni. ¿Se lo has dicho a Mud? —Negué con la cabeza—. Déjame que te dé un consejo. De hombre a hombre. De padre a hijo. Tienes que parar con todo esto de los secretitos.

—Vete a la mierda, Finlay.

No sabía cómo contarle a Muddy que había estado pensando en volver a la uni. Le daba tantas vueltas al tema que comenzó a generarme ansiedad. A veces me entraba tanto miedo que incluso intentaba convencerme a mí mismo para no volver. Estuve tan cerca de descartar la idea que hasta me planteé decirle a Chelsea que se olvidara de que le había dicho nada. Me pregunté si acaso estaba sacrificando algo al volver a la universidad. Al pasar tanto tiempo con Muddy, Chelsea, Noria, e incluso Finlay, no sentía que tuviera que estar negociando constantemente con la vida para que me concediera algo de felicidad, sino que la tenía siempre a mi disposición. Al volver a la uni tendría que sacrificar a todas las personas cuya prioridad siempre había sido mi bienestar y cuyo afecto había estado ligado a las ganas de verme triunfar, un sentimiento que además era recíproco; tendría que sacrificar a las personas que comprendían que, a veces, la tristeza se apoderaba de mí y necesitaba alguien que me ayudara a levantarme y respirar con facilidad. Recordé que en el supermercado le había dicho a mi padre que tenía amigos que me querían tal y como era. No había podido dejar de pensar en esas palabras. Me parecía un lujo que alguien pudiera quererte tal y como eras; un lujo que tenía en mi poder. Me querían.

Un día, poco después de la «limpieza» del piso, estaba sentado en mi cuarto leyendo un resumen del grado que había dejado. Sentí la misma emoción que había sentido la primera vez que lo había leído; sonreía ante lo atractivo que sonaba todo, era como si al texto le hubieran salido tentáculos y se hubieran aferrado a mis intereses. Sonreía al leer las palabras «periodista» y «editor», y también las frases «escribirás para las publicaciones de la universidad y también para

clientes externos» y «no solo pondrás en práctica el periodismo musical, sino que también llevarás a cabo proyectos creativos».

Dejé el portátil a un lado y me quedé mirando el techo. En mayo había dejado de asistir a las clases y a los seminarios; también había habido una semana larga —o puede que más incluso— durante la que no había salido de la residencia. Me había empeñado con desesperación en separar mi vida de aquellos meses, como si pudiera cerrar una puerta tras la que dejar la vergüenza y la sensación de fracaso que había sentido al abandonar la universidad. No tenía ni idea de qué era lo que me había perdido desde entonces: qué tareas, qué proyectos en grupo no había hecho. Me había obligado a fingir que todos aquellos meses le habían pertenecido a otra persona, que las responsabilidades de las asignaturas, los exámenes, la asistencia a las clases y los seminarios no eran mías, sino de un Harley fantasma que yo mismo había creado y al que había abandonado.

Me pregunté si quería resucitar a esa persona y, siguiendo los consejos de Matthew, ofrecerle una segunda oportunidad.

Durante la siguiente sesión con Matthew le conté la pelea con mi padre. En la sesión anterior me había sugerido que hiciéramos algo que se llamaba «la técnica de la silla vacía». Quería saber cómo me sentía cuando pensaba en mi padre; qué clase de emociones despertaban. Le había dicho que me sentía tonto hablándole a una silla vacía.

—De todos modos —me había dicho entonces—, me gustaría que lo probaras. Creo que tu padre es uno de los motivos principales por los que, como tú bien has dicho, tienes tan poca autoestima. Te aseguro que no parecerás tonto. Solo voy a hacer lo que creo que es mejor para ayudarte. De lo contrario, ¿qué estamos haciendo aquí? —Yo había asentido—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? Me refiero a una conversación de verdad en la que ambos hablasteis, en la que ambos expresasteis alguna emoción importante.

Aquella vez no había podido ofrecerle una respuesta, pero la situación había cambiado. Matthew asintió con orgullo cuando le conté lo que le había dicho a mi padre en el súper. Luego me preguntó cómo me sentía.

—No voy a mentirte, Matthew —le dije—. De puta madre.

—¿Ves? —me dijo emocionado y sonriendo—. Es justo lo que te decía. La forma en que tratamos las emociones es importantísima para gestionar la salud mental. ¡Estoy muy orgulloso de ti, Harley! Espero que sigas trabajando en reconocer cómo te sientes, que sigas intentando comprender por qué sientes las emociones que sientes, y

que encuentres formas de gestionarlas. No quiero que olvides nunca que tus emociones son válidas, Harley; son reales.

Estuve a punto de decirle a Matthew que me habría gustado mucho que fuera mi padre. Se lo habría dicho con tono de broma, pero iría en serio. En cambio, le sonreí y me regodeé en lo mucho que se alegraba por mí.

Muddy estaba emocionadísimo con la idea de buscarnos un piso para los dos. Aún no le había dicho nada de lo de la universidad porque albergaba la esperanza de que toda la ilusión que tenía al respecto se desvaneciera y así no tuviera que decirle nada. Un día, una semana en la que ambos teníamos turno de mañana, vino a buscarme al Regal cuando salió del trabajo y nos fuimos a comprar unas cuantas cosas para su fiesta de cumpleaños y la de Finlay. Fuimos a un centro comercial de Ashford donde compramos gorros de pescador y unos chándales verdes baratos; Muddy dijo que podía fabricar las cadenas con el papel de aluminio que teníamos en casa. Cuando terminamos, fuimos hasta Mote Park porque aún hacía un sol radiante. Yo había estado callado durante casi todo el día; me había pasado las horas pensando en cuándo iba a contarle lo de la universidad y también en cómo iba a hacerlo.

—¿Cuándo quieres que nos pongamos a buscar piso? —me preguntó mientras descendíamos por las pendientes embarradas, en dirección a los bancos.

Se me tensó todo el cuerpo.

—No sé —le contesté.

—Yo he estado dándole unas cuantas vueltas —me dijo—. El precio del alquiler será un poco mierda porque no vamos a tener un casero tan enrollado como el que teníamos, pero se me ha ocurrido que podríamos buscar un pisito con dos dormitorios; podemos empezar buscando en Rochester, Sheerness o Sittingbourne, o hasta en Sheppey, pero no sé si me mola estar cerca de las marismas o del mar. Me gusta el agua, pero no siempre… También podríamos buscar en Maidstone, Faversham, Whitstable o Canterbury, y si te sacas el carné hasta podríamos irnos a Margate, Dover, Folkstone, Ashford o New Romney; ¡podemos ir adonde queramos, joder! —añadió, mirándome —. ¿Qué? ¿Te mola? Podemos tener el piso todo lo guarro que queramos, podemos encargar comida todos los días hasta que se nos atasquen las arterias; o también podemos darle un giro de ciento ochenta grados a nuestra vida y empezar a comer sano. Te lo digo en serio, macho, podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Iba en serio lo de que le habías estado dando muchas vueltas.

—Pues claro —me dijo—. Por fin podré empezar mi colección de discos; siempre he querido tener una. Tú podrías hacer lo mismo. Montamos un armarito y los metemos todos ahí. Yo puedo quedarme con el antiguo reproductor de música de mi abuelo. También puedo llevarme todas las fotos. ¡Ah! Y tenemos que sacarnos una foto y pegarla en la puta pared para que así sea un hogar en condiciones.

Nos montamos en un patinete con forma de ganso y pedaleamos a través del río. De repente, una extraña melancolía se posó en lo más hondo de mi ser. Era una sensación que no hacía más que intensificarse cuanto más hablaba Muddy de ese futuro piso que parecía ubicarse en todas las ciudades del condado de Kent; no dejaba de imaginarse cómo sería ni de repetirme lo contento que estaba de que nos fuéramos a vivir juntos.

El camino que se extendía ante mí, hacia el destino de un viaje que había emprendido desde que tenía uso de razón, era más claro que nunca. Era como si pudiera ver parte de una ciudad que hasta ese momento cubría la niebla. Había una carretera que atravesaba la ciudad, bordeada de señales, casas y semáforos. En las aceras se habían colocado los habitantes de aquella ciudad, que me sonreían —se trataba de gente que quizás hubiera emprendido el mismo camino, gente a la que la vida quizás hubiera salvado de su propio tormento—, me saludaban, me hacían señas para que me acercara, lanzaban gritos de ánimo y me felicitaban.

A cambio de mi madre, mi padre, Paul y todas las cosas que me había hecho a mí mismo y que había pensado de mí, la vida me recompensaba con aquel lugar. Un lugar que se reajustaba con mi conciencia con un verde brillante y salubre en cuanto atravesé sus puertas. Un lugar, una isla llena de vida y bucólica, en el que no se intercambiaban trocitos de tristeza por trocitos de felicidad. Un lugar en el que la alegría existía en forma de moléculas que flotaban en la atmósfera, en el que lo único que tenía que hacer era existir y respirar para adueñarme de ellas. Un lugar que estaba poblado de ruiseñores, alondras, cucos, zorzales, gorriones y estorninos que habían eludido el registro de Muddy porque, en otros lugares distintos, no eran tan comunes. Un lugar en el que Muddy ya estaba viviendo, en el que me esperaba al final del camino, pasados todos los habitantes de la ciudad, con los brazos abiertos de par en par y una sonrisa en el rostro.

—¿Estás bien? —me preguntó Muddy, que seguía pedaleando—. Nunca te he visto tan callado.

—Sí —le dije, apoyando la cabeza contra él.

Muddy me abrazó con fuerza y me acarició el brazo con los dedos cariñosamente. Me quedé escuchándolo mientras él seguía hablando de nuestro futuro piso y el agua oscura se extendía y brillaba ante

nosotros.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El día anterior a la fiesta de cumpleaños de Muddy y Finlay, me fui a dar un paseo por el mercadillo del centro de Dartford para buscarle un regalo a Muddy. Tenía pensado comprarle unos prismáticos nuevos hasta que de repente me encontré dos cuadros colgados al fondo de uno de los puestos. En el primero ponía «chochines» y, en el segundo, «pollas de agua», y debajo de cada uno de los letreros estaban las ilustraciones de los pájaros correspondientes. Compré ambos.

A la tarde siguiente me planté ante la puerta de su cuarto con los cuadros apoyados contra la pared. Muddy estaba bailando frente al espejo el remix de *It's Like That* de Jason Nevis. Se había puesto el chándal verde con las rayas de color verde claro en los laterales. Mi chándal también era verde, pero era mucho más oscuro y tenía rayas blancas. También me había colado en el cuarto de Chelsea para robarle unas gafas de cristales naranjas con las que rematar el look. Muddy estaba todo el tiempo poniéndose y quitándose el gorro de pescador marrón para arreglarse el pelo. Sobre el escritorio había unas zapatillas blancas junto a un pintaúñas verde y las cadenas que había hecho antes en la cocina doblando tiras de papel de aluminio y enroscándolas entre sí. Cuando me vio, inclinó el sombrero a modo de saludo.

—¿Qué llevas ahí? —me preguntó.

—Tus regalos —le dije con una sonrisa.

—¿Regalos? —repitió, acercándose hacia mí—. No hacía falta que me compraras nada. Siempre estás regalándome cosas.

—Lo único que te he regalado ha sido un pañuelo —me defendí.

Muddy se agachó para observar los cuadros.

—Pues no has estado prestando atención si crees que eso es lo único que me has regalado.

—¿A qué te refieres?

—Voy a dejar que lo averigües por ti mismo —me dijo—. Te queda genial la ropa, por cierto.

A mí también me lo parecía. Me había soltado el afro porque parecía que encajaba con el conjunto.

—A ti también —le dije.

—Es graciosísimo, Harles. —me dijo Muddy riéndose—. «Chochines y pollas». Va a quedar genial en el piso nuevo cuando lo encontremos. —Le dediqué una sonrisa tensa y me senté en su cama —. ¿Cuánto te ha costado esto? Veo que Ed te está pagando bien.

—Mud, ¿puedes abrazarme de una vez? —le dije—. Cuando Finn te regaló aquellos oculares para los prismáticos lo levantaste del suelo

y te pusiste a dar vueltas.

—Ah —me contestó riéndose—. Por eso me los has regalado, ¿no? Para que te dé un puto abrazo. —Me acercó a él y me dio las gracias en voz baja, justo en el oído. Le dije que olía bien, y él se levantó y se sacó del bolsillo un bote de crema nuevo que le había comprado Noria hacía poco—. Como te imaginarás —me dijo, frotándose los mofletes —, ya no tengo la piel seca. De hecho la tengo supersuave. —Se la acaricié y asentí—. Así que me ha quitado los potingues para la piel seca y me ha dado una… —Se detuvo para leer la etiqueta—: «Crema revitalizante intensiva Oils of Life».

—Enhorabuena.

—Gracias, hombre —me dijo—. Estoy muy orgulloso. —Luego se quedó mirándome la cara con curiosidad—. Tú no tienes la piel seca. ¿Qué te echas?

—Manteca de cacao de Palmers.

Después de ponernos las cadenas de papel de aluminio, nos miramos en el espejo. Sentí una alegría que se vio mitigada por un leve ataque de nervios a causa de la fiesta. No fue tan bestia como para desanimarme, así que no achaqué los nervios a la ansiedad. Aun así, notaba un cosquilleo en la punta de los dedos y se me adormecía la lengua. En una de las últimas sesiones de terapia, Matthew y yo habíamos estado buscando formas de controlar mis niveles de ansiedad, sobre todo en eventos sociales. Me había sugerido una técnica que se llamaba «la flecha descendente» durante la que Matthew me guiaba a través de una serie de preguntas encadenadas hasta llegar a entender la causa de la ansiedad que experimentaba en un momento concreto. Cada vez que le explicaba a qué le tenía miedo, Matthew siempre me respondía: «Dime, Harley, ¿tan horrible sería que ocurriera?».

—Estamos de puta madre, ¿eh? —me dijo Muddy, agarrándome del hombro. Luego se pasó los próximos minutos pintándose las uñas de color verde menta. Cuando terminó, se levantó, agitó las manos y me las enseñó—. ¿Cómo las ves?

—Muy monas —le dije—. ¿Los del equipo de *rugby* vienen esta noche?

—Pues claro —me contestó, pero luego, al ver la cara de preocupación que puse, añadió—: No seguirás preocupándote por mí, ¿no? Si tengo que volver a decirte que soy duro como una roca, tendré que tatuármelo en la frente o algo.

—Vale, vale —me reí, y levanté las manos en gesto de rendición—. Eres duro como una roca; no tengo por qué preocuparme.

—Muy bien —me dijo—. Va a ser una noche espectacular. Y tú, mi querido Harley… —Me apoyó las manos en los hombros y acercó la cara a la mía; tenía los ojos marrones muy abiertos y se veía la

emoción en ellos—, no tienes de qué preocuparte.

Muddy puso *Acquiesce* mientras íbamos hacia el Shakermaker. Se quitó el gorro, agitó la melena hacia delante y hacia atrás y me explicó que esa era una de las pocas canciones de Oasis en las que Liam y Noel cantaban juntos.

Había más gente en el Shakermaker de lo que me había imaginado; el local estaba a reventar. Aparcamos a unas cuantas calles y fuimos andando hasta el pub, donde nos encontramos a un grupito de personas en la puerta, entre las que se encontraban Finlay, Chelsea y Noria.

—Bueno, bueno, Freddie —le dijo Muddy a Chelsea.

Chelsea se había echado el pelo hacia atrás y se había puesto un bigote falso; también llevaba unos vaqueros de tiro alto claros con un cinturón negro, una camiseta de tirantes ajustada y una tira cubierta de pedrería alrededor del brazo. Se acercó a nosotros y nos dio un beso en la mejilla.

—Ay —exclamó, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Qué guapos van mis chicos! ¡Si van a juego y todo! ¡Me encanta!

Le deseó un feliz cumpleaños a Muddy y luego nos preguntó cómo iba la búsqueda de piso. Yo negué con la cabeza con fuerza y los ojos bien abiertos.

—Bueno —respondió Muddy, dándome un codazo de broma—, aquí nuestro amigo me está dejando todo el trabajo a mí, ¿sabes?

—Bueno, seguro que a Finlay no le importa que os vayáis a vivir una temporada con él si no encontráis nada —comentó Chelsea, acariciando las cadenas de papel de aluminio.

Desde detrás de ella, Finlay le gritó: «¡Vete a la mierda!», y después Noria y él se acercaron hasta donde estábamos.

Noria apoyó un brazo en el hombro de Chelsea y se llevó el otro a la cadera para esperar a que llegaran los cumplidos que se merecía. Llevaba el pelo por los hombros, estilo mullet, y se le rizaba alrededor de la cara; se había puesto unos vaqueros oscuros con unos parches blancos en las rodillas y una camiseta negra a la que le había hecho un nudo para enseñar el vientre.

—¡Hola, señorita Jackson! —la saludé, asintiendo con la cabeza y sonriéndole.

—¡Toma ya! —gritó—. Sabía que podía contar contigo y que entenderías esta maravilla de disfraz. Aquí la peña no tenía ni idea.

—Janet en el videoclip de *Pleasure Principle* —le dije riéndome—. Me encanta.

Noria se puso a bailar; ponía la mano en paralelo al rostro y luego

se la llevaba debajo de la barbilla, igual que Janet en el video. Extendí la mano hacia ella y la hice dar una vuelta. Después Finlay se colocó entre Muddy y yo, con su gorro marrón, el chándal rojo, las Adidas blancas y una cadena de oro. Nos pasó los brazos por los hombros y nos dijo que ya iba bastante pedo. Luego levantó la mano de Muddy y le examinó las uñas verdes.

—¿Te gustan? —le preguntó Muddy.

Finlay se rio y le dijo:

—Ay, Muddy, qué loco estás, cabrón —le dijo Finlay riéndose—. ¡Te quiero muchísimo! Feliz cumpleaños. ¡Vamos a agarrarnos un pedo! —Le dio un abrazo muy fuerte y cargado de pasión a Muddy, y luego me miró, me dio una palmada en la espalda y me dijo—: Tú también, niño. ¡Venga!

Muddy y Finlay se nos adelantaron, yo entré en el local entre Chelsea y Noria. Sonaba una lista de reproducción de pop de los ochenta y había grupitos de gente que parecía multiplicarse cada vez que alzaba la mirada. Vi a Ian, el amigo de Muddy, hablando en la barra con Larry, el repartidor; Ian llevaba la ropa de siempre —hasta se había traído la riñonera—, pero se había puesto un guante cubierto de purpurina en la mano derecha. Larry llevaba una cazadora de alta visibilidad y unos pantalones de chándal grises, pero ningún accesorio chulo.

Mientras Chelsea pedía, Noria me contaba que había empezado a salir con otro chico. Era negro, llevaba rastas, tatuajes, se suponía que estaba supercachas, y trabajaba en el JD Sports del Bluewater. Le pregunté si había pensado en traérselo a la fiesta.

—¿Al cumpleaños de mi ex? —me preguntó—. Imagínate la situación, Harles.

—Ya —le contesté—. Supongo que no pienso en Muddy como tu ex, sino en alguien de quien eres amiga.

—Me niego —me dijo—. Me he dejado pasta en ese chico. Así que no, no era solo un amigo, era mío. Mío, te digo. Y, aunque le hayas metido la lengua hasta la campanilla, no significa que sea menos mío, ¿estamos? Todas hemos pasado por esa boca, ¿verdad, Chels?

—Vale, vale —le dije riéndome—. Oye, ¿cómo te va en el curro nuevo?

—Bien —me dijo—. Ya no insulto a la gente mentalmente desde primera hora de la mañana. Y, a ver, cuando hay poca gente se ponen a hablar de mierdas que me la sudan, pero no me critica nadie, y no dejan de repetirme lo maravillosa que soy con los clientes, y está muy guay trabajar en un sitio en el que la gente siempre te dice la verdad.

—Asentí, riéndome—. Pero sí, estoy contenta. La verdad es que no sabía que el sueldo era mejor. Me imaginaba que el sueldo de dependienta sería igual en todas partes. Pero ahora puedo pagarles a mis padres más de la mitad del alquiler, y me sobra un poco para salir a beber. ¡Así que al lío, coño!

Dio una palmada en la barra para llamar la atención de Chelsea, a la que le habían puesto delante cuatro chupitos y una Coca-Cola. Chelsea me pasó la Coca-Cola, se arrancó el bigote y se frotó la piel de debajo. De repente nos preguntó si nos parecía que Finlay estaba comportándose de un modo extraño.

—Yo lo veo como siempre —respondió Noria—. ¿Por?

—No lo sé —respondió—. Lleva todo el día rarísimo y actúa de un modo sospechoso. Va a hacer alguna tontería de niñato y me voy a morir de la vergüenza; lo presiento. Se ha traído a todo el equipo de *rugby*, y eso no augura nada bueno.

Me miró expectante, pero yo me limité a encogerme de hombros.

Decidí que esa noche iba a beber. Me bebí la mitad de la Coca-Cola y Chelsea pidió otro chupito para echarlo en el refresco.

La noche prosiguió en una neblina continuada en la que la gente bebió, charló y se fue multiplicando a la vez que se reorganizaban para hacerse fotos: Chelsea pegándome el bigote falso y tirándome del moflete; Noria y yo bailando muy pegados una canción lenta de Whitney Houston en un hueco despejado del bar; Chelsea y Noria intercambiando distintas prendas de sus disfraces y bebiendo más; yo sentado entre las dos, dejándome llevar por canciones que, sin lugar a duda, me hacían sentir genial; Finlay robándole el guante cubierto de purpurina a Ian y arrojándolo al otro extremo del local; Finlay cargándome sobre los hombros para presentarme a los chicos del equipo de *rugby*, que se pusieron a pegar gritos de borrachos felices al verme, a los que respondí con gritos de borracho feliz; los del equipo preguntándome si era el negro gay del que Muddy y Finlay no dejaban de hablar, a lo que respondí levantando los pulgares con los párpados pesados antes de que me bajara con torpeza del hombro de Finlay y este me agarrara; Noria y Chelsea cantando en el karaoke y bailando una coreografía semipreparada de *Ain't Nobody* de Chaka Khan; Muddy y Finlay subiéndose al karaoke para cantar con ganas pero muy mal *Especially For You*, de Kylie Minogue y Jason Donovan, abrazándose y mirándose a los ojos; yo dando palmadas en la mesa y gritando «¡que se besen!, ¡que se besen!, ¡que se besen!» cuando terminaron de cantar, y todo el mundo riéndose.

Cuando Muddy terminó sus últimas canciones —*Take on Me* de A-

ha, durante la que se le escaparon varios gallos en el falsete del estribillo, *Gold* de Spandau Ballet y *Chain Reaction* de Diana Ross— dejó cantar a otros y se sentó a mi lado. Chelsea y Noria estaban en el baño y me había pedido que les cuidara el bolso. Finlay había salido a la calle para fumar con los del equipo de *rugby*. Repasé el local con la mirada, observé las diversas constelaciones de personas y me sentí lleno de felicidad y abatimiento. Muddy estaba sudando a chorros, se había quitado el gorro y el pelo le goteaba. Se apoyó en la silla, me pasó el brazo por encima y soltó un suspiro de placer.

—Parece que te lo estás pasando muy bien esta noche —le dije.

Muddy se rio y se adueñó de una bolsa de cortezas de cerdo que Finlay se había dejado sobre la mesa.

—Pues sí —me dijo. Lanzó varias cortezas al aire y las atrapó con la boca a la primera—. Deberías hacer lo mismo.

—Me lo he pasado bien.

—La noche es joven —me dijo—. Aún puedes pasártelo bien un poco más, ¿sabes?

—Depende de a qué tipo de diversión te estés refiriendo.

—Sabes de sobra a lo que me refiero.

—Mud…

—Harley, venga —insistió—. Porfa. Es mi cumple.

—No es verdad.

—¡Vengaaaa! No te obligo nunca a hacer nada que no quieras. Menos esta noche, claro. Venga.

Me puso carita de cachorrito, sacando el labio inferior. Era la cosa más adorable que había visto en toda mi vida.

—Vale —accedí.

Cuando Chelsea y Noria volvieron, Muddy y yo fuimos a la parte delantera del local y agarramos los micrófonos mientras comenzaba a sonar la parte instrumental de *High* de Lighthouse Family. Finlay nos gritó que no era una canción de los ochenta, y Muddy lo mandó a la mierda.

La naturaleza alegre y triunfal de la canción, y el hecho de que Muddy me pasara el brazo por encima y nos meciera de un lado a otro, hizo que se me anegaran los ojos de lágrimas. Lo miré, esperando no derramarlas. Joder, se le veía tan feliz. Me miró, me sonrió, me guiñó un ojo y me agarró aún más fuerte mientras cantábamos toda la canción, que terminó con un griterío de júbilo alcoholizado que inundó el local.

Hacia el final de la noche, la gente comenzó a salir a la calle a beber. Los cinco nos sentamos en una de las mesas de la terraza, sumidos en

distintos niveles de embriaguez, rodeados por un muro de gritos de alegría e ira. Chelsea y Noria, que se había sentado en el regazo de Muddy, estaban compartiendo un plato de patatas fritas. Noria le había quitado el gorro y la cadena de papel de aluminio; yo le había devuelto a Chelsea las gafas naranjas.

La conversación iba adquiriendo distintas formas e iba de una persona a otra sin control. Yo no estaba prestando atención, pero, de vez en cuando, Chelsea me daba un toquecito en el brazo, o Muddy y Noria se quedaban mirándome expectantes, y yo asentía. Me quedé mirándolos, con el corazón rebosante de alegría. Recordé que, cuando había conocido a Muddy en el bosque, había cerrado los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, ocurriera algo que me reafirmara que merecía amor, que merecía vivir, que merecía que me desearan y me respetaran; y al fin había ocurrido. Tenía los ojos bien abiertos y aquellas gloriosas manifestaciones de felicidad por las que había suplicado se habían juntado alrededor de la mesa.

Más tarde, Muddy le dio una palmada a Finlay en la espalda; Finlay se tambaleó, se metió una mano temblorosa en el bolsillo y rodeó la mesa hasta llegar al lado en el que estábamos Chelsea y yo. Se puso de rodillas ante Chelsea, le mostró el anillo y comenzó a farfullar porque no sabía cómo empezar la frase.

Chelsea se puso roja como un tomate. Miró a Noria, que se encogió de hombros, y luego a mí, que le sonreí, nervioso. Finlay, con la voz más débil que le había oído nunca, le dijo que la quería muchísimo, que quería pasar el resto de su vida con ella, que no se imaginaba el futuro sin ella. Muddy le guiñó un ojo y juntó el pulgar y el índice. Al final, Finlay le hizo la pregunta.

—¿Quieres casarte conmigo?

Chelsea guardó silencio durante un instante.

—¿Qué? —le preguntó con voz inexpresiva.

—Te he preguntado que si quieres casarte conmigo.

—No, si te he oído.

—¿Y?

—No.

—¿Cómo que «no»?

—¿Cómo que quieres casarte conmigo?

Hubo un largo silencio de lo más doloroso.

—¿Por qué no iba a querer hacerlo?

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro que lo digo en serio, joder. Hostia, pero si estoy de rodillas, ¿no?

—Joder, Finn —le dijo—. Sabía que estabas tramando algo. ¿Por qué has tenido que pedírmelo justo en tu cumpleaños? Ahora voy a quedar como una zorra. No quiero casarme. ¿Por qué has pensado que

quería? Creía que estábamos a gusto tal y como estábamos. Si hasta hemos hablado del tema, joder.

—¿Y qué pasa con lo de los bebés?

—¿De qué bebés me estás hablando, joder?

Hubo otro silencio.

—Chels, cielo —le suplicó Finlay, con la voz temblorosa, mirándola desde el suelo—. Dame… Dame una oportunidad, ¿vale? Déjame que te demuestre que…

—Finn —lo interrumpió Chelsea, acariciándole la cara—. Levántate, por favor.

Finlay cerró la cajita, se levantó del suelo y, en voz muy baja, le dijo:

—Pero es que lo eres todo para mí, cielo. Te quiero muchísimo, joder.

Chelsea se quedó mirándolo durante un instante, observando la tristeza de la expresión de su rostro, lo cual a su vez parecía estar poniéndola triste a ella. Entonces soltó un suspiro, se cruzó de brazos y pasó a su lado de camino a la calle. Finlay fue tras ella.

A Muddy pareció pasársele el pedo de golpe. No fue así en el caso de Noria, que se acercó el plato de las patatas y lo que quedaba de la copa de Chelsea.

—Vaya, qué duro —comentó Muddy—. Qué mala suerte ha tenido el pobre.

—Ya —le dije—, tenía un plan y todo para pedírselo. No entiendo por qué se ha adelantado.

—Supongo que no podía esperar más.

Noria, que seguía impasible ante los acontecimientos, nos preguntó si podíamos pasarle la sal y la pimienta. Muddy asintió y se levantó.

—Oye, Harley —me dijo.

—Dime.

—Tú y yo vamos a acabar igual —me dijo, señalando a Chelsea y a Finlay—, como no te pongas las pilas y me ayudes a buscar piso.

CAPÍTULO TREINTA

Para el cumpleaños de Muddy —el de verdad— nos fuimos los dos a la isla de Sheppey por la noche y aparcamos junto a aquel camino estrecho, al lado del campo inmenso y oscuro en el que estaba el cartel naranja. Muddy me contó que había vuelto a buscar búhos. Sin embargo, cuando llegamos allí, no se movió. Ni siquiera sacó los prismáticos. Nos quedamos en el coche en silencio. El cielo estaba de un azul marino impresionante y cubierto de estrellas; era casi como si no fuera de verdad, como si fuera el escenario de una película. No tenía muy claro en qué clase de silencio estábamos sumidos; era cómodo e incómodo al mismo tiempo. Le rocé el hombro, dudando. Muddy se giró hacia mí y me sonrió pero percibí en su mirada cierto abatimiento.

—¿Estás bien, Mud? —le pregunté.

No me respondió; solo se rio un poco.

—Venga —me dijo—. Vamos fuera.

Salimos del coche, nos apoyamos en el capó y nos quedamos mirando la nada. Hacía muchísimo frío. Muddy llevaba pantalones cortos, las botas de seguridad y una camisa de franela roja y negra. Me froté los antebrazos y exhalé con fuerza, formando un anillo de vaho. Muddy me miró y se rio, luego levantó el brazo y me hizo señas para que me acercara. Me aproximé y apoyé la cabeza en él. Muddy me abrazó con fuerza y me frotó el brazo. Volvimos a quedarnos en silencio.

—Oye, Harles —me dijo Muddy pasado un tiempo—. ¿Hay algo que quieras contarme?

—¿A qué te refieres?

—Pues eso —insistió—, que si hay algo que quieras decirme.

—Mmm… —le dije—. Si esto era un plan a largo plazo y me has traído hasta aquí para matarme… Enhorabuena. Me lo he tragado por completo. Creía de veras que me querías.

Muddy se rio y, después, soltó un suspiro.

—Finners es un bocazas —me dijo—, y cuando se emborracha es aún peor. Me cuenta todo lo que le dice Chels.

Volví a quedarme en silencio.

—Ah…

—Bueno —prosiguió—, cuando me lo contó, me dio la sensación de que quizás estuvieras nervioso por tener que decírmelo, que puede que estuvieras esperando al momento adecuado, o que a lo mejor no querías herir mis sentimientos, aun cuando te he dicho un millón de veces que soy duro como una roca. Así que pensé que era mejor dejarte tiempo para que me lo dijeras tú.

—Es que estabas tan ilusionado con lo de irnos a vivir juntos que…

—Pues claro que me hacía ilusión —me contestó—. ¿Cómo no iba a hacerme ilusión vivir contigo? Pero ¡si te adoro! Soy muy feliz contigo, Harles. No sé si alguna vez he conocido a alguien que pueda ponerme tan contento solo con mirarme. Si pudiera, no te separarías de mí jamás. Pero sé que la vida no es así. No tenemos los mismos planes. No puedo tenerte aquí siempre conmigo solo porque es lo que quiero. —Guardó silencio—. Me parece estupendo que estés pensando en volver a la uni.

—¿De verdad? —le dije—. Porque la última vez quise morirme. Literalmente.

—Y mírate ahora —me dijo—. Mira todo lo que estás haciendo para salir adelante. Acabas de emprender un viaje que te va a llevar a lugares increíbles, donde harás cosas maravillosas. —Comenzó a frotarme la espalda con delicadeza—. Vas a ir a la universidad, vas a sacarte una carrera. Vas a trabajar para una revista importante de Londres o cualquier otro sitio importante. Vas a hacer todo lo que siempre has querido. Y yo estaré aquí, en algún rincón del bosque, observando aves, dándote ánimos. Ha sido un puto honor ser tu compi, Harles.

Intenté contener las lágrimas.

—Me duele pensar que no voy a volver a verte todos los días —le dije, con la voz chiquita y temblorosa—. Me has entregado algo que he estado buscando durante muchísimo tiempo, y pensar que ya no vas a estar ahí, tan cerca de mí… Me duele, Muddy, de verdad que me duele.

—Odio ser portador de malas noticias —me dijo riéndose—, pero voy a estar contigo durante el resto de tu vida. En verdad da igual a dónde te vayas, lo siento. Como en esa canción de Lighthouse Family: tú y yo, siempre juntos.

Sacudí la cabeza y le sonreí.

—¿Por qué te gusta tanto Lighthouse Family?

—Son un dúo maravilloso —me contestó—. Son una leyenda. Ya no hay grupos como el suyo. Hoy en día la gente tiene miedo de ponerse sentimental; pero yo no, yo soy siempre como un libro abierto.

Me reí, y lo miré.

—Ay, Muddy, te quiero.

—Te va a ir bien —me dijo entonces—. Muy pero que muy bien.

Un día, a principios de septiembre, Muddy y yo volvimos a Mánchester. Iban a ingresar a su abuelo en una residencia —aun

cuando este no dejaba de quejarse—, y Muddy quería asegurarse de que al menos pudiera ver los comederos de su casa llenos de aves una última vez; que viera bandadas de gorriones, urracas, petirrojos y jilgueros. Nos sentamos en el jardín mientras Mabel desbrozaba el césped. Muddy llevaba un forro polar y pantalones cargo cortos. Tenía las manos en el regazo y trocitos de queso escondidos en ellas. Observábamos en silencio las ramas que quedaban por encima de la valla.

Aquella mañana habíamos ido en coche hasta Castlefield, donde habíamos paseado junto a los canales y almorzado en Saint John's Gardens. Nos habíamos sentado en un banco rodeado de florecillas rosas, y Muddy se había recostado y había estirado los brazos sobre el respaldo.

—Ha sido un buen verano, ¿verdad? —me dijo.

—Técnicamente aún no ha terminado —le contesté—. La semana pasada llamé a los de financiación estudiantil, así que aún nos queda una semana y pico juntos.

—¿Ya has aclarado lo de la terapia y demás allí? —me preguntó mirando hacia el cielo.

Asentí.

—Y también tengo todos los papeles de la depresión y la ansiedad para enseñárselos. Es rarísimo. Antes pensaba que al tenerlo por escrito sería todo más real, pero en verdad no es para tanto. Es una prueba de que he hecho algo al respecto. ¿Has hablado con Finlay para ver si puedes mudarte con él?

—Sí —me contestó—. Me va a hacer pagar el alquiler entero, y creo que encima me ha subido un poco el precio porque es así de cabrón.

—Oye, ¿cómo está?

—Ahí, aguantando —me contestó—. Me dijo que estaba bien, pero no quiero insistir demasiado por si se enfada y me echa a la calle. —Luego dejó escapar un suspiro—. Estaba hecho un cuadro después de que Chelsea le dijera que no. Hacía muchísimo que no lo veía así. Me da un poco de miedo que retome viejas costumbres. No sé si te lo ha contado, pero empinaba bastante el codo. Se iba solo y se pasaba las mañanas bebiendo. Estaba muy chungo. No quiero volver a verlo nunca así, así que parece que tengo bastante trabajo por delante. Cuando vuelva a casa, no voy a quitarle el ojo de encima para nada, por muy nervioso que se ponga. Ni siquiera se enfada con mis chistes. El otro día le dije que si Chelsea no quería casarse con él, pues ya lo hacía yo. Hasta le mencioné lo sexi que estaría cuando me pusiera el vestido de novia.

—¿Y qué te dijo? —le pregunté riéndome.

—Rompió a llorar. Luego me probé el anillo de compromiso y se

me quedó enganchado en el dedo. Cuando conseguimos sacarlo me dijo que me largara. —Muddy dejó escapar otro suspiro—. Es un hombre muy sexi. Las chicas van a hacer cola para acostarse con él. Hay muchos peces en el mar… blablablá. Se le pasará. Y a Chelsea también.

Ahora en el jardín oímos movimiento entre las ramas que había sobre la valla. Ambos nos pusimos en pie. Muddy estaba a mi lado con los trocitos de queso. Colocó la mano sobre la mía y dejó caer el queso. Le temblaban las manos cuando lo soltó.

—¿Sigue ahí el petirrojo? —le pregunté.

—Sí —me contestó—, ahí sigue, tan tranquilo. Dale tiempo. Y si no baja no pasa nada, lo intentamos mañana otra vez. Poco a poco. Pero no me dejes tirado como hizo Finn.

Nos sonreímos. Alcé la mirada y vi al petirrojo; no tenía esperanzas de que bajara del árbol porque se había quedado muy quieto.

Toda mi vida había creído que la felicidad era una criatura esquiva sobre la que tenía abalanzarme y agarrar con fuerza hasta cuando se me escapaba entre los dedos como el vapor. Aquellos instantes de decepción, tristeza y vacío habían impregnado mi vida, y yo me había conformado con ello. La vida, con todas sus facetas, me aterraba. La felicidad me daba miedo porque me daba miedo perderla. La soledad también daba miedo, pero también lo daba perder aquella sensación de familiaridad que me transmitía, aquella espantosa sensación de hallarme en un hogar que yo mismo me había construido en ella. Siempre me había sentido como una mala hierba creciendo entre las flores, luchando para obtener luz y agua: demasiado descuidada como para que la recogieran, y demasiado débil como para resultar una amenaza. Al final, las flores me habían dado algo, se habían colocado a mi alrededor y me habían hecho sentir que formaba parte de ellas. Había aprendido a vislumbrar la posible longevidad de aquellos destellos de felicidad, a distinguir variados tonos de felicidad, a percibir rachas más emocionantes, era como si lo que antes era un aroma que vagaba sin rumbo por la atmósfera de forma ocasional se hubiera solidificado y sostuviera un trocito en el centro de la palma de la mano, como si fuera un cristal iridiscente poco común.

El petirrojo se quedó quieto; solo movía la cabeza. Me giré hacia Muddy, que me sonrió, asintió y me guiñó el ojo, y luego volví a centrarme en las ramas. Era como si la distancia que había entre el pájaro y yo se hubiera derrumbado y todo lo que veía capturado en ese primer plano se moviera a cámara lenta. El petirrojo agitó las alas, y luego se preparó para emprender el vuelo.

AGRADECIMIENTOS

Le estoy eternamente agradecido a mi agente Juliet Mushens por creer en mí, por ser mi mayor apoyo y, sobre todo, por ser amiga. Este libro nació a partir de un lugar muy oscuro y, gracias a su confianza y su inestimable perspicacia, algo de luz llegó hasta esta historia. Gracias, Juliet. De verdad. A saber dónde estaría sin ti.

Gracias a mis editores, Chris White, Wilhelmina Asaam y Jesse Shuman, por su entusiasmo incansable con este libro, por su magnífica visión editorial, que mejoró esta historia y me hizo mejor escritor. Sobre todo gracias a Wilhelmina, que fue a quien se le ocurrió el título; y gracias también al equipo de Scribner y al de Ballantine Books.

Le estoy inmensamente agradecido a Gulcan Akbal por su incansable apoyo emocional a lo largo de los años, por leer fragmentos de los primeros borradores y por ser una fuente de conocimiento. No hay palabras para expresar lo mucho que le quiero, lo mucho que valoro nuestra amistad y lo mucho que aprecio todo el tiempo que me ha dedicado a lo largo de este viaje. No hay nadie más leal, paciente y generosa que ella.

Muchísimas gracias a Andrew Huddleston, que fue el primero en leer un manuscrito completo de algo que había escrito yo y me proporcionó unos comentarios tan concienzudos. Muchísimas gracias por ser mi mentor y por prestarme tu sabiduría y palabras de ánimo durante tantos años. Creo sinceramente que mi vida es mucho mejor por haberte conocido.

Muchísimas gracias a mis amigos que, a lo largo de los años, me han preguntado cómo estaba y cómo iba mi libro, y que se han dedicado a escucharme mientras yo les hablaba de lo que esperaba que llegara a ser una novela como Dios manda. Muchas gracias a: Liam Andrews, Thomas Emmans, Pim Wangtechawat, Maria Brookes, Owen Longuet, Chloe Marks, Robbie Carr, Conor McLaughlin, Stevie Dixon, Doug Cowderoy, las dos Sarah Smiths y Etta Davies.

Como siempre, gracias a mi familia, sobre todo a mis hermanos, Jason y Rianna Mensah, por apoyarme.

Gracias a mis profesores de Lengua, en especial a Erin Woodhall y a Carley Johnson por despertar mi pasión por la lectura y la escritura. No sé qué habría sido de mi vida si estas dos mujeres no hubieran sido mis profesoras. No creo que exagere si digo que me cambiaron la vida por completo.

Por último, gracias a Terry Miller, cuya resiliencia y optimismo ante las adversidades de la vida no dejan de inspirarme. Te adoro, te respeto y es un auténtico honor poder llamarte mi amigo.